

MIEDO

de viviate



CRISTINA BAREA

MIEDO de vivirte

Copyright © 2024 Cristina Barea

Título: Miedo de vivirte

ISBN: 979-88-72577-33-1

Maquetación: Cristina Barea

Ilustración: Celia Mesa Mesa

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimientos, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para todos esos corazones que se creyeron
rotos e irreparables.*

Índice

Primera parte:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

...

Segunda parte:

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

...

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

...

Tercera parte:

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[...](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Primera parte:

Sino

*Para empezar, diré que es el final.
No es un final feliz, tan solo es un final.
Pero parece ser que ya no hay vuelta atrás.*

M Clan

Capítulo 1

Dieciséis años antes...

Esta es la historia de cómo la vida de una persona puede dar un giro de ciento ochenta grados. Cómo alguien que lo tiene todo, puede perderlo en tan solo un instante. Y ese instante puede ser tan aterrador como revelador. Hay que aprender que no siempre se gana, sino que hay veces en las que se pierde. Pero en esa pérdida tenemos la posibilidad de encontrar una luz al final del túnel. Y no todo es tan apocalíptico como nuestro cerebro nos quiere hacer imaginar.

Mar tenía dieciocho años cuando pareció encontrarlo todo, pero antes tuvo que pasar por ciertas pérdidas.

Con tan solo siete años, perdió a su padre debido a una larga enfermedad que lo mantuvo postrado en la cama durante meses. Fue agonizante, pero Mar era tan pequeña que los pocos recuerdos que tiene de su padre no van más allá de las fotografías y de las historias que estas cuentan. Vio como su madre se asolaba en su habitación y dejaba de lado toda compañía masculina cuando él se marchó. Durante diez años la vio dedicarse completamente a sus hijas y, durante esos diez años, solo fueron ellas tres.

Hasta que algo cambió.

Llegó un día en el que Angelines se presentó en casa con un chico y dejaron de ser solo ellas. Angelines tan solo le llevaba a Mar tres años, por lo que el hecho de que a los veinte trajera a casa a Marcos no fue nada extraño.

Aprendiendo de su madre, Mar siempre se había mantenido alejada de los chicos que inundaban los pasillos del instituto, pero a su hermana no le gustaba aquello. Nines, como solía llamarla desde que era pequeña y no sabía pronunciarlo, siempre fue muy abierta y salerosa. Le gustaba la atención que causaba en los muchachos y eso no pasaba desapercibido ante los ojos de su madre, pero Carmen no solía entrometerse de aquella forma en los amoríos de sus hijas.

Marcos lo cambió todo. Desde entonces, las cenas en casa fueron de cuatro, con manteles y posavasos. Se servían los mejores mariscos y se aparentaba que en aquella familia no faltaba una figura paterna. Sin embargo, Mar y Nines se cogían las manos bajo la mesa, rozando sus anillos gemelos, esos que su padre les había forjado antes de morir y les había hecho prometer que lo recordarían siempre si no se lo quitaban. Al crecer, los anillos fueron cambiando de dedos hasta quedar en sus meñiques. Ahora, siempre que se sentían abrumadas por la vida, ambas tenían la pequeña manía de hacerlo girar.

Detrás de la fachada de que todo estaba bien, Mar tenía miedo de parecerse más a su madre que a su hermana. No quería pasar su vida en soledad, rodeada de paredes vacías de recuerdos. No. Ella quería ser madre y tener una familia normal, con un marido vivo y con paredes acogedoras.

¿Y si el destino no tenía eso preparado para ella? ¿Y si se estancaba en su trabajo? ¿Y si no encontraba pareja? ¿Y si al encontrarla no podía ser madre? La vida la aterraba y no tenía ni idea

de cómo salir de ese bucle de pensamientos negativos.

Entonces ocurrió lo inesperado. Mar aprobó el examen de selectividad con la nota necesaria y consiguió entrar en la carrera de Administración de Empresas. No era lo que le apasionaba, pero sí algo que le daría un poco de futuro. Decidió coger las asignaturas a su antojo para poder acabar cuanto antes y eso le dio facilidad para empezar con las prácticas mucho antes de lo estipulado. Y aquel fue el cambio en su destino, porque fue allí donde se encontró con Álvaro, el joven que le cambiaría la vida.

Pero eso ella aún no lo sabía.

Quedaba una semana para el inicio del nuevo curso. Angelines acababa de terminar ese año su carrera de Filología Hispánica y había dejado vacío el pequeño apartamento encima de la pastelería. No entendía cómo su madre había accedido a dejarla vivir allí, pero como ya he comentado la llegada de Marcos lo cambió todo.

Carmen era dueña de una pastelería que anteriormente había sido propiedad de sus abuelos. Y antes de ellos fue de sus tatarabuelos. En fin, era el negocio familiar que Mar y Angelines habían conocido bien, pero era a Mar a la que realmente le apasionaba trabajar allí los veranos, amasando y removiendo. Justo encima de la pastelería Bonaire existía una buhardilla habitable, de concepto abierto, con un rinconcito dedicado a la cocina y una única habitación aparte como cuarto de baño. Su hermana había pasado allí aquellos dos años, aprovechando el último para pasar más tiempo a solas con Marcos.

Ahora, tras un año de relación, estaban preparados para dar el siguiente paso e iban a irse a vivir juntos. La buhardilla se quedaba vacía, por lo que Mar pidió permiso a su madre para trasladarse allí arriba. No le gustaba la idea de dejar sola a su madre, pero sabía que era lo que debía hacer si quería ser menos como ella. Sorprendentemente, Carmen dio luz verde y Mar se encontraba en ese momento moviendo cajas llenas de objetos personales allí arriba.

Había pasado su primer año de carrera centrada completamente en sus estudios y en la pastelería. Su madre había ido envejeciendo poco a poco y cada vez le era más difícil pasarse horas elaborando recetas. Por ello, Mar y Angelines ayudaban más de lo que su tiempo libre les permitía. Intentó poner en práctica los conocimientos de la carrera en la pastelería. Pero lo que a ella le gustaba del negocio no era la contabilidad, sino convertir masas en deliciosos pasteles.

En uno de los viajes de la furgoneta a las escaleras, que llevaban al apartamento por una puerta justo al lado de la pastelería, un joven de piel morena se le acercó curioso.

—Disculpa —fue lo único que dijo el muchacho.

Mar se detuvo con una caja cerrada con torpeza en las manos. Ansiaba poder subirla y soltarla en el suelo para quitarse de la nariz ese pelo que se había salido del moño y le hacía cosquillas. Ciertamente es que se le olvidó que llevaba una pesada caja y que un pelo le molestaba cuando vio a aquel joven dirigir su mirada avellanada hacia ella. No fue capaz de articular sonido, solo se quedó con la boca abierta, observando.

—Disculpa. Veo que estás ocupada, así que seré breve. Hace poco que me he mudado a la zona y me gustaría saber si esta es la famosa pastelería de la que todos hablan.

El joven tenía ambas manos en los bolsillos y cambiaba nervioso el peso de su cuerpo entre la punta de los pies y los talones. Mar observó aquello y se relajó sabiendo que no era la única que estaba nerviosa. Sopló hacia arriba, intentando quitarse ese mechón de pelo que ahora le impedía ver bien los ojos del chico. Miró hacia la pastelería que tenía justo a la espalda y volvió la mirada de nuevo a la de él.

—Eso creo. Esta es la pastelería Bonaire, pero no abrimos hasta dentro de media hora. —Comprobó mirando con dificultad el reloj que adornaba su muñeca.

—¿Abrimos? ¿Es tuya la pastelería? —Había curiosidad en su mirada, mezclada con un poco de asombro.

—No exactamente. En realidad, es de mi familia, pero yo trabajo aquí. Abriré en cuanto termine de subir todo esto.

El joven pareció entonces percatarse de que Mar no estaba en condiciones de pararse a hablar con él y decidió hacer lo que cualquier persona hubiera hecho en su lugar. Se aseguró de que podía quedarse media hora más y se adelantó un paso hacia ella.

—Déjame. Te ayudo y así acabamos antes.

Cogió la caja de entre sus manos y luego, a modo de pregunta, señaló con su cabeza hacia la puerta que llevaba al apartamento. Mar asintió como respuesta y no tardó en seguirlo con otra caja más que sacó del maletero. Era la furgoneta de la pastelería, pero hacía el apaño a la hora de trasladar sus pertenencias.

El apartamento tenía una entrada independiente, justo al lado de la principal de la pastelería, que daba directamente a unas escaleras hacia arriba, como ya bien he explicado. Sin embargo, desde dentro de ese apartamento podía accederse al interior del local a través de otra escalera muy estrecha que había en la trastienda.

—Por cierto, me llamo Álvaro.

Mar decidió aprovechar que el muchacho, cuyo nombre ahora ya sabía, subía las escaleras delante de ella para observarlo detenidamente. Aunque llevaba una camiseta ancha que tenía el logo de una banda de rock impreso y unos pantalones de talle recto, se podía ver que debajo de la tela tenía hombros anchos y muslos fuertes. Aunque no era demasiado alto, tenía una figura imponente.

Dedujo que el chico practicaba algún deporte de manera regular. Sabía que por la zona se había puesto de moda el rugby que tanta fama tenía en Estados Unidos y podía imaginárselo con el casco, las hombreras y la cara pintada, recorriendo el campo con el balón en los brazos, placando al equipo contrario.

—Mar. —Aquella voz masculina que tan bien conocía la sacó de su ensoñación.

Dejó la caja en el suelo y buscó en su bolsillo las llaves, pero no las encontraba. «¿Dónde las había metido?» Se preguntó. Recordaba haberlas cogido al salir de casa, pero...

—¡Oye! Que te has dejado las llaves en la furgoneta.

Marcos, la única figura masculina con la que Mar tenía una relación cercana, apareció al pie de las escaleras con un par de bolsas. Había accedido a ayudar con la mudanza de su ahora cuñada, dejando que Angelines se quedase en casa con su madre. Aquel no era un buen día para ella, dejando volar a la única hija que le quedaba en el nido.

Ante la aparición de Marcos, Álvaro se quedó petrificado, pues supuso lo erróneo. Por suerte, el primero era un chico que cogía al vuelo las indirectas y, al ver la escena que se acababa de encontrar, eliminó cualquier atisbo de duda.

—Ah, hola. Yo soy Marcos, el cuñado de Mar. Encantado. —Señaló las bolsas que llevaba —. Te daría la mano, pero lo veo un poco complicado, ¿verdad?

—Un placer, tío —respondió el otro.

Y así fue como empezó aquella amistad entre ambos chicos. Ayudaron a Mar con la mudanza y, cuando esta acabó, también prepararon lo necesario para abrir la tienda. Después de aquello, Álvaro se quedó apoyado en la barra y charlando con ambos, pero Marcos era el que llevaba la mayor parte de la conversación y Mar solo asentía o sonreía de vez en cuando.

A Álvaro le pareció que realmente se trataba de la mejor pastelería de la zona y decidió que, si aquella era la chica que regentaba el lugar, se pasaría todas las veces que su tiempo le

permitiese.

Comenzó a frecuentar el local un par de veces al mes. Esos dos días eran los que alegraban a Mar la vista, pero nunca se decidió a dar un paso más, a cambiar la relación que había entre ellos como cliente y dependiente, porque la razón de las visitas de Álvaro eran la de llevar pasteles a su novia.

Los mejores pasteles de la ciudad, para ser más exactos.

Capítulo 2

Trece años antes...

—Cariño, ¿estás segura de que no hay ningún muchacho de clase que ande detrás de ti?

Mar se encontraba en el último año de universidad. Durante esos últimos años había estado viviendo en la buhardilla. Y hasta su madre había comenzado a preocuparse de que, cumplidos los veintiuno, Mar siguiera soltera y sin ningún registro previo de pareja. Estaba siguiendo los pasos de su madre uno detrás de otro, algo que tanto había intentado rechazar en el pasado. Pero el conocer a alguien la aterraba.

Se había centrado en su carrera, en la pastelería y en aquellos ojos castaños rodeados por arruguitas leves causadas por su sonrisa. Unos ojos que la observaban varias veces al mes. Álvaro se había convertido en un cliente habitual de Bonaire y Mar estaba encantada, pero no era capaz de materializar aquellos sentimientos.

Lo más injusto de todo era que Marcos se había convertido en el mejor amigo de Álvaro. Por esta razón, no solo lo veía varias veces al mes en la pastelería, sino que tenía que verlo en alguna que otra fiesta a la que era invitada por su hermana, escuchándolo hablar de su novia. Porque sí, seguía con aquella chica a la que le llevaba los pasteles. Aunque sabía que no se veían con asiduidad, pues ella era de otra ciudad y Álvaro se había quedado a trabajar allí mismo tras acabar la carrera, en lugar de volver a su ciudad natal con Verónica.

Verónica.

Hasta su nombre sonaba bien. La había visto en fotos y era preciosa, con una larga melena de rizos negros que ondeaba al viento con una gracia innata. Una sonrisa perfecta, de dientes rectos y perlados, acompañaba todas las fotos en las que aparecía abrazando a Álvaro. La mirada de ojos verdes que no se apartaba de la de su novio, esa complicidad compartida que se podía ver incluso a través de escenas impresas en un trozo de papel.

No le gustaba compararse, pero se sentía tan simple con su pelo marrón, liso y sin gracia. Los ojos del azul del océano en la noche, tan oscuro que no parecía siquiera azul. Y los dientes irregulares porque su madre no había tenido nunca dinero suficiente para poderse permitir ponerle una ortodoncia.

Sin embargo, por muy guapa que fuese Verónica, por muy bien que Álvaro hablase de ella, nunca había venido a visitarlo en los tres años que este llevaba en la ciudad.

—No, mamá. No hay ningún chico —insistió una vez más.

—¿Y Álvaro? Está todo el día visitando la pastelería. Y ya te digo que por muy buenos pasteles que hagamos, creo que esa no es la razón principal. —Su madre llevaba una sonrisa llena de esperanza.

—Tiene novia. Ya te lo he dicho mil veces.

—Buenas, familia.

La campanilla sobre la puerta de la tienda sonó al abrirse y dar paso a Marcos, que traía

consigo un soplo de aire frío. Las vacaciones de Navidad habían llegado a su fin y enero había comenzado hacía ya dos semanas. Se desenroscó la bufanda, la dejó en el perchero de la entrada junto con su abrigo, y se frotó las manos para hacerlas entrar en calor.

—Marcos, hijo. —Carmen le tenía un cariño especial al chico. Tanto era así que lo trataba como suyo propio—. ¿Estás tomándote un descanso?

El sueño de Marcos siempre había sido ser un escritor de éxito. Estaba puliendo su segunda novela, aunque la primera no había llegado a mucha gente. El grupo editorial donde trabajaba Angelines le había hecho el favor de acoger aquel libro, pero sin más. Él no se rendía y se pasaba los días estrujándose el cerebro para sacarle el máximo partido. Incluso se había apuntado a un curso de escritura por las mañanas.

—Sí, Carmen —le dijo y se acercó para darle un beso en la mejilla—. Creo que por hoy ya es suficiente.

Se miró el reloj de su muñeca. Mar sintió curiosidad por saber también la hora y miró el reloj analógico de la pared. Ese que estaba colocado justo encima de la foto familiar donde aparecían Carmen y Curro con sus dos hijas, cuando estas tenían apenas dos y cinco años.

«Las siete y media».

—¿Cómo va la tienda hoy?

Rodeó la barra, levantando uno de los extremos para poder pasar al otro lado, y se acercó a besar también la mejilla de Mar.

—Es martes y la clientela va lenta con este frío. Quizás deberíamos cambiar un poco la distribución del local y añadir un par de mesas y un rincón para el café. Así tendremos clientes hasta en los días feos.

Si algo había apasionado a Mar desde que había empezado a dar los primeros pasos en la pastelería Bonaire era trabajar allí. Adoraba el día a día con los clientes y lo cercanos que se habían hecho tras el paso de los años. Despertarse mucho antes de que el sol hubiese salido no le costaba nada si era para preparar todo lo que se iba a vender en el día.

—No es mala idea —dijo Marcos.

—No lo sé, hija. Ya sabes que me da miedo hacer cambios y que nos vayamos a pique.

La conversación se quedó ahí. Siempre que a Carmen se le proponían sugerencias de cualquier tema, ponía cara de tristeza, mencionaba que le daba miedo ahora que no tenía a un hombre que pudiera respaldarla en caso de fracaso. Y el tema acababa siendo ignorado.

—¿Y de qué hablabais antes de llegar yo? —Marcos intentó cambiar de tema tras aquel silencio incómodo.

—Mar necesita conocer a alguien. Se pasa el día estudiando y trabajando.

Carmen suspiró para añadir dramatismo a su comentario. Su hija la observó y se esforzó por no poner los ojos en blanco. Estaba cansada de que su madre estuviese todo el día buscándole pareja.

Marcos se quedó pensativo y, de repente, como si se le hubiera ocurrido la idea más brillante de su vida, su cara se iluminó.

—¿Qué me dices de Álvaro? —Su pregunta estaba adornada por una amplia sonrisa y ambas cejas alzadas.

—¿Tú también? Es tu mejor amigo. Deberías saber mejor que nadie que tiene novia.

—Ya no.

—¿Cómo? —preguntó estupefacta.

Mar no se creía aquello.

—¿Ves? Te lo he dicho, hija. Ese muchacho tiene algo pendiente contigo. Se lo noto desde

que te conocí.

—Lo han dejado. Hace ya un mes y pico de eso.

Eso cambiaba tantas cosas.

Así que, cuando Mar comenzó su último semestre en la universidad y con ello las prácticas, supo que pondría otra cara al tener que cruzarse cada mañana con los ojos de Álvaro. Porque daba la casualidad de que la habían contratado como becaria durante los siguientes cinco meses en la misma empresa de seguros en la que él había empezado a trabajar un tiempo atrás.

Y ese primer día, mientras le hacían un pequeño *tour* por la oficina —que era literalmente una cuarta planta de un edificio antiguo, reformada y dividida en dos despachos para los mandamases, un baño, una cocina americana diminuta y varios escritorios en el resto de la estancia—, se percató de que la mesa de trabajo de Álvaro estaba justamente frente a la que ella iba a compartir con su tutora, Jimena.

Él llevaba toda la mañana pegado al teléfono y solo había podido dedicarle una sonrisa cuando la vio aparecer. Mar se centró en su tarea y se dijo que podía acostumbrarse a aquello en el caso de ser su futuro trabajo. No se encontraba amasando panes ni horneando magdalenas, pero era un cambio interesante en su rutina.

Cuando llegó la hora del descanso para comer, algunos compañeros salieron de su oficina y fueron a comer al bar de la calle de al lado. Mar se había preparado una fiambarrera con las sobras de estofado de la noche anterior que le había cocinado su madre. Jimena se acercó al escritorio de Álvaro y le propuso pedir algo para llevar de algún local cercano.

—Yo invito —le dijo.

Pero él se negó, sacando también su comida y girándose hacia Mar.

—¿Cómo va ese primer día? Siento no haberte podido atender antes. Me tienen liadísimo con las cotizaciones.

Se había acercado tanto que había tomado la esquina de la mesa como asiento, haciendo que Mar no tuviese otra opción más que estirar el cuello para poder mirarle a los ojos, de los cuales colgaban unas sombras oscuras síntoma de dormir poco.

—Bien. Me voy aclimatando.

Tenía que hacer un esfuerzo para no repetirse una y otra vez que Álvaro estaba soltero. No era algo en lo que debiera pensar. Ella tenía que centrarse en su trabajo y sus estudios. Nada más. Pero es que aquellos caracoles oscuros le caían por la frente, ahora más largos que la última vez que lo vio. Y la barba también había tomado un tono más descuidado. Aun así de desaliñado, estaba guapísimo. Era innegable.

—¿Has venido en metro? —preguntó.

—Sí, aún no tengo coche. —Mar dormía y trabajaba en el mismo edificio. Solo necesitaba moverse hacia la universidad y para ello utilizaba el metro.

—Te llevo a casa entonces. Espérame. —Esto último lo enfatizó con un guiño.

Si de algo estaba segura era de que a Álvaro le encantaba tontear. Al principio pensó que ella era especial, pero lo especial era su encanto con las chicas. Sobre todo, en la oficina donde lo tuvo que presenciar durante meses.

Jimena estaba coladita por sus huesos, a pesar de estar casada y sacarle al menos diez años. Poco a poco, se fue dando cuenta de que aquel guiño era su seña de identidad y se lo lanzaba a cualquier persona, sin importar las circunstancias. Aun así, Mar se sentía especial porque era a ella a la única a la que llevaba a casa en coche. Incluso comenzó a recogerla en la pastelería cada mañana.

Unos días era él quien decía «invito yo» y otras veces era ella la que traía una fiambarrera el

doble de grande para poder meter dentro dos raciones completas y compartirlas con él. Comenzaron a hacerse bastante cercanos, pero no lo suficiente como para verse fuera del trabajo. A excepción de las noches de cerveza que no eran más que una forma de ahogar las penas y el cansancio de la semana, y conocer mejor a sus compañeros de trabajo.

Álvaro siempre buscaba un asiento cerca de ella en aquellas noches de alcohol y el brillo de sus ojos igualaba al de Mar. ¿Serían imaginaciones suyas o realmente había algo ahí, entre ellos?

Y, sin darse cuenta, ya habían pasado cuatro meses desde que había comenzado allí sus prácticas.

Cómo pasa el tiempo.

Poco después de Navidad, Nines y Marcos reunieron a toda su familia y amigos para anunciar que se iban a casar. Sí, aún eran jóvenes, pero tenían las cosas claras en la vida y sabían que querían pasar el resto de sus vidas juntos. Al menos, eso era lo que ellos prometían.

Habían propuesto junio como fecha para el desenlace. Era algo pronto, solo estaba a unos meses, pero iba a ser relativamente íntimo y de presupuesto ajustado. Así que, aquel fin de semana de mayo iban a organizar una cena de despedida de solteros en casa. Lo curioso es que los únicos invitados eran Álvaro y Mar, pero ellos no lo sabían aún.

Para la ocasión, ella se colocó un vestido ligero, pero con mangas largas. *Hasta el cuarenta de mayo...* El pelo se lo dejó suelto y lo cepilló un poco. Solo un poco. Nada especial, ni del otro mundo. Solo por si acaso esa noche Álvaro decidía fijarse en ella más de lo normal.

También se dijo que su corazón no estaba intentando salirse por la boca, ni su estómago había formado crisálidas que habían decidido eclosionar en ese mismo momento en el que las sandalias rozaron el felpudo y su dedo tocó el timbre.

—¿Puedes abrir tú? —La voz de Marcos se coló acolchada a través de la puerta.

Cuando esta se abrió no era su hermana la que la abría. No. Aquellos ojos castaños, aquel pelo a juego con sendos ojos y esos hombros anchos pertenecían al chico que había intentado —sin éxito— sacar de su mente durante mucho tiempo. Cada vez que lo veía aparecer de nuevo por Bonaire, su estómago daba un vuelco y sus mejillas se teñían de un color rosado. Era como si en la oficina fuese otra persona completamente distinta, al encontrarse rodeados de compañeros de trabajo.

—Hola. —Intentó que sus labios se curvasen en una sonrisa. A su vez, levantó la mano a modo de saludo rápido y nervioso.

—Mar, qué alegría verte por aquí.

Él se mantuvo con una mano en el picaporte, manteniendo la puerta abierta, y la otra cayendo hacia a su costado. Al cabo de unos segundos de silencio, otra voz interrumpió e hizo que girasen las cabezas en esa dirección.

—¿La vas a dejar pasar u os vais a quedar ahí parados toda la noche? —Marcos salía de la cocina con una bandeja cargada de patatas fritas.

Se volvieron a mirar y se sonrieron tímidamente.

—Claro, pasa.

Álvaro abrió un poco más la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar. Se saludaron con un corto abrazo que apareció por sorpresa. A Mar no le resultaba muy cómodo el contacto físico

sin la confianza necesaria. Saludó a su hermana y los cuatro se sentaron a la mesa. Mar supo que todo había sido una encerrona, porque su madre había puesto una excusa tonta para no asistir y el resto de los invitados parecían haber estado ocupados también.

Durante la comida hablaron un poco de todo y Álvaro la incluyó en muchas de las conversaciones, a diferencia de antaño que ella solía ser una simple espectadora. Se permitió el lujo de observar más detenidamente al muchacho cuando los otros hablaban. Se dio cuenta de que se rascaba la barbilla cuando parecía nervioso. Era un tic que pasaba desapercibido, pero no para ella.

—¿Verdad que sí, Mar? —escuchó que Marcos decía.

Se dio cuenta de que llevaba un buen rato abstraída.

—Lo siento, no te he oído.

Angelines y Marcos se rieron al unísono. Álvaro sonrió y se llevó la copa de vino a los labios. Mar no pudo evitar fijarse en cómo el líquido oscuro manchaba su boca.

Después de aquello, su hermana volvió a repetir la pregunta y ella respondió ligeramente. No le gustaba ser el centro de atención y esa noche parecía que la estuvieran vendiendo al mejor postor, solo contando cosas positivas sobre ella.

Los ojos de Álvaro y Mar se cruzaron varias veces durante la cena, y el vino hizo que ella también comenzase a dejarse llevar cada vez más. Cuando terminó la cena se pasaron al sofá donde se sentaron juntos, quizás demasiado, y él pasó el brazo por encima de sus hombros, haciendo que el contacto fuese caliente y agradable. No se sentía tan incómoda cuando la tocaba tras unas copas de más.

Y, al fin, llegó la hora de marcharse y Álvaro la llevó hasta la puerta de Bonaire, para no perder la costumbre. Estaban a tan solo un paseo de allí, pero la noche era oscura y a él parecía que no le apetecía aún despedirse. Algo había cambiado entre ellos. Quizás la copa de vino de más, o la cena íntima cargada de tensión.

—Gracias por acompañarme. —Quiso sonar tajante para que no se notara que estaba nerviosa. No quería ser borde, pero tampoco quería darle opción a más.

Ambos eran ya mayorcitos para tener libertad de elección en lo que pudiera ocurrir después, pero Mar no estaba dispuesta a dejarle subir.

—No tienes por qué darlas. Ya sabes que me encanta pasarme por aquí.

Se hizo un silencio que a ella le pareció incómodo, por lo que le esquivó la vista, plantándola en sus pies. Él no hacía por irse y ella tampoco por subir. Entonces Álvaro acortó la distancia entre ambos con un paso y ella se tensó. La obligó a levantar su mirada colocándole un dedo en la barbilla. Cuando sus miradas conectaron, fue él de nuevo el que se acercó, esta vez a sus labios. Y los rozó, robándole el aliento.

Fue el primer beso de Mar. Un beso que no había entrado en sus planes y un beso que la aterraba. Pero también un beso con el que había soñado en silencio durante años. Él ya no estaba con Verónica y ella no tenía de qué preocuparse. Si era verdad aquello que todos decían, Álvaro llevaba tiempo buscándola para algo más que amigos. Así que se dejó llevar.

Cuando se separaron tras el leve roce de sus labios, ella abrió los suyos para coger aire y él aprovechó para volver a besarla, esta vez enredando sus lenguas que exploraban curiosas la boca del otro. Mar agradeció que Álvaro la cogiera de la cintura, porque aquel beso casi le dobla las piernas. Ella le rodeó el cuello con las manos y las enlazó en la nuca.

Y así pasaron los minutos, ese beso cada vez más intenso y profundo, llegando a pegarse contra la pared para sostenerse, rebuscando con sus manos la forma de entrar en calor con el cuerpo del otro.

—¿Vendrías conmigo a la boda? —susurró contra sus labios. Después le siguió otro beso.

—Ya estoy invitada —*Beso*—. Soy la hermana de la novia, ¿recuerdas?

Álvaro se serenó y colocó las manos en sus mejillas para apartarla y poder mirarla con detenimiento. Su mirada iba de un ojo al otro, rápidamente. Parecía nervioso.

—Pero ven conmigo. Como mi pareja.

¿Le estaba preguntando lo que ella creía que le estaba preguntando?

Aún faltaban un par de semanas para la boda y ambos sabían que iban a ir. Pero ¿cómo pareja?

—¿Qué quieres decir? —Necesitaba oírlo de forma clara.

—¿Quieres salir conmigo? En serio. Tú y yo. Sin tonterías. Como novios.

—Quieres que sea tu novia. —No era una pregunta, sino una afirmación que ella no podía creerse.

El chico del que llevaba enamorada desde que había aparecido para ayudarla con la mudanza le estaba pidiendo una relación seria. Álvaro iba a ser su novio.

—Sí —Fue un susurro tan leve que apenas se escuchó y Mar tuvo que repetirlo—. Sí —dijo esta vez más conforme—. Sí quiero ser tu novia.

Capítulo 3

Trece años antes...

Jamás se podría haber imaginado que los besos fueran una adicción. No podía parar de pensar en los labios de Álvaro y era una tortura tener que pasarse ocho horas trabajando en el escritorio frente a él sin levantar sospechas entre sus compañeros. Sobre todo Jimena, que parecía observarla constantemente desde el rabillo del ojo.

—Joder, Mar. No puedo más —le decía Álvaro, mientras la tenía apresada entre su cuerpo y el escritorio, aprovechando que la oficina se había quedado vacía en el descanso—. Se me hace una tortura tenerte aquí todos los días y no poder hacer nada.

Aprovechó para besar un hueco de su cuello que quedaba al descubierto por un par de botones de la blusa. Detrás de ese beso vino otro, y así hasta formar una hilera que llegó hasta donde la blusa se lo permitió, que no era muy lejos.

Ella se dejaba hacer, pero nunca llegaban a nada más. La cosa siempre quedaba en unos besos ansiosos y manos curiosas que buscaban esa piel con piel.

—¿Crees que para mí sí es fácil? —preguntó ella entre jadeos—. No sé qué me has hecho, pero no puedo dejar de pensar en otra cosa. —Cogió las mejillas de este y atrajo los labios hacia los suyos.

Él sonrió con travesura. Ella besó aquella sonrisa que tan loca la volvía.

—¿Y si lo contamos ya? No creo que pase nada por decir que salimos juntos. Ya saben que nos conocíamos de antes.

—Aún no. Esperemos hasta que te contraten.

A Álvaro se le había ocurrido la idea de que Mar echase el currículum en la oficina para trabajar allí después de las prácticas. Tenía la certeza de que la contratarían. Y trabajar juntos sería todo un sueño. Verse cada mañana y compartir el día, aunque cada uno hiciese su trabajo, sonaba muy bien.

Aunque para ello, ella tendría que renunciar a la pastelería casi por completo.

—Está bien. Como usted diga, señor López.

A este le encantaba cuando lo llamaba así en la oficina. Decía que le ponía bastante oírsele decir. Le hacía parecer importante en aquella empresa.

Con ello, el tema quedó zanjado.

Y unos días después estaban de boda.

Nines se quedó a dormir en Bonaire y compartió cama con su hermana. Como era tradición,

el novio no podía ver a la novia con el vestido oficial hasta la ceremonia. Así que, con ayuda de Carmen, las tres se prepararon para el día tan especial que las esperaba por delante.

—Madre mía, hija. Estás preciosa. —Carmen hablaba con la voz levemente perjudicada por el nudo que le apretaba la garganta. No podía creer que su hija mayor fuese a casarse. Y lo que más le dolía de todo aquello es que su padre no estuviera allí para ver a su niña—. Papá estaría muy orgulloso.

Las muchachas miraron a su madre con tristeza y se acercaron para darse un abrazo grupal.

—Ahora sí. Ya no más lágrimas que se me estropea el maquillaje —dijo, usando los dedos meñiques para limpiarse la línea del agua con cuidado—. Y vosotras, ¿a qué estáis esperando para vestiros?

A modo de «algo prestado» Nines quiso llevar el velo que Carmen había portado el día de su propia boda. Entre las dos ayudaron a colocárselo en la cabellera recién salida de la peluquería. Unos tirabuzones rubios le caían de un recogido bajo, rematado con un broche plata, también de su madre. Nines tenía el pelo color chocolate de nacimiento, como su hermana. Sin embargo, llevaba tiñéndoselo desde tan joven que todos la recordaban como rubia natural.

Se apresuraron con los preparativos y los últimos retoques antes de que fuese la hora de salir hacia la iglesia. Iba a ser en una iglesia del pueblo y con la fiesta en un local para bodas cerca del mar.

La pastelería no estaba en un pueblo como tal, sino un barrio. Pero la ciudad era tan grande, que cada barrio en sí se podía considerar un pueblecito. Y la cercanía de todos los vecinos que vivían por los edificios y casas matas lo hacían considerarlo así.

Una vez dentro de la iglesia, las tres esperaron en un cuarto adyacente a que llegasen el novio y el padrino, que era Álvaro. Casualmente, Mar era la madrina, y la primera que salió cuando la música comenzó a sonar, recorriendo el largo pasillo de bancadas hasta llegar al altar, donde se colocó en un lateral. Sus ojos se cruzaron con los de Álvaro y este le sonrió.

Comenzó a darle vueltas al anillo de su dedo meñique. Estaba nerviosa. No era el día de su boda, pero se podía imaginar a sí misma haciendo el mismo recorrido de blanco, con Álvaro esperándola al final con el traje oficial. No era una imagen muy diferente a aquella. ¿Podría ese ser su futuro?

Después le siguieron la novia y su madre, que la llevaba del brazo sustituyendo a la figura paterna que echaban en falta. Ambas iban con lágrimas en los ojos y algunas ya manchando sus mejillas. Mar no pudo evitar que las suyas comenzaran a derramarse también.

—Te quiero, preciosa. —Fue lo primero que salió de los labios de Marcos tras limpiarse un par de lágrimas y coger de la mano a la que iba a ser su mujer en unos minutos.

Mar leyó sus labios perfectamente y se le encogió el corazón. Marcos era todo lo que podía desear, y más, para su hermana. Era un miembro más de la familia y lo sería durante muchos años. Lo consideraba como a un hermano y no se veía en la obligación de amenazarlo si hacía daño a su hermana, porque sabía que no lo iba a hacer.

Una vez se hubieron intercambiado los anillos y los votos, se dieron el «sí, quiero» y el beso de rigor que fue seguido de silbidos y aplausos por el resto de los invitados, llegó el momento de la cena.

Álvaro y Mar no habían tenido un momento a solas hasta entonces, ya que les había tocado compartir coche con su madre tras la partida de los novios en el alquiler para la ocasión. Se reunieron en la entrada del local.

—Está muy guapo, señor López —susurró Mar contra los labios de su novio.

—Tú también. ¿Cómo dices que se llama este color?

—Turquesa.

—Hace juego con tus ojos.

Sin embargo, los de Álvaro bajaron hasta sus labios. El juego del tonto se lo sabían de memoria y lo practicaban de maravilla.

—¿Tú crees?

Asintió.

—¿Y te gusta?

Volvió a asentir.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, bien —repitió ella.

—Así que te lo has puesto para impresionarme.

—¿A ti? ¿Quién, yo?

—Sí, tú. Deja de hacerte la dura y dame ya mi beso.

Ella obedeció y al fin juntaron sus labios.

—Puede que haya pensado en ti un poco mientras convencía a mi hermana de que su única dama de honor debía llevar este color específicamente.

—Lo sabía —La sonrisa de Álvaro se tornó juguetona—. Pero ¿sabes qué es lo que más ganas tengo de hacer con este vestido?

—¿El qué? —preguntó Mar sin aliento.

—Quitártelo.

Se puso nerviosa y los colores le subieron a la cara. Aún no habían dado el paso de *hacerlo* y a ella le daba miedo no estar a la altura, pues sabía que él sí tenía experiencia en el campo... sexual.

—Va, no te pongas nerviosa. Sabes que a mí solo me importas tú y nadie más.

—Es que yo nunca...

—Lo sé —dijo Álvaro decidido.

—¿Lo sabes? —Mar no podía hacerse una idea de cómo. No es como si lo llevase escrito en la frente.

—Sí, lo suponía —se rio—. Por las indirectas que tu madre lleva lanzándome durante años cada vez que coincidimos en la pastelería.

—¿Indirectas? ¿De qué tipo?

—Que a ver si alguien saca a su hija por ahí, que si no te conseguía novio rápido la gente iba a pensar que habías hecho voto de castidad...

—Pero será...

Mar sonaba enfadada. Y con toda la razón.

—Venga, no te lo tomes a mal. Sabes que tu madre siempre tiene buenas intenciones.

—Son comentarios que sobran por su parte. No pertenecen a este siglo. Si quiero no acostarme con nadie o no tener novio es mi decisión, no la del pueblo entero.

Se cruzó de brazos.

—Olvidalo. No tendría que haber sacado el tema. —Puso los ojos en blanco.

Ahora el que parecía haberse molestado era él. Y Mar no quería tener un mal recuerdo de la boda de su hermana por un enfado tonto, así que decidió dejarlo pasar.

—Lo siento. —Se disculpó, y pusieron rumbo hacia su mesa—. ¿Has mirado el menú?

Les había tocado en la mesa redonda donde estaban los novios y la familia cercana de estos. Fueron los últimos en sentarse.

—Sí, es lo típico: cóctel de gambas de entrante, ensalada de primero y solomillo a la pimienta de segundo. Nada del otro mundo.

—Al menos van a lo seguro —le susurró para evitar que nadie más los oyera.

—Ya, bueno. Imagínate si soy alérgico a las gambas.

—Morirías en la boda de mi hermana. Qué trágico y acaparador de atención a la vez. —Mar fingió escándalo y se tapó la boca con ambas manos para darle dramatismo.

—Oye, no bromees con eso. —Se carcajeó Álvaro.

Se le había olvidado el tema de las primeras veces y las palabras de su madre. Quería hacer todo lo posible para no verlo enfadado en aquel acontecimiento tan importante.

Durante la comida se fueron sucediendo una conversación tras otra. Se habló de la luna de miel de los novios en París, de planes de futuro, de la última novela de Marcos que parecía que empezaba a despegar su carrera. También preguntaron, curiosos, los padres del novio por el trabajo de Álvaro y las prácticas de Mar.

—Sí, esta ha sido mi última semana en la empresa —decía ella.

—Pero estamos haciendo lo posible para que la contraten después del verano. ¿Verdad que sí, nena?

—Eh, sí —Carraspeó—. Sí. A ver qué se puede hacer.

—Lanzó una sonrisa al resto de la mesa que no alcanzó sus ojos.

—Por mí no te preocupes, hija. Que yo me apaño sola en la pastelería. Y sino, Nines me echa una mano cuando puede. También podemos contratar a una chiquilla que haga algunas horas. No es necesario que te pases el día entero allí metida.

—Pero a mí me gusta. No es una molestia. —Hablaban con sinceridad.

—Ya, bueno...

Durante aquella conversación, Álvaro se mantuvo al margen, pero con una mirada rígida. Se centró en su comida y esperó a que se cambiase de tema para volver a participar.

—¿Me das un poquito del tuyo?

Habían traído los postres y eran completamente aleatorios para cada invitado. Mar había recibido un trozo de tarta de queso, mientras que Álvaro tenía delante suya un brownie. Intentó intercambiar sus platos, pero él se negó en rotundo. Ella lo miró haciendo un falso puchero. Él no dio su brazo a torcer.

Y después del postre llegó el primer baile de los novios. Mar observó como su hermana colocaba la cabeza en el hombro de su marido, mientras este besaba su sien. No se separaron durante toda la canción y fue otro momento romántico del que ella sintió envidia.

—¿Bailas la siguiente conmigo? —preguntó delicadamente a su novio.

—Ya sabes que no soy mucho de bailar, Mar. —Este se rascó la barbilla. Conocía muy bien ese gesto que hacía cuando estaba nervioso. Pero también, a veces, cuando mentía.

—Venga, hazlo por mí.

—Hay mucha gente mirando.

—Sí, claro. Todos los invitados de esta boda están expectantes a ver cómo el gran Álvaro López sale a la pista y mueve sus caderas. Venga ya. Déjate de tonterías.

Puso los ojos en blanco.

—Está bien. Pero solo una canción. No me gustan estas cosas.

Al final consiguió que este se animara a bailar la siguiente canción lenta que sonó. Se movieron pausadamente al ritmo de la música, abrazados de manera romántica. Después fueron a la barra libre y comenzaron a beber alguna que otra copa de más. Esto hizo que Mar pudiera convencer a Álvaro de bailar otra más.

—¿Te casarías alguna vez en el futuro? —preguntó ella.

Se encontraban cerca de la salida de emergencia, donde eran casi la única pareja que bailaba. El resto se encontraba en el centro de la pista amontonados.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No sé... Hoy he visto a mi hermana caminar hacia el altar y... he pensado en que podía ser yo.

—Pues no lo sé, la verdad. Nunca me lo he planteado.

—¿Ni siquiera con Verónica? —Él la miró con una mezcla de confusión y enfado—. Lo digo porque estuvisteis varios años en una relación seria —aclaró.

—Ya —Apartó la mano de su cintura para rascarse la barbilla y paró de bailar—, pero éramos jóvenes y nunca llegamos a pensar en ello. Necesito salir a tomar el aire —Desvió su atención abruptamente—. ¿Me acompañas? —le dijo en el oído.

Mar asintió y se dejó llevar cuando él la sacó de la sala de la mano. Pararon frente al balcón que daba hacia el mar y disfrutaron de las vistas. A ella siempre le habían dado miedo las aguas oscuras, pero desde aquella altura parecían inofensivas.

La cercanía del agua y la salida de la luna habían hecho que la noche se hubiera tornado algo más fresca de lo normal para ser mediados de junio. De repente, notó como él se movía de su lado para colocarse directamente detrás, pegando el pecho contra su espalda, notando su calor.

—Mar... —dijo este, arrastrando su nombre como sabía que a ella le gustaba.

Ella echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en su pecho. Él se pegó más y notó entonces algo duro contra su espalda. Sabía lo que Álvaro intentaba con esos movimientos. Había sido un día extraño y los temas de conversación con Álvaro no habían sido de lo más alentadores. Sabía que no podía negarle aquello. Esa noche no. Así que se dio la vuelta y le siguió el juego con un beso rápido. Después se alejó un poco para mirarlo a los ojos y vio como el hambre se apoderaba de ellos, oscureciéndose por completo.

Con un sonido gutural se lanzó contra su boca y la devoró. Sus manos en la nuca, atrayéndola aún más hacia él. Comenzó entonces otro tipo de baile del que él si parecía ser conocedor y no le molestaba practicar.

Y ella se dejó llevar.

—Vamos al coche —sugirió.

—¿Estás segura? —preguntó entre besos, casi no dejándola hablar. Era como si tuviese miedo de que le respondiese con una negativa.

—Sí, vamos.

Lo cogió de la mano y buscó con la otra la llave del coche que había guardado en el minúsculo bolso. Abrió la puerta para que él entrase primero por la parte trasera. Una vez dentro, no pareció importarles mucho que los cristales no fuesen tintados o que se les viera desde fuera. Él la cogió bruscamente y la sentó a horcajadas sobre sus rodillas. Levantó el vestido hasta que se lo sacó del todo y este quedó olvidado en el asiento del coche.

—¿Y si viene alguien y me ve desnuda? —Mar había cruzado los brazos por encima de su pecho, aunque aún llevaba el sujetador que la tapaba. Sin ropa sí que se sentía indefensa.

—No va a venir nadie.

—Ya, pero tú llevas el traje.

—No es lo mismo.

Le apartó las manos y besó sus pechos por encima de la tela. Después, bajó la copa derecha para dejar la piel al descubierto y lamer con libertad. Cuando las manos de Álvaro fueron a su espalda, con intención de quitarle el sujetador del todo, ella no le dejó.

—No, déjamelo puesto por si acaso.

Él la miró, suspiró y luego dijo:

—Está bien.

La apartó un momento para acercar la mano a la guantera donde guardaba un puñado de preservativos sueltos. Mar no dijo nada, pero fueron muchos los pensamientos que pasaron por su cabeza. Parecía que no era la primera vez que Álvaro lo hacía en un coche. Sintió algo extraño en su estómago. Se obligó a dejarlo estar.

No tardó en desabrocharse los pantalones y bajar la cremallera para liberar su erección. Mar se quedó observando mientras él se colocaba el preservativo. Quería grabar en su cabeza cada detalle de aquel momento. Iba a ser su única primera vez.

—Ven aquí.

La cogió de nuevo para ponerla encima de él, apartó la ropa interior a un lado y se colocó a la entrada de ella. Se miraron a los ojos, ella más nerviosa que él. Fue Álvaro el que comenzó a entrar. Mar intentaba no hacer ni un solo ruido que revelase el dolor que estaba sintiendo.

«¿Por qué tenía que ser así, tan doloroso para las mujeres, pero no para los hombres?»

—Espera —dijo sin aire.

Él esperó.

—¿Te duele?

Ella se mordió el labio y asintió con los ojos cerrados fuertemente.

—Deja que lo intente yo.

Quiso tomar las riendas de su propio dolor para así hacerlo más rápido. Comenzó a tocarse para intentar desviar su mente al placer, se elevó con las rodillas apoyadas en el asiento y bajó de golpe hasta que sintió a Álvaro dentro de ella por completo. Se quedó inmóvil mientras él apretaba los dedos contra sus caderas.

—Joder, Mar. ¡Joder!

Abrió los ojos y lo vio con la respiración acelerada.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño? —preguntó alarmada.

—No, nena. Todo lo contrario. He muerto y estoy en el cielo.

Eso la confortaba un poco y decidió que el dolor no era tan importante y que se pasaría si comenzaba a moverse. Eso hizo. Se elevó una vez más y volvió a bajar, con movimientos ágiles y respiraciones entrecortadas. En algún momento pensó que le llegaría el placer que solía alcanzar cuando se tocaba a solas. Pero no llegaba. Sin embargo, Álvaro parecía que lo disfrutaba. La animaba a ir más rápido y la ayudaba a moverse con su propia cadera. Hasta que de repente cesó con un gemido. Se quedó completamente inmóvil y con los ojos cerrados, mientras ella lo observaba ojiplática.

«¿Ya?»

—Dios. Ha sido una de las mejores veces de mi vida

—susurró Álvaro contra su pelo, mientras la abrazaba, estando aún en su interior.

Ella supuso que la siguiente vez sería mejor, puesto que ya no le dolería.

«Sí, la próxima vez irá mejor», se repitió para sí misma.

Cuando Álvaro salió de ella, hizo un nudo con el preservativo y lo dejó sobre la alfombrilla del coche. Le dio un casto beso en los labios y le devolvió el vestido para que se lo colocara de nuevo. Sin mucho diálogo, ambos volvieron a la fiesta meramente para despedirse. Se había hecho algo tarde y estaban cansados. Era hora de volver a casa.

—No deberías conducir.

—No he bebido tanto. Confía en mí.

La llevó hasta la puerta de Bonaire y ella lo invitó a subir. Ambos acabaron durmiendo acalorados en aquella cama que no era lo suficientemente grande para dos personas. Despertaron con la mayor resaca de sus vidas.

—Joder, Mar. No hagas tanto ruido. Quiero seguir durmiendo un poco más —se quejaba Álvaro con voz ronca.

Era verano y Mar había vuelto a trabajar en la pastelería. Había terminado la carrera, el trabajo final y las prácticas. Álvaro llegó tarde a la graduación por estar trabajando, pero lo compensó con unas flores y un «siento llegar tarde». Él seguía trabajando como siempre, y no tenía pronóstico de dejarlo. No sabía si su sueño era tener un trabajo de oficina en una empresa de seguros, pero él parecía contento con ello y a Mar le parecía correcto. Aunque no entendía por qué odiaba tanto cuando ella madrugaba para hacer lo que le gustaba.

Llevaban todo el verano saliendo juntos y parecía que la cosa iba muy en serio. Sin embargo, habían tenido alguna que otra discusión cuando a él le dieron unos días de vacaciones.

—¿En serio me vas a decir que me dan unos días de vacaciones y no eres capaz de tomarte un descanso para venir conmigo de viaje?

Había aprovechado el descanso del almuerzo para pasarse por Bonaire aquel día.

—Ya sabes que me necesitan por aquí. No puedo cogerme toda una semana libre. Además, necesito el dinero.

—Hay que joderse. —Se paseaba nervioso por la pastelería sin querer mirarla a la cara.

—No te pongas así. No es el fin del mundo. Ya tendremos más oportunidades para ir de viaje.

—Estoy intentando ganarme el ascenso. Estas son las últimas vacaciones que voy a tener en Dios sabe cuánto tiempo.

—No exageres. Seguro que en Navidad te dan unos días. O el verano que viene. —Intentaba apaciguarlo.

—Pero tú estarás aquí metida todo el día. Seguro.

—Álvaro, tienes que comprender que no todos tenemos el mismo trabajo —Suspiró—. Este es el mío. Y aunque sea algo familiar, no quiere decir que sea menos serio o que pueda cerrar cuando se me antoje.

—Bueno, da igual —miro el reloj—. Tengo que volver.

Se giró sin siquiera darle un beso.

—No te enfades, anda.

—Vale.

Salió por la puerta sin más.

Capítulo 4

Once años antes...

Era septiembre y se celebraba el vigesimocuarto cumpleaños de Mar y sus dos años en la empresa de seguros donde mismo había hecho las prácticas de la carrera. Había llevado una tarta a la oficina para celebrarlo con sus compañeros.

—Felicidades, nena.

Ya se lo había dicho esa mañana cuando la había recogido en la pastelería para ir juntos a trabajar. Ahora volvía a repetírselo, pero esta vez llevaba una caja tan pequeña que podría tener dentro un anillo.

—¡Pero bueno! ¿Esto se va a convertir en una pedida de mano? —El resto de los compañeros había empezado a aplaudir y a decir «ooooh» y «aaah».

—Cállate, Alberto. No lo estropees —le espetó Álvaro.

Mar no sabía qué pensar, porque no se sentía preparada. Cogió la cajita con miedo y la abrió lentamente, casi sin querer mirar lo que contenía su interior. El contenido la sorprendió, pero no la asustó como pensaba. Las sacó y las sostuvo en su dedo índice.

—¿Unas llaves?

—De casa.

—No nos asustes así, hombre —dijo otro de los compañeros. Sus vítores habían cesado, y se habían acercado a la tarta para coger su pedazo correspondiente, desinteresados completamente en la escena.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó ella, aún dudosa.

—Creo que deberías venirte a vivir a mi piso. De todas formas, ya dormimos prácticamente cada noche o en tu casa o en la mía.

Era cierto. Desde que habían comenzado a salir hacía ya más de dos años, era frecuente que ella durmiese en el piso de Álvaro y viceversa. Aunque no había una regla establecida de cuándo sí y cuándo no compartían cama, ambos habían dejado un cajón vacío en sus respectivos pisos para que el otro guardase algunas de sus pertenencias.

—Te quiero. Lo sabes ¿verdad? —susurró este acercándose a ella.

—Yo también —respondió Mar.

Esa era otras de las primeras veces que habían vivido juntos: el primer «te quiero».

Había sido tras cinco meses de relación, en un fresco día de octubre. Acababan de desenredarse el uno del otro y se hallaban desnudos y tumbados boca arriba en la cama de Álvaro. No necesitaron taparse con la sábana, siendo el ejercicio previo en dicha cama suficiente para hacerlos entrar en calor.

Fue él quien, tras varias respiraciones profundas, la miró y soltó las dos palabras. Acto seguido, Mar lo miró petrificada ya que creía haber oído mal. Estaba segura de que él había dicho otra cosa, pero ella había entendido mal y si las decía también, él la miraría raro y

pensaría que estaba loca.

—¿Cómo has dicho? —Quiso asegurarse.

—Que te quiero. ¿Necesitas que lo repita de nuevo?

Ella negó con la cabeza.

Entonces procesó las palabras y le recorrió un hormigueo desde la punta de los pies hasta la caja torácica. Sonrió. Se giró completamente hacia él y lo abrazó fuertemente.

—Yo también, tonto. —Le dio un beso en los labios para sellar tal confesión.

Así que, aquel septiembre dieron el paso de irse a vivir juntos. Álvaro ya tenía el piso completamente amueblado. Llevaba allí alquilado desde el principio y estaba encantado. Por ello, Mar no necesitó llevar muchas cosas en la mudanza y se dejó la mayoría en la buhardilla.

La mudanza le recordó a cuando se habían conocido. Entre Álvaro y Marcos ayudaron a transportar las cajas escaleras abajo hasta la furgoneta de la pastelería, y de allí al piso que no se encontraba muy lejos.

Mar ya no trabajaba en la pastelería, sino que era su madre y otra chica la que se encargaban de todo. Aunque se escapaba todo lo que podía cuando Álvaro no se daba cuenta para bajar y hacer algún que otro dulce. Ahora iba a tener la pastelería más lejos y no iba a poder permitirse hacer aquello. El trabajo en la oficina iba a ser lo que ocupase todo su tiempo.

Álvaro también trabajaba sin descanso. Aquel ascenso del que hablaba estaba cada vez más cerca, y no salía de la oficina casi para nada. Vivir con él iba a facilitarles mucho las cosas, ya que podrían pasar más tiempo juntos en todos los aspectos. Se ahorrarían el tiempo que tardaban en que él la recogiese en la pastelería, o lo que tardaba en llevarla a casa después. Si ella salía antes del trabajo, podría esperarle con la cena preparada.

Todo iban a ser ventajas. O, al menos, eso creía.

Pero la convivencia en pareja es dura y tiene que regarse cada día. Si no, acabas conviviendo con un compañero de piso más que de deja de ser tu pareja en el momento en el que olvidáis hacer cosas juntos solo porque vivís bajo el mismo techo.

—Esta noche tenemos cena en casa de mis padres —le recordó Álvaro.

—Lo sé —respondió Mar con una sonrisa.

No sabía si le habían preparado una sorpresa, pero tenía sospechas. Así que ese día se había puesto un poco más arreglada para ir al trabajo, trenzando su cabello en un recogido, porque irían directamente desde allí hasta la casa de sus suegros.

A diferencia de lo que suele ocurrir en las familias, Mar se llevaba muy bien con Pepa y Luis. Aunque había costado lo suyo que Álvaro se los presentase. Antes de Mar, Álvaro había estado varios años con Verónica, su ex. Para ella eso no era un problema, pero él sentía que necesitaba presentarle a sus padres cuando la relación estuviese más estabilizada.

Llevaban saliendo desde finales de mayo, y él decidió que el día de reyes del año siguiente era una buena fecha para llevarla a casa a conocer a sus padres y a comer juntos. A Mar tampoco le molestaba mucho, siempre y cuando él estuviera cómodo, ella no tenía prisa.

Y, para sorpresa de todos, la recibieron con muchísimo cariño, sin sacar el tema de Verónica o cualquier otra chica y comportándose como si fuesen dos padres más para ella. Luis no era tan cercano como Pepa, pero se agradecía tener una figura semi-paternal cercana.

Salieron del trabajo y se montaron en el coche de Álvaro, un tres puertas pequeñito que les hacía el apaño para moverse por la ciudad.

Ya en el ascensor, Mar no podía mantener las manos quietas y se alisaba constantemente la falda.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Es un cumpleaños más.

—Lo sé, pero siento que los veinticuatro son más especiales.

—Yo pasé por ahí hace un año y te aseguro que envejecer no tiene nada de especial —respondió Álvaro con burla.

Entraron en la casa sin necesidad de llamar al timbre. Él aún conservaba las llaves de la casa de cuando había vivido allí de pequeño.

—Ya estamos aquí —anunció.

La casa estaba como de costumbre, sin nada fuera de lo normal. La entrada tenía una lamparita que daba luz tenue a la estancia y en lugar de la mesa de la cocina, era la del comedor la que estaba preparada con mantel, platos y cubiertos. Mar contó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Había tres asientos de más.

—Felicidades, cariño. —Pepa se la abrazó.

—Felicidades, hija. —Luis también hizo lo justo.

Ding dong.

—Ya voy yo.

Álvaro se giró para abrir la puerta y para sorpresa de Mar allí estaba su familia.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —exclamó.

—¿Sorpresa? —dijo Nines.

Detrás de ella entraron Marcos y Carmen. Y no venían con las manos vacías.

—No tendríais que haberme comprado nada.

—¿Esto? No seas egocéntrica, son para adornar el árbol de Navidad —bromeó Marcos.

—¿En septiembre?

—Llámame loco, pero me gusta la Navidad —Sonrió y se acercó a Mar—. Felicidades, preciosa. Este es de tu hermana y mío. Pero más mío que de tu hermana. —Le guiñó un ojo.

—¡Oye! No digas eso —intervino la susodicha.

—Sabes que es verdad.

—Bueno, vale. Lo eligió él, pero yo le ayudé. No le hagas caso —repuso Nines.

Mar se echó a reír. Estaban hechos el uno para el otro y se podía ver a kilómetros de distancia.

—Gracias. *A los dos* —remarcó.

—Felicidades, cielo —dijo entonces su madre.

Mar se acercó y le dio el abrazo más fuerte de todos. Carmen tenía los ojos llorosos, como cada año que tenía que ver como sus hijas crecían sin su padre.

—Él estaría muy orgulloso —dijo con un nudo en la garganta.

Sus hijas estaban acostumbradas a la tristeza de su madre y optaban por el consuelo físico, pues las palabras se las llevaba el viento.

—Ey, tío. —Marcos y Álvaro se saludaron con un abrazo y una palmada en la espalda y entraron hacia el comedor para seguir hablando de las miles de cosas que tenían en común. Mar no entendía cómo habían conseguido tener más afinidad el uno con el otro que con sus propias parejas. Eran uña y carne.

Tras saludarse entre todos y ponerse al día ligeramente de sus vidas, se sentaron a la mesa y Carmen trajo los primeros platos. Mar la ayudó un poco en la cocina para quitarle algo de carga. El resto se mantuvieron a la mesa charlando.

—Bueno, qué. ¿Se lo has dicho ya o no? —Marcos dio un codazo a Álvaro.

—Sí, este mediodía.

—¿El qué? —preguntó Nines.

—Mar se viene a vivir conmigo —anunció.

—Habrás dicho que sí, ¿no?

—Sí, Marcos. He dicho que sí. —Puso los ojos en blanco.

—Ves. Sabía que era el momento.

—¿Esto también ha sido idea tuya? —apostilló Nines.

—Un poco, sí. Qué se le va a hacer, si soy el que lleva la iniciativa en esta familia.

Todos rieron y se pusieron felices por la inminente mudanza. Hicieron más preguntas al respecto y hablaron más del tema. La noche fue maravillosa y Mar se sentía tan acogida y tan querida que, aunque echaba de menos a su padre, la situación en la que se encontraba no quería cambiarla por nada del mundo.

Después de la cena durmieron una última vez en la buhardilla.

—Qué poco voy a echar de menos dormir en este cuchitril —apostilló Álvaro.

Al día siguiente hicieron la mudanza y los meses comenzaron a pasar más rápido que nunca.

—Ya te he dicho muchas veces que no me gusta cocinar. Además, estoy muy cansado.

Llevaban cuatro meses viviendo juntos. Al principio había sido muy positivo para ellos. Aprovechaban mucho los momentos que tenían y pasaban más tiempo en la cama explorando cada centímetro de la piel del otro. Pero con el paso de las semanas, Álvaro trabajaba cada vez más y ella aprovechaba sus huecos libres para ir a la pastelería.

Si pasaba mucho tiempo sin meter las manos en la masa se sentía como pez fuera del agua. Así que a veces homeaba en casa. La cocina del piso alquilado en el que vivían no era muy grande, pero un horno y un hueco en la encimera era todo lo que ella necesitaba. Sin embargo, cada vez que intentaba que Álvaro la ayudase, este se negaba en rotundo.

Cada día estaba más cansado y eso conllevaba a que se irritase con más frecuencia. Habían comenzado a tener discusiones tontas por cualquier cosa y a ambos les pesaba.

—No te preocupes. Es la última vez que te pido un poquito de ayuda.

Mar tenía las manos manchadas y necesitaba echar más aceite a la mezcla, pero Álvaro se negaba a levantarse del sofá. No le quedó más remedio que hacer un estropicio que luego le tocaría limpiar. Al fin y al cabo, ese era el coste por hacer los susos de crema que tanto le gustaban a su novio.

Con cada semana se habían ido distanciando. Las cenas fuera de casa y las salidas al cine habían desaparecido. Sus rutinas consistían en madrugar, ir al trabajo compartiendo coche, almorzar en el trabajo, volver a casa de nuevo en el coche, cenar y dormir. Lejos habían quedado los «buenos días» y besos por las mañanas, o las caricias antes de dormir. Tampoco se detenían a decirse que se querían o si estaban guapos con el nuevo corte de pelo.

Lejos habían quedado también las camisetas de grupos de música y los pantalones desenfadados; los partidos de rugby con amigos o los ratos tomando cervezas después del trabajo. El armario de Álvaro se había convertido en camisas, trajes y monotonía.

Mientras Mar amasaba la harina, comenzó a pensar en todas esas cosas que quería vivir y en lo mucho que quería despegarse de su madre. Creyó que aquella vida no le llenaba y que quizás debía armarse de valor y buscar algo mejor. Pero era muy difícil decir adiós a una persona con la que habías compartido años y momentos. Alguien a quién quieres y ves cada día de tu vida.

Así que retrasó el plantarle cara al problema un día. Y otro. Y otro más. Hasta que fue Álvaro

el que dio el paso.

—Creo que deberíamos poner fin a esto —dijo una noche mientras cenaban, tras haber pasado quince minutos comiendo en silencio.

—¿A qué?

—A lo nuestro.

—Pero ¿por qué? —Ella sabía el por qué, pero tenía miedo de seguirle el juego.

—Mar, lo sabes perfectamente. Discutimos por todo y ya no hacemos nada en pareja —Ella se mantuvo en silencio sin levantar la vista de su plato—. ¿Cuándo fue la última vez que nos acostamos?

¿Cuándo había sido? Mar contó para sí los días y se quedó sin dedos de las manos. Y hacía mucho más que no tenía un orgasmo. Pero eso no lo dijo.

—No lo sabes. Hace tanto que no lo hacemos que no puedes ni llevar la cuenta.

Y, claro, no podía hacer el cálculo con la compra de los preservativos porque Álvaro la había convencido al inicio de su relación de pasarse a la píldora.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó temblando.

Aún no había lágrimas en sus ojos. Su cerebro no había dado la orden porque no creía lo que estaba viviendo. Todo era un sueño, Mar no iba a quedarse soltera tras la cena y todo iba a salir bien.

—Creo que deberías marcharte a tu piso en Bonaire. Será mejor darnos un tiempo.

—Darnos un tiempo —repitió ella.

¿Por qué parecía tan sereno mientras decía aquellas palabras? Aunque ella no estaba llorando, así que quizás ambos eran unos desalmados.

Ah, no. Aquello húmedo que rodaba por su mejilla era la primera lágrima.

—No llores, sabes que es lo mejor para ambos. —Álvaro suavizó su tono.

Se levantó de su silla y obligó a Mar a levantarse de la suya. Después la rodeó con sus brazos mientras ella se perdía entre lágrimas y sollozos. Le acarició la espalda y besó el pelo.

—No estés triste. Sabes que aún te quiero y voy a estar para lo que necesites. Esto no es un adiós.

Ella sentía que no eran más que palabras de consolación vacías, pero se refugiaba en el significado real que pudieran tener. Quizás si volvía a su piso y se daban unas semanas, podría darse cuenta de que la echaba de menos y volverían a estar juntos.

Esa noche terminaron su relación, pero durmieron juntos. Solo durmieron. A la mañana siguiente, Álvaro la ayudó a recoger sus cosas, cada uno de los rincones que tenían la esencia de Mar quedaron vacíos. Ni siquiera dejó ese cajón que tenía reservado para ella.

La separación fue dura, y ambos sufrieron. Álvaro ya no pasaba a recogerla para ir al trabajo, sino que tenía que ir sola. Aunque lo seguía viendo allí, eso era irremediable. Se sonreían y se trataban como si fuesen amigos lejanos, compañeros y nada más. Eran sonrisas falsas que guardaban detrás muchas lágrimas.

Marcos y Nines la ayudaron muchísimo durante los meses que estuvieron separados y su cuñado intentaba evitar hablar del que aún era su mejor amigo. Aunque era inevitable nombrarlo en alguna conversación casual. Al fin y al cabo, los dos pasaban mucho tiempo juntos. Mar tenía que esforzarse para no preguntar por cómo llevaba él la ruptura.

Un día, mientras Álvaro fue a almorzar con sus compañeros, con los que ahora compartía despacho porque le habían dado el ascenso, este se dejó el móvil en la mesa. No había nadie más por allí cuando comenzó a sonar. Mar no sabía de quién era el móvil hasta que se acercó a la pantalla y vio la foto de la persona que llamaba. Era guapísima, con unos rizos bien definidos y

de un oscuro brillante. Debajo de la foto ponía el nombre de la chica que llamaba: Verónica.

A Mar se le partió el corazón en ese mismo momento. Sin poder evitarlo comenzó a llorar y necesitó salir de allí. Recogió sus cosas y se marchó a casa. Le mandó un mensaje a su jefe con la excusa de que se encontraba mal. Puesto que no solía cogerse días personales, no le puso pega alguna.

Al llegar a casa y abrir el armario para ponerse cómoda se topó con lo que llevaba guardando desde enero. Habían roto justo antes del cumpleaños de Álvaro, por lo que no había tenido oportunidad de darle su regalo. No lo creyó oportuno. Solo lo felicitó cuando llegó a la oficina y vio la fiesta que sus compañeros le estaban montando. Así que lo había metido en un rincón del armario con la intención de no verlo nunca. Pero de alguna forma había resurgido de entre la ropa que lo tapaba.

Lo cogió con ira y se dirigió con paso decidido hasta la cocina. Allí abrió la tapa de la basura y lo tiró con todas sus fuerzas contra el cubo de plástico. Hubiera sido conveniente que se hubiera quedado allí. Pero a la mañana siguiente, Mar lo sacó de la basura, le quitó el papel de regalo que lo cubría y ahora estaba sucio, y lo volvió a meter en su armario.

Dos meses después de la ruptura, Mar se encontraba en su mesa trabajando. Aquella mañana había llegado un poco antes de lo normal. No había podido dormir la noche anterior y desistió. La puerta de la oficina se abrió para dar paso a un Álvaro y una Jimena muy risueños. Ella iba cogida del brazo de este de manera cariñosa y se reía como si él acabara de contarle el chiste más gracioso del mundo.

Si ya eso hizo que a Mar le cambiase la cara, lo que ocurrió después aún más. Álvaro se puso serio al ver que ella ya estaba allí y había visto la escena.

—Mar —titubeó—. Buenos días. Has llegado pronto.

—Sí. —Fue lo único que esta dijo.

Jimena le dedicó una sonrisa y se sentó en su escritorio sin más. La mañana fue transcurriendo y llegó la hora del almuerzo. Álvaro salió con sus compañeros como de costumbre y Mar se quedó con su fiambrra. También Jimena. Pero no se le escapó cómo esta se acercó a la mesa de Álvaro cuando este volvió del descanso.

—Deberíamos repetir lo de anoche —susurró en su oído.

Pero fue un susurro hablado en voz alta, quizás para que Mar lo escuchase, o quizás eran imaginaciones suyas. Pero lo oyó. Y Álvaro lo supo. Puso los ojos como platos y los dirigió hacia ella. Mar se levantó tan bruscamente que la silla golpeó la pared que tenía detrás. Puso las manos en la mesa porque necesitaba un apoyo.

—¿En serio? ¿También Jimena? —gritó.

—Mar, yo...

—Tú ¿qué? ¿Eh? ¿Y tú? —Le dirigió una mirada asesina a ella—. ¡Que estás casada!

Dio gracias a que el resto de los compañeros no estaban presentes para oír aquella conversación, porque estaba segura de que se le estaba yendo de las manos.

—Mar —dijo Álvaro con más brusquedad.

—¿Qué? ¿Tienes algo que decirme? Porque yo creo que no es necesario. Somos dos personas adultas y libres de hacer lo que creamos conveniente. Y yo —recogió sus cosas—, me marchó.

Se fue sin mirar hacia atrás, pero escuchó cómo la silla de Álvaro se movía y este caminaba hacia ella. Quizás tenía la intención de pararla, de darle explicaciones o de excusarse. Pero se detuvo a mitad de camino y la dejó ir.

Esa tarde, Mar recibió una llamada de su jefe.

—Mar... —Sabía que venían malas noticias—. Ya nos ha contado Jimena tu numerito de

esta mañana —«Pero será...»

—. Creemos que lo mejor es que te dejemos marchar. No podemos tolerar que exista hostilidad entre compañeros de trabajo. Además, las normas de la empresa prohíben cualquier tipo de relación más allá de la amistad entre compañeros. Con vosotros hicimos la vista gorda, pero después de esto es imposible.

No tenía argumentos para defenderse, tampoco ganas. Así que lo dejó estar, supo que había cometido un error que le había costado su puesto de trabajo y llamó a su madre para informarla de que volvería a trabajar en la pastelería a jornada completa.

Capítulo 5

Diez años antes...

Aquella mañana Mar se despertó con una extraña sensación. No sabía qué era, pero su corazón palpitaba de manera extraña, como queriendo avisarla de que algo iba a ocurrir. Era pleno julio y hacía un calor horrible. Quizás las palpitaciones eran debidas a la falta de aire acondicionado en su piso de Bonaire.

Habían pasado seis meses desde la ruptura y cuatro desde que se había quedado sin trabajo en la empresa de seguros. Desde entonces, el contacto directo que había mantenido con Álvaro había sido inexistente. Sin embargo, indirectamente no podía evitar preguntarle a Marcos cuando su fuerza de voluntad se acababa.

—Está bien, pero afectado por la ruptura. Como es normal. —le decía este.

Su partida del trabajo fue muy injusta y el resto de su familia la había apoyado en ello. Incluso Nines se ofreció a contactar con su abogado para ayudarla a sacarle los cuartos a sus jefes o, al menos, a recuperar su trabajo. Pero ella se negó en rotundo. Había vuelto a madrugar para meter las manos en la masa cada mañana. Bonaire la ayudaba a despejar la mente. También lo hacía observar el marco con la foto familiar con el que se encontraba cara a cara cada día mientras horneaba. Cuánto echaba de menos a su padre en momentos como aquellos donde necesitaba un consejo paterno más que nunca.

Decidió dejar de darle vueltas a la cabeza, apagar de una vez el despertador y vestirse para bajar las escaleras hasta la cocina. Comenzó a hornear tandas y tandas de dulces. Cuando llegó la hora de abrir, metió las barras de pan para los clientes a los que también les gustaba madrugar para desayunar pan recién hecho. A primera hora de la mañana se formaban colas que la dejaban con apenas un par de barras de pan para el resto del día. Los vecinos de la zona eran clientes muy fieles.

A lo largo de la mañana tuvo una cantidad habitual de ventas para ser viernes. Se encontraba entretenida rellenando una bandeja de magdalenas que se había quedado vacía cuando sonó la campana sobre la puerta. Asomó la cabeza por encima del mostrador y vio que era Álvaro el que estaba sujetando la puerta abierta, dudando de si entrar o darse la vuelta.

—Eh...

—¡Hola! —dijo ella con demasiada efusividad fingida—. Pasa, no te quedes ahí.

—Hola —respondió tímidamente.

—¿Cómo estás? —Ahora comprendía las palpitaciones.

—Bien, bien —carraspeó—. Lo siento. Pensaba que hoy no trabajabas.

Así que había ido a Bonaire porque creía que no se la iba a encontrar. Parecía que no la conociese. Ella se pasaba el día allí. Era su único sustento.

—¿Por qué no iba a estar? Me paso aquí todo el tiempo. No es como si tuviera otro trabajo... —Lo último que quería era echarle en cara el despido.

—Si... Lo siento por aquello. Intenté que no te despidieran.

—No. No lo sientas. Yo lo siento por lo que dije. Estuvo fuera de lugar.

Hubo unos segundos de silencio donde sus miradas hablaban más que las palabras.

—Así que...

—Ah, sí. Perdona —sonrió—. ¿Qué te pongo? ¿Lo mismo de siempre?

No había un «lo mismo de siempre» porque llevaba mucho sin comprar en Bonaire, pero Mar se sabía de memoria sus dulces favoritos.

—Pues, me pones un par de susos de crema —Se quedó pensativo, observando el mostrador—. Y para mí una napolitana de chocolate.

—¿Para ti? Pensaba que tus favoritos eran los de crema.

—Ah, no —dudó—. Digo, sí. Es que ya me he cansado.

—Apretó los labios en una sonrisa tensa.

Mar dejó pasar aquella extraña conversación donde la tensión se podía cortar y envolvió los pastelitos con delicadeza. Le cobró y ni siquiera rozó sus dedos al darle el cambio, pues él esperó hasta que ella pusiera las monedas en el mostrador para recogerlas por sí mismo. Sin embargo, se quedó clavado en el sitio tras recoger su compra. Lo observó, esperando a que dijera lo que tenía en mente.

—¿Cómo estás? —dijo al fin.

—¡Estoy bien! —tosió—. Bien, bien. No te preocupes por mí. Estoy a lo mío.

—¿Y la familia? ¿Tu madre?

—Álvaro —Ante la mención de su nombre se le agrandaron los ojos y la miró con más detenimiento, como si se le hubieran despertado sentimientos que creía dormidos—, están bien. Pero no tienes que preguntar por quedar bien. Sé que sigues hablando con Marcos y él te lo cuenta todo.

—Ya, bueno. ¿Y no te importa?

—¿Qué seáis amigos? Ya lo erais antes de que nosotros... Ya sabes.

—Sí.

—Que tengas un buen día, entonces. —Fue Mar la que forzó la conversación a terminar, pero no podía soportar ni un solo minuto más tenerlo delante y tratarlo como a un conocido lejano.

—Tú también, Mar.

Y, finalmente, tras recoger la bandeja envuelta que le tendía, se marchó.

Más tarde, cuando ya era casi la hora del cierre, Carmen se presentó por la pastelería.

—Hoy ha venido. —Mar intentaba mantenerse ocupada volviendo a colocar pasteles que ya estaban en la posición correcta.

—¿Quién?

—Pues quién va a ser, mamá. Tú que crees.

—Ah. —Su mirada se entristeció.

—Sí, *ah*.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo ha sido? ¿Difícil? ¿Cómo estaba él?

—Sí, ha sido difícil. Lo echo de menos. Pero parecía estar bien. Mejor que bien, de hecho. Incluso ha cambiado sus susos favoritos por las napolitanas.

—Cariño... —Le cogió las manos a su hija para que se detuviera y la mirase a la cara.

—No pasa nada, mamá. Estoy bien. Me gusta lo que hago. —Ella esquivaba su mirada.

—Lo sé. ¿Necesitas que te eche una mano?

No necesitaba ayuda, pero sí un apoyo.

—Sí. Echo de menos amasar y hornear contigo.

—Deja que llame también a tu hermana. Como en los viejos tiempos.

Se refería a los veranos en los que las tres madrugaban. Antes de que las calles estuvieran puestas ya iban de camino a Bonaire con una sonrisa en la cara. Se metían en la cocina y se manchaban de harina, azúcar y aceite, hasta que tenían para llenar tres vitrinas enteras. Durante todo el tiempo que pasaban allí metidas, ponían un poco de música y hablaban de todos los temas posibles. Era su momento de desconexión y unión familiar.

Pero con el paso de los años las hermanas fueron creciendo y teniendo sus propias vidas. Nines conoció a Marcos, Mar comenzó la universidad, y se separaron por razones obvias. Aún seguían teniendo esa conexión, pero ya no era lo mismo. Cada una se centraba en su vida y trabajo, y descuidaba el resto. Desde que había vuelto a Bonaire y se había quedado soltera, Mar se sentía más sola que nunca. Casi le parecía que Álvaro había estado presente en su vida desde los inicios, y era una pieza fundamental en ella.

—No la llares, seguro que está ocupada. No quiero molestarla.

—No digas tonterías. Además, esta mañana me llamó para decirme que se tomaba unos días de descanso. Dice no sé qué de que hace demasiado calor en la oficina, no hay trabajo en verano y que la campaña de publicidad de Marcos va viento en popa.

—Está bien, llámala —aceptó.

Y, puesto que Nines había establecido su hogar cerca de Bonaire, diez minutos después estaba entrando por la pastelería, haciendo sonar la misma campana que había doblado por Álvaro aquella mañana.

—¿Necesitáis refuerzos?

—Tu hermana quiere una de esas noches como las de antes. De las de hornos encendidos hasta altas horas de la noche y risas entre medias.

—Pues, hablando de hornos... Adivinad qué bollo se cuece dentro de este —dijo Nines acariciándose el vientre.

Carmen y Mar se quedaron mirando boquiabiertas ante la forma que había escogido aquella de dar la noticia.

—No —negó Mar.

Carmen no podía articular palabra, pero las lágrimas hablaban por ella.

—Sí —afirmó la susodicha, comenzando también a llorar.

Las tres salieron de su estupor y corrieron a abrazarse.

—Voy a ser abuela.

—Voy a ser tía.

—Y yo voy a ser madre. ¿Os lo podéis creer? ¿Yo? ¿siendo madre?

—Si tu padre estuviera aquí...

Las tres lloraron aún más y se apretaron sin querer soltarse.

—¡Nines! —replicó su hermana.

—¿Qué pasa?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No te enfades conmigo. Estaba esperando a los tres meses de rigor para dar la noticia.

—¡Tres meses! —Mar le dio un golpe en el brazo.

—¡Ay! —Se quejó—. Pero no he podido aguantarme. Aún no los he complido.

—¿Para cuándo?

—Para enero.

Esa noche estuvieron hasta las dos de la madrugada hablando sin parar, bailando y preparando dulces de antojo que luego se acabaron comiendo. Se quedaron a dormir en la buhardilla. Nines utilizó la cama y las otras dos se acoplaron como pudieron entre el sofá y el suelo. Acabó siendo un buen día. Quizás las palpitaciones de aquella mañana se referían a ese momento.

—Tenemos algo que pedirte.

Mar y su madre habían sido invitadas al piso de su hermana para darles la noticia de que el bebé iba a ser niño, y lo iban a llamar Oliver. Nines era de constitución delgada y ya comenzaba a notársele la tripita. Aunque aún se le hacía raro pensar en que estaba creando un bebé en su interior.

Mar aún no había cumplido los veinticinco y era demasiado joven, pero ya se había llegado a plantear el hecho de ser madre. Lo pensó cuando estuvo con Álvaro, pero ese pensamiento se truncó pronto.

—¿El qué?

Cogió su copa de vino y le dio un sorbo, aprovechando que ella sí podía beber alcohol. Su hermana había tenido que dejar de lado su afición por el vino y pasarse al agua mineral.

—Queremos que seas la madrina —dijo Marcos.

—¿Yo? —El líquido se le fue por el otro lado y comenzó a toser desesperadamente.

—Claro que tú. ¿Quién sino?

Marcos comenzó a darle palmadas en la espalda mientras se aguantaba la risa.

—Por supuesto —contestó entre tos y tos.

Madrina.

No podía esperar a ver la cara rechoncha de su sobrino Oliver, coger sus manitas y hablarle con voz tonta y aguda. Nunca había cogido a un bebé en brazos, pero se moría por tenerlo, apoyar la cabecita en el hueco del codo y mirarlo con ojos dulces. Pero claro, tendría que compartirlo con los padres.

Y con el padrino.

—¿Y quién es el padrino? —preguntó con miedo.

Los futuros padres se miraron y después se giraron hacia ella en silencio. Mar comprendió.

—Ah, claro. Sí, es totalmente lógico. Me alegro de que sea él.

—¿No te importa?

—¡Claro que no! Es la opción más razonable. Es tu mejor amigo después de todo.

Tenía que aceptar que iba a estar en su vida más de lo que había planeado. Así que, para quitarse el sabor amargo de la boca, esa noche le envió el primer mensaje desde la ruptura.

No sabía cómo comenzar después de tanto tiempo. Si un «hola» bastaría. ¿Debería preguntar «qué tal»? Quizás era mejor ir al grano. No entendía por qué tantos nervios con una persona con la que había llegado a tener tanta confianza.

Mar

He oído que vas a ser el padrino de Oliver. Enhorabuena. Solo

quería decirte que me alegro mucho.

Álvaro

Sí, he oído que tú eres la madrina. Enhorabuena, futura tita. Me
alegro mucho de las buenas noticias.

Algo le decía que no quería terminar la conversación ahí, así que se dejó llevar y siguió escribiendo. Debería de haber aprendido la lección de que enviar mensajes a altas horas de la noche nunca era buena idea.

Mar

¿Cómo te va?

Álvaro

Bien, como siempre. Currando mucho. El ascenso es lo que
tiene.

Mar

Pensaba que ya habías ascendido.

Álvaro

Siempre hay un puesto más que escalar.

Mar

Siempre me gustó esa ambición tuya en todo lo que haces.

Álvaro

A mí me gustaba mucho la pasión que le ponías a las cosas. A
nosotros.

En ese momento, Mar se dio cuenta de que la conversación estaba comenzando a rozar un terreno peligroso que no sabía si estaba preparada para afrontar. Así que decidió quedarse con ese «nosotros» grabado a fuego en su cabeza, pero no responder al mensaje. Aquella sería tortura suficiente.

El tiempo pasaba demasiado rápido. Marcos acababa de llamar para informar de que Nines entraba en paritorio, y él con ella. Oliver se había adelantado un par de semanas y había venido a

nacer en el día de Reyes.

En todos aquellos meses, Mar había tenido más presente que nunca la maternidad. Cuando era pequeña solía pensar que quería casarse joven y tener hijos. Pero es muy fácil planear tu futuro cuando desconoces cómo funciona la adultez. Una vez hubo crecido y se dio cuenta de que tenía que estudiar una carrera, tener una pareja y un trabajo estable para ello, dejó a un lado sus planes de futuro.

Al haber perdido a su padre y ver a su madre no progresar emocionalmente, ella nunca quiso ser así. Tuvo suerte de toparse con Álvaro, pero ahora eso no servía de nada porque lo había perdido. No habían vuelto a mandarse mensajes ni a encontrarse en persona. Lo que sabía, como siempre, era gracias a Marcos. Así que, cuando entró en la sala de espera del hospital se sorprendió de que su corazón se alegrase de verlo allí sentado, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza en las manos.

Al oír los pasos entrar en la sala levantó la vista hacia ella.

—Mar. —Se incorporó y la abrazó sin darle tiempo a ella a prepararse.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —preguntó preocupada.

Álvaro aún no la había soltado y ella se obligó a rodearlo también con los brazos y a sentir su calor.

—Dicen que no dilata y van a tener que hacerle una cesárea.

—Pero ¿ellos están bien?

—Sí, lo tienen todo bajo control.

Mar se tomó la libertad de despegarse de él, cogerlo de los antebrazos y mirarlo a los ojos.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también me alegro de verte.

Se cogieron de la mano y esperaron pacientemente. Carmen llegó un poco después y esperó con ellos. Se sorprendió al verlos sentados el uno al lado del otro y agarrados, pero sabía que en los momentos difíciles uno se olvida de las diferencias y se aferra a lo que tiene más próximo.

Finalmente, Nines consiguió dilatar y algunas horas después nació Oliver completamente sano. Llamaron a los familiares para que viesan a la criatura. Mar entró llorando y dando la enhorabuena a su hermana y a su cuñado. Acto seguido se acercó al bebé que lo sostenía Marcos en sus manos. Álvaro la siguió.

—Hola, bebé —dijo en un susurro—. Eres precioso.

El padre le cedió a la criatura y Mar la cogió con sumo cuidado. Levantó la vista para mirar a Álvaro con una sonrisa y se sorprendió al ver la mirada seria y cargada de lágrimas de este.

—¿Qué pasa, tío? ¿Tú también quieres uno? —dijo Marcos con sorna.

Álvaro asintió, pero no lo miraba a él, sino a Mar con el bebé en brazos. Esta no paraba de hacerle carantoñas mientras derramaba lágrima tras lágrima.

Cuando finalmente dejaron a la nueva familia a solas en su habitación, Carmen supo que debía dejarles un rato para hablar y dijo que los esperaba fuera.

—Mar —Había perdido la cuenta de cuántas veces había pronunciado Álvaro su nombre ese día—, ¿podemos hablar?

—Por favor —asintió.

—Te echo muchísimo de menos. Necesito que vuelvas a mi vida.

—Yo también te echo de menos. —Giraba sin parar el anillo del dedo meñique.

—Lo de hoy... Han sido demasiadas emociones y me he dado cuenta de que... —No pudo terminar la frase mirándola a los ojos.

Ella le cogió la cara entre sus manos y volvió a poner su mirada en la de ella.

—Sí, ha sido un día muy cargado de sentimientos.

—Mar —Ahí estaba su nombre otra vez—, me he dado cuenta de que quiero ser padre.

Ella se quedó petrificada, esperando a que continuase.

—Pero quiero serlo contigo. Lo sé, sé que es pronto aún. No tiene que ser mañana, ni el año que viene. Pero quiero que sea contigo. Solo contigo.

Mar asintió incapaz de articular palabra, porque sentía lo mismo. Aquella mañana el corazón había vuelto a palparle de manera extraña y sabía por qué.

Álvaro se abalanzó contra ella y la apretó en un abrazo que no dejaba hueco a respirar. Ella le correspondió con todas sus fuerzas.

—Te quiero, joder —Se separó solo para volverse a unir en un beso lleno de pasión y recuerdos, de lágrimas y desamor, de reencuentros y promesas de futuro—. Te quiero muchísimo.

Después de aquello volvieron a estar juntos. Volvieron los cajones reservados para el otro en el caso de quedarse a dormir, los «buenos días» cargados de besos y amor, y las reuniones familiares con la mano apoyada en la pierna del otro. Volvieron a recuperar aquello que una vez tuvieron, incluso volvieron a trabajar juntos.

Fue un día que Álvaro sacó la conversación.

—Podrías volver a trabajar en la empresa. Al fin y al cabo, hay un puesto que se ha quedado vacío y hay que rellenarlo.

—¿El puesto de quién?

—El de Jimena —contestó con la boca pequeña.

Mar pensó que aquello era un paso hacia adelante, sin los dos pasos hacia atrás que parecían seguirle siempre.

—Está bien.

Capítulo 6

Seis años antes...

A la cena estaban invitados los padres de Álvaro y la familia de Mar. Iba a ser en el piso donde llevaban años alquilados, primero él y luego ella. Con apenas una habitación y un baño, ambos se apañaban con el espacio. El salón era un poco más amplio, y al estar unido con la cocina dejaba hueco para una mesa que pudiera sentar a siete comensales «y medio».

—¿Cuántos años tienes ya?

Luis estaba encantado con Oliver y, aunque no fuese nieto directo, lo trataba como tal. Marcos seguía siendo muy cercano a Álvaro y las reuniones familiares eran habituales.

El niño mostró cuatro dedos de su mano izquierda. Era zurdo como su padre.

—¿Cómo? ¿Cuatro años ya? Madre mía, pero qué campeón estás hecho.

El niño asintió. Se escondía detrás de las piernas de su madre.

—Tan vergonzoso como su madre —apuntó Marcos.

También llevaba el color de pelo originario de la familia Bonaire, aunque debido al tinte que Nines se ponía desde hacía años, nadie lo sabía y achacaban el color marrón a su padre. Pero los reflejos dorados los habían tenido las dos hermanas cuando eran pequeñas, al igual que las pecas que desaparecieron con el paso del tiempo.

Luis siguió llamando la atención de Oliver y Nines aprovechó para apartarse de su hijo y coger a su hermana del brazo.

—¿Crees que hoy puede ser el día? —le susurró, observando que nadie pudiera oírlas.

—Ha insistido mucho en esta cena y dice que tiene una sorpresa para mí.

Las hermanas hablaban de futuro desde que tenían uso de razón. Siempre contaban cómo se iban a casar con la misma edad con la que lo hizo su madre, utilizando su velo. Querían seguir con la tradición. Y cuando su padre falleció, les pareció más una obligación solo por hacerle sonreír viéndolas allá dónde estuviera.

Por ello, tras los muchos años de relación, Marcos había comenzado a insistirle a Álvaro con el tema, intentando enviarle indirectas para que se lo pidiera a Mar. Pero, aunque había habido más de una oportunidad en veladas románticas, Mar siempre se había quedado esperando el momento que no llegaba, con la esperanza hundida.

Esa noche era diferente. Al menos se sentía diferente. La insistencia de Álvaro en la llamada de la noche anterior, esa felicidad y nerviosismo que le acompañaban al hablar de lo mucho que se había acordado de ella en el viaje. Era extraño, pues cuando trabajaba se le iba la cabeza a otra parte y se le olvidaba incluso llamar para avisar de que el avión había aterrizado.

Tras mucha insistencia por parte de Mar, él había comenzado a tenerla en cuenta cuando salía de casa. Se alegraba de que algo hubiera cambiado en él y al fin se diera cuenta de sus fallos, poniéndoles remedio.

La hizo llamar a toda la familia para reunirlos en una cena en casa, proclamando que traía

regalos para todos y quería verlos allí cuando él llegase. También reiteraba que el regalo de Mar era el más especial. Cierto era que no acostumbraba a comprarle detalles, así que cualquier cosa de por sí sería bienvenida.

—Espero que tengas razón. —Nines le dedicó una sonrisa algo triste a su hermana, acompañada de un ligero apretón en la mano.

Se oyeron unas llaves repiquetear al otro lado de la puerta e intentando colarse por la cerradura. Tras varios intentos fallidos, sonó el timbre.

—Ese debe de ser Álvaro.

Mar se dirigió a abrirle la puerta. Los viajes de negocios habían sido muy habituales desde su último ascenso. Ahora se codeaba con los jefes de la compañía de seguros, e incluso había dejado de compartir oficina con Mar.

—Hola, nena. —Le dio un casto beso en los labios.

—¿Qué traes ahí? —preguntó curiosa.

Tenía las manos cargadas de bolsas, lo cual explicaba el por qué no hubiera podido abrir la puerta.

—Unas cosillas —se adelantó para dejar las bolsas en la entrada y Mar cerró la puerta—, para compensar a mi sobrino favorito por haberme perdido su cumpleaños —dijo en tono un poco más alto, para que el susodicho lo escuchase.

Abrió los brazos y se arrodilló en el suelo para recibir a Oliver que se lanzó sobre su tío sin pensárselo.

—Hola, tito Varo. ¿Ya has venido de trabajar? —Así era como el niño llamaba a Álvaro desde que era más pequeño y no sabía aún pronunciar su nombre.

—Sí. Ya he terminado y les he dicho que no me vuelvan a llamar más cuando sea el cumple de mi Oliver. —Le guiñó un ojo.

El resto de la familia observaba la escena con ojos tiernos y una sonrisa tonta en los labios. Oliver era el ojito derecho de la familia y todos tenían un punto débil en todo lo referente a él.

—¡Bien! ¡Tito Varo no trabaja más! —anunció a los demás.

Mientras, Mar recogió las bolsas de la entrada y las llevó hacia la cocina. Había traído varias bolsas de diferentes gominolas, otras cajas de galletas y bombones, y un par de paquetes envueltos para regalo.

Le cosquilleaba la barriga.

—Y te he traído una cosita. Ya verás.

Álvaro entró en la cocina para recoger los paquetes y entregárselos al niño. Pero antes se acercó con paso lento hacia Mar, dejando al resto de la familia atrás, se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita pequeña.

—Pero antes, no te creas que me he olvidado de ti.

Mar vio la escena reproducirse a cámara lenta ante sus ojos. La cajita reposaba en la palma de la mano izquierda, mientras con la derecha la abría. Pero la abría hacia él, y no queriendo enseñarle a ella el contenido.

Bum, bum.

El corazón le latía rápidamente. Nada de esas palpitaciones en los días raros. No. Aquello era diferente. Eran unos nervios que dejaban buen sabor de boca.

Los dedos de Álvaro se adentraron en la cajita y cogió algo entre el pulgar y el índice. Lo alzó y Mar vio cómo se alargaba una cadena dorada, larga y fina. No estaba adornada con ningún colgante, era una cadena simple, pero sorprendentemente iba mucho con ella, que no solía adornarse con ninguna joya.

No tenía palabras que devolverle. No sabía qué decir. Él hizo un gesto para que se diera la vuelta y ella obedeció. La cadena rodeó su cuello y oyó el sonido del broche cerrándose. Después, un beso siendo colocado en el espacio de su nuca, por encima de donde reposaba la cadena.

Mar sintió un escalofrío al entrar en contacto el oro frío contra su piel caliente. El silencio se alargó demasiado y se obligó a decir algo, aún de espaldas.

—Es preciosa. Gracias. —Su voz con un deje de tristeza.

—¿Seguro? Si no te gusta se puede descambiar.

Se dio la vuelta para dedicarle una sonrisa.

—No digas tonterías. ¿Cómo vas a devolverla si me la has comprado en otro país?

Lo recompensó con un besó corto.

—Bueno, venga. Vamos a comer entonces. Los aviones me dan hambre.

Mar no podía saberlo, nunca se había subido a uno. El pánico a las alturas y el miedo a volar iban de la mano.

—Cuéntanos cómo van los negocios, hijo.

Todos se sentaron a la mesa y disfrutaron de una cena en familia, poniéndose al día con sus vidas. Después, las chicas ayudaron a recoger, mientras ellos se sentaban con unas copas en la terraza. Mar se encontraba barriando debajo de la mesa cuando no pudo evitar oír la conversación que mantenían Marcos y Álvaro entre susurros.

—La cajita que le has regalado no contenía un anillo, ¿verdad? —preguntaba el primero.

—No. ¿Por qué preguntas eso? —Este parecía no entender a su amigo.

—¿Cuándo lo vas a hacer?

—¿El qué? —Sonaba molesto.

—¡Pedírselo!

—¿Pedirle el qué? —Abrió los ojos—. Ah. Ya sé por dónde vas.

—¿Y? Lleváis siete años juntos.

—Estuvimos un año separados. —Le dio un sorbo a la cerveza.

—Eso no cuenta, macho.

—¿Por qué tiene que ser siempre el hombre el que lo pida?

Marcos le dio un empujón en el pecho. Álvaro se tambaleó ligeramente hacia atrás y dirigió su mirada hacia el interior de la casa, haciendo que Mar agachase rápidamente la cabeza y terminase de barrer para volver a la cocina y actuar como si no hubiera escuchado nada.

—No lo sé, ¿vale? Pronto.

—Pronto —sentenció—. Más te vale.

Para Marcos, aunque su amigo fuese importante, Mar lo era mucho más. Ella era como una hermana y le tenía mucha estima. Se merecía lo mejor y haría lo imposible por conseguírselo para verla feliz. Si ella era feliz, Nines era feliz. No había más que hablar.

Mar se quedó dándole vueltas al asunto toda la noche. Pasó lo que quedaba de la reunión metida en su cabeza. Y lo mismo pasó al día siguiente.

Por ello, después de llegar ambos del trabajo, mientras descansaban en el sofá con una manta por encima, una pendiente de su teléfono móvil y otro del partido de rugby de la televisión, se le ocurrió preguntar.

—¿Te quieres casar?

Álvaro no estaba prestando atención, así que tuvo que pedir que le repitiera la pregunta.

—He estado pensando —Él despegó los ojos de la pantalla y giró un poco la cabeza hacia ella—, y quizás es hora de que nos casemos. ¿Te gustaría?

—Nos escuchaste anoche.

No era una pregunta. Y ella sabía muy bien que la había pillado.

—Sí, os oí. Y he pensado en lo que dijiste de que siempre tiene que pedirlo el hombre — Dudó, nerviosa—. ¿Te casarías conmigo?

—¿Va en serio? —Se rascó la incipiente barba.

—Sí —afirmó con miedo.

Álvaro perdió completo interés en el partido que se jugaba, soltó el mando en la mesa y se volvió hacia ella en el sofá.

—Pues claro que me casaría contigo. De hecho, hoy mismo vamos a poner una fecha.

—¿De verdad?

La sonrisa de Mar se ensanchó.

—Pues claro que sí. Te quiero, ¿no? Y llevamos mucho tiempo juntos. Es el siguiente paso por dar.

La besó. Un beso que no fue ligero como los que acostumbraban a darse, sino un beso húmedo, donde sus lenguas se encontraban. Y ese beso prometía más.

—¿Estás dispuesto a olvidarte del partido para prestarme atención solo a mí?

—Más que dispuesto.

Volvió a besarla. La cogió por la cintura y la colocó a horcajadas sobre él. Sacó primero un brazo y luego el otro del jersey. Luego lo tiró al suelo, dejándola completamente desnuda de cintura para arriba.

—¿Recuerdas nuestra primera vez? —preguntó ella.

Álvaro la miraba hambriento y ella con los ojos entrecerrados de placer al sentirlo duro debajo.

—Claro que me acuerdo. Fue algo parecido a esto, ¿no? —Deslizó las manos hacia arriba, moviéndolas desde la cintura hasta sus pechos desnudos—. Recuerdo que te sentaste encima de mí en el asiento trasero del coche. —Acercó la boca a su cuello.

—Y tú no te quitaste siquiera la ropa.

Pero esta vez sí entraba en sus planes tenerlo desnudo debajo de su cuerpo. Se levantó para poder quitarle los pantalones y los calzoncillos sin problemas, pero no volvió a ponerse sobre él, sino que quedó de rodillas frente a su erección.

—No recuerdo esto de aquella noche —mencionó él.

—Por suerte, una ha aprendido un par de trucos en estos años.

Eso fue lo último que dijo, pues lo rodeó con sus labios y comenzó a masajear, ayudándose de sus manos. Álvaro se quitó la camiseta, visiblemente acalorado, y la sujetó por el pelo para guiarla hacia arriba y hacia abajo.

—Así, nena. Joder, qué bien lo haces.

Mar no quería que ese momento acabase entonces. Así que, cuando consideró que era suficiente, se levantó rápidamente y descendió sobre él hasta quedar completamente unidos.

—Mierda —protestó Álvaro.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con picardía.

—No voy a durar mucho más.

Así que ella se dio prisa para poder llegar al clímax antes de que él se diera por satisfecho. Era lo que le gustaba de colocarse encima y llevar las riendas. No ocurría mucho, pero cuando ocurría, ella dirigía su propio orgasmo. Y así conseguía llegar.

Al terminar, ambos se quedaron en la misma posición, Álvaro aún dentro de ella, con la entrepierna salpicada por una línea blanca que caía con el peso de la gravedad.

—Éramos unos críos entonces.

Su voz sonaba adormilada, pero tenía un deje de cariño y diversión al recordar la escena en cuestión.

—Pero lo pasábamos bien —respondió él.

Le dio un beso en la sien.

Era junio del año siguiente y era el día de su boda. Álvaro ya había cumplido los treinta y uno, mientras ella aún tenía veintinueve. Tenía miedo de cruzar la línea que la separaba de la veintena, pero en el fondo sabía que no era más que un número.

Carmen, Mar y Nines repitieron el ritual del día de la boda de esta última. La noche anterior durmieron en el piso encima de Bonaire y a la mañana siguiente todas se prepararon juntas. Maquillaron a Mar y le colocaron el velo que habían usado previamente tanto su madre como su hermana.

«Algo prestado».

Aquel era el día con el que había soñado desde que era pequeña, pero al que también tenía mucho miedo. Miedo de equivocarse. Miedo de arrepentirse. Miedo de perderlo todo. Sin embargo, no dejó que esos pensamientos invadieran su mente en un día tan especial. Se dejó besar y abrazar por su familia, escogió dejarse llevar y ser feliz sin pensar en lo que pudiera ocurrir. Llevaba muchos años junto a Álvaro y el compromiso no iba a hacer más que unirlos de una forma especial.

Un coche las recogió en la puerta de la pastelería y las trasladó a la iglesia. Mar hizo el camino al altar de la mano de su madre, mientras que su hermana caminaba delante de ella como dama de honor. El novio la esperaba de espaldas y no se giró para verla hasta que no estuvo a su lado.

—Dios... —susurró Álvaro al verla.

—¡Oye! —le regañó Mar con una sonrisa—. No blasfemes en un lugar sagrado.

—Es que estás... Mar, estás preciosa.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

Aquello era un sueño hecho realidad. Rodeados de familiares y amigos cercanos, se dieron el «sí, quiero», habiendo confeccionado sus propios votos y recitándolos, mirándose a los ojos. Habían pasado por muchos momentos difíciles en su relación, pero se prometían estar ahí la una para el otro, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza.

Y por último, pero no por ello menos importante, hasta que la muerte los separase.

Tras el intercambio de anillos, se unieron con un beso que hizo que los asistentes silbaran y aplaudieran, mientras el cura miraba hacia otro lado. Se separaron sin aliento, pero con una sonrisa en los labios, felices de haber dado al fin el paso.

Hicieron el camino de vuelta por el pasillo de la iglesia cogidos de la mano. Mar no podía dejar de mirar el brillante que adornaba su dedo anular. No era grande, pero sí delicado y todo lo que habría podido pedir.

Después de las fotos de rigor, el coche los dejó en el local del convite. Escogieron el mismo lugar que su hermana para celebrarlo, con aquel balcón dando al mar donde Mar había perdido su virginidad con el que ya era su marido. Quizás no fue el punto más álgido de sus vidas, pero sí

un recuerdo que siempre quedaría para ellos.

—Por ti, marido.

—Por ti, mujer.

Levantaron las copas de champán y brindaron mientras todos los invitados gritaban:

—¡Que se besen! ¡Que se besen!

Así que eso hicieron. Esa noche los besos no escasearon.

El champán y el vino tampoco. Y esa fue la principal razón por la que los protagonistas de la noche, junto con otro gran grupo de invitados, acabaron llegando a casa borrachos a altas horas de la madrugada. Mar no pudo ni quitarse el vestido de novia antes de caer rendida en la cama después de tanta fiesta. Álvaro le siguió, con la camisa a medio desabrochar.

Había sido una buena noche.

Capítulo 7

Dos años antes...

—¿Cuándo tenéis pensado darme un nieto?

Mar suspiró. No había querido contarle a nadie de su familia lo difícil que le estaba resultando quedarse embarazada. Le agotaba tener que ver, mes tras mes, como volvía a bajarle el periodo. Los test positivos la aterraban, porque uno de ellos acabó con la pérdida de sus esperanzas apenas unas semanas después.

—No lo sé, Pepa. Es difícil. Tu hijo viaja mucho y cuando está aquí se pasa el día en la oficina.

—Lo sé, hija. No te preocupes, con Verónica era igual. Se pasaba el día trabajando y apenas le prestaba atención.

Pepa siguió sorbiendo su té como si no acabase de soltar una bomba delante de sus narices.

—No sabía que Álvaro trabajase mientras estudiaba en el instituto.

—Y no trabajaba. Me refiero a hace unos años. Cuando os disteis un tiempo —Entonces sí se dio cuenta, al ver la cara de sorpresa de Mar, que era información que ella no sabía—. Vaya. He metido la pata, ¿no?

—No, Carmen —La tranquilizó—. No es tu culpa.

—¿No lo sabías?

—No, no lo sabía.

Así que, durante el tiempo que habían pasado separados tras la ruptura, Álvaro no solo se había acostado con Jimena, sino que había retomado lo que tenía con Verónica.

—No te preocupes, hija. Al final fuiste tú la que se casó con él. Lo de Verónica es agua pasada.

Sí, *agua pasada*.

—Pero la quería —añadió.

—Tú lo has dicho. La *quería*, en pasado. A ti te *quiere* en presente. Es solo que está atareado con el trabajo —Soltó la tacita en la mesa, se sacudió las faldas y se levantó del sofá—. Bueno, hija. Me voy a ir yendo que tengo que hacer unos recados antes de que Luis se despierte de la siesta.

Mar se levantó con ella y la acompañó hasta la puerta.

—Y recuerda que todo río sigue su cauce.

Más tarde, Mar se encontraba recogiendo la ropa del tendedero. Siempre se encargaba ella de doblar cada prenda y guardarla en su debido lugar. Era una tarea simple y monótona, que no tenía nada de especial. Hasta ese día.

Abrió el cajón de la mesita de noche de su marido. Iba a guardar la ropa interior y aprovechó para ordenar un poco el caos de calzoncillos. Al sacar un montón de ellos, algo cayó al suelo y repiqueteó varias veces hasta rodar debajo de la cama.

Dejó las cosas a un lado y se arrodilló con la linterna del móvil encendida para poder observar bien qué era lo que se había caído. Allí, rodeado por una fina capa de pelusa, se encontraba la alianza de Álvaro. Lanzaba destellos dorados debido al reflejo de la luz.

¿Qué hacía su anillo allí?

Álvaro se había ido de nuevo a otro de sus viajes de negocios. Cada vez eran más frecuentes, e incluso llegaba a irse dos veces al mes, durante varios días seguidos. Mar seguía dedicándose a su trabajo, echando de menos a su marido y sintiéndose más sola que nunca.

Se sentía agotada. Agotada de intentar traer al mundo a un niño que no quería asentarse en su útero. Agotada de pelear con su marido por tonterías, porque la relación se estaba desgastando. Agotada de lanzar excusas a su hermana cuando esta le pedía que la acompañase a su siguiente ecografía.

Porque Nines estaba embarazada de nuevo.

Sí. Su hermana mayor, la que ya tenía un hijo de siete años, se había vuelto a quedar embarazada. Iba a tener una niña. «La parejita» como todos decían ilusionados. Y Mar se sentía rota y dolida por tener esos sentimientos hacia su hermana. Porque era su hermana y se alegraba de sus logros en la vida. Pero a veces el mundo era tan injusto que daba a una hermana dos hijos sanos, y a otra un sinnúmero de intentos fallidos y abortos.

Y, además, tenía que añadir a todo esto que su marido se iba de viaje y actuaba como si no estuviera casado. Porque no podía ser un error aquello. No. Álvaro le estaba poniendo los cuernos. Estaba segura. Él ya no la quería. ¿Cómo iba a querer a una mujer que no era capaz siquiera de darle un hijo? Se sentía inútil. Y comprendía a su marido. Por ello dejó el anillo de nuevo en el cajón e hizo como si nada hubiera ocurrido.

La aplicación que controlaba su ciclo volvió a avisarla de que estaba ovulando. Aunque no le hacía falta una alarma para saberlo. Se había aprendido de memoria las matemáticas que tenía que hacer para saber cuándo menstruaba y cuándo ovulaba.

Esa noche, cuando Álvaro apareció por la puerta con la maleta y el traje aún puesto, Mar se lanzó sobre él y a este no le quedó más remedio que cogerla al vuelo. No dejó que las palpitaciones tomaran protagonismo.

—Menudo recibimiento —comentó este con guasa.

—¿No puede una alegrarse de ver a su marido después de unos días?

—Claro que puede. Dios me libre.

Mar lo besó y se movió para que su entrepierna se rozara con la de él. Sabía lo que quería y él pillaba la indirecta.

—¿Estás ovulando?

—Ajá. —Asintió para enfatizar.

—Dame al menos cinco minutos que me duche.

—No hace falta.

Álvaro suspiró, pero se rindió ante su mujer.

—Está bien.

La llevó al dormitorio aún en brazos. La tumbó de espaldas sobre la cama y él se dejó caer sobre ella. Mar le intentaba quitar la chaqueta del traje con desesperación, mientras él se tiraba de la corbata que tampoco quería soltarse.

—Da igual. Con los pantalones es suficiente.

Tenía prisa. Como si no supiera que los ciclos duraban más de veinticuatro horas, y no tan solo unos minutos. Pero tenía la sensación de que, si esperaba un poco más, la parte racional de su cerebro iba a estallar e iba a acabar confrontando a su marido por el tema de la alianza.

—Más lento, Mar.

Álvaro se apartó para poder quitarse los pantalones y, a pesar de lo que opinaba su mujer, la chaqueta. Estaba acalorado, así que se desabrochó algunos botones de la camisa, los que le dio tiempo antes de que ella volviera a contraatacar. Llevaba un vestido corto y se había quitado la ropa interior. Se colocó encima y no tardó en tenerlo dentro.

Ella lo cabalgaba rápido y con brusquedad. Quería acabar rápido y comenzar con el ritual de cada mes: colocarse con las piernas en alto. Todo sentido común se había marchado por la puerta tras años de intentos fallidos, y confiaba en cualquier truco que encontrase en internet.

—Con cuidado, por favor —imploraba su marido, que apenas podía coger aire.

—¿Así mejor?

Álvaro cogió con fuerza las caderas de su mujer para aminorar el ritmo. Quería disfrutar del único momento del mes que su mujer se dejaba tocar. La echaba de menos y le rompía ver cómo ella lloraba con cada nuevo periodo.

—No. Mejor así.

Se incorporó en la cama, apoyando la espalda en el cabecero y apartando las manos que lo forzaban a quedar tumbado. Sentado sí tenía acceso a los labios que no llevaban una sonrisa desde hacía meses. También aprovechó para quitarle el vestido y dejarla completamente desnuda. Se detuvo en sus pechos, adorando primero uno, y luego el otro, pero siempre manteniendo el contacto con los dos para que no se sintieran solos.

Ella abrió los ojos con sorpresa cuando vio la pasión que Álvaro dedicaba al momento. Se olvidó de la alianza, de los viajes de negocios y del único motivo real por el que estaba haciendo el amor con su marido.

Dejó de pensar.

Se permitió cerrar los ojos y disfrutar del momento. Sorprendentemente, el orgasmo le llegó antes que a su marido, en una onda que le recorría desde los pies hasta la nuca, erizándole el bello a su paso. Gritó y gimió como no recordaba haber hecho en años.

—Así —sentenció Álvaro.

Sonrió al ver tal espectáculo. Después la siguió en su explosión de placer.

La alianza volvía a ocupar aquel rincón escondido en el cajón de la ropa interior de su marido. Este, como era obvio, estaba viajando de nuevo. Ya no sabía si eran negocios o placer.

Como si su cuerpo pudiera percibir las malas noticias, le regaló otra decepción. De su entrepierna escapó un líquido templado que la hizo temblar. Corrió hacia el baño, abrió la taza del váter, se bajó las bragas y se sentó. Una mancha roja adornaba la tela de algodón.

Le había bajado la regla.

Se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar, apoyándose en sus rodillas.

Había superado la treintena en busca de un bebé. No le había preocupado que, después de un año, la búsqueda no diera sus frutos. Familiares y amigas le habían dicho que era normal no conseguirlo a la primera. Algunas contaban experiencias de haber estado años intentándolo hasta que lo habían conseguido.

Pero los últimos dos años de su vida habían sido agotadores.

Cuando ya comenzó a perder la esperanza, su apetito sexual se fue también por el desagüe.

Dejó de ver a su marido como tal, y comenzó a apartarse de él. Se encerraba en sí misma y se odiaba por no ser una mujer útil. Solo tenía un propósito en la vida, y ni eso era capaz de conseguir.

Esta vez no volvió a dejar el anillo en su escondite. Lo sostuvo en su mano, apretó el puño como si pudiera hacerlo desaparecer junto con sus problemas. Cuando se dio cuenta de que aquello no iba a ocurrir, lo dejó sobre la mesita de noche, con la intención de que Álvaro lo viera al llegar y atara cabos.

Esa vez, cuando llegó a casa no se lanzó a sus brazos ni lo besó con pasión. En su lugar lo recibió con un simple beso en la mejilla y lo siguió silenciosamente hasta que entró en el dormitorio. Se quedó observándolo apoyada en el quicio de la puerta. Álvaro sabía que ocurría algo, pero suponía que era lo de todos los meses.

Comenzó a quitarse el traje y lo fue colocando en el perchero de la esquina. Después se sentó en la cama para desatarse los cordones finos de los zapatos de vestir. Cuando iba por el segundo zapato sus manos se detuvieron. Su mirada había ido a parar a la mesilla. El silencio se extendió unos segundos que parecieron horas. Mar seguía observando. Él se giró hacia ella y supo que esa ceja arqueada decía mucho, que no tenía que abrir la boca para saber lo que preguntaba.

—No es lo que parece.

Acababa de incrustar el primer clavo de su ataúd.

—Llevamos cuatro años postponiendo nuestra luna de miel para que puedas darte estos viajes de negocios que lo son todo para ti —dijo con calma—. ¿Y me dices —comenzó a elevar la voz con cada palabra—, que en ellos disfrutas de otras?

—terminó gritando.

—No es así, te lo prometo.

—No me hagas promesas vacías. ¡Y para de hacer eso!

—¿El qué?

—Rascarte la barbilla. Lo haces inconscientemente cada vez que mientes.

Lo miraba con desprecio. Se mantenía apoyada en el umbral, incapaz de separarse por miedo a que las piernas no pudieran mantener su peso. Los brazos los tenía cruzados sobre el pecho para evitar que penetrase cualquier excusa que su marido pudiera inventar.

—Mar, escúchame.

—Entonces estás confirmando que lo del anillo es intencionado. No te lo dejas aquí por error o por miedo a perderlo.

Quería mantener, aunque fuese un resquicio de esperanza.

—Tienes que entenderme. A veces fantaseo con la idea de no estar casado.

Un puñal invisible atravesó su corazón y un sollozo silencioso se abrió paso por su garganta. Abrió la boca, pero no obtuvo sonido alguno.

—Eso ha sonado mal. Déjame que me explique.

Álvaro levantaba ambas manos, rendido.

—Así que te gustaría no haberte casado conmigo —susurró.

—No tergiverses mis palabras.

Caminaba de un lado al otro de la habitación, como un animal enjaulado

—¿Entonces? Explícamelo, porque no lo entiendo.

Álvaro soltó todo el aire de sus pulmones y supo que sus palabras iban a causar un daño irreparable, pero tenía que decirlas. No era el único que sufría con cada ciclo.

—Hace mucho que no me miras como solías hacerlo. No hay deseo en ti. Y, a veces, me gusta sentirme deseado. Estoy cansado de ser tu puto donante de esperma.

Mar rompió a llorar como nunca.

—No he hecho nunca nada en estos viajes, más que un flirteo tonto. Pero me sentía bien haciéndolo, sin pensar en la realidad que me esperaba en casa —Se llevó las manos a la nuca y cerró los ojos—. Es jodido, lo sé. Muy jodido.

Ella seguía llorando desconsoladamente. Las piernas, al fin, cedieron y cayó de rodillas al suelo. Se apoyó con las manos mientras las lágrimas caían incesantemente al suelo. Estaba comenzando a crearse un pequeño charco de ellas.

Álvaro caminó hacia ella. Aún llevaba un solo zapato puesto y la corbata deshecha. Se agachó y la acercó a su cuerpo. Al principio, cuando la abrazó ella seguía sin reaccionar.

—Shh. Estoy aquí contigo. Todo está bien.

No lo estaba, pero lo estaría.

Mar respiraba hondo. Cogía aire y lo soltaba acompañado de hipidos. Hasta que consiguió serenarse y, al fin, rodeó también a su marido con los brazos.

—Lo siento, ¿vale? Te quiero y lo sabes —le dijo.

Regaba besos por la sien de Mar, la frente y la cabeza.

—Y yo te quiero a ti. No solo por tu esperma. —La voz de Mar sonaba rota.

—Lo sé.

—Entonces no digas cosas que me hacen daño. Me calan muy hondo. —Se tocó el pecho para tapar el agujero que habían hecho sus palabras.

—Lo siento —repetía, una y otra vez—. Te juro que lo siento.

—Me hago mayor, Álvaro. A este paso no vamos a poder ser padres.

—¿Te ha bajado la regla?

Asintió.

Álvaro respiró hondo y asintió con ella.

—Y, para colmo, mi hermana está embarazada de nuevo. Me siento una hermana horrible al no tener en mí ganas de celebrar su felicidad. Siento celos. No puedo mirarla a la cara sabiendo lo que pasa por mi cabeza. La vida es muy injusta.

—Vamos a superar esto. Juntos. Y nos llegará el momento. Y, si no, entonces adoptaremos o algo. Hay muchas formas de ser padres. Podemos buscar una clínica.

—¿Tú quieres?

—¿Tú no?

Responder con una pregunta a otra pregunta era lo menos arriesgado. Estaba caminando sobre cáscaras de huevo y no quería causar más daño.

—Sí.

—Entonces no hay más que hablar. Vamos a conseguir cita tan pronto como podamos —dijo con decisión—. Poco a poco, Mar. Poco a poco —susurró más para sí que para ella.

—Disculpe, ¿sabe dónde está la consulta del doctor Carrasco?

Habían dado el paso de pedir cita con un médico que les aconsejase sobre el asunto. Estaban buscando la consulta del doctor sin resultado alguno. Los nervios habían podido con ambos aquella mañana, e incluso se habían perdido de camino en el coche, aun llevando el GPS.

Todos los trabajadores parecían muy ocupados, en mitad de una llamada de teléfono o una

conversación con un paciente. Álvaro detuvo al primero que vio que no parecía hacer ninguna de estas cosas. Caminaba rápidamente, con prisas, agarrando las solapas de la bata que se le abrían con cada paso. Se detuvo en seco y los observó, procesando la pregunta que le habían formulado.

Parecía joven. Con gafas de pasta y una mirada que gritaba lo mucho que aquel chico necesitaba una siesta. En la pequeña placa que colgaba del pecho de su bata se leía: Guillermo. También había una foto del que parecía un Guillermo mucho más despierto y algo más joven. No le dio tiempo a leer el apellido que lo acompañaba.

—Lo siento. Soy nuevo por aquí y no conozco aún a nadie. ¿De qué especialidad?

—Gestación asistida —respondió ella con timidez.

Introdujo sus dedos en la mata de pelo despeinado y se rascó la cabeza, pensativo. Era de un tono más claro que el rubio de su barba.

—Ah, sí. Tienen que subir un par de plantas más. Allí pregunten en el mostrador y les ayudarán.

—Muchas gracias.

—Tenía una voz muy grave para ser tan joven, ¿no? —dijo cuando este se hubo marchado.

—¿Cómo dices? —Álvaro parecía despidado.

Ella decidió dejarlo estar.

En la cuarta planta dieron con la consulta del doctor Carrasco justo a tiempo. En el mismo momento en el que se acercaban a la puerta, salía una enfermera que los llamaba por nombre y apellidos.

Mar hizo amago de girar el anillo de su dedo meñique, pero no estaba. No podía ser. Aquella mañana lo llevaba cuando había salido de casa. Recordaba haber pasado todo el camino en el coche girándolo. Era imposible haberlo perdido. Había perdido peso en los últimos meses, pero no lo suficiente como para que el anillo se deslizara y cayera al suelo.

—Mi anillo —le dijo a Álvaro.

El doctor, un señor mayor de barba blanca y pelo canoso les indicó con un movimiento de cabeza que tomaran asiento, sin siquiera dejar de escribir en el teclado especialmente sonoro. Mar quería detener el momento para hacer una búsqueda exhaustiva. Necesitaba su anillo.

—Deja de moverte tanto. Todo va a salir bien —le indicó su marido colocándole una mano en la pierna para calmarla.

Cuando el doctor requirió información, Mar se armó de valor y le explicó todo su historial. Desde los años tomando la píldora, hasta los innumerables intentos fallidos y el aborto involuntario.

El doctor les expuso cuál podría ser la causa del problema. Les explicó que tendrían que hacerles pruebas a ambos para llegar a la raíz. Después les explicó cómo funcionaba la fecundación *in vitro*, en el caso de que llegaran a la conclusión de que esa fuese la única solución.

—¿Cómo dice? —dijo Álvaro en un tono más elevado de lo normal.

El doctor le acababa de decir a cuánto ascendía el gasto del proceso en su totalidad, en el caso de que funcionase perfectamente a la primera.

—Claro. Tenga en cuenta que primero hay que comenzar con el proceso de inyección de hormonas. Tras varios meses comenzaría la extracción de óvulos. Tiene que pensar que estos van a congelarse en un espacio que hay que pagar. Algo así como un alquiler. Sumémosle el proceso de implantación y que en el primer intento consiga funcionar.

—Sí. Lo siento. Es que me ha pillado en frío.

—¿Cuánto están ustedes dispuestos a pagar por una familia?

No tenían claro si podían siquiera permitírselo.

Capítulo 8

1 mes antes...

—¿Estás seguro de que no es peligroso sentarse al lado de los motores?

Al fin, tras años buscando un hueco en sus apretadas agendas, habían conseguido encontrar el momento perfecto para su tan postpuesta luna de miel. Cuando se casaron no tenían suficiente dinero y Álvaro no cesó de trabajar para conseguir el ascenso. Después vinieron otros ascensos, el dinero comenzó a entrar, pero lo que escaseaba era el tiempo.

Más tarde llegaron los viajes de negocios y los problemas que se generaban en la pareja debido a no poder ser padres. Tras la búsqueda de clínicas y tratamientos que no daban resultado, decidieron rendirse, muy a su pesar, y seguir con sus vidas.

Álvaro llegó una noche del trabajo con una muy buena noticia. Había conseguido convencer a sus compañeros de oficina de ampliar el próximo viaje de negocios lo suficiente como para que Mar pudiera acompañar a su marido.

No era el viaje soñado por Mar. Bali es esa isla de Indonesia llena de playas paradisíacas y eternas vistas al océano. Y ahí yacía el problema. Además del miedo a las alturas, Mar tenía un pánico inmenso a las aguas profundas, pues escondían lo impensable. Llevaba semanas despertando entre sudores, con pesadillas sobre animales que ni siquiera sabía si existían persiguiéndola por aquellas aguas.

Por suerte, las actividades que habían reservado previamente eran todas individuales, dejándola a ella fuera y con la opción de unirse si conseguía reunir el valor suficiente. Además, él iba a estar ocupado con el trabajo algunos días, por lo que ella pensaba aprovechar al máximo aquel hotel de cinco estrellas, con varias piscinas, sauna y zona de masajes.

Iba a ser una semana de lujos en la que se iba a olvidar de la realidad de su vida por un momento.

—Nena, vuelo varias veces al mes y te puedo asegurar que, de acuerdo con las estadísticas, el avión es el medio de transporte más seguro que existe.

—¿Qué estadísticas? ¿Están respaldadas por algún estudio importante?

—¿Qué más da? ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste una noticia sobre un accidente de avión?

—No lo sé.

—Exacto. No lo recuerdas. —Álvaro levantó las cejas para hacer hincapié en su argumento.

—No sé si eso me reconforta. Hay más probabilidades entonces de que seamos nosotros.

—Señorita, ¿le puede dar a mi mujer algo para tranquilizarla?

—Lo siento, caballero. No podemos ofrecer nada hasta que estemos en el aire. Nos estamos preparando para despegar.

—Genial. —Puso los ojos en blanco.

—*A continuación, vamos a comenzar con las instrucciones de seguridad en caso de*

emergencia. Es importante...

La voz comenzó con aquellas instrucciones que Álvaro estaba harto de oír, pero que para Mar eran toda una novedad. Mantuvo una atención constante en cada uno de los apartados que mencionaban.

—Cada asiento está provisto de un cinturón de seguridad que deberá utilizarse siempre que la señal correspondiente esté encendida.

Rápidamente, esta se abrochó el cinturón como así lo indicaban. Quizás lo apretó más de lo recomendado, pero demasiada seguridad nunca era motivo de accidente.

—Abróchate el tuyo —indicó a su marido y este obedeció.

—En el caso de una pérdida de presión en la cabina durante el vuelo, caerán automáticamente máscaras...

—Acuérdete de colocártela tú antes que a nadie —apuntó Álvaro con sorna.

—Qué egoísta, ¿no?

—Estamos hablando de supervivencia. El más inteligente es el que sobrevive, no el que tenga más empatía.

Mar sintió que su marido parecía un poco alterado, o incluso nervioso, con respecto al viaje que les tocaba vivir durante la siguiente semana. Intentó no tener en cuenta sus respuestas un tanto secas.

—Debajo de cada asiento encontrarán un chaleco salvavidas.

Intentó agacharse para verlo, pero el cinturón le impidió moverse de su sitio. Alargó un poco la mano y notó algo que sobresalía por debajo de su asiento. Se quedó más tranquila al saber que no se habían olvidado de colocar el chaleco en su sitio.

Una vez terminaron las instrucciones, las azafatas comenzaron a pasearse por el estrecho pasillo, observando que cada pasajero seguía las normas establecidas.

—Caballero, coloque la mesita en su lugar. Debe mantenerse plegada hasta que las luces de cinturón se apaguen.

—¿Tú no eras el que viajaba varias veces al mes? Pues tan bien no te sabes las normas —le reprimió Mar por lo bajo.

Álvaro le dedicó una mirada acusatoria.

El avión comenzó a moverse, saliendo marcha atrás y alejándose de la pasarela para entrar en la pista. Tras unos ruidos extraños, el Airbus de aquella compañía famosísima comenzó a rodar y fue aumentando la velocidad hasta que las cabezas de los pasajeros quedaron pegadas en el reposacabezas de sus asientos.

Al cabo de unos segundos, una sensación extraña en la barriga de Mar le indicó que ya habían despegado las ruedas del asfalto y se encontraban en el aire. No se atrevía a mirar por la ventana, a pesar de haber pedido a Álvaro una y otra vez que le permitiese sentarse en el asiento más pegado a esta.

Contó hasta tres, pero no fue capaz de abrir los ojos. Los tenía cerrados con mucha presión.

—Ábrelos —instó Álvaro, que llevaba varios segundos intentando que le hiciera caso, pero ella no había podido oír nada con el sonido del corazón latiendo tan fuerte que el propio piloto podría escucharlo.

Otra vez. Una, dos y...

Los abrió, pero mirando hacia el asiento de delante.

—Ahora gira la cabeza.

Dio dos respiraciones profundas y se obligó a hacerlo.

Aún seguían ascendiendo. De hecho, apenas habían pasado unos segundos, aunque a ella se

le habían hecho eternos, porque se veía el suelo relativamente cerca. Los coches parecían hormiguitas y las parcelas eran parches verdes y marrones, intercalados. En ningún momento pensó en la altura. El resto de los detalles la mantenían alerta.

Comenzaba a disfrutar tranquilamente de la sensación de libertad en el aire cuando un grito la hizo voltear la cabeza.

—¡Fuego! ¡Señorita, fuego!

El revuelo comenzó a hacerse latente y el resto de los pasajeros se unió a la histeria. No se lo podía creer. Uno de los motores, justo el del lado contrario a Mar, estaba ardiendo. Toda tranquilidad se evaporó instantáneamente.

—*Mantengan la calma, por favor* —decía una voz por el interfono—. *Estamos actuando en consecuencia para mantener la seguridad de todos los pasajeros de este vuelo. Tengan en cuenta que los aviones están diseñados para volar con la pérdida de hasta un motor.*

—¿Qué clase de palabras tranquilizadoras son esas?

—reprochaba una señora un par de filas más atrás.

Mar seguía sin poder articular palabra. El pánico se había apoderado de ella. Se encontraba encerrada en un avión y no tenía escapatoria. Solo podía quedarse sentada esperando a que aquello se resolviera de alguna forma.

Comenzó a repetirse lo mismo que había dicho la azafata.

—Los aviones vuelan con un solo motor. Los aviones vuelan con...

—Por Dios —susurró Álvaro.

Un movimiento brusco sacudió el avión. El segundo motor, aquel que Mar podía ver con sus propios ojos, había echado a arder también.

Gritos siguieron a aquel suceso. Ella se agarró con fuerza a los reposabrazos, uno de ellos ocupado por la mano de su marido. Irónicamente, deseó que este no llevase puesta la alianza en ese momento porque estaba sujetándose con tanta fuerza que se la estaba clavando.

No. Aquello no podía estar pasando.

—Esta mañana no he sentido palpitaciones —susurró.

—¿Qué? —Álvaro la miraba perplejo, con los ojos como platos.

Él tampoco sabía cómo reaccionar ante la situación que estaban viviendo. Mar pensó en lo mucho que deseaba que su marido le dijese: «Sí, nena. Tenías razón. Las probabilidades de un accidente aéreo con nosotros dentro eran hoy más altas. Todo tal y como tú habías predicho».

Deseó que, por una vez, le diera la razón y saliera él perdiendo de aquella conversación.

El avión comenzó a descender de manera precipitada y los pasajeros se dieron cuenta de lo que se avecinaba. De golpe saltaron todas las máscaras de oxígeno y Mar supo que la pérdida de presión de la cabina era el menor de sus problemas.

Es curioso como cuando vas a morir no es tal cual las películas lo describen. En lugar de pensar en todas las cosas bonitas de tu vida, o ver ante tus ojos pasar una película que reproduce una adaptación de tu biografía, solo ves caos, gritos y pánico en ojos ajenos.

Sin embargo, una vez aceptas cuál es tu destino, se te olvida que tenías miedo a las alturas o que el mar te causaba un profundo temor. Y solo queda en ti el instinto de supervivencia.

Ni siquiera se te pasa por la cabeza colocarle la mascarilla a tu marido, que intenta alcanzar la suya sin éxito, porque el avión se zarandea de una forma tan brusca que las máscaras cuelgan de un lado para otro, siendo casi imposible cogerlas. Desistes en agarrar la tuya y tan solo te aseguras de que el cinturón esté bien colocado y los reposabrazos en su lugar, para agarrarte fuerte.

Por si las moscas.

Como si el avión no fuese a explotar en el impacto y todo tu cuerpo, reposabrazos, cinturón y asiento incluidos no fuesen a desintegrarse consigo.

No piensas en tu familia que espera pacientemente en casa a que aterrices para hacerles una videollamada y enseñarles ese paraíso del que llevas hablándole meses con la ilusión de una niña pequeña que va a su primera excursión con el colegio, en lugar de a su luna de miel.

No piensas en todos los hijos que podrías haber tenido si tu marido y tú no fuerais incompatibles en el ámbito genético, y en lo mucho que podríais haber disfrutado el uno del otro si no os hubierais centrado en ser padres y en trabajar.

No piensas en tus dos sobrinos pequeños, Oliver y Lidia, y en cómo no vas a ver más sus caritas llenas de bondad y alegría, ni las miradas de sus padres que lo darían todo por esas dos personitas llegado el punto.

Tampoco piensas en las posibles amantes que haya tenido tu marido a lo largo de una relación de más de doce años, ni en las cosquillas que sentías al principio cuando te tocaba, o en los orgasmos que dejaron de acudir a ti porque el sexo también se desvaneció.

No piensas en decirle a tu pareja «te quiero», ni intentar consolarlo porque saber que tú estás más asustada aún que él. Ni siquiera piensas en decirle «todo va a salir bien» porque sabes que sería una mentira. Y mentir justo antes de morir no es bonito. Quién sabe si eso te hace ir al infierno. Si es que existe siquiera uno.

Nada de eso.

En lo único en lo que pensaba Mar era en si existiría forma de sobrevivir. En si sería capaz de saltar del avión antes de que este se estrellase y sobrevivir así, o si moriría de igual manera.

También pensó en los paracaídas. ¿Por qué no ponen un paracaídas para cada pasajero, o al menos la opción de quién lo quiera pagando? Al igual que la opción de facturar la maleta o llevarla en cabina. O la de pagar por un asiento con espacio extra para las piernas.

Se dio cuenta de cómo empezaba a delirar.

Giró la cabeza hacia el asiento de su marido e intentó centrarse en lo que sus labios articulaban. Era difícil oírlo sobre las voces que lloraban, gritaban y rezaban. También sobre el palpitir de su corazón.

Ahí estaban las palpitaciones.

Álvaro agarraba aún con fuerza los reposabrazos y Mar tenía la certeza de que iba a acabar haciendo una muesca con las uñas. Pero eso era lo que menos importaba. Mantenía los ojos cerrados y susurraba.

—Joder, no quiero morir. No quiero morir.

Un fuerte dolor en el pecho le hizo darse cuenta de que quizás iba a morir antes de estrellarse. Qué cruel puede llegar a ser el destino. Cómo tu cuerpo decide que el momento perfecto para hacer que tu corazón tenga un fallo es justo instantes previos a la muerte.

Y es curiosa, a la par que desconcertante, la forma que tiene la vida de cambiarlo todo en un solo instante. De quitártelo cuando más falta te hace.

Un momento estás tranquilamente admirando las vistas tras la pequeña ventana de un avión y al siguiente todo se vuelve negro.

Y lo último que Mar recordó fueron aquellas palabras recitadas en el día de su boda:

«Hasta que la muerte nos separe».

• • •

¿Qué es el silencio cuando es tan sordo que duele escucharlo?

¿Qué es la nada, si no debería existir dolor, pero en tu pecho hay un agujero que no se rellena?

¿Qué es la pérdida si ni siquiera tú sabes cómo encontrarte?

Segunda parte:

Miedo

*Ya sé que es el final.
No habrá segunda parte.
Y no sé cómo hacer para borrarte.*

M Clan

Capítulo 9

Presente

Me despierto con el pitido constante del despertador.

Bip. Bip. Bip.

Corrijo: no me despierto porque no puedo abrir los ojos.

Los párpados me pesan y por mucho que hago el intento de elevarlos, estos no me quieren hacer caso. No consigo levantarlos.

Intento, al menos, mover la mano derecha hacia el sonido incesante. Sé de memoria dónde está colocado el cacharro que cada mañana me interrumpe el sueño. No necesito mirar para saber dónde se encuentra. Para mi sorpresa, el brazo tampoco responde a mi orden de movimiento.

¿Por qué Álvaro no se ha levantado ya a apagarlo?

—Cariño, ¿puedes levantarte tú? —intento decir.

En su lugar, de mi boca no sale sonido alguno. Algo me obstruye la garganta y no consigo saber qué es. Intento tragar, pero me es imposible. Intento toser, también en vano. No hay forma de sacar lo que sea que tengo ahí. Me estoy ahogando y no me puedo mover para impedirlo.

Las lágrimas empiezan a agolpárseme en los ojos. No solo no puedo pestañear para hacerlas caer, sino que tampoco puedo utilizar mis extremidades para limpiarlas.

Me asfixio.

¿Qué está ocurriendo?

Reconozco el ataque de pánico que estoy sufriendo. Pero antes de que pueda registrarlo, una ola de calma comienza a fluir por mis venas. Puedo sentirlo casi literalmente. La paz fluye, comenzando por el brazo, a través de mi torrente sanguíneo. Tan pronto noto la paz en la punta de los dedos, el sonido del despertador comienza a alejarse. No cesa, pero algo lo aparta. Simplemente va disminuyendo el volumen poco a poco hasta que muere completamente.

Vuelvo a despertarme. O, mejor dicho, a estar consciente. Pero sigo sin tener fuerza alguna para elevar los párpados.

Oigo una voz masculina. Es grave y áspera, como si su portador fuese un señor voluminoso. Está hablando con otra voz. Esta pertenece a una mujer joven, y suena un poco aguda para mi gusto. Primero habla uno y luego la otra responde, parece que mantienen una conversación entre sí. Mientras, noto como unas manos me sujetan el tobillo derecho. Después, lo elevan hasta flexionar la pierna hacia mi pecho.

A continuación, esas manos comienzan a subir hacia el gemelo, dando lentos masajes en

sentido de las agujas del reloj. Casi puedo oír el sonido de placer que quiere salir de dentro de mí. Después, los nudillos ruedan sobre el cuádriceps, haciendo mayor presión en el centro.

—Mañana es el gran día, ¿cierto, doctor? —dice la voz femenina.

Tengo la mente demasiado nublada como para pensar más allá en el término que utiliza para referirse al susodicho.

—Sí. Me pone nervioso pensar que algo pueda salir mal

—responde el tipo.

—No tendría por qué.

Las manos abandonan esa pierna y espero a que se dirijan a la otra, pero no lo hacen. ¿Por qué no le da la misma atención a la pierna izquierda?

—*Señorita, la otra pierna.*

Un momento.

Doy la orden a mi cerebro de que busque dicha pierna y... está en el aire. ¿Cómo que en el aire? Que alguien me explique por qué tengo una pierna levitando en el aire, mientras la otra reposa después de un masaje.

—Lo sé. Todos los indicios apuntan a que será capaz de respirar por sí sola. Sin embargo, siempre hay que dejar una ventana abierta para el beneficio de la duda.

Ahora la voz femenina se mueve más cerca de mis oídos. Las manos comienzan a hacer con mis brazos el mismo proceso que han hecho previamente con la pierna.

—*La otra pierna* —insisto.

—Es toda una luchadora.

—Sí que lo es.

La voz masculina se escucha lejana. Quizás se esté marchando de la habitación.

Bip. Bip. Bip.

Despierto de nuevo cuando escucho la voz de mi madre. Ya no suena el despertador.

—*Mamá* —intento articular.

La garganta me arde como si me hubiera fumado tres cajetillas de tabaco seguidas, a pesar de no haber probado un cigarrillo en mi vida. Obviamente, no consigo que mis cuerdas vocales generen sonido alguno.

Sin embargo, lo que me obstruía la garganta ya no está. Alguien ha conseguido sacarlo de ahí. No sin causarme daño, aparentemente.

Mi mente se olvida de aquello cuando oigo a mi madre tararear esa nana que me solía cantar cuando era pequeña. Recuerdo que me colocaba a los pies de su cama cuando una pesadilla no me dejaba dormir y ella me cantaba hasta que el sueño vencía.

Como antaño, me duermo escuchando su voz.

—Ya hace una semana que respira sin ayuda. Son muy buenas noticias.

Es otra vez la voz masculina. No logro descifrar de quién es. No es Álvaro. Tampoco Marcos. Y no hay muchos más hombres cuyas voces pueda reconocer por familiaridad. Aquella voz femenina lo llamó de alguna forma la última vez. Pero no logro recordar. Mi mente está cubierta de niebla y no veo más allá.

Necesito saber quién es. Necesito moverme. Necesito algo.

No puedo seguir en este limbo durante mucho más. Voy a acabar volviéndome loca. Hago un esfuerzo inmenso, se lo ordeno a mi cerebro, pero no me muevo. No ocurre nada de nada.

—*Venga, muévete* —me insisto.

Parece que el cerebro reconoce, al fin, esa voz y me hace caso, porque oigo la chispa que hacen mis neuronas al conectar y mandar la orden al dedo índice. Y este se mueve. Tan solo un milímetro, pero se mueve.

—¡Se ha movido! —grita mi madre.

—No es posible

—Lo he visto. Doctor, ha movido un dedo.

¿Doctor?

Hoy mi mente sí que se percata de la palabra.

—Mar, si puedes oírme o sentirme, vuelve a mover el dedo.

Una mano me toca. Es una mano fría, pero suave. No es mi madre, no. Ella tiene las manos duras y curtidas después de años de trabajo diario.

Intento volver a mover el dedo, pero no puedo. Tampoco consigo dar alguna otra pista de que estoy aquí. De que sigo atrapada dentro de mi cuerpo, aunque este no me responda. He gastado toda la energía que me quedaba por hoy.

De repente me embriaga un aroma a limón. Invade mi espacio y me pregunto qué es. Un par de dedos se colocan alrededor de uno de mis ojos y tiran hacia arriba y abajo, respectivamente. Veo como una luz me ciega la pupila izquierda. Después lo veo todo negro. Ahora los dedos estiran el ojo derecho. Una luz cegadora y, después, todo negro de nuevo.

—No hay indicios de que haya despertado. Es normal que los pacientes que están en coma tengan espasmos musculares.

—Y ¿cuándo despertará? —La desesperación se puede percibir en la voz de mi madre.

—No podemos saberlo con exactitud, señora Bonaire. Podrían ser desde horas hasta días. Pero pronto.

El aroma a limón desaparece y oigo como una puerta se cierra cuidadosamente. Lo último que percibo es un sollozo a mi lado.

Huele a galletas.

Es la receta de mi madre. Podría distinguir el olor de esas galletas con los ojos cerrados.

En mi mente, la niebla se disipa lo suficiente como para encontrar la receta correcta. Harina, azúcar, mantequilla, canela, esencia de vainilla y, el ingrediente secreto, un poco de anís. Es el olor que impregnaba todo su armario cuando era pequeña. Hasta papá acababa con él adherido a sus camisas del trabajo.

Ojalá pudiera probar una en este mismo instante, pero me es imposible.

Ni siquiera soy capaz de articular palabra.

—Venga, Mar. Sé que puedes hacerlo. Es hora de despertar. Tu familia te necesita —susurra esa voz que ahora sé que es la del doctor.

Este olor también es inconfundible. Se trata de Nines. Parece que ha venido a verme. Qué paradoja que yo no pueda verla a ella. Quizás me he quedado ciega y estoy recuperándome en un hospital. Aunque no puedo recordar el motivo por el cual me hallo aquí.

—¿Recuerdas cuando papá se metía en la cocina contigo?

—Era un caos allí dentro —responde mi madre.

—Se ponía el delantal. Y el gorro para que los pelos no le cayeran a la masa.

—¡Y no tenía un solo pelo en la cabeza! —Terminan la una la frase de la otra.

Oigo como las dos se carcajean recordando la escena.

—Y, al final, ni delantal ni gorro.

—Acababa de harina hasta arriba. —Vuelven a reír.

Otra paradoja es la tendencia que tenemos los humanos a contar historias graciosas de aquellos que ya no están entre nosotros.

—Y aquella vez en que Álvaro y Mar se escaquearon en mi boda.

Las risas cesan y los tonos se ensombrecen.

—Se creían que no nos daríamos cuenta de adónde podrían ir dos jóvenes, un poco borrachos, en mitad del baile.

Se hace el silencio y se escuchan sollozos.

—*Que yo sigo aquí. Atrapada, pero aquí* —quiero decir—. *Dejad de recordar el momento en el que perdí la virginidad.*

Me gustaría poder poner los ojos en blanco.

—Calla, hija. Tu hermana nos está escuchando. Necesitamos animarla para que despierte, no causarle una depresión además de todo lo que tiene encima.

—Lo sé. Lo siento. Tienes razón.

Ambas quedaron en silencio un largo rato.

—¿Crees que nos está oyendo de verdad?

—¡SÍ!

—El doctor dice que puede ser posible. Quizás ocurre siempre, pero cuando los pacientes despiertan no recuerdan lo que escucharon mientras dormían.

—Si es así, y me estás escuchando, quiero que sepas que te quiero y que voy a estar aquí cuando despiertes. Jamás te dejaré sola. Pero despierta ya. Ha pasado mucho tiempo, es hora.

—¿Cómo va adaptándose Amalia?

—Ya sabes cómo es. Se lo pasa bomba con la prótesis.

—No esperaba menos.

El doctor se ríe de manera suave, casi como si estuviera intentando no despertarme. El y otro

hombre hablan en tono bajo. Noto que alguno de los dos me mueve la pierna izquierda, la que está levitando. La palpa con cuidado y la gira levemente. Supongo que estará analizando el extraño caso de *la pierna levitante*.

Dejo de notar el contacto en la pierna para sentir las yemas de unos dedos ajenos en el brazo izquierdo.

—¿Cómo lo ves? —pregunta el doctor.

—Con un poco de suerte y positividad, este brazo está como si nada en un par de semanas.

—Es cierto que ha estado muy poco tiempo con la escayola.

Otros dedos más fríos se unen a los que ya estaban antes.

—La rotura no era grave y parece que tiene un sistema de curación acelerado.

—Eso es bueno.

—Le va a facilitar las cosas con la pierna. Esa sí que va a ser un *hueso* duro de roer. —La voz que desconozco se ríe y yo me pregunto dónde está la gracia del chiste.

—Maxi... —le reprime el doctor.

—Lo sé, lo sé. Puede oírme. Lo siento, Mar. Prometo que algún día te reirás de mis chistes.

Mar.

¿A quién pertenece esa voz y por qué sabe mi nombre?

Capítulo 10

Él

La pantalla del teléfono móvil se encendió. Se trataba de un mensaje que me hacía saber que la paciente de la habitación 304 había despertado. Rápidamente, lo guardé de nuevo en el bolsillo de la bata blanca que llevaba cuando estaba de servicio y eché a andar hacia dicha habitación. Iba aligerando el paso por segundos.

Doblé la esquina y avisté al fin la luz roja parpadeante sobre la puerta, pero no lograba enfocar si era el número correcto. La vista se me nublaba después de tantas horas seguidas trabajando. Ciertamente, era difícil no percatarse del revuelo que habían formado las enfermeras en la puerta, cuchicheando mientras esperaban mi llegada.

Finalmente, tomé el pomo de la puerta entreabierta y empujé para encontrarme abrumado por el olor a vainilla que siempre acompañaba la habitación. Dos mujeres rodeaban la cama. La chica que yacía en ella se encontraba con los ojos abiertos y la mirada puesta en el techo, inamovible. Conocía a aquellas mujeres. Una era la madre de la paciente y la otra su hermana mayor. Estaba bastante familiarizado con su presencia allí.

Ambas intentaban hacer que la chica reaccionase, zarandeando las manos de esta y hablando cada vez más alto. Me serené y me ajusté la bata. Acercándome a la cama, carraspeé llamando la atención de las mujeres.

—Doctor —dijo la mayor, la madre.

—Mi hermana ha despertado —continuó la otra.

Sabía que eran momentos duros, pero la paciente debía de estar abrumada después del coma del que acababa de salir y requería espacio a solas con ella.

—Necesito que salgan de la habitación. Voy a comprobar sus constantes y les avisaré cuando sea necesario.

Con el semblante sereno y profesional, a pesar de mi juventud, hice que ambas asintieran sin rechistar y salieran tras intercambiar una mirada. No dejaron de mirar el cuerpo que ocupaba la cama de sábanas blancas hasta que la puerta se cerró tras de sí. Una vez a solas con ella, respiré hondo, di un paso más cerca de la chica y procedí.

—Mar.

Solo una palabra. Eso fue todo lo que dije. Y la chica reaccionó. Parpadeó un par de veces y movió su cabeza ligeramente a la izquierda para encontrarse conmigo. Unos ojos azules como el océano, rasgados ligeramente en las esquinas, me devolvieron la mirada.

—Yo le conozco.

Aquello era bastante improbable. La confusión tras una situación como la que ella había pasado era de grandes dimensiones. Era un error común pensar, después de tanto tiempo en aquel estado, que se reconocía a personas que no se habían visto antes. El cerebro es un órgano muy imaginativo, capaz de hacerte creer lo que no es real.

Probablemente me confundía con otra persona.

—Mar, lo que dice no es posible.

Saqué una linterna pequeña del bolsillo y me acerqué lentamente a ella. Con gestos lentos y cautelosos, como si de un gato asustado se tratase, uno al que no quería ahuyentar, abrí uno de sus párpados con los dedos índice y pulgar. Comprobé que la pupila se dilataba y respondía correctamente a los estímulos. Hice lo propio con el otro ojo. Nada se salía de lo normal.

—Usted es el doctor, ¿no es así? Le hacía mucho mayor —Desvió su mirada desde mis pies y hasta llegar al pelo. Lo llevaba muy corto, casi rapado. Sin embargo, se podía percibir perfectamente el rubio natural que seguía la forma de mi cráneo—. Y más... abultado. ¿No es un poco joven para ser doctor?

La voz de Mar era débil. No sonaba con la misma fuerza que antes.

Pero ¿cuándo era antes?

No la conocía. Eran pensamientos intrusivos. Si su cara me sonaba no era más que de haberla visto durante los muchos días que llevaba ingresada. Nada más. Necesitaba mantener la cordura que a veces parecía faltar tras incontables horas seguidas sin dormir.

—Confíe en mí. Soy joven a mis veintisiete, pero he llegado hasta aquí de forma legal. —Añadí con una sonrisa de medio lado, dejando caer ligeramente mi fachada profesional de doctor consagrado.

Intentó incorporarse, pero el dolor se lo impedía. Emitió un pequeño quejido.

—Cuidado. No le conviene moverse aún.

Rodeé la cama rápidamente, evitando que hiciera más movimientos. Pulsé los botones del lateral para elevar el colchón y le indiqué que podía hacerlo a su antojo.

—No me trate de usted, no soy tan mayor —se quejó ella.

—Permíteme entonces que me presente. Soy el doctor Rodríguez, el mismo que ha estado llevando tu caso durante todas estas semanas. Mar, has tenido un accidente muy grave y acabas de despertar de un largo coma. Es la primera vez que abres los ojos. Las secuelas aún magullan tu cuerpo y no debes forzarlo.

Mantenía una mirada empática y decía cada palabra con sumo cuidado. No quería desvelarle de golpe más de lo estrictamente necesario.

—¿En coma? ¿Qué accidente?

—Creo que no me toca a mí decirte eso.

—No es posible.

Negó con la cabeza.

—¿No puedes recordar nada? —Ante la respuesta silenciosa, decidí continuar—. ¿Sabes quién eres?

Ella asintió.

—Dame nombres de algunos de tus familiares.

—Mamá, Nines, Marcos, Álvaro.

Los fue enumerando a la vez que iba levantando cada uno de los dedos de la mano.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro.

La sonrisa se me entristeció.

—Treinta y cinco. Los cumpliste mientras dormías.

Aún recordaba los globos que trajeron los familiares el pasado mes a la habitación. Las velas sobre la tarta que soplaron en su lugar. Los globos en el suelo, desinflados, días después. Y, finalmente, los globos en la basura.

—¿En qué mes estamos?

—A principios de octubre.

Se hizo el silencio. Mar parecía estar asimilando la información. Recorría la habitación con la mirada, sin detenerse en un punto fijo. Era mucho lo que le tocaba digerir. Su vida había dado un vuelco y ella aún no lo sabía.

—Bien. Creo que lo mejor es que tu familia te explique el resto de detalles. Por ahora debes descansar. Lo que urge es que te cuente los daños físicos que has sufrido.

—¿Qué daños? Espera —Desvió la vista hacia el movimiento que había hecho con el brazo, dejando entrever una mueca de dolor—. ¿Tengo una aguja en la mano? ¡Dios mío! ¡Tengo una aguja atravesándome el dorso de la mano! Es enorme y tengo la mitad dentro y la mitad fuera.

La voz de Mar tenía un deje de pánico. Los ojos abiertos de par en par.

—Así es como suele ser.

Mantuve la voz serena.

—Y ahora hay sangre en la vía.

No paraba de moverse. Tanto que levantó la mano por encima de su cabeza, observándola, y eso causó que, en lugar de entrar el suero a la vena, la sangre saliera hacia la vía. Cogí delicadamente su mano y se la coloqué en la cama de nuevo.

—No la muevas y no habrá peligro.

Mar no pareció quedarse satisfecha con sus instrucciones, pero obedeció. Mantuve el contacto visual en todo momento, de manera tranquilizadora. Cuando vi que era seguro volver al asunto que intentaba explicar, lo hice. Me acerqué al pie de la cama, donde se encontraba colgada una carpeta con el historial de la paciente. Lo revisé por encima para no dejarme ningún detalle, pero no me hacía falta porque me sabía su caso como la palma de la mano.

—Veamos. Comencemos por la cabeza. Tuviste un fuerte traumatismo. Es parte del motivo por el cual te mantuvimos en coma después de que ya no necesitas respiración asistida. El brazo —Me acerqué para observarlo, palpando levemente la muñeca y asegurándome de que no había molestias—, parece que está prácticamente curado. La rehabilitación que las enfermeras te hacían cada día ha ayudado bastante.

Luego volví a pasar la vista por el documento. Tragué saliva e hizo eco el sonido por las paredes de la habitación. Por alguna razón sentía este caso más personal que cualquier otro.

—Siguiendo un orden... —Llevé la vista hacia el tronco—. Te fracturaste tres costillas. Tuviste suerte de que no perforaran ningún órgano. Han ido sanando, pero aún es pronto para incorporarte. Necesitarás más reposo. Y, recuerda, ahí —Señalé el botón que Mar tenía a su derecha, el mismo que había tocado yo antes—, es donde puedes modificar la cama a tu antojo. Si necesitas ayuda, no dudes en pulsar este otro botón de aquí. Con este llamas para que alguien venga a la habitación.

—¿Algo más? —preguntó casi con miedo.

—También sufriste un infarto. Suponemos que fue previo al impacto. ¿Habías notado algún síntoma con anterioridad? Dolores en el pecho o el brazo izquierdo, palpitaciones... —Ella asintió—. Bien. Mantendremos una observación reiterativa en ello.

Finalmente, estaba dejando lo más difícil para el final. Mar aún no sabía qué tipo de accidente había sufrido ni la suerte que tenía de estar viva, pero lo que estaba a punto de decirle la iba a ensombrecer.

Mi parte analítica actuaba, con frecuencia, por encima de la sentimental y se abstraía de tal forma que no me daba cuenta de que hablaba con la paciente que sufría las dolencias, sin pensar en las repercusiones. Tenía que hacer un gran esfuerzo para que mi imaginación no me hiciera

pensarme en la sala de conferencias, compartiendo esos datos con compañeros de profesión.

Pero con Mar no era así. La parte emocional afloraba, muy por encima de la analítica.

—Por último, tenemos tu pierna izquierda.

Mar tenía los ojos muy abiertos mientras me escuchaba atentamente contarle todo lo que su cuerpo había sufrido. Sin embargo, no fue hasta ese mismo instante en el que se percató de que la pierna tenía un aspecto extraño. Intentó incorporarse sobre sus codos para ver mejor, pero un pinchazo —agudo por la mueca de dolor que hizo— en su caja torácica la hizo volver a tumbarse. Parecía no creer lo que había visto. Estaba en estado de negación absoluta.

—Doctor ¿por qué hay varas de hierro saliendo de mi pierna?

Con los ojos abiertos de par en par, el terror la hizo quedarse paralizada.

Las respiraciones, de nuevo, se hicieron más entrecortadas y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ya había lidiado con reacciones similares en múltiples ocasiones. Me acerqué para intentar calmarla e hice que esos ojos, oscuros y llenos de terror, se fijaran en mí.

—Respira. Todo está bien.

—No... puedo... respirar.

—Mírame —exigí con cautela.

Sus ojos conectaron. Con gestos le indiqué qué hacer.

—Inspira —Lo hizo—. Así es. Ahora suéltalo poco a poco. Muy bien.

La hiperventilación comenzó a disminuir mientras seguía mis instrucciones. Inspiraba y espiraba, no sin dificultad. Sabía de primera mano lo que un ataque de ansiedad podía hacerle a tu cuerpo. Este creía que no era capaz de subsistir por sí solo, como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación para respirar. Podía estrujarte el pecho como si de un infarto se tratase. Te hacía soltar lágrimas casi sin sentido alguno.

—Todavía... no...

—No hables. Solo céntrate en respirar. Así, como yo.

Yo seguía inspirando y espirando y Mar, sin apartar la vista, imitaba los movimientos rigurosamente.

Me percaté de que me había sentado en el borde de la cama. Instintivamente había llevado las manos a sus bíceps. Y ella me había agarrado de igual forma. Como si esa conexión también la ayudara a calmarse.

Siguiendo los movimientos de mi pecho, sin apartar la vista de cómo se hinchaba y deshinchaba, consiguió ir calmándose poco a poco. Cuando ella misma se vio respirar mejor, asintió levemente. Estaba autoconvenciéndose de que todo iba a ir bien.

—Lo peor ha pasado. Confía en mí y en los médicos que te han tratado. Hemos estado y vamos a seguir estando a tu disposición para lo que necesites.

Poco a poco, la respiración de ella se fue normalizando y el ataque de pánico cesó. Fue entonces cuando cerró los ojos, pasando a respirar controladamente, pero de forma silenciosa.

Y lo consiguió.

Dejé que pasaran un par de minutos, manteniendo la misma posición, sin soltarla en ningún momento. Ella seguía con los ojos cerrados y yo aprovechaba el momento para observarla. Las heridas que había tenido en la cara cuando había llegado semanas atrás habían desaparecido prácticamente. La cicatrización, bajo las curas diarias de las enfermeras, había sido todo un éxito.

Era una suerte que Mar, cuando viese su reflejo cada día, no se recordase el accidente de manera constante. Era bueno que las cicatrices yacieran más escondidas. No porque fueran feas, sino porque eran un recuerdo de lo que había vivido y aún le quedaba mucho por recorrer hasta aceptar que eran parte de su supervivencia. Era una suerte ser portadora de ellas.

—Ahora déjame explicarte lo que ocurre con esos hierros. ¿De acuerdo?

Asintió casi imperceptiblemente.

—Sufriste una fractura de tibia múltiple y hubo que volver a colocar el hueso en su lugar. Para evitar que vuelva a moverse y cure adecuadamente, tuvimos que ponerte eso a lo que tú llamas varas de hierro. No duelen y te las quitaremos dentro de muy poco. Tendrás que acudir a rehabilitación para recuperar la fuerza de esa pierna. Por lo demás, con tiempo y paciencia, volverás a estar como nueva. Te lo prometo.

Volvió a asomar la cabeza para ver de nuevo los hierros que sobresalían por la piel.

—No quiero ver eso. No puedo. Por favor —suplicó.

No me lo pensé dos veces. Agarré el borde de la sábana y cubrí delicadamente la pierna herida. Por suerte ya no reposaba en alto y era más fácil esconderla.

—Así está mejor. Ahora, ¿te parece que hagamos que tu madre y tu hermana entren? Estaban aquí cuando despertaste, pero creo que tu subconsciente no lo sabía. Deben de morir de ganas por hablar contigo. Pero solo si tú quieres. Si no, podemos decirles que necesitas un descanso y que vuelvan más tarde. Lo comprenderán.

Había conseguido no derramar ni una lágrima, pero eso no quería decir que no estuvieran al borde del abismo de sus ojos.

Mar asintió de nuevo.

—Gracias. Pero preferiría descansar.

Un leve dolor de cabeza se había abierto paso durante la conversación. Era hora de irse a casa y descansar un poco. Sabiendo que Mar había despertado, un peso dentro de mí se marchó. Me sentía más ligero.

Recayó en mí el salir y dar la noticia a la familia de que Mar prefería descansar. Debían tener paciencia. Ellas habían estado más de un mes esperando a que despertase, pero era la propia Mar la que se encontraba abrumada tras tanto tiempo sin ser ella.

Y con eso, di por finalizado mi trabajo ese día. Había sido agotador emocionalmente. Sentía haberme involucrado demasiado en ese mes, viéndola día a día sin despertar, observando los movimientos musculares que Maxi le realizaba para evitar que se le atrofiaran las extremidades y esperando que la medicina y la suerte se dieran la mano para hacer que todo saliera como debía.

Incluso me había parado al lado de la cama alguna que otra vez a hablar con ella, como si esperase una respuesta por su parte.

Definitivamente, tanto trabajar y dormir poco me estaba volviendo loco.

Capítulo 11

Ella

Me encontraba completamente sola en la habitación del hospital cuando volví a abrir los ojos. La luz que emanaba de la ventana había disminuido. No sabía si estaba amaneciendo o anocheciendo. Tenía la noción del tiempo completamente perdida. ¿Había sido esa mañana cuando me había visitado el doctor?

Decidí esperar a que el tiempo siguiera transcurriendo. De cualquier forma, no tenía nada que hacer, ningún lugar en el que estar. Seguí mirando por la ventana. Las vistas no eran nada del otro mundo. Las típicas de un hospital: un aparcamiento con algunos huecos libres, una carretera detrás y algún que otro árbol.

La habitación debía de estar en una planta de nivel medio, porque se veía alto, pero no excesivamente. No sabía en qué hospital podía encontrarme, pero sabía que todos al menos contaban con seis plantas. Me entretuve mirando cómo los coches, poco a poco, iban dejando el aparcamiento prácticamente vacío. Solo quedaba ocupada una línea, la más cercana a las puertas. Supuse que se trataba de los vehículos del personal.

Me percaté del color de las hojas de los árboles. Estas ya no eran de un verde vívido. Habían comenzado a teñirse del color granate del otoño. Incluso había algunas en el suelo, formando un camino de baldosas ámbar.

Desvié la mirada al horizonte. Definitivamente estaba anocheciendo. Sin embargo, seguía sin saber cuánto hacía que Rodríguez había estado aquí. Podrían haber sido desde un par de horas hasta un día entero. Pero mi familia hubiera entrado en algún momento de haber pasado tanto tiempo.

El sillón que había frente a la cama estaba vacío. Ni el bolso de mi madre, ni los libros que siempre arrastraba mi hermana consigo. Lo único que rellenaba la habitación, aparte de mi cuerpo tendido en la cama, era un jarrón con flores frescas en la mesita junto a la ventana.

Tres golpes delicados en la puerta me sacaron de la ensoñación.

Toc, toc, toc.

Se abrió la puerta lentamente.

—Buenas noches, Mar. ¿Cómo te encuentras?

Por las ropas adivinaba que era una enfermera, pero su cara no la hubiera podido distinguir ni en mil vidas. No la conocía.

—Bien, supongo —respondí casi automáticamente.

—Soy Flor, la enfermera de esta noche. Adivino que el doctor te habrá puesto al día hoy.

Asentí.

—Bien. ¿Te parece bien si te traigo algo de cena?

Me sentía perdida. Había olvidado las necesidades humanas como comer, ir al baño, o incluso dormir.

—¿Qué hay de cena? —pregunté.

—Por ahora te voy a traer una manzanilla. Si vemos que la asimilas correctamente, ya pensamos en traerte algo sólido.

Flor salió de la habitación y volvió unos segundos más tarde con un vaso térmico del cual sobresalía un hilo con una etiqueta de papel en el extremo. Tenía un andar peculiar, con gracia. Llevaba la melena rubia recogida en una generosa cola alta, y esta se movía violentamente de derecha a izquierda con su caminar.

—Gracias.

¿Hacía cuánto que sus labios no rozaban el agua?

«Semanas», había dicho el doctor.

Volví a quedarme a solas y me recreé en la manzanilla que tenía entre los dedos. Aunque el material del vaso no dejaba pasar el calor, sí que se notaba ligeramente templado. No me había dado cuenta de lo muertas que parecía tener las manos hasta que dejaron de estar heladas. Además, el calor del líquido me hizo bien. Sentí como si mi llama interior volviera a activarse, aunque fuera solo por unos instantes.

Una vez terminado, dejé el vaso en la bandeja que había adyacente a mi cama y apenas me di cuenta cuando la enfermera entró para llevárselo, porque ya estaba soñando.

—Buenos días.

Era de nuevo la voz del doctor la que me despertó. Pero cuando abrí los ojos no se encontraba él solo en la habitación. Mi madre estaba sentada en el sillón con una revista de la prensa rosa. Nines, de la misma forma, sustituyendo la revista por una novela histórica, apoyada en el alféizar interior de la ventana.

Ambas cerraron sus lecturas al oír la voz del doctor y alzaron la vista hacia él. Nines se irguió, pero mi madre se mantuvo sentada. El cansancio tenía que ser enorme si no era capaz ni de tenerse de pie. ¿Quién estaba encargándose de la pastelería?

—¿Cómo se encuentra la paciente?

Parecía querer proyectar una imagen amigable y bromista. Y, aunque no tenía el estómago para ello, viniendo de él era diferente. No podía creer que, desde que había despertado, hubiera pasado más tiempo con el doctor que con mi madre y hermana.

—Desorientada —dije.

Nines giró violentamente la cabeza hacia mí. Supuse que era el shock de volver a escuchar mi voz después de tanto tiempo. Al fin y al cabo, ella aún no había estado presente para oírla. Los ojos se le llenaron de lágrimas y volvió su cara para que no me percatara, pero era imposible no hacerlo.

—¿Sabes quiénes somos?

¿Cómo no iba a saberlo? Era mi madre la que preguntaba. Parecía tan sorprendida como mi hermana. Y quizás era normal. Comencé a entender la gravedad de la situación, lo difícil que habría sido para ellas.

Quise quitarles un peso de encima y asentí con efusividad, tragándome el nudo que comenzaba a formarse en la garganta. No estaba preparada para hacer preguntas todavía.

—Solo venía a asegurarme de que seguías consciente. ¿Cómo has pasado la noche?

—Bien. Desperté justo para tomarme la manzanilla y luego me dormí sin problemas.
Mentira.

Dormí un par de horas hasta que sentí un tirón en el brazo. Desde entonces me pasé toda la noche con miedo a hacer algún movimiento brusco mientras dormía y partir la aguja de la vía.

—Genial. Las enfermeras del turno de mañana pasarán pronto a traerte el desayuno. Si tuvieras náuseas o no te encontrases bien, pulsa el botón en seguida. —Guiñó un ojo.

Me sorprendió su gesto y me hizo ruborizarme. Recordé entonces quién era y que no estaba soltera. No podía ir ruborizándome cada vez que algún chico joven me guiñase un ojo o fuese amable. Solo era mi doctor y yo su paciente.

Nada más.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Son solo las ocho y cuarto de la mañana —respondió Rodríguez mirando el reloj que adornaba la muñeca.

—¿De qué día?

—Estamos a viernes.

Viernes. A esa hora Álvaro estaría probablemente volviendo a casa del gimnasio, preparado para darse una ducha e irse rápidamente al trabajo.

Hablando de mi marido...

—¿Cuándo va a venir Álvaro?

Carmen y Nines intercambiaron unas miradas que no logré descifrar.

—Está trabajando, cariño —respondió mi madre.

Me quedé satisfecha con la respuesta. Era lo normal en él. Al hablar de Álvaro, mi mirada se dirigió hacia la mano izquierda, intentando ignorar la vía que aún sobresalía de mi piel. Me percaté del ligero cambio de tonalidad que había en el dedo anular.

—¿Dónde está mi alianza?

—Será mejor que las deje a solas —dijo el doctor.

Con un asentimiento de cabeza se giró sobre sus pies y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—Está en casa. Decidimos guardarla junto a todas tus pertenencias hasta que terminasen con todas las pruebas. No queríamos que se perdiera.

—¿Y mi teléfono móvil?

—Cariño, después del accidente te quedaste sin móvil. Pero mañana mismo te compramos uno nuevo.

El accidente.

Ahí estaban de nuevo. Las palabras que tanto había comenzado a oír. Sin embargo, no conseguía relacionarlas conmigo misma. Hasta que mi vista volvía a dirigirse hacia la pierna de la que sobresalían hierros. El recordatorio permanente de la veracidad de los hechos.

Al día siguiente, Nines ya me había comprado un nuevo teléfono móvil y consiguió, de alguna forma, un duplicado de la tarjeta. Hizo el traspaso de datos antes de venir al hospital, pero cuando me lo dejó lo hizo con miedo. Tenía una expresión extraña, pero no me dio tiempo a pensarlo mucho porque se marchó rápidamente con la excusa de que tenía que trabajar.

En cuanto volví a quedarme a solas, decidí ponerme al día. Desbloquéé el teléfono y me pareció extraño que no retumbase el sonido constante de mensajes recibidos. Ni siquiera una llamada perdida. Entré en los mensajes de texto, pero estos no habían conseguido guardarse y todas las conversaciones se habían perdido. No le di mayor importancia.

Navegué por el menú de contactos y di rápidamente con el de Álvaro al que tenía guardado bajo el nombre de «marido». Recordé habérselo cambiado el día de nuestra boda, cuando comencé a llamarlo orgullosa de esa forma, a modo de mote cariñoso. Pulsé el botón de llamar y me lo llevé a la oreja. Esperé a que se estableciera la llamada, pensando en lo extraño que era haber estado tanto tiempo en el hospital y aún no haber visto ni oído nada sobre Álvaro.

Sabía lo mucho que le gustaba dedicarse a su trabajo, pero siempre se podían sacar cinco minutos para alguien importante en tu vida. El tren de pensamientos se vio interrumpido por el descuelgue del teléfono. Cogí aire esperando recibir un saludo al otro lado de la línea. Sin embargo, me recibió una voz femenina al otro lado de la línea que decía:

—*El teléfono que ha marcado no existe.*

—Qué extraño.

Quizás al haberse traspasado los números de un teléfono móvil a otro, había ocurrido algún error. Por suerte me sabía el teléfono de mi marido de memoria. Así que lo marqué en el teclado numérico.

—*El teléfono que ha marcado no existe.*

No comprendía qué podía estar ocurriendo. ¿Había cambiado de número sin decírmelo? No tuve mucho tiempo para pensar en ello porque mi madre entró en la habitación.

—Buenos días.

Yo seguía mirando hacia la pantalla del móvil con el ceño fruncido.

Álvaro, ¿dónde estás?

—¿Ocurre algo, cielo? —pronunció de manera cuidadosa.

—¿Por qué no existe el número de Álvaro? —pregunté, sin darle más vueltas al asunto.

La respuesta que obtuve fue el silencio de mi madre. Su cuerpo se había quedado rígido ante la pregunta. Parecía no saber cómo responder. Me di cuenta de que ocurría algo.

—Mamá —dije con brusquedad—, ¿dónde está Álvaro?

—Mar... Álvaro ya no está.

Capítulo 12

Ella

Dicen que cuando se pierde a alguien, los que nos quedamos atrás pasamos por cinco etapas diferentes.

Negación.

—No. No puede ser. No.

—Cariño...

—¡No! ¿Cómo puede ser? Es imposible.

—Cielo, estuvisteis en un accidente.

—¿Cuándo? ¿Cómo fue? ¿Dónde?

—De camino a vuestra luna de miel.

La cara de mi madre exteriorizaba lo mucho que se le partía el corazón al tener que darme esas noticias.

Comencé a pensar en dónde me encontraba antes de todo aquello. Cerré los ojos fuertemente y volví atrás en el tiempo. Álvaro y yo nos habíamos casado. Hacía... ¿dos años? No habíamos tenido tiempo de irnos de viaje por culpa del trabajo y de...

Una lágrima se escapó.

No habíamos podido ser padres. Nos cegó todo aquello y nos olvidamos del resto. Pero resurgimos y planeamos unas vacaciones. Iba a montarme en un avión por primera vez en mi vida. Y después...

Nada.

—¿Dónde fue el accidente? —repetí.

—En el vuelo de camino a Bali.

El avión.

Los motores en llamas.

Gente gritando.

Un dolor en el pecho.

No. Imposible. Era una pesadilla. Tenía que serlo. Negué con la cabeza, queriendo sacar esos pensamientos de ahí.

Comencé a notar un vacío extraño en mi interior. Algo frío y a la vez ardiente que me recorría desde los pies hacia arriba. Era una sensación extraña que no sé cómo explicar. Pero mi cuerpo estaba empezando a alcanzar la realidad de la situación.

Ira.

—¡He preguntado que dónde está mi marido!

—Mar, cálmate.

—¡No quiero calmarme!

Mi madre intentaba mantener la compostura y obligaba a las lágrimas a retroceder. Una

enfermera entró en la habitación alarmada. Ni siquiera se dignó a llamar a la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Quiero salir de aquí. Necesito el alta —dije con brusquedad.

Miré la vía y pensé en hacer un movimiento de película y arrancármela. Era lo único que me anclaba allí. Entonces me miré la pierna y supe que no llegaría muy lejos. Probablemente no llegase siquiera a apoyarla en el suelo, porque me desmayaría antes al ver la sangre derramarse por mi mano.

—No se preocupe, ya me encargo yo.

Era el doctor, que se abrió paso haciendo retroceder a la enfermera.

—¿Puede dejarnos a solas?

Mi madre cuestionó a Rodríguez con la mirada, pero asintió cuando vio que este mantenía su compostura y no tenía pensamientos de marcharse.

—Mar, cuéntame qué ocurre.

Su voz era grave, pero tranquilizadora. Hablaba de manera sosegada a pesar de que la rabia se abrió paso a través de mí.

—No... No puedo.

Me costaba respirar. Odiaba tener que sufrir el segundo ataque de pánico desde que había despertado de nuevo delante del doctor.

¿Cómo podía estar ocurriendo todo eso de golpe? ¿Qué había hecho mal en otra vida? Yo no merecía nada de aquello. No quería las injusticias que Dios, el karma o cualquiera que sea la entidad que domine el mundo tuviese preparadas para mí. No hacía más que repetirme «¿por qué a mí?».

—Mírame.

Me hallaba incorporada en la cama y con las palmas apoyadas en el colchón, aguantando mi peso. Él se sentó en un hueco a mi lado y me cogió por los brazos, intentando captar mi atención.

Me encontré con unos ojos de color avellana, tan claros que las vetas verdosas se habrían pasado por el iris. Ojos grandes y con pestañas rubias y largas. Ojos tan diferentes de los de Álvaro. Los suyos tenían pestañas robustas, como todo él. Del color marrón chocolate de su pelo.

Álvaro.

De nuevo el vacío interior que me llenaba. Me estaba consumiendo y no iba a quedar absolutamente nada de mí.

—¿Qué ocurre? —repitió lentamente.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Casi podía sentir su aliento en mi cara. Un ligero aroma a cítrico me invadió cuando respiré hondo.

—Él... ya no está.

Apreté los labios y supe que ya sabía a lo que me refería. Claro que estaba al tanto. Era mi doctor después de todo. Me sentí traicionada al no haber recibido la noticia antes. No entendía por qué habían esperado tanto para contármelo. Ya llevaba horas despierta. Muchas horas. De nada iba a servir alargar el sufrimiento. Si me lo hubieran contado antes, para ese entonces ya llevaría un tiempo habiéndolo asimilado.

Dolor. Mucho dolor. E ira.

No quería a nadie a mi alrededor. Que mi familia se mantuviese fuera. Que nadie me tocara. Gritar era lo único que me apetecía. Pero me faltaba tanto el aire que ni eso podía.

Sin decir una sola palabra, sus brazos rodearon mi cuerpo y me acercó a su pecho. A pesar de ser joven, físicamente era más grande que yo. Me sentía pequeña entre sus brazos. Comenzó a acariciarme la espalda de manera consoladora, y automáticamente mis brazos lo rodearon.

también. Me dejé llevar. Apoyé la cara en su pecho y comencé a llorar. No me gustaba que me tocasen extraños. Sin embargo, aquello lo agradecí.

—Eso es. desahógate conmigo. No tengas miedo.

Aquello hizo que rompiera a llorar más fuerte. Los sollozos se hicieron más altos y creo que el aire comenzó a fluir por dentro, porque comencé a gritar, amortiguando mi voz contra su bata abierta, la cual daba paso a un jersey cuyo color celeste se estaba oscureciendo por mis lágrimas y mocos. Me negué a sentir vergüenza en un momento como aquel.

El hecho de tener a una persona desconocida consolándome me daba la libertad de poder desahogarme sin la necesidad de sentirme juzgada o de tener que mirar por los sentimientos de la otra persona. El doctor Rodríguez era eso, mi doctor. Una persona que estaba acostumbrada a dar malas noticias y que no le importaría una más.

Grité y grité. Mi voz se mezcló con las lágrimas y de tanta fuerza comencé a sentir una quemazón subir desde mi estómago. Hacia arriba, por la garganta. El amargor me llegó a la boca.

—Voy a vomitar —me oí decirle a su pecho.

Intenté despegarme con la intención de levantarme y hacerlo en otro lugar que no fuera encima de él.

—¡No! No puedes levantarte. Espera.

Se volvió en busca de algún recipiente, mientras yo sentía la bilis querer abrirse paso sin censura. Con movimientos nerviosos, consiguió encontrar algo en el armario, porque hizo un sonido de pequeña victoria.

—Aquí tienes. —Me tendió una palangana.

No tardé en echar todo el contenido de mi estómago en el recipiente. La manzanilla no había conseguido asentarse al final.

Pensaba que no era posible llorar más, que no me quedaban más lágrimas dentro, pero me caían cara abajo por culpa del esfuerzo. Y el doctor Rodríguez ni se inmutó. En lugar de marcharse, asqueado por la situación, se mantuvo sereno a mi lado, sujetándome el pelo para no mancharlo, y acariciándome la espalda como si tuviera cinco años.

Me sujeté el costado. Me dolía y supe que era a causa de la situación. Luchaba por retrasar la siguiente arcada. Se dio cuenta. Se percataba de cada uno de mis movimientos y gestos.

—El dolor es normal. Volveremos a hacerte pruebas para asegurarnos de que las costillas no han vuelto a fisurarte. Y así te quedas más tranquila.

Asentí.

Pasaron los minutos en los que seguía teniendo el recipiente delante, esperando a una nueva oleada de náuseas. Pero no fue así. Conseguí calmar mis lloros y tranquilizarme lo suficiente como para que él lo quitase de en medio. Volvió con las manos vacías y lo seguí con la mirada hasta que volvió a sentarse en mi cama. Me atrajo de nuevo a sus brazos.

—Estoy asquerosa —intenté zafarme.

—No me importa.

Perdí la cuenta del tiempo que nos mantuvimos sosteniéndonos el uno al otro. Lo que sí sé es que cuando abrí los ojos era de noche y estaba sola de nuevo en la habitación.

Cuando me dieron el alta una semana después, ya no llevaba los hierros. Me dijeron que

había habido una serie de casos graves en el hospital y el doctor Rodríguez iba a ser el encargado de asistirlos. Así que mi expediente se traspasó a otro profesional que se encargó del resto.

Mi hermana me trajo una bolsa llena de ropa de casa, ropa de antes del accidente. Se ve que el hecho de estar más de un mes tumbada en una cama influye a que la ropa te quede más holgada. Y, por lo visto, había perdido mucho peso. Nines, que siempre había sido más esbelta que yo, incluso después de dos partos, tuvo que dejarme algo más presentable para poder ir al funeral.

Del cuello colgaba la cadena que me había regalado años atrás mi marido. Por ella había introducido nuestras alianzas. Tan huesudos se habían quedado mis dedos que no quise arriesgarme a perder mi anillo, como había perdido el de mi padre años atrás, llevándose consigo una parte de mí permanentemente.

Me sentí vacía cuando toqué el colgante con ambas manos, aún incapaz de creerme la última semana de mi vida.

La familia de Álvaro había decidido que era buena idea esperar a que yo obtuviera el alta para celebrar el funeral. Querían que tuviera la opción de despedirme de mi marido estando consciente. ¿Y si no hubiera despertado? ¿Cuánto tiempo habrían estado esperando?

Marcos conducía y mi hermana ocupaba el asiento del copiloto, mientras que mi madre y yo nos sentábamos detrás. Por suerte, se habían comprado un coche espacioso para poder llevar a los niños, si no hubiera sido imposible meter la silla de ruedas.

Oliver y Lidia se habían quedado al cargo de una niñera mientras sus padres acudían al evento. Aún no había tenido opción de visitarlos. Justo me acababan de dar el alta el día anterior y aquella noche la pasé en casa de mi madre. No tenía lo que hay que tener para pisar nuestro piso.

Aún no.

Fue un trayecto tan deprimente, donde ninguno dejaba que reinase el silencio. Todos intentaban sacar un tema de conversación totalmente diferente a la más mínima amenaza de silencio. Mientras, yo me encontraba a mil planetas de distancia.

—Vaya noche me ha dado la niña —decía mi hermana.

—¿No estaba ya echando la noche entera?

—Supuestamente —intervino Marcos.

—Sí, pero parece que ha pillado un virus estomacal en la guardería. Nos tuvo en vela durante horas.

—¿Y Oliver? ¿No lo ha pillado?

—Por suerte aún no.

Notaba sus miradas de reojo o a través del espejo retrovisor. Pero yo mantenía la mía en el exterior, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Se trataba de un trayecto corto, de unos quince minutos. Agradecí cada uno de los segundos que pasaban sin que intentasen introducirme en la conversación.

De alguna forma me sentía cómoda rodeada de gente que sabía que estaba mal y no me juzgaban por ello. Pero no quería tener que rodearme de compañeros que no eran extraños exactamente, pero tampoco cercanos. Eran gente que no tenían por qué saber lo que sentía por dentro. O, mejor dicho, lo que no sentía. Porque no se oía ni un latido. Ni siquiera sabía si mi corazón se había vuelto de hielo, de piedra, o me lo habían arrancado de cuajo.

Una vez allí, tuve que esperar a que mi cuñado me ayudase a bajar del coche y a colocarme en la silla. Para más inri, él tenía que empujarla porque yo no tenía fuerzas. Me sentía inútil.

Hicimos el camino hacia la capilla. Recorrimos el pasillo central que tenía bancadas a cada

lado y todas las miradas se posaban en mí. Sabían que yo era la viuda tullida del hombre al que iban a llorar. Reconocí alguna cara del trabajo que me dirigía una sonrisa triste a modo de saludo. Yo les disparaba una falsa y forzada.

En la primera fila se hallaban mis suegros. Pepa y Luis parecían haber envejecido una década desde la última vez que los había visto. ¿Cuándo había sido?

—¿Cómo estás, cielo?

—Bien.

Se miraron entre ellos sabiendo que las mentiras tienen las patas muy cortas y sabían que aquello no era cierto. Pero ¿qué querían que dijese? Nadie quería oír cómo me encontraba realmente. Cuáles eran mis sentimientos. Así que había dejado de derramar lágrimas en público, con un bienestar fingido. Y dejaba el sufrimiento para mis momentos a solas.

—Sentimos no haber ido al hospital a visitarte. No teníamos fuerzas después de todo.

Claro, era comprensible. Pero tampoco les dije aquello.

Nos sentamos en la misma fila durante los quince minutos que duró la ceremonia religiosa de despedida. Cuando todos estuvimos sentados, trajeron el ataúd y lo colocaron en el pasillo que acabábamos de recorrer. No tuve el coraje de mirar hacia él. No supe de qué color era o si tenía coronas de flores de amigos y familia colocadas encima. Mientras yo cerraba los ojos, respiraba hondo y cerraba la mano alrededor de los anillos, algunos asistentes lloraban. Otros guardaban silencio.

—¿Os podéis creer que nos preguntaron si queríamos el ataúd abierto? —comentó Luis al acabar la ceremonia, como si fuera de lo más normal.

—No te creo —respondió mi hermana, cubriéndose ambas manos con la boca.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Tan mal está? —conseguí preguntar si que se me rompiera la voz.

Las miradas de todos se posaron en mí.

—Cielo —intervino mi madre—, no encontraron el cuerpo. Tú fuiste el milagro de ese vuelo, una de las pocas supervivientes.

Eso era lo único que sabía del accidente. Hasta entonces no había sido capaz de preguntar nada más. No sabía si quería saber los detalles del suceso. Con ser conocedora de las consecuencias y vivirlas en primera persona era suficiente.

Pepa atrapó un sollozo entre las manos y escondió la cara en el pecho de su marido. Luis la abrazaba con los ojos rojos, pero sin derramar lágrima.

No habían conseguido encontrar el cuerpo de Álvaro.

Negociación.

—Eso significa que podría estar vivo, ¿no?

Abrí los ojos, como si hubiera sido capaz de resolver el mayor rompecabezas de todos. ¿Por qué tanta lágrima si no había muerto? Álvaro podría estar esperando el rescate en una isla desierta y nosotros perdíamos el tiempo llorando su pérdida en el cementerio.

—No lo entendéis. Hay que llamar a la policía. Contarles todo esto —insistí.

Luis mantenía la mirada en el techo, mientras los demás no sabían hacia dónde dirigirla.

—Hija, así no funciona esto.

—Pero...

—Mar, déjalo estar. Vámonos ya —zanjó Marcos.

Sin esperar respuesta, giró mi silla e iba a comenzar a llevarme hacia la salida cuando me topé con unos ojos verdes que me observaban desde la última fila.

—Pensamos que debía saberlo. Estuvieron juntos muchos años, después de todo.

Por supuesto. Claro que mis suegros habían pensado que Verónica, aquella antigua novia que

mi marido había tenido más de diez años atrás, debía acudir al funeral. Y ella, claramente, había aceptado.

Supo que la había visto. Entonces caminó hacia mí. Fue como si el resto del mundo desapareciese y solo estuviéramos ella y yo. Nadie más a nuestro alrededor observándonos.

—Hola, me llamo Verónica. —Ofreció su mano.

—Sé quién eres. —Se la acepté.

—Siento mucho lo de tu marido.

—Gracias —respondí de manera escueta.

Se mordía el interior de la mejilla de manera nerviosa. También llevaba la vista de un lado a otro, sin querer detenerla en la silla de ruedas. O en mí, a secas.

—Y lo siento si he hecho mal en venir. Ya me marchó.

—No —Ella también tenía derecho a llorar su pérdida, ¿no?—, quédate todo el tiempo que necesites.

Se la veía afectada. Los ojos los tenía hinchados, pero había conseguido maquillar bien la tristeza. El atuendo hacía juego con el luto del resto de asistentes y con su pelo.

¿Y si Verónica no había conseguido rehacer su vida y se había pasado años atascada en la ruptura con Álvaro? ¿Y si necesitase haber venido al funeral para tener un poco de cierre? Aunque sentía fuego en la boca del estómago, la otra vocécita de mi cabeza me decía que no tenía razón para sentirme así.

Pero yo era su mujer. Ella solo formaba parte de su pasado lejano. Yo era la que debía llorarle, no ella. Yo era la afectada, no ella. Yo era la que se había quedado viuda.

No ella.

Se hizo el silencio y Marcos lo rompió con un carraspeo.

«Suficiente» pareció decir.

—Un placer —dije.

Nos dedicamos unas sonrisas. Se dio la vuelta y se marchó caminando con gracia. Aquella reunión había sido corta y no era necesario alargarla más de la cuenta. Solo teníamos en común a una persona. Y él ya no estaba. Asunto zanjado.

Mi cuñado agarró la silla y me llevó hasta el coche.

Habíamos quedado en que me dejarían en casa después del funeral. Aunque solo fuera para recoger mis cosas. No podía seguir viviendo en casa de mi madre eternamente, y hacer el avío con la ropa que cabía en una mochila. No sabía cómo iba a ser capaz de arreglármelas subiendo y bajando las escaleras de la buhardilla, pero era ahí donde pensaba quedarme.

Con las muletas no conseguía mantenerme en pie por mucho tiempo. Había perdido toda la masa muscular que tenía y no aguantaba apenas mi propio peso. Iría poco a poco levantándome de la silla y alternándola con las muletas. No tenía otra opción.

Depresión.

Entrar de nuevo a nuestro piso fue horrible. Lo primero que percibí al abrir la puerta fue una oleada de Álvaro. Su olor en el aire, las monedas sueltas en el mueble de la entrada, las zapatillas de estar por casa tiradas por el salón, una camisa arrugada en el sofá. Todo él.

Se me vino la vida encima.

Nines había ido a recoger a los niños y mi madre decidió unirse, creyendo que Marcos y yo necesitábamos tiempo a solas.

—Joder —susurró.

Yo resoplé incapaz de articular palabra. Era demasiado. Un dolor en el pecho comenzó a abrirse paso. Era algo tan conocido para mí ya. Parecía como si me estuvieran abriendo la caja

torácica de par en par para arrancarme el corazón sin tapujos.

—¿Qué te ocurre?

—Me duele.

Marcos se detuvo frente a mí, alarmado. Yo me agarraba el pecho intentando sofocar el dolor.

—¿Dónde? —preguntó alerta.

—Aquí. —Me señalé.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No! —Lo detuve—. No lo entiendes.

—¿El qué no entiendo? Mar, sufriste un infarto. ¡Has estado en un maldito accidente de avión!

—¿Crees que no lo sé?

—Entonces dime qué te pasa de una vez.

—Me duele. Pero no es por dentro, no es mi corazón anatómico. Es como un dolor fantasma, como cuando te falta una extremidad. Te duele, aún sabiendo que ya no está.

Marcos resopló. Miró hacia arriba intentando distraerse, pero un par de lágrimas le cayeron cara abajo. Violentamente.

—Lo sé, Mar. Yo también lo siento. Como un picor que por más que rasques no se va. Como un olor que se te mete dentro y no eres capaz de dejar de oler porque no está en tu nariz, sino en tu memoria. Lo sé —repitió—. Y sé lo jodido que parece.

Sollocé y me sentí fatal. Llevaba protagonizando la situación desde que había despertado. Sin embargo, no me había parado a mirar a mi alrededor y ver cómo los demás sufrían. Álvaro fue el mejor amigo de Marcos antes de que nosotros comenzásemos a salir. Lo que él debía de estar sintiendo era inimaginable.

—Pero escúchame. Aunque Álvaro era mi mejor amigo, sé que nada se puede comparar a lo que vosotros teníais. —Oí cómo sorbía por la nariz. Era la primera vez que lo veía llorar de aquella manera—. Eres mi hermana, joder. Y estoy aquí para todo lo que necesites, ¿me oyes?

Asentí levemente.

—Vamos a salir de esta. No estás sola, te vamos a ayudar.

Volví a asentir.

Marcos me ayudó a llenar una maleta con las cosas necesarias para subsistir por mi cuenta. No quería realizar la mudanza completa aún. Era demasiado pronto y no me veía capaz. Sabía que en un futuro tendría que hacer algo con el piso y sus cosas, pero no quise pensar en ello aún.

Al fin, y con mucha dificultad, volví a la buhardilla. A regañadientes me dejaron a solas y fue entonces cuando la realidad me sobrevino. Sabía que tenía gente a mi alrededor si lo necesitaba, pero me sentía total y absolutamente sola en el mundo.

No tenía apetito, así que me salté la cena y también la ducha. Esa noche, mientras yacía en la cama, cogí mi móvil y volví a marcar el número de Álvaro.

—*El número al que llama no existe.*

Álvaro ya no estaba.

Aceptación.

Capítulo 13

Él

Me sentí un poco desilusionado cuando me delegaron a otros casos en el hospital. Era cierto que necesitaban de mi experiencia para ello, pero dejar ir el caso de Mar me fue difícil. No podía especificar el por qué, pero algo me atraía hacia su situación. Suelo ser profesional y crítico en mi trabajo, pero con ella empaticé más de lo normal.

Era uno de esos casos que parecen milagros cuando ves la supervivencia de la paciente. De los que se meten bajo tu piel y sigues pensando en ellos al llegar a casa, recordando las duras semanas de recuperación física que le quedan por delante.

Por ello, cuando le dieron el alta una semana después, seguí preguntando por sus avances. La habían asignado a Maxi para hacer las rehabilitaciones casi diarias tras la retirada de los «hierros», como ella los llamaba. Aunque me sorprendió saber que Mar había decidido tomarse la salud por su propia mano y no había acudido aún a las sesiones de rehabilitación.

Conocía bien lo perjudicial que podía llegar a ser para una paciente con un daño de tal calibre el no recuperar la movilidad. Si no se entrenaba con ejercicios específicos iba a acabar mucho peor. También sabía el gran esfuerzo mental que costaba hacer aquello, la fatiga mental tras la pérdida.

Era una suerte haber estado al tanto cada día de dónde procedía el olor a vainilla que emanaba de la paciente. Conseguí oír en varias ocasiones que su madre tenía una pastelería llamada Bonaire donde pasaba mucho tiempo. Até cabos y pensé que, qué casualidad pudiera ser el pasarse por allí y coincidir con *la paciente*.

La puerta de cristal se encontraba abierta y, gracias a la soledad de la calle, se podía oír desde fuera la conversación que mantenían madre e hija. Me cosquilleaba el estómago de pensar que me podían pillar con las manos en la masa.

—Quieres quitar las manos de ahí ya. Como vengan los de inspección y te vean trabajando me van a meter un puro.

Carmen le dio un manotazo a Mar. Esta se encontraba agachada bajo el mostrador, colocando algún que otro pastel en su bandeja. Las muletas olvidadas contra la pared y ella saltando a la pata coja para mantener el equilibrio.

—Necesito sentirme útil. Esto es lo único que puedo hacer para mantener la cabeza ocupada.
—La hija seguía concentrada en su tarea.

—No digas tonterías. Si me hicieses caso y fueses a las clases esas que te dijeron en el hospital, podrías incluso volver a trabajar.

—No pienso volver a esa oficina. No puedo. No sin él.

Carraspeé. Era momento de interrumpir la conversación antes de que llegase a más. No quería ser maleducado.

—Buenas tardes —dije.

Ambas se enderezaron. Me percaté de que era la primera vez que veía a Mar fuera de la comodidad de la cama del hospital. Fue una sorpresa ver que era más alta de lo que me había imaginado.

—¡No me lo puedo creer! Doctor Rodríguez, ¡qué sorpresa!

—Llámeme Guillermo. Y, por favor, no me trate de usted. —Sonreí.

Era la primera vez que mencionaba mi nombre delante de Mar. Mis pacientes solían reconocerme por mi apellido. Y, aunque intentó mantener el semblante neutro, noté esa leve sorpresa.

—No me trates de usted tampoco, entonces. Y llámame Carmen. No sé si la recuerdas, pero esta es mi hija...

—Me acuerdo —interrumpí, poniendo mi atención en ella—. Celeste, ¿verdad?

Recordaba perfectamente su nombre, pero algo me hacía querer sacar de ella alguna emoción que la hiciera volver a estar viva. Aún tenía la mirada perdida que mantenía constantemente en la habitación 304. Me sentía con cierta necesidad de cambiarlo.

—Mar —respondió de manera escueta.

—Mar —repetí golpeándome la frente—. Disculpa mi memoria. Sabía que era algo de color azul.

La melena larga caía en ondas castañas por su espalda. Por delante, el pelo lo llevaba detrás de las orejas- Algún que otro mechón desobediente se había salido de su sitio. Las manos me picaban queriendo dirigirse en su dirección para colocarlos en su sitio. Me obligué a quedarme quieto.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó la madre.

—Pues acabo de mudarme por la zona. Ya sabe, cambiando a los compañeros de piso por un poco de silencio. Y algún que otro vecino ya me ha comentado que Bonaire es de las mejores pastelerías que existen. No podía dejar pasar esta oportunidad.

—No les falta razón. —Me dedicó una sonrisa brillante.

—Tendría que haberlo adivinado. Las galletas y dulces que traías todos los días a la habitación eran algo sacado de otro mundo.

—Sí, la pastelería Bonaire ha estado en la familia durante décadas.

Carmen me hablaba de ello con orgullo. De vez en cuando posaba la mirada en una foto que colgaba de la pared en el lateral, justo bajo un reloj analógico. En ella se podía ver a una familia feliz frente a la misma pastelería, solo que unos años antes. Me acerqué para observarla más de cerca.

—Ese de ahí es mi Curro, que Dios lo tenga en su gloria. Y las dos pequeñajas son mis hijas.

—¿Esta eres tú?

Señalé a la más joven que no podía tener más de dos o tres años. Se agarraba a la mano de su hermana, las dos de pie frente a sus padres. La hermana se mostraba sonriente. Mar, sin embargo, miraba de manera seria a un punto detrás de la cámara.

La susodicha asintió sin moverse de donde estaba.

—Quién pudiera volver a aquellos tiempos

—comentó Carmen con un suspiro—. En fin. Después crecieron y empezaron a pasar aquí todo el tiempo. Mar lo adoraba, pero acabó dejándolo por un trabajo de oficina.

—Mamá, para —dijo esta de manera cortante.

—No. Tú para. Sé que lo que has vivido es difícil. Precisamente yo sé lo difícil que es. Por eso quiero que no te estanques como yo y vuelvas a tu vida. Por favor.

Me sentía un intruso, el tercero en discordia, en aquella conversación. Quizás no había sido

buena idea venir. A pesar de que, aunque no quisiera admitirlo, tenía ganas de tenerla de nuevo frente a mí.

—No pienso volver a trabajar allí. Y mucho menos sin él. Ya te lo he dicho.

Carmen se percató entonces de que yo seguía allí parado y me dedicó de nuevo su atención, no queriendo incomodar a su hija.

—Lo siento, hijo —Yo respondí con una leve negación de cabeza—. Dime qué te pongo que me voy por las ramas.

—Había pensado en llevarme algo con cabello de ángel. No me importa el qué porque sé que me va a encantar.

—Entonces te voy a poner estos hojaldres de aquí, que han salido esta mañana del horno. ¿Algo más?

—Sí. Veo que ya estáis preparando la temática de Halloween. Tengo una fiesta y quería ponerles alguna cosa rica a los invitados. Me dejo llevar por vuestro criterio.

Se terminaba octubre y mi hermana me había convencido para hacer una fiesta de bienvenida en mi nuevo piso. Aprovechando las fechas, tenía planeado que fuese temática. La verdad era que no me apetecía mucho aquella fiesta, pero era Asia y decirle que no me era casi imposible.

Mientras Carmen iba colocando una variedad de pastelitos en la bandeja, su hija mantenía la mirada en el suelo. Se había apoyado en un taburete, parecía que al fin se había cansado de mantenerse de pie sobre una pierna.

Me acerqué al mostrador y apoyé los codos sobre él.

—Mar —dije para atraer su atención y lo conseguí, pues sus ojos se posaron en los míos—. ¿Cómo vas? ¿Te va bien con la rehabilitación?

—No ha ido ni una vez —respondió Carmen en su lugar.

—¡Mamá!

—¿Qué? Es la verdad.

—Son mis problemas. No creo que le interesen a nadie —dijo entre dientes.

Carmen puso los ojos en blanco y me tendió la bolsa con el pedido.

—Aquí tienes.

—Muchas gracias, Carmen. ¿Cuánto os debo?

—Nada. Esto va en agradecimiento por todo lo que has hecho por mi hija.

—Carmen, no puedo irme sin pagarte nada. Lo que yo hago es mi trabajo.

—Tonterías. Prométeme que vas a volver por aquí y es más que suficiente.

Acepté a regañadientes. Tenía la corazonada de que mis visitas a Bonaire iban a ser más frecuentes. De eso no me cabía duda. Pero antes de marcharme, tenía que hacer algo.

—¿Puedo hablar un momento a solas con tu hija, Carmen?

—Por supuesto.

Esta se escabulló rápidamente a la trastienda. Esperé unos segundos hasta que creí que se encontraba lo suficientemente lejos como para no escucharlo todo.

Dirigí la vista hacia la hija, poniendo toda la atención en ella.

—Mar, déjame que te cuente una historia. ¿Te parece?

Esta asintió sin moverse del sitio. Casi con miedo.

—Hay una paciente en el hospital que tiene apenas ocho años. Se llama Amalia. Rubia, de ojos enormes y encantadora. Hace algunos meses le diagnosticaron un tumor en la tibia y no nos quedó más remedio que amputarle la pierna muy por encima de la rodilla. Después, para asegurarnos de que la enfermedad no le volvía, fueron necesarias algunas dosis de quimioterapia

—Hice una pausa estratégica para mirarla directamente a los ojos—. Te puedes imaginar lo que la quimio le hace a una niña de ocho años. Sin embargo, ella no se rindió. No, señora. Amalia lucha cada día por volver a caminar como antes, haciendo los ejercicios con su nueva prótesis. Y nunca, en ningún momento, la he visto dudar de su fortaleza.

Los ojos de Mar habían comenzado a aguararse.

—¿Qué intentas con esto? —preguntó, afectada.

—Solo es una historia, Mar. A veces creemos que nuestros problemas son el centro del universo, aunque siempre hay alguien que estará peor que tú. Pero no se trata del problema en sí, sino cómo eres capaz de afrontarlo. Cuando te paras a mirar a tu alrededor te das cuenta de que quizás tanto sufrimiento no merecía la pena. Es normal sentirse mal durante un tiempo, pero hay que salir de ese agujero. Seguir hacia adelante —Supe que quizás había llegado demasiado lejos, así que di una leve palmada en la mesa y terminé el monólogo—. En fin, me marchó.

Saqué la cartera y dejé un billete de veinte en el mostrador.

—Mi madre ha dicho que no hacía falta.

—Para el bote de donaciones. —Apunté con la mirada hacia este. Después, cogí un bolígrafo que allí había, un ticket olvidado y en el reverso apunté mi teléfono—. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Y dile a tu madre que la próxima vez no me voy a ir sin pagar. Y planeo venir frecuentemente.

Con un guiño para dar punto y final a la conversación, cogí la bolsa, me di la vuelta y salí por la puerta. Cuando iba por mitad de la calle tuve que detenerme para coger el móvil que me vibraba en el bolsillo. Se me pasó por la cabeza que pudiera ser Mar. Sin embargo, en la pantalla se leía el nombre de mi hermana.

—Asia, dime que no me llamas por lo que yo creo que me llamas.

—Papá y mamá me han dicho que no les coges el teléfono.

Suspiré y reanimé la marcha, caminando con cuidado mientras sostenía la bandeja de pasteles con una mano y el móvil con la otra.

—Estoy muy ocupado con el trabajo.

Para cogerle el teléfono a mis padres siempre estaba ocupado. Pero para mi hermana siempre tenía tiempo. Es así de fácil. Es lo que tiene crecer al lado de tu igual y ser minimizado por tus padres. Para escuchar sus quejas con respecto a las decisiones que tomaba en mi vida siempre había otro momento.

—Ya, claro. A otro con esos cuentos.

—Asia —insistí.

—Vale, vale. Te llamaba por varios motivos.

—¿El primero? —pregunté para aligerar la conversación.

Cuando mi hermana se ponía a hablar, no paraba. Y yo tenía que estar en el trabajo en unas horas. Aún tenía que volver a casa, almorzar y tomarme tres cafés para el turno de tarde-noche que tenía por delante.

—El primero —suspiró—, ¿tienes ya pareja para la boda?

—Ya te dije que iría solo.

—Y yo te dije que no era factible. Puedes llevar a alguna de mis amigas como acompañante.

—Ni de coña.

—¿Y no hay ninguna enfermera? —Preguntó canturreando.

—Nop.

Sí que había. Había y muchas. Pero ninguna que llamase la atención o en la que mereciera la pena invertir mi tiempo.

—Está bien. El segundo motivo era la fiesta de este fin de semana.

—Asia...

Me di cuenta de que utilizaba su nombre más como reproche que como llamada.

—No es mi culpa, es cosa de Gus. Se le ha ido un poco de las manos la lista de invitados.

Gustavo —Gus para los amigos—, era un amigo mutuo un poquito especial. A veces quería rodearle el cuello con las manos y apretar. Solo un poquito.

—¿Cuánto es «un poco»?

Me temía lo peor. Odiaba tener gente pululando por mi casa. Era un poco ordenado. Está bien. Estaba obsesionado con el orden. Y este piso era completamente nuevo. No me apetecía tener que contratar a un servicio de limpieza de veinte personas para arreglar el estropicio de la fiesta.

—Un poquito —dijo con voz aguda.

Me la podía imaginar al otro lado de la línea achicando los ojos y haciendo el gesto con las manos, mostrando un hueco de un milímetro entre el índice y el pulgar.

—Arréglalo —ordené entre dientes—. Y ¿el tercer motivo?

—He dejado lo mejor para el final. ¿Vas a venir a la prueba de tartas?

—¿La qué?

—Quedan seis meses para la boda. Hay que dejarlo todo bien atado y elegir el sabor de las tartas es primordial.

Seis meses era una eternidad.

—Esto ya me gusta más. ¿Cuándo dices que es?

—En tres semanas.

—¿Por qué me avisas con tanto tiempo de antelación? Ya me había hecho ilusiones.

—Porque sé lo en serio que te tomas tu trabajo y no quiero que me acabes diciendo que no puedes. Así que ve dejando esa tarde libre.

—Está bien. Como tú mandes. ¿Algo más?

—Te echo de menos.

—Me vas a ver en la fiesta.

—Pero ya hace más de un mes que te vi por última vez. Tengo derecho a sentir anhelo.

—Claro que tienes derecho.

Quizás sí que me tomaba el trabajo demasiado en serio. Pero era mi pasión. El hecho de tener que estar durante horas seguidas dentro del hospital, sin parar de un lado para otro, se compensaba con la satisfacción de ayudar a los pacientes. Sin embargo, mi vida personal sufría por culpa de ese aspecto.

Mi hermana no vivía especialmente lejos, pero me era muy difícil compaginar mis días libres con los suyos para poder vernos. Las fiestas no dejaban de ser una excusa para reunirnos, a pesar de lo poco que me gustaban. Pero para ella, la organización de un evento era su pasión. Además de su trabajo.

—Bueno, dejo de entretenerte. Llevamos quince minutos al teléfono. Sé que es un récord para ti y que tienes que volver al trabajo.

—Veo que me conoces bien.

—Te dejo, Guillermo. Pórtate bien.

—Sí, *mamá*.

Capítulo 14

Ella

El lunes decidí ir a rehabilitación. No quería admitir que la conversación con el doctor Rodríguez —o Guillermo, como él quería que lo llamásemos— me había afectado. Pero sí. Tenía mucho miedo de perder la movilidad en la pierna, pero más aún de que al llegar allí me dijeran que no había cura posible. Que había sido todo en vano e iba a estar coja y con dolores para toda la vida.

¿Acaso era eso lo que quería? No.

Pensar en Amalia me partió el corazón. Después pensé en mi madre, en Álvaro, en mí y en todas las personas que habían sufrido alguna vez en la vida. En cómo es necesario plantar cara al problema en algún momento y en cómo no me quedaba más remedio que intentarlo.

Me temblaba todo el cuerpo cuando mi madre me dejó en la puerta del hospital. Con ayuda de las muletas me dije que sería capaz de llegar sola hasta la sala concreta, pero me equivocaba. Se me nublaba la vista al recordar lo que me había traído al hospital en primer lugar.

—¿Mar? ¡Hola!

Me giré hacia donde provenía la voz. Era Guillermo. No podía ser tanta casualidad que, en un hospital tan grande y lleno de gente, él y yo nos volviésemos a encontrar.

—Hola —respondí con menos efusividad de la que él emanaba.

¿Qué era ese hormigueo en la punta de los dedos de los pies?

Caminaba rápidamente por el pasillo y se había detenido de golpe al llegar a mí. Su bata perfectamente planchada, al igual que la camisa que llevaba debajo. Todo en él gritaba «orden». Aunque las ojeras oscuras eran lo único que no podía ocultar de la realidad de su aspecto.

—¿Estás aquí por la rehabilitación?

—Eh... sí.

—Perfecto. Déjame que te guíe —se ofreció.

Me puse nerviosa. Aún andaba lento con las muletas, y tenía que pararme cada cinco segundos porque el dolor en las muñecas era casi más insoportable que el de la pierna. El tener que mostrar esa incapacidad me hacía sentir vulnerable.

—No hace falta. Ya llego yo sola.

—No te preocupes. Iba hacia allí de todas formas.

—¿No ibas a la cafetería?

En la mano sostenía un *tupper* de cristal. No me alcanzaba la vista a ver qué era exactamente lo que contenía, pero primaban los colores verdes.

—Ah, no. Normalmente como en la zona de rehabilitación cuando puedo.

Movió el recipiente en la dirección a la que yo me dirigía a modo de énfasis.

—¿Por qué? —Me podía la curiosidad.

—Ya lo verás.

Echó a caminar y se detuvo cuando vio que no le seguía. Me hizo un gesto con la mano

indicándome que lo acompañase y eso hice. Me tragué mi orgullo y comencé el paseo alternando muleta derecha, muleta izquierda y pierna. Muleta derecha, muleta izquierda y pierna.

Pensé en por qué no querría comer en la cafetería. Creía recordar que los empleados del hospital tenían una zona reservada para ellos, apartada de los pacientes y las visitas. Quizás le gustaba hacerlo a solas. O quizás quería comer a mi lado para asegurarse de que hacía todos los ejercicios diligentemente.

No quería pensar mucho en esto último. Ni siquiera sabía por qué ese pensamiento había cruzado por mi cabeza.

El paseo se me hizo eterno, aunque no eran más que un par de pasillos y giros a izquierda y derecha. Llegamos a una sala en la misma planta baja. Supuse que, si era la sala general de rehabilitación, colocarla escaleras arriba o abajo no era buena idea.

Dos puertas blancas, parecidas a las salidas de emergencia de cualquier local, nos separaban de la sala. Guillermo me miró, casi pidiéndome permiso para abrirlas.

—¿Preparada?

Tragué saliva y asentí.

Empujó ambas puertas a la vez y me cegó la luz al otro lado. Todo era blanco y los ojos estaban empezando a ajustarse al cambio cuando una sombra menuda se lanzó rauda y veloz contra las piernas de mi acompañante.

—¡Doctor!

Se trataba de una niña. Tan delgada que se la podría llevar el viento, con el pelo rubio casi platino y muy corto. Se colgaba de sus piernas como un koala. Hasta que el doctor se agachó para cogerla con el brazo que le quedaba libre.

—¡Amalia! Me has asustado.

—Llegas tarde —le replicó la niña.

Con un dedo índice le aplastó la mejilla repetidamente.

—No me mires a mí. Es culpa de ella.

Le dedicó una sonrisa y dirigió la mirada hacia mí. Fue la primera vez que la niña se percató de mi presencia.

—¿Culpa mía? ¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Iba de camino hacia aquí cuando la vi perdida por los pasillos. La perseguí un rato hasta que me di cuenta de que no sabía llegar y tuve que hacer de guía. —Seguía hablándole a la niña, pero me miraba a mí.

¿Qué había dicho?

—¿Me habías visto antes?

En lugar de responderme, me guiñó un ojo. Después se volvió para seguir hablando con Amalia. Tenía la mirada cansada y ojeras oscuras bajo los ojos, pero se mantenía con la fachada llena de vida para ella.

—¿Qué has traído hoy de comer?

Le dio a ella el *tupper* y aprovechó para recolocarse el pelo. Ahora que me fijaba, le había crecido desde la última vez que lo había visto. Ahora no estaba de punta y pegado al casco, sino que podía pasarse libremente los dedos a través para peinarse. Unos mechones sueltos se le quedaban despeinados a la altura de la patilla y me hacía querer pasar las yemas de mis dedos por encima para colocarlos.

—Un revuelto de brócoli muy rico y muy, muy sano.

—¡Puaj!

Al fin se adentró en la sala y yo lo seguí. Soltó a la niña en el suelo para saludar al resto de

personas que había por allí. Parecía conocerlos bien a todos. Amalia aprovechó para mirarme con atención.

—¿Y tú quién eres? —preguntó.

—¡Amalia! —le gritó una mujer desde la esquina—. Lo siento. A veces se le van los buenos modales con la efusividad.

Parecía tener mi edad o un poco más, pero ni un año menos.

—No te preocupes.

Intenté añadir una sonrisa, pero aún me era muy difícil hacerlo.

—Esa es mi madre. Se llama Pilar, tiene treinta y ocho años y trabaja en una guardería. Yo soy Amalia, tengo ocho años y voy al colegio. ¿Y tú?

—Yo soy Mar, tengo treinta y... —Dudé y me tuve que parar a recordar que los había cumplido mientras estaba en coma— cinco.

No supe cómo seguir porque no sabía a lo que me dedicaba. Había decidido dejar el trabajo en la compañía de seguros. Insistieron en que me correspondía mi tiempo de baja, pero no quise aceptarlo. Era una tontería volver allí. Ya no tenía sentido.

Aunque la cruda realidad era que no me atrevía a cruzar el umbral de la oficina. Ni a mirar a la cara de mis compañeros después de todo lo vivido. A algunos ya les había esquivado la mirada en el funeral. No quería jugármela una segunda vez.

—Es pastelera —dijo la voz masculina que bien conocía ahora y que se había sentado frente a una mesa pegada a la pared. Había modificado su posición para sentarse a comer mientras podía vernos de frente.

La niña hizo un sonido de admiración.

—¿Haces pasteles?

—No soy pastelera —respondí más para él que para ella.

—Ah, cierto. Lo dejaste por una oficina de... —Movié la mano que sostenía el tenedor en círculos, buscando la respuesta.

—Seguros.

—Pues eso.

—Pero ya no —añadí rápidamente.

—¿Y eso? —preguntó sinceramente curioso.

—Lo he dejado. Es inútil volver.

Suspiré.

—¿Por qué? —Amalia se había introducido de nuevo en nuestra conversación.

—Porque me trae malos recuerdos.

La niña se quedó pensativa unos minutos y pareció contenta con la respuesta. Se encogió de hombros y dijo:

—Tiene sentido.

Solté el aire de golpe, agradecida por dejar al fin el tema.

La expresión de satisfacción de Guillermo decía que había conseguido lo que quería. Me había hecho hablar y reconocer ciertas cosas que no me atrevía a pensar.

Las puertas se volvieron a abrir, esta vez era yo la que observaba desde dentro quién entraba. Era un tipo enorme y corpulento, de piel muy oscura, y pelo negro y rizado. Llevaba un conjunto de pantalón y camiseta —un pijama quirúrgico—, de color morado. Mandó un saludo general, pero buscaba a alguien con la mirada. Cuando esos ojos oscuros me encontraron, aún de pie y apoyándome en las muletas en mitad de la sala, reanudó su paso.

—Tú debes de ser Mar.

—¿Por qué parece que todo el mundo me conoce aquí?

Lo dije en un susurro, pero se hizo eco en la sala y todos lo escucharon.

—Porque llevábamos semanas esperándote —respondió este—. Yo soy Maxi, el encargado de tus sesiones de rehabilitación.

Maxi. Me sonaba su nombre.

Me vino, de repente, un recuerdo ciego. Solo podía oír voces, pero el tal Maxi y el doctor hablaban sobre mi recuperación y la rehabilitación de una tal Amalia. Ahora todo comenzaba a encajar. Eran ellos, en mi habitación, mientras yo seguía en coma.

—Siento no haber venido antes.

Ahora que me daba cuenta de cuántas personas dependían de mi asistencia, me sentía terriblemente mal.

—No lo sientas. Te comprendemos.

—Ya, claro. Supongo que todos estáis al tanto de mi historial.

Debía de ser la comidilla del hospital. La mujer que se había quedado viuda, pero había sobrevivido a un accidente aéreo.

—Lo cierto es que no. Tan solo el doctor Rodríguez y yo estamos al día. Pero todos los presentes han pasado, de una u otra manera, por una situación semejante a la tuya.

Se giró con los brazos abiertos, queriendo mostrarme cada rincón de la sala, del tamaño de un pequeño estadio deportivo, con techos altos y máquinas de todo tipo. Detuve la vista en un señor de unos cincuenta años que se encontraba haciendo movimientos repetitivos con los brazos, mientras sostenía unas pesas en las manos. A su lado, un instructor con las mismas ropas que Maxi le indicaba cómo debía hacer el movimiento y, por las caras que el señor estaba poniendo, o le costaba hacer el movimiento o le producía dolor.

—¡Oh, no! ¡El ogro está de vuelta!

Amalia, que estaba charlando efusivamente —parecía que todo lo que hacía lo hacía con la misma intensidad—, echó a correr hacia el otro lado de la sala, huyendo de Maxi. Fue entonces cuando me di cuenta de su cojera y la irregularidad de su carrera.

—¡Amalia! Te he dicho que no corras —la regañó su madre, que seguía sentada con un ojo puesto en un libro y el otro en su hija.

—¡Que síiiiiii! —respondió esta.

—¿Por qué no comenzamos tú y yo?

Miré a Maxi, nerviosa. Había accedido a venir, había dado el paso de entrar en la sala. Lo siguiente era comenzar con los ejercicios.

—Está bien —dije con la boca pequeña.

Lo seguí hasta un par de barras paralelas que me quedaban a la altura de la cadera. Me indicó que le dejase las muletas para él sostenerlas mientras yo me colocaba en medio de esas barras y las usaba de apoyo.

—Es el primer día y sé lo duro que puede llegar a ser. Por eso vamos a empezar de manera leve. ¿Has apoyado alguna vez la pierna desde que te colocaron la placa?

Después de haber retirado los hierros y el resto del mecanismo que me cubría el gemelo, me habían dicho que habían tenido que colocar una placa con tornillos de manera permanente. Pero que yo no iba a notar que estaban ahí y no me iban a dar problemas. Sin embargo, había tenido mucho miedo de probar si funcionaban o no, y no me había atrevido a apoyar la pierna en ningún momento.

Negué con la cabeza.

—Bien. Pues eso es lo que vamos a hacer hoy. Quiero ver hasta qué punto puedes apoyarla y

cargarla con peso. Te aviso de que va a doler, pero es totalmente normal y parte del proceso.

Respirando hondo me armé de valor y decidí estirar la pierna. Al principio me costó muchísimo atreverme a apoyarla. Poco a poco fui cogiendo confianza y, al cabo de los minutos, conseguí plantar el pie en el suelo. Aunque seguía manteniendo mi peso con las manos en las barras.

Me fijé que Guillermo, en algún momento de mi proceso, había apartado su comida a un lado y me miraba con expectación, apoyando los codos en las rodillas, como si de esa forma pudiera acercar la vista más hacia donde yo estaba. De reojo veía como no perdía puntada de mis movimientos.

Resoplé cuando decidí poner algo de peso en la pierna mala.

—¡Ah! —me quejé.

Rápidamente volví a levantarla, deshaciendo el poco avance de aquel día.

—¡Vas muy bien! —me alentó Guillermo.

Lo miré con el entrecejo fruncido y la cara llena de frustración y él me dedicó una sonrisa acompañada de un guiño. Me recordó a los guiños de mi marido. Sin embargo, los de Guillermo parecían ir solo dirigidos a mí. No quería que me afectara aquello, pero de alguna forma mi cerebro lo guardó en un rinconcito.

Como por inercia, levanté una mano y la llevé a los anillos que me colgaban del cuello. Cerré los ojos, los agarré fuerte y respiré hondo un par de veces.

—Tiene razón —interrumpió Maxi—, es muy bueno lo que hemos conseguido hoy.

Miré el reloj de la pared y vi que habían pasado más de cuarenta minutos. No podía creer que lo único que había conseguido había sido apoyar la pierna varias veces y quejarme de dolor.

—Antes de que te marches, te voy a enseñar unos cuantos movimientos para que practiques en casa cada mañana cuando te levantes y cada noche antes de dormir. Es bueno que lo hagas, independientemente de si vuelves mañana o dentro de tres días.

Intenté quedarme con todo lo que me enseñaba y me prometí a mí misma hacer los deberes en casa, tal y como se me había ordenado.

Era por mi bien.

Capítulo 15

Ella

Cuando llegué a casa me encontré con la sorpresa de que mi hermana me esperaba allí con los niños. Nines tenía las llaves de la buhardilla y, excepto en contadas ocasiones cuando sabía que Álvaro estaba allí durmiendo, siempre las utilizaba para entrar sin avisar.

Reencontrarme con mis sobrinos varios días atrás fue muy duro. La pequeña no se había enterado de mucho, por suerte, y tan solo iba a tener que acostumbrarse a no ver a Álvaro. No lo echaría en falta. Pero Oliver preguntaba por él más de lo esperado.

—¿Dónde está el tito Varo? —había preguntado—. ¿Y por qué estás viviendo en este sitio tita Mar?

Fue cuando me hicieron otras de sus visitas un par de días más tarde del funeral. Nines y Marcos les habían explicado que Álvaro se había ido al cielo antes de lo esperado y que no iban a poder verlo en mucho tiempo.

De alguna forma que no llegaba a comprender, sabía que un niño de nueve años ya entendía lo que era la muerte, aunque no de manera compleja. Se hacía una idea del por qué su tío no iba a estar más presente en las reuniones familiares, ni iba a poder estrecharlo entre sus brazos.

Con la excusa de que el otro piso era tan solo de Álvaro, Oliver dejó de preguntar el porqué de que yo ahora me encontrase en la buhardilla. Creo que mi hermana intentaba sobornarlo con alguna que otra gominola para que, a cambio, no me hiciera más preguntas. En cierto modo se lo agradecía.

—¿Qué hacéis por aquí? —dije intentando sonar efusiva.

—¡Tita!

Ambos corrieron hacia mí, pero se detuvieron en seco tras la orden de mi hermana de que no se lanzaran sobre mí. A veces se les olvidaba que aún llevaba las muletas y me costaba mantener el equilibrio. A mí también, porque si no llega a ser por el aviso de Nines, los hubiera estrechado como si nada y hubiéramos acabado en el suelo, con no muy buenos resultados.

—Venid. Con cuidado.

Dejé las muletas a un lado, me deslicé la rebeca por los hombros y la dejé también en alguna parte. Solo tenía ojos para ellos. Me senté en el suelo y les indiqué con las manos dónde se podían colocar para abrazarme sin acabar en el hospital de nuevo.

Tan solo tenerlos allí me recargaba esa batería emocional que mantenía drenada constantemente. Y aunque las lágrimas amenazasen con asomar, eran de felicidad. Admiraba cómo las malas noticias podían mantener los tentáculos fuera de almas inocentes.

—Hoy en el cole hemos visto los huesos del cuerpo. Y la seño nos ha hablado de la tibia y el peroné. ¿Sabes que hay una canción para ellos? Y yo le he dicho que mi tita Mar se los había roto y que te habían tenido que poner unos hierros atravesándote toda la pierna. Y que parecías un cíborg.

—¿Un *cíborg*? —¿Dónde había aprendido aquella palabra?— ¿Y qué han dicho los demás?

—¡Que era muy guay!

—Tita, *ah yooo*.

«Ahora yo».

Lidia aún hablaba a medias y esa era su forma de decir que ahora le tocaba a ella ser el centro de atención. Mis sobrinos habían sido un gran apoyo en todo lo que estaba viviendo. Cuando me sentía sola, mi hermana siempre encontraba la forma de distraerme con ellos. Y esa felicidad y motivación constante por su parte, el interés en todo, la inocencia y la forma de ver las cosas desde un punto de vista diferente me hacía pensar que quizás a ratos merecía la pena respirar un poco.

—He estado pensando —Eso no podía ser bueno—, y... ¿qué te parece si haces de canguro? Me hace falta que alguien se quede con los niños algunos días, y tú ahora mismo estás libre. Quizás te venga bien.

—No sé si voy a ser capaz.

—Serías más que capaz.

—¿En muletas?

—Oliver se cuida prácticamente por sí solo y Lidia ya sabe andar. No vas a tener que hacer mucho más que vigilarlos y darles de comer.

Los dos me miraban con ojitos tiernos, como si estuvieran esperando una afirmación rotunda. No podía resistirme. Quizás era una buena forma de seguir manteniéndome ocupada para no pensar en la soledad de casa.

—De acuerdo. Dime cuándo y allí estaré.

—Genial.

Nines me ayudó a quitarme a los niños de encima y a levantarme. Después se acercó a la cocina, tan cómodamente como si fuera suya. Y es que realmente lo había sido.

—¿Te hago un café?

Asentí.

—También he estado pensando...

—Nines, que pienses tanto no es buena idea. Y lo sabes.

Puntualicé con una mirada abierta en su dirección.

—Deberías hablar con un profesional.

—No estoy preparada.

Ante mi respuesta suspiró y agachó los hombros.

—Soy tu hermana y me preocupo por ti y por tu bienestar. Solo eso.

—Ya sé que lo haces con buena intención.

Dejó correr unos segundos hasta que volvió a hablar.

—Conozco a una chica que es maravillosa con sus pacientes. Y no muy cara. Deberías ir.

—Nines...

—Mar...

No quería. No estaba preparada para hablar de lo que había ocurrido. Sí, había pasado un mes desde que me había despertado. Pero ese mes había sido eterno y, sin embargo, seguía teniéndolo todo tan fresco y reciente como el primer día.

—Si acepto a una consulta dejas de presionarme para ello.

—Trato hecho.

—Pero solo una.

—Eso ya lo veremos.

—Me alegra que hayas decidido darles una oportunidad a estas sesiones.

—Por ahora solo he accedido a una.

—Por algo se empieza.

Acompañó la frase con una sonrisa sincera.

En el momento en el que acepté ir a las sesiones con la psicóloga, Nines me había concertado una cita con Patricia, la misma psicóloga a la que ella acudía para combatir la ansiedad.

Patricia recibía a los clientes en casa. Era un loft amplio, con una cristalera que ocupaba todo el muro frontal y que daba una luminosidad que acompañaba a las paredes blancas y tonos suaves. Junto al ventanal, frente a una estantería llena de libros, había varios asientos para que escogiera libremente el más cómodo. Yo elegí una silla que parecía simular una concha perlera abierta, de color rosa pastel.

—Bien, coméntame por qué estás aquí.

—Pensaba que ya lo sabías.

—Quiero oírlo de ti.

Entrelacé las manos de manera nerviosa en mi regazo. Mi instinto fue darle vueltas al anillo que faltaba en el meñique.

—He perdido a mi marido en un accidente.

—¿Estás segura de que ese es el único problema que te ha traído hasta aquí?

Patricia se mantenía con una libreta abierta y colocada sobre sus piernas cruzadas. Cada varios minutos apuntaba algo, pero siempre mantenía la atención puesta en mí.

Me mantuve en silencio, pensativa.

—Según tengo entendido, has decidido comenzar con la rehabilitación —continuó ella—. ¿Qué te ha hecho dar el paso que tan reacia te encontrabas a dar?

—Mi doctor me empujó a ello de cierta forma.

Levantó las cejas y me instó a continuar.

—Me contó la historia de una niña de ocho años que asiste a rehabilitación. Pensé que, si ella era capaz de superar las barreras que le colocaba la vida, yo también.

—Eso es un buen comienzo. ¿Cuántas sesiones llevas?

—Por ahora tan solo dos.

Asintió. Lo hacía mucho. Asentía, pensaba y formulaba otra pregunta.

—Y ¿cómo te sientes?

—¿Bien? No lo sé. El dolor es una buena distracción del problema real.

—Que es...

—La pérdida.

—¿De tu marido?

Asentí. Yo también lo hacía mucho. Lo prefería antes que hablar.

—¿Qué te hizo no ir antes a la rehabilitación?

—Sentir el dolor y castigarme con la idea de no volver a andar de la misma manera se sentía como un castigo acorde con la supervivencia de un accidente en el que mi marido había perdido la vida.

Decirlo lo hacía mucho más serio de lo que parecía en mi cabeza.

Patricia escribió en su libreta. Después miró disimuladamente el reloj de su muñeca. Yo hice lo propio con el mío y vi que quedaban unos quince minutos aún.

—¿Te gustaría hablarme un poco más de cómo te sentiste durante todo el proceso desde que despertaste?

Era mucho que contar, y más que digerir.

—Las primeras semanas fueron horribles —se me quebró la voz—, sobre todo mientras esperaba en el hospital hasta que me dieron el alta. Me recomendaron visitar a un psicólogo, pero no tenía fuerzas ni para salir de casa. Que Guillermo viniera a la pastelería a meterme la idea de probar las sesiones de rehabilitación fue lo que me ayudó, pero lo hice más por los que me rodeaban que por mí misma —Cayó la primera lágrima y la dejé fluir—. No soportaba la idea de tener que depender toda la vida de mi familia por culpa de no buscar ayuda. Y me sentía tan sola en casa que pensé que sería buena idea pasar algunas horas a la semana focalizándome en el dolor.

—Hablas mucho de «dolor». ¿A qué te refieres exactamente?

Me pasé los nudillos por las ojeras y las limpié de toda humedad.

—El de la pierna, el de aquí dentro —Me señalé el pecho—, el de aquí arriba. —Me toqué la cabeza.

—Ajá.

Tras varios minutos más de preguntas, respuestas y reflexiones, la sesión llegó a su fin.

—Mar, siento decirte que hemos llegado al límite de tiempo. ¿Nos vemos la semana que viene de nuevo?

—De acuerdo —accedí.

La segunda semana de rehabilitación fue mucho peor que la primera. Maxi decía ver en mí unos avances magníficos, así que era hora de apoyar constantemente la pierna, aunque fuese con las dos muletas. Y, por si alguien se lo está preguntando, era muy doloroso.

En cuanto al dolor interno, el que va más allá del sistema nervioso, de ese no quería ni hablar.

—No puedo. No puedo. ¡No puedo!

—Sí, puedes. Venga Mar. Un pequeño paso para el hombre —Se señaló con guasa—, un gran paso para la humanidad.

—Ja, ja. Qué gracioso.

Compuse la sonrisa más falsa, pero amplia que puse, incluso enseñando los dientes. Maxi sonrió y una carcajada se oyó a mi derecha.

Guillermo.

Por supuesto, este no se perdía ni una sola de mis sesiones. Aunque, claro, todas coincidían con Amalia, así que esa podía ser su excusa. De cualquier forma, cada día llegaba con su *tupper*, siempre lleno de cosas verdes, se sentaba a comer y observaba.

Y a mí no se me escapaba la atención que ponía en mí.

—¡Venga! —insistió Maxi.

La confianza que habíamos cogido el uno con el otro tan rápido era sorprendente. Maxi tenía un humor diferente que me hacía mantenerme despierta. Era una buena medicina para todos

nosotros.

Di el paso, pero no eché el peso del cuerpo en él. Intentaba mantenerme con las muletas y la otra pierna, pero no era la mejor de las actrices y mi entrenador lo sabía.

—Está bien, ya voy.

Uno, dos y...

—¡Ahí está! ¡Vamos! —gritó Guillermo.

—¡Síiiiiiii!

Amalia se unió a la celebración y comenzó a dar saltos a la pata coja mientras daba palmadas. Consiguieron sacarme una pequeña sonrisa que intenté ocultar en vano. Me venía bien venir a estas sesiones. Me ayudaba a olvidarme de todo lo demás.

—¡Amalia!

Esta se puso rígida ante la llamada de Maxi.

—A tu sitio.

—Sí, ogro de las cuevas oscuras.

Le sacó la lengua y volvió a su posición en las máquinas de estiramientos. Ese día llevaba unos pantalones cortos, a pesar del frío que ya entraba. La prótesis estaba a completa disposición de todo aquel que quisiera observar con detenimiento. Yo me incluía entre ellos.

La piel se detenía un poco más abajo de la ingle y dejaba paso a una malla que cubría el muñón. A diferencia de las de color carne que suelen llevar el resto de personas, la suya era de color rosa chillón y tenía pequeños unicornios estampados por toda la tela. Después continuaban unos broches y comenzaba la prótesis que imitaba el color carne más parecido al tono de la niña. En la rodilla había unos mecanismos que unía la parte del muslo con la del resto de la pierna falsa. Supuse que para poder articular lo mejor posible a la hora de andar.

—Ya sabes que con esa pierna no puedes saltar. Primero hay que aprender a caminar.

—¡Pero ya sé andar!

—Yo seré el que te dé el visto bueno. Hasta entonces tienes que seguir practicando.

—Vaaaaale.

La niña puso los ojos en blanco y volvió a sus ejercicios. Maxi se volvió hacia mí y continuó con los míos.

—Por cierto. Hace mucho que te quiero preguntar algo.

—¿Mucho? Nos conocemos de hace una semana.

Se carcajeó.

—Bueno, yo te conozco desde hace un poco más —¿Se refería a cuando me encontraba en coma?—. A lo que voy es, ¿cuándo me vas a traer algún dulce casero para recompensar mi buen trabajo contigo?

—Es cierto —comentó Guillermo—. Lleva semanas soñando con comer algo de la pastelería de tu madre.

—Un día de estos te traeré algo.

A mi madre le iba a encantar la idea de preparar una bandeja variada para traer aquí. Regalar dulces y darse a conocer como buena repostera era su pasatiempo favorito.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Acepté la mano que me tendía y se la sacudí.

—Ten cuidado, que Maxi se toma las promesas muy en serio. Como no la cumplas no te dejará tranquila.

El doctor se había levantado de la mesa donde se encontraba comiendo y se había acercado

tan sigilosamente que no me había dado cuenta hasta que lo tenía prácticamente a mi lado.

—¿Qué insinúas? Yo también me tomo mis promesas en serio.

—No insinúo nada —Levantó las manos en señal de inocencia—. Solo quería dejarlo claro.

Entrecerré los ojos. ¿Insinuaba que no iba a cumplir mis promesas? No me conocía lo suficiente como para saber la seriedad de mis asuntos.

—¿Doctor?

Una cabeza rubia asomó por la puerta. Era una enfermera y me sonaba de algo.

—Dime, Flor. ¿Necesitas algo?

Ella asintió.

Guillermo, que estaba a mi lado, rápidamente puso toda su atención en la susodicha y echó a andar hacia ella. Una vez llegado a su altura, se cruzó de brazos y mantuvo una postura recia, con las piernas ligeramente abiertas, plantado en el sitio. Flor comenzó a hablarle de algo de manera efusiva y dedicándole una amplia sonrisa. Guillermo le sonrió también y respondió a aquello que le decía. Soltó sus brazos y los colocó a los costados, adoptando una postura más desenfadada. Flor seguía hablándole y gesticulando, tocándole el brazo entre frase y frase. Y él se dejaba.

Sin saber por qué, sentí como si la bilis me hirviera en el estómago. Algo pesado se hallaba ahí y no me dejaba tragar correctamente. Automáticamente, llevé la mano a los anillos, los sostuve y respiré hondo.

—¿Estás bien? —preguntó Maxi, que miraba de mí hacia los dos que hablaban en la puerta.

—Eh, sí. Estoy bien.

—Chicos, me marcho por hoy —anunció el doctor.

Y desapareció tras la puerta con Flor.

Ese fin de semana, Guillermo volvió por Bonaire. Fue una visita sorpresa cuando ya caía el rocío de la tarde. Y entró como si fuese el dueño del local. Con andares decididos, un jersey negro de cuello vuelto que parecía haber sido creado para él, unos vaqueros que se ajustaban perfectamente a sus caderas y botines marrón oscuro. Como si acabase de salir de una sesión de fotos para su último trabajo como modelo.

—Buenas tardes —anunció.

Se pasaba las manos por el pelo intentando domar los mechones rubios que aún crecían descontrolados.

—¡Guillermo! Qué alegría verte de nuevo por aquí. ¿Cómo te fue con los pasteles en la fiesta de Halloween?

Mi madre se comportaba tan sorprendida como siempre que veía a un cliente volver. Como si no supiera que era una maestra con la mezcla de ingredientes.

—Fueron todo un éxito, Carmen. Seguramente hayas afianzado unos cuantos clientes más. ¿Qué tal, Mar? —Se dirigió hacia mí.

—Bien —respondí, a pesar de saber que se trataba de un saludo de cortesía.

—Acaba de salir una empanada de carne del horno. ¿Te apetece llevarte un poco? —continuó mi madre.

—Me sabe mal negarme, porque huele francamente bien

—Se llevó la mano al pecho fingiendo dolor—, pero soy vegetariano.

Ahora entendía esos *tuppers* siempre plagados de todo tipo de alimentos de origen vegetal. No me había dado cuenta hasta ese momento en que nunca lo había visto con un solo trozo de carne, de ningún tipo.

—Tiene sentido —susurré.

—¿Cómo dices?

—No, nada... Que tiene sentido por la cantidad de verde que llevan tus almuerzos.

—Déjame adivinar. No eres muy amiga de las verduras.

Arrugué la nariz.

—No mucho.

—¿Gustarle las verduras a ella? No las quiere ni en pintura. Y mira que en casa siempre se han comido. Pero pone cualquier excusa para escaquearse. Una vez cuando era pequeña tiró toda una ración de acelgas por el váter y dijo que se la había comido el perro. ¡Y no teníamos perro!

Puse los ojos en blanco porque mi madre ya estaba hablando de más. Mientras, Guillermo se carcajeaba con total naturalidad. Me fue imposible no detener mi actitud para observarlo.

—Eso habrá que solucionarlo.

—¿A qué te refieres?

Me guiñó un ojo, pero no respondió.

—Entonces ¿qué te llevas?

—Ya sabes que cualquier cosa con cabello de ángel me vuelve loco.

Guillermo parecía tener una amplia sonrisa permanentemente dibujada en la cara. Era un gran contraste con la nube de tristeza que me acompañaba a todas partes. Como el día y la noche. O los rayos de sol contra una lluvia de madrugada.

Había tantas cosas de él en las que había comenzado a fijarme tras pasar unos días juntos, aunque fuese rodeados de más personas.

—Hija, me preocupa este chico.

Me di cuenta de que este ya se había marchado, pero yo seguía sumida en mis pensamientos. Al final se debía de haber llevado sus ansiados hojaldres de cabello de ángel. Eran otra de las especialidades de mi madre.

—¿A qué te refieres?

—Tiene la palabra «peligro» escrita en la frente.

—No te entiendo.

—Pues que tengo miedo de verte herida tan pronto después de todo lo que has pasado. No quiero que sigas por ese camino.

—¿Qué quieres decir? —Me detuve en seco—. Espera un momento. No estarás insinuando que...

Asintió con efusividad. Estaba nerviosa y se notaba porque enredaba las manos continuamente en el delantal que se anudaba en su cintura.

—¿Cómo te atreves? —Me sobrevino una ola de furia—. Álvaro acaba de morir, joder. Y Guillermo es mi doctor. Por no mencionar que tiene ocho años menos que yo. ¡Nunca me atrevería!

No me podía creer que, después de más de un mes en coma y otro intentando reconstruir cada pieza de mi corazón destruido, mi propia madre pensara eso de mí. No me cabía en la cabeza. Ella me miraba aterrada al verme estallar de aquella manera.

—Vale, lo siento. De verdad, discúlpame. Olvida que he dicho nada.

Se metió a la trastienda, pero las lágrimas furiosas ya me caían cara abajo.

Capítulo 16

Ella

Nines me llamó aquella tarde para cuidar de mis sobrinos. A diferencia de las veces anteriores, esta vez era para quedarme con ellos una noche entera. Mi hermana y su marido querían un poco de tiempo de calidad para ellos y yo accedí encantada para que tuvieran un momento en pareja. A veces estaban tanto para sus hijos que se olvidaban de que eran un matrimonio.

—Tienes la cena preparada. Tan solo hay que calentarla cinco minutos cuando llegue el momento.

Nines estaba preciosa. Ella siempre se arreglaba para ir al trabajo, pero nunca de esa forma. Su *look* de oficina lo había cambiado por un vestido rojo ajustado y unos tacones de infarto. Hacía tiempo que no la veía tan ilusionada por salir. Quizás la maternidad le había pesado un poco. Se estaba colocando los pendientes frente al espejo de la entrada, ultimando detalles antes de irse, cuando un silbido por detrás la hizo levantar la vista.

—Soy el marido con más suerte en todo el mundo.

Marcos también se había acicalado. Con un traje de chaqueta informal y una camisa con el cuello un poco abierto. Incluso había conseguido domar la mata de pelo castaño. Se acercó a mi hermana y le dio un sonoro beso en los labios.

—Estás preciosa, cariño.

—Tú tampoco estás nada mal.

Estaba tan absorta en la burbuja que habían creado que no llegué a oír las especificaciones que me daba mi hermana. Me comentaba que Oliver se encontraba regular y me decía qué hacer en caso de empeorar. Yo seguía recreando la escena en la que ella se daba la vuelta y lo miraba con los ojos brillantes, aún de la misma forma tras tantos años juntos. Dos hijos y todavía mantenían la magia. Realmente estaban hechos el uno para el otro y era imposible no sentir envidia de ellos. Pero envidia de la sana.

Su felicidad siempre sería la mía.

—¿Alguna duda antes de irnos? —preguntó Marcos.

—Ninguna. —Negué con la cabeza.

—Está bien. Ya sabes que puedes llamarme si ocurre cualquier cosa.

—Y recuerda no darles azúcar o te mantendrán toda la noche en vela.

—Síiiii. Venga, salid ya por la puerta. Disfrutad de la libertad.

Mi hermana cruzó el umbral dando un gritito de euforia y Marcos se carcajeó detrás.

—Al fin solos.

Me di la vuelta y Oliver y Lidia me miraban desde abajo con ojos amplios. Era cierto que el brillo en los de Oliver se había apagado ligeramente. No le acompañaba la hiperactividad que solía ir de su mano a todas partes. Lidia, sin embargo, mantenía la sonrisa y me echaba los brazos para que la cogiera en brazos.

—Vamos al lío.

Comencé siguiendo las instrucciones en el orden que me habían dicho. Primero: calentar sus cenas. Segundo: darles de comer. Tercero: cero azúcar. Cuarto: a dormir. Parecía fácil. Pero mientras Oliver comía, yo intentaba dormir a Lidia. No es una tarea fácil dormir a un bebé que no para de describir todo lo que hay a su alrededor. Yo no era madre, estos no eran mis hijos y se notaba mi falta de experiencia.

Quizás ser madre no era lo mío y el destino me había salvado de ello.

—Hoy no vas a llorar —me dije, mirando hacia arriba para evitar las lágrimas.

—No llora —repitió Lidia.

—Así es. No se llora —le dije, habiendo conseguido sacarme una sonrisa.

Cuando al fin la niña cerró los ojos y la tendí en la camita, un sonido de arcada me alertó. Fui hacia la cocina con toda la rapidez que pude y me encontré con todo patas arriba. Oliver se encontraba de pie frente al estropicio, con cara de culpable y los ojos rojos del esfuerzo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté sabiendo la respuesta.

El niño negó lentamente.

Rápidamente lo cogí de la mano, lamentándome de no poder llevarlo en brazos. Le preparé un baño caliente y lo dejé dentro relajándose mientras yo ponía la cocina a punto. Finalmente, cuando Oliver estuvo limpio y dejó de oler a comida regurgitada, le puse su pijama y lo metí en la cama. Me pareció que estaba demasiado caliente para las fechas en las que nos encontrábamos. Le di un beso en la frente y, efectivamente, tenía fiebre y no me hacía falta un termómetro para saberlo. Intenté bajársela con paños fríos, pero no conseguía hacer nada. Empecé a controlársela con el termómetro y vi que iba subiendo. No sabía qué hacer y me negaba en estropearles la noche a sus padres. Nines ya me había explicado qué hacer. Pero, tonta de mí, no estuve atenta.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —me repetía paseando de una punta a la otra del salón.

Prometo que no encontré otra solución.

Saqué el móvil del bolsillo y abrí la aplicación de contactos. Busqué y busqué hasta que un nombre apareció en la pantalla. Di gracias a que había apuntado el número por miedo a perder el trozo de papel donde lo escribió. Pulsé sobre él, me lo llevé a la oreja y esperé.

Uno, dos y hasta tres tonos hasta que una voz apareció al otro lado de la línea.

—¿Diga?

—Guillermo, soy Mar. No sé si me recuerdas. La paciente del accidente de...

—Mar —me cortó—, sé quién eres. Dime qué ocurre.

Se oía jaleo de fondo y estaba segura de que estaba interrumpiendo algo importante.

—Verás... No sabía a quién más llamar.

—Ve al grano. ¿Es grave?

—Mi sobrino. No sé qué le pasa exactamente, pero tiene fiebre y no se encuentra bien.

—¿Has llamado a un médico?

—Te he llamado a ti.

Unos segundos de silencio le siguieron. Me despegué el teléfono y miré la pantalla, asegurándome de que la llamada no se había cortado.

Un suspiro.

—Envíame la dirección y estoy allí en cuanto pueda.

Le envié la localización exacta en un mensaje. Diez minutos después alguien aporreaba la puerta, sin siquiera molestarse en pulsar el timbre. Nudillos golpeando la puerta de madera, casi con urgencia. Abrí de inmediato.

—Hola.

—¿Dónde está?

—Al fondo a la izquierda.

Se le veía agitado y verdaderamente preocupado. Llevaba puesta la bata del hospital, pero se la quitó mientras caminaba hacia la habitación, dejándola en el picaporte de la primera puerta que encontró. Las ojeras oscuras y la barba algo más crecida de lo cuidada que solía llevarla marcaban su cansancio. Me sentía mal por haberlo hecho venir cuando lo que necesitaba eran unas cuantas horas de sueño.

Cerré la puerta de la calle y lo seguí. Aún con lentitud ya que seguía llevando las muletas, pero apoyando ambas piernas. Entró en la habitación y automáticamente cambió su semblante por uno más dulce. Se arrodilló al lado de la cama. Oliver se hallaba entre las sábanas, las cuales había tenido que cambiar hacía unos minutos porque había vuelto a vomitar. La luz tenue de la lamparita en la mesita de noche era la única iluminación en la habitación.

—Ey, colega. Soy Guillermo. ¿Cómo te encuentras?

Colocó el dorso de la mano en la frente unos segundos.

—No muy bien.

La voz del niño era tan tenue y ronca.

—Tienes un poco de fiebre. Es normal. Pero te la vamos a bajar en un segundo para que te encuentres mejor. ¿Te parece?

Asintió levemente.

Guillermo se levantó y se dirigió hacia mí, que esperaba en la puerta entreabierta de la habitación.

—Dame detalles. ¿Cuánto lleva con fiebre? —preguntó en un susurro.

—Más o menos desde que cenó.

—¿Hace cuánto de eso?

—Un par de horas.

—¿Habéis cenado lo mismo?

Negué con la cabeza.

—Los dos han cenado lo mismo, pero la niña está dormida plácidamente. Yo no he comido aún. No he podido.

—¿Algún otro síntoma?

Había activado por completo el «modo doctor».

—La cena la ha vomitado entera. Después de bañarlo vomitó de nuevo. No se encontraba bien desde el principio, pero después ha empezado con la fiebre y no consigo recordar el jarabe que mi hermana me dijo que le diera en caso de que ocurriera algo. Y no quiero molestarla porque se ha ido de cena y noche romántica con Marcos, y se merecen todo y más y no quiero que reciban mi llamada diciendo que...

No podía parar en mi espiral de verborrea. Me cortó cogiéndome de las mejillas.

—Respira, Mar.

Desvié la mirada hacia sus labios. La forma en que pronunciaban mi nombre era diferente a la del resto. Susurraban cada palabra, moviéndose delicadamente, intensificando el ya pronunciado arco de cupido.

Sacudí la cabeza, rompiendo aquel trance, y le devolví la mirada a los ojos que mostraban una chispa que decían que me habían pillado con las manos en la masa.

—Enséñame dónde guarda tu hermana las medicinas. Estoy más que seguro de que ya sé de qué jarabe se trata. No parece más que un virus estomacal esporádico. En el colegio se pillan muchos en esta época.

Agradecí que dejase pasar por alto aquel momento de debilidad por mi parte.

—Sí, la niña lo pasó el mes pasado.

—¿Ves? Nada de lo que preocuparse.

Lo conduje hasta el mueble de las medicinas en el baño y escogió el jarabe que tanto me sonaba. Volvió al dormitorio con él.

—Oliver, necesito que te tomes una cucharada de esto. Te prometo que si lo haces vas a encontrarte muchísimo mejor en muy poquito tiempo.

El niño abrió la boca y se lo tomó sin rechistar. Ni siquiera se quejó por el mal sabor del medicamento.

—Bien, campeón. Choca esos cinco.

Lo hizo con una sonrisa débil. Después se acurrucó y cerró los ojos. Decidimos dejarlo a solas, esperando a que el jarabe hiciera efecto poco a poco.

—¿Qué edad dijiste que tenías?

La pregunta me salió casi sin querer. Énfasis en el *casi*.

—¿Por qué? ¿Estás intentando olvidarlo?

Me dedicó una sonrisa pícara.

Me reí para mis adentros, pero mantuve la compostura hacia afuera. No sé de dónde salió aquella pregunta y no, no había olvidado que nos separaban ocho años. Me sujeté los anillos del colgante para recordarme quién era y por qué me encontraba en esa situación.

—Es solo que... Me sorprende. Eres bueno con los niños.

—Lo sé. Casi acabo de pediatra.

Qué curioso.

—¿Qué te cambió de parecer?

—Los huesos rotos no lloran ni te hacen sentir triste cuando llegas a casa. Los sentimientos están a salvo siendo traumatólogo.

Sonreí. Era una conclusión acertada.

—¿Te apetece comer algo? Es lo menos que puedo hacer para agradecerte el haber venido —ofrecí cambiando un poco de tema—. Pareces cansado. ¿Te he pillado trabajando?

—Sí, estaba terminando mi turno en el hospital.

—Siento haberte interrumpido.

—No lo sientas. Me has salvado. Ya era hora de salir de allí.

—¿Desde qué hora llevas trabajando?

—Desde la pasada madrugada.

—Dios mío. ¿Es eso legal?

—Aparentemente.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo puedes tener tanta efusividad y vida en tu trabajo si trabajas tanto y descansas tan poco?

—Café. Mucho café —Los dos nos reímos—. Y, volviendo al tema de antes, sí. Me muero de hambre.

—Vale. Tengo mi cena a medias —mentí—. Puedo hacer un poco más para ti.

—¿Qué es?

—Filetes de pollo con... Oh.

—Sí. Vegetariano. —Se señaló con ambas manos por encima de la cabeza.

—Lo siento, no había caído. No te preocupes. Mi hermana siempre tiene mil cosas por aquí.

Como si fuera su propia casa, se movió con libertad por la cocina, abriendo puertas y

cajones. Metió la cabeza en el frigorífico y, con la puerta aún abierta, se asomó por un lateral.

—¿Confías en mí?

—Eh...

—Se supone que tienes que decir que sí.

¿Qué tramaba? Sentía que no debíamos tener suficiente confianza después de lo poco que nos conocíamos. Sin embargo, estaba cómoda en su presencia. Como si nos hubiéramos conocido en otra vida.

—Vale. Confío —respondí decidida.

—Bien. Te voy a preparar algo verde. Y te prometo que te va a encantar.

Arrugué la nariz.

—Lo dudo mucho.

—Yo no lo dudo. Estoy seguro al cien por cien.

—Estás siendo un poquitín engreído —Uní el índice y el pulgar, como si tuviera algo diminuto entre los dedos—. No te ofendas.

—No me ofendo —añadió sonriente.

Empezó lavando unas hojas de lechuga, sacando más ingredientes y poniéndolos en una tabla para cortar. Oí los quejidos de Lidia y tuve que ir a echarle un vistazo. Seguía dormida, pero parecía que tenía pesadillas. Me la acurruqué un par de minutos hasta que se tranquilizó y la dejé de nuevo en la cama. Me pasé por el dormitorio de Oliver y parecía haber conseguido dormirse. Le toqué la frente y no tenía fiebre. Apagué la luz, entorné la puerta y volví a la cocina. Pero de camino me di cuenta de que aún llevaba las ropas con las que había limpiado todo el estropicio.

«Madre mía. Tengo que oler fatal».

No tenía tiempo de ducharme, pero me cambié la camiseta por otra limpia y me perfumé un poco, enmascarando el posible olor a vómito.

Guillermo estaba haciendo algo en la sartén cuando entré de nuevo. Se movía con gracia por la estancia. Se había arremangado las mangas del jersey, el mismo que llevaba la última vez que pasó por Bonaire. Este se adhería a su cuerpo y mostraba que, en sus ratos libres, le gustaba hacer deporte. Me pregunté cómo sería su cuerpo bajo las capas de ropa. Si la piel tendría el mismo tono claro y las pecas que le manchaban el dorso de las manos adornarían lo demás.

Me acerqué a la encimera y tomé posición a su lado. Se apartó para dejarme sitio y me tendió el cuchillo, ofreciéndome un par de tomates para cortarlos, mientras él aderezaba el resto.

Era una situación tan doméstica y tan... normal. Nunca se había sentido de esta forma con Álvaro, el cual se mantenía tan alejado de la cocina como le fuera posible. La forma en que nos movíamos con comodidad por la cocina, como si llevásemos años compartiendo un hogar. Como si aquella situación fuese algo habitual.

Y la verdad era que no me importaba si lo llegaba a ser.

—Dijiste que me conocías —soltó de pronto.

Había apartado del fuego unos trozos de pollo especiados para mí, y había dejado el cuenco de ensalada a mi lado. Se había acercado por detrás sin darme cuenta. Sus palabras aparecieron susurradas a la altura de mi oído. Con los brazos rodeándome el cuerpo, me sujetó las manos y me ayudó a meter los tomates ya cortados en el bol. Me pareció que cogía aire por la nariz, oliéndome. Después se despegó casi como si aquello no hubiera ocurrido.

—¿Cómo? —La voz me salió en un murmullo.

—Cuando te despertaste del coma.

Seguía de espaldas a él, intentando calmar mi cuerpo para que no viera cómo me temblaban las manos cuando me diese la vuelta. Él seguía a mis espaldas colocándolo todo sobre la isleta

donde íbamos a cenar.

—Ah.

—¿Los cubiertos?

—Ahí.

—¿A qué te referías? —continuó.

—Yo... No lo sé —Me di la vuelta—. Ya había escuchado tu voz antes, pero no conseguía descifrar dónde.

Me indicó con la mano que me acercase. Él ya se había sentado en el taburete, así que yo hice lo propio y me senté frente a él, con la isleta de por medio, separándonos.

—¿Me oíste estando en coma?

—Supongo. —Me encogí de hombros.

—¿Qué recuerdas?

—No mucho, aunque... Espera. Sí, ya me acuerdo. Recuerdo los masajes de las enfermeras. Y creo que os escuché a Maxi y a ti hablando sobre alguien. Sobre... ¿Amalia? Guau, sí, sobre esa Amalia.

Acababa de confirmar que la Amalia que yo conocía, la niña de ocho años con una pierna menos, era aquella de la que habían hablado mientras yo estaba dormida.

—Sí, esa era Amalia.

—Un hueso duro de roer.

—Sí —Carraspeó como si tuviera dificultad formando la palabra—. Bueno, ¿comemos?

Fui a coger mi tenedor, pero no había. En su lugar, Guillermo había pinchado un poco de ensalada y un trozo de pollo, y lo mantenía en el aire frente a mi boca.

—Cierra los ojos —me indicó. Lo miré dubitativa y él insistió—. Venga, va. Has dicho que sí confiabas.

Así que a eso se refería cuando me preguntó si confiaba en él. No sabía decir a qué nivel, pero aquello no era una relación típica entre doctor y paciente. A pesar de ello, le hice caso.

Con los ojos cerrados los demás sentidos se intensificaron. Oía mi respiración acelerada y la de Guillermo que se acercaba para aproximar el tenedor a mi boca. Sin embargo, no conseguía oler las especias y aderezos de la ensalada. En su lugar, me invadió un aroma cítrico que no provenía de la comida, sino de él mismo. Noté como su respiración se iba acercando hasta sentirla en mis labios. Estaba muy cerca y no me atrevía a abrir los ojos. En su lugar, los cerré con fuerza, pero mis labios me traicionaron dejando pasar el aire y absorbiendo su aroma. Los segundos fueron pasando y el tic tac del reloj de pared retumbaba.

Iba a besarme. Y no estaba haciendo nada para detenerlo. Entonces, de repente, el aroma a cítrico y la respiración se alejaron y una voz entrecortada y grave dijo:

—Abre.

Se me erizó la piel. Obedecí inmediatamente. Abrí la boca y empujó la comida hacia adentro. Aún con los ojos cerrados mastiqué y saboreé, dejándome llevar por lo bien que sabía aquello. Un pequeño gemido salió de mi garganta. Abrí los ojos cuando el sonido de la silla arrastrándose me asustó. Guillermo se había levantado sin mirarme y se había acercado a rellenar un vaso de agua del grifo. Quizás creyó que no lo observaba cuando, aún de espaldas, se ajustó la entrepierna de manera incómoda.

Me sonrojé.

Se dio la vuelta para volver a su asiento y se tragó el agua de una vez. Observé cómo la nuez se le movía sensualmente de arriba abajo. Dejó el vaso a un lado y levantó la vista hacia mis ojos, percatándose de mi rojez y boca entreabierta.

—¿Cuál es tu veredicto?

—¿Cómo?

No tenía ni idea de a qué se refería.

—Sobre la comida. ¿Te gusta mi ensalada?

—Ah, sí. Está rica.

Hizo un sonido de satisfacción y continuamos comiendo en silencio. De alguna forma había conseguido sustituir el pollo en su ensalada y hacerla igual de apetitosa que la mía.

Decidimos, de manera silenciosa, ignorar lo ocurrido. Si lo pensaba demasiado iba a darme cuenta de todo lo que estaba mal con la situación. De cómo me había dejado llevar demasiado. E iba a acabar escondiéndome en alguna habitación. Pero no podía permitírmelo. Debía poner mi foco en mis sobrinos y en dejar todo el drama apartado de sus vidas.

Una vez vaciados los platos, me coloqué junto al fregadero mientras él me iba pasando todos los platos y recogiendo allí y acá. Después, yo fregaba y él secaba a mi lado. Hacíamos un buen equipo.

Cuando intenté girarme para alcanzar las muletas, apoyé mal la pierna buena y casi pierdo el equilibrio si no fuera porque su mano se enroscó en mi cintura y yo me agarré, por acto reflejo, a sus hombros.

—Lo siento.

—No te preocupes. Agárrate a mí todo lo que necesites.

«Otra vez no, por favor».

Habíamos vuelto a crear otro momento de tensión entre nosotros. Nuestros rostros quedaban muy cerca el uno del otro y las respiraciones se aceleraron. No pude evitar apartar de la frente un mechón rubio que se le salía de su lugar.

—Te ha crecido mucho el pelo —observé.

—Sí. ¿Te gusta?

Hablábamos en susurros. De nuevo, bajé la vista a su boca y a cómo susurraba las palabras. Dios, ¿qué era eso que sentía? ¿Por qué me latía el corazón tan fuerte? Debía de ser la reacción a tener a un hombre tan cerca. La falta de costumbre.

Sí, seguro que era tan solo eso.

Estaba tan cerca que pude fijarme en algunos detalles de su cara de los que antes no me había percatado, como el hoyuelo de la barbilla que no me había dado cuenta de que tenía bajo la barba. Quería besar aquel hoyuelo. Lamerlo incluso.

«¿En qué estás pensando?»

Oímos unos pasos ligeros que venían por el pasillo y nos separamos de golpe. Oliver apareció por la puerta de la cocina, con mucho mejor aspecto del que tenía un par de horas antes. Miró a uno y después al otro, nada sorprendido por encontrarnos allí de aquella manera.

—Tengo sed.

Se acercó a recoger el vaso que yo le ofrecía y Guillermo se movió hacia la puerta de la cocina. Yo salí de mi estupor.

—Ya es tarde, debería irme.

—Vale.

Se volvió para observarme, mientras Oliver seguía bebiendo agua lentamente. Yo miré el reloj de pared y vi que Guillermo llevaba alrededor de dos horas en casa y que se me habían pasado volando. Y si me lo preguntas, no quería que se fuese. Confieso que la compañía era agradable. Creo que fue la primera vez en la que dejé de pensar en Álvaro y no sentí ningún remordimiento por ello.

Me llevé la mano a los labios, en ellos cero rastro de culpabilidad, recordando su aliento tan cerca.

—Me voy —repitió.

Pero Guillermo seguía ahí parado, entre la cocina y el pasillo que llevaba a la entrada. Me miraba, casi embobado, y con una sonrisa tonta en los labios. Yo intentaba aguantar por todos los medios el mover cualquier músculo facial.

—No te estás moviendo del sitio —apuntó Oliver.

—Cierto —Se dirigió entonces hasta la puerta de la calle y agarró el picaporte—. Ahora sí que me voy de verdad.

—Que sí. ¡Venga!

Oliver soltó una risa suave que hacía notar que su vitalidad estaba volviendo. Era visible que ya se encontraba mejor. Eso me reconfortó.

—¿Tantas ganas tienes de que me vaya? —le preguntó a mi sobrino.

Yo observaba la escena aguantando la risa que amenazaba con desbordarse.

—Vete.

Se acercó hasta Guillermo haciéndole movimientos con las manos como si fuese un animal al que intentaba espantar.

Por un momento se puso serio cuando me dijo:

—Lláname si necesitas algo, Mar. No lo dudes.

Asentí.

—¡Aún sigues aquí!

—Que sí. Ya me voy. Adiós. Buenas noches.

Esto último lo acompañó diciendo «adiós» con la mano en mi dirección, justo antes de cerrar la puerta tras de sí. Sin embargo, no se había cerrado del todo cuando esta se abrió de golpe.

—Mi bata. La olvidaba.

Rápidamente la recogió y me dedicó un guiño antes de cerrar definitivamente la puerta.

Oliver me miró.

—Es gracioso.

Yo le devolví la mirada, divertida.

—Sí que lo es.

Odiaba admitirme que quizás estaba empezando a sentir cosas más pronto de lo esperado. Sin embargo, seguía siendo *demasiado* pronto.

Y cuando volví la semana siguiente a rehabilitación, Guillermo no estaba. Era extraño, pues no se perdía una sola sesión, acompañándonos a Maxi, a Amalia y a mí. Se sucedieron varios días sin aparecer. Me picaba la curiosidad, pero no me atrevía a preguntar. No debía incumbirme.

Pero al tercer día sin venir, solté la bomba.

—¿Dónde está Guillermo?

Llevaba media hora trabajando en mis ejercicios bajo la supervisión relajada de Maxi. Sin embargo, cuando las palabras salieron de mi boca, este adoptó una posición rígida y, en lugar de responderme, me lanzó otra pregunta.

—¿Para qué necesitas saberlo?

—No lo necesito. Es simple curiosidad.

Era cierto, no lo necesitaba. Me había acostumbrado a tenerlo ahí durante semanas, a que me animase y me ayudase cuando lo necesitaba. Pero no quería sentirme unida a él hasta el punto de necesitarlo. No me hacía falta echar de menos a otra persona. Tenía suficiente con una.

Aquello me sirvió para ponerme en mi sitio. Tenía que intentar mantener las distancias, porque aquello —fuera lo que fuese— se me estaba yendo de las manos.

Capítulo 17

Él

—¿Qué te parece esta?

—¡Está muy rica!

—Es lo mismo que has dicho con las últimas tres.

Era cierto, pero ya no se me ocurría nada inteligente que decir sobre el quinto trozo de tarta que me ponían por delante. Me sabían todas iguales desde la segunda. Solo conseguía eliminar el dulzor eterno con un trago del caro champán que nos habían servido junto a las tartas.

Aún quedaban meses para la boda, pero mi hermana me había convencido para acompañarla a probar las tartas para el gran día. Sí, *las tartas*. Porque con una no era suficiente. En mi familia se hacía todo con excentricidad.

Su excusa había sido que no quería ir sola, pues el futuro marido tenía una reunión de trabajo importante. Tonto de mí que creyó la mentira, como si no conociera lo suficiente a Asia y supiera que todas sus ideas venían con sorpresa.

Había invitado también a mis padres y ellos, como no, me habían dejado saber lo descontentos que se encontraban con mi posición laboral cuando en la empresa podía tener un futuro brillante asegurado. No era nada nuevo. Aprovechaban para mencionarlo en cada reunión familiar.

Otra cosa que también les gustaba mencionar era la nueva chica que tenían para mí. Joven, guapa y con un padre rico, que esperaba felizmente a que aceptara un par de citas con ella y una propuesta de matrimonio temprana. Todo eran negocios para mis padres, hasta las relaciones de sus hijos.

Tuvieron suerte con Asia, porque se enamoró casualmente de un gran hombre de negocios, muy bien colocado y con grandes cosas que ofrecer a la familia Castro Rodríguez. Lucas era todo un partidazo.

—Ya sabes que el criterio de tu hermano no es precisamente fiable.

Asia no dijo nada, pero la mirada que le echó a mi madre fue suficiente para callarla. Después se dirigió hacia mí y me susurró:

—Lo siento.

Como si ella fuera la culpable del comportamiento de aquellos dos adultos. Asia, con tres años menos que yo, era más madura de lo que ellos jamás serían. Dos adultos infelices que no son capaces de alegrarse al ver cómo las vidas de sus hijos van por el camino que más feliz les hace, en lugar del que ellos eligieron en su lugar.

—Sinceramente, creo que estoy empachado.

Las porciones eran pequeñas, para poder probar cuantas más mejor. Pero el dolor de estómago que me iba a acompañar esa noche no iba a ser del mismo tamaño. Como gran amante de la cocina, sonaba mal decir aquello, pero no pude evitarlo.

—No puedo comer más. Ya todas me saben igual.

—¡Lo sé! Me pasa igual. Menos mal que alguien lo ha dicho antes que yo, porque me estaba empezando a sentir mal queriendo irme de mi propia prueba de tartas —me correspondió Asia.

—No os preocupéis. Es algo muy normal y aún queda mucho tiempo para la boda. Podéis venir otro día y tantas veces como queráis —decía la encargada del local.

No era una pastelería normal, de esas que encuentras a pie de calle en cualquier barrio y donde compras unos dulces un viernes por la tarde. Aquello me hizo pensar en Bonaire y, acto seguido, en Mar. Pero no. Aquello era un lugar que apestaba a dinero y a lujo. El champán nos lo habían servido gratis por el simple hecho de que habíamos ido allí por voluntad propia, escogiendo ese lugar de entre todos y dándole la publicidad que le íbamos a dar con la boda.

Porque sí. Los Castro Rodríguez éramos conocidos en todo el país. No personalmente, sino como empresa.

Decidí que había sido suficiente drama familiar para todo el mes y que lo mejor era salir de allí. Necesitaba reponer energías. Empujé el plato alejándolo de mí y me limpié delicadamente la boca con la servilleta de tela que se extendía en mi regazo. Después la coloqué de forma ordenada sobre la mesa, arrastré la silla hacia atrás, provocando un ruido que atrajo la atención de las tres personas que se sentaban a la mesa conmigo.

—Me voy a ir ya. Mañana tengo una cirugía importante y quiero estar bien descansado —mentí.

Un vistazo a Asia confirmó que sabía que se trataba de otra excusa para escapar de la silenciosa, pero amenazante, mirada de mis padres. Me siguió el juego y se levantó conmigo.

—Está bien, Guille. Nos vemos otro día, ¿vale?

Recogí la chaqueta acolchada del respaldo de mi silla y me la puse rápidamente. Me acerqué a mi hermana y le di un cariñoso abrazo y un beso en la coronilla.

Un «nos vemos» fue la única despedida que dirigí a mis progenitores, recibiendo de ellos un simple asentimiento.

—¡Avisa cuando llegues a casa! —Oí que gritaba Asia cuando ya me encontraba cerca de la puerta.

—¡Recuerda que ya soy mayorcito para eso!

—¡Nunca lo suficiente!

Me reí y la risa retumbó en las frías paredes de mármol del local, justo antes de salir por la puerta y ser recibido por el frío de finales de noviembre.

Hacía ya varias semanas que había comenzado a anochecer muy pronto. A pesar de caminar con las farolas iluminándome el camino, aún era temprano y no quería meterme en casa.

No tenía ninguna cirugía en los próximos días. Ni siquiera tenía que trabajar. La semana anterior había tenido varias operaciones de urgencia y había tenido que atender más de lo normal al hospital, saltándome incluso mis adorados descansos en la sala de rehabilitación. Esto me llevó de nuevo a pensar en ella.

Mar.

Pasaba en mi cabeza más tiempo del que debiera. Y no conseguía saber exactamente el por qué, pero había algo especial que me mantenía alerta y me hacía querer más de ella.

Seguía caminando por la acera, disfrutando tranquilamente del silencioso camino. No me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que mis dedos fríos y agarrotados se deslizaron por la pantalla del móvil que había sacado del bolsillo en algún momento.

Guillermo:

Ey, ¿cómo va Oliver?

Mar:

Ya está completamente recuperado. Gracias por todo de nuevo.

Guillermo:

Solo hacía mi trabajo.

Le siguió un silencio que supe que no iba a rellenarse de ninguna forma. La conversación había acabado allí. Miré hacia arriba y vi la luna llena mirándome con curiosidad. Dicen que ocurren cosas extrañas las noches de luna llena. Los partos aumentan, los lobos aúllan y los sentimientos afloran.

Guillermo:

¿Te apetece dar un paseo?

¿Qué estaba haciendo? No lo sabía, pero hacía una semana que no la veía y la echaba de menos. La última vez había sido en la casa de su hermana. Recordé la cena, los momentos que habíamos tenido completamente a solas por primera vez. Porque los momentos en el hospital no contaban. Ahí no éramos más que doctor y paciente. Lo de ahora ya se alejaba mucho de aquello. Y era peligroso.

No quería reconocerlo, pero era así.

Aunque, visto de otra forma, siempre me había guiado por mi instinto e impulsos y, al final, no me había ido mal del todo en la vida.

Decidí cerrar la aplicación de mensajería del móvil y guardarlo en el bolsillo de nuevo. Quizás estaba sobrepasando los límites no establecidos. Probablemente no me iba a contestar. Y si lo hacía, no sería en aquel mismo momento. Estaría ocupada con alguna otra cosa importante de su vida. No iba a pensarlo mucho.

Al menos es lo que me repetía para autoconvencerme.

Estaba hecho un lío.

Entonces, la vibración en el bolsillo me sorprendió y me hizo sacar el móvil tan rápido que casi se me cae al suelo.

—¡Mierda! —grité en un susurro, sostuve el móvil en el aire y abrí de nuevo la notificación del mensaje.

Mar:

Vale.

Era ella. Y ni siquiera pedía información sobre cuándo o dónde era el paseo. Eso me hizo sonreír. Ella también tenía ganas de verme.

Guillermo:

Te recojo en veinte minutos.
Abrígate que ya hace frío.

Tres puntitos aparecieron en la parte superior de la pantalla. Estaba *escribiendo...*, *escribiendo...*, *escribiendo...*

Mar:

¿Dónde vamos?

Así que ahora sí tenía curiosidad. Vaya, vaya.

Guillermo:

He pensado que el agua salada te podría venir bien para la pierna.

Solo era eso. Quería que su recuperación fuese lo más rápida posible y sabía que el mar le iba a sentar bien. Claro que sí. Me engañaba repitiéndome que tan solo estaba siendo amable preocupándome por su bienestar.

Solo eso y nada más.

No volvió a responderme, pero yo aceleré el paso sabiendo con certeza que cuando llegase a Bonaire ella ya estaría allí. No quería hacerla esperar.

Justo cuando hice el último giro, entrando en la calle de la pastelería, la puerta que llevaba a las escaleras de la buhardilla se abrió. Mar llevaba una chaqueta no demasiado abrigada, pero correcta para el tiempo, y unos pantalones sueltos. Había cogido algo de peso desde el alta del hospital. La ropa le quedaba más ajustada y las mejillas se le habían rellenado.

—¿Llevas gafas? —Fue lo primero que dijo.

Sonaba sorprendida. Y... vaya. No me había dado cuenta de que ella aún no me había visto con ellas puestas. Pero no era lo que imaginaba que iba a salir primero de su boca al verme. Esperaba algo más como «te he echado de menos» o «vaya, sí que eres guapo a la luz de las farolas».

Vale, no. No esperaba eso. Pero uno podía imaginar. Era gratis, al fin y al cabo.

—Buenas tardes a ti también. ¿Cómo estás? Bien, doctor. ¿Y tú? —bromeé.

Aquel comportamiento pícaro solo aparecía cuando ella estaba presente. Es cierto que siempre he tenido una forma de ser perspicaz, pero no de aquella forma tan abierta. Con ella no podía controlarlo. Adoraba bromear de esa forma y ver cómo se enrojecía hasta la punta de las orejas cada vez que le guiñaba un ojo. Me gustaba verla sonreír de manera avergonzada y ver que, por un instante, se olvidaba de la realidad que estaba viviendo.

Me gustaba verla feliz. Y punto.

Además, sentía que la conocía de mucho antes. Era una conexión peculiar.

—Dijiste que no te llamara «doctor».

Sonrió. Cómo me gustaba ver esa sonrisa.

—Lo sé. Solo bromeaba.

—Lo siento. Es que me ha pillado por sorpresa

—Arrugué el entrecejo, confundido—. Lo de las gafas.

Ah.

—Normalmente uso lentillas para trabajar. Se me hace más cómodo. Ya sabes, ¿esas membranas ópticas que se colocan en los ojos para ver mejor?

—Ja, ja. Qué gracioso. —Puso los ojos en blanco.

Me reí.

—¿Te gustan?

—Sí. Estás muy guapo con ellas.

Fue como si las palabras salieran de su boca de manera involuntaria y quisiera devolverlas al pronunciarlas. Se tapó la boca sorprendida y abrió los ojos. Yo también me sorprendí ante el comentario. Pero no voy a negar que conseguí esconder muy bien el cosquilleo que me causó en la boca del estómago.

Me guardé el impulso de decirle que ella también estaba preciosa. Que me encantaba verla sonreír y que quería verla hacerlo muchas veces. Iba a ser demasiado y quizás acabaría asustándola. Había que dar pasitos pequeños.

A quién quería engañar. Todo eso no lo hacía por su bienestar. Lo hacía porque me gustaba, hasta el punto de querer cruzar una línea quizás prohibida.

—Lo siento. No debería haber dicho eso —se disculpó.

—No te disculpes. Me encanta que me digan piropos —Sonreí—. ¿Qué tal vas?

Aún con las manos en los bolsillos, señalé con la cabeza hacia la pierna, cambiando de tema. También aproveché que ella desviaba la mirada hacia abajo para hacer una revisión completa de toda ella. Desde las botas anchas, hasta la forma en que la ropa, aunque suelta, se adaptaba a sus curvas. También me fijé en cómo el pelo se le encrespaba por la humedad del ambiente, creándole caracolitos alrededor de la frente.

—Mejor. Como puedes observar ya solo llevo una muleta.

Era cierto. Maxi me había comentado —después de haberlo obligado a hablar— que Mar había dado pasos agigantados en su recuperación, literal y figuradamente. Había conseguido deshacerse de la muleta y ya podía apoyar el peso solo en una, caminando con ambas piernas y sin cojear. Era un gran avance. En nada estaría casi como nueva.

—Ya veo. Me alegro mucho por ti —dije sinceramente.

—¿Y tú? —preguntó al cabo de unos segundos en silencio.

Quizás intentaba matar el tiempo haciéndome hablar para ella no tener que hacerlo. O quizás estaba interesada realmente en mí y en cómo me había ido el día.

Con un gesto de cabeza le indiqué que comenzásemos con el paseo y, mientras, fui contándole un poco de todo.

—Pues te va a sonar extraño, pero vengo de probar unas ocho tartas diferentes de boda.

—¿Tartas de boda? ¿Te casas?

Me acomodé a la velocidad a la ella que podía caminar con la muleta. Pero me adelanté cuando se detuvo sorprendida por aquello.

—¡No! —Carraspeé—. No. Yo no me caso. —Me reí nervioso. ¿Por qué estaba yo nervioso? Yo no me ponía nervioso—. Es mi hermana pequeña. Y nos ha hecho ir a probarlas todas. O, mejor dicho, me ha tendido una trampa para que fuese a probar tartas con ella y con mis padres.

Puse los ojos en blanco.

—¿Supongo que no te llevas bien con ellos?

—Supones bien.

Se mantuvo a la espera de que continuase, pero no sabía si quería contarle aquella historia. Era aburrida y predecible. Nada del otro mundo.

—¿Puedo preguntar por qué? —dijo tentativamente.

—Está bien —Suspiré—. Te contaré la historia si tanta curiosidad tienes. Pero te aviso de que puede que te duermas por el camino.

—Creo que me arriesgaré.

Me dedicó una sonrisa sincera que sirvió para abrir todo lo que tenía acumulado dentro. Le conté todo lo importante de la historia.

—Esta es la típica historia en la que unos padres con mucho dinero crean un negocio que les da más dinero aún. Tienen dos hijos y quieren que estos se dediquen a dicho negocio y tengan hijos con personas con más dinero aún que ellos. También quieren que sus hijos sigan todos y cada uno de los pasos establecidos con premeditación. Así que cuando el hijo mayor decide que no quiere dedicarse al negocio familiar, sino que quiere estudiar la carrera de Medicina, lo tachan de mal hijo y se pasan el resto de sus días recriminándole lo bien que podría estar con la vida resuelta a sus veintisiete años y sin apenas mover un dedo. En lugar de pasarse días sin dormir y noches trabajando.

Solté todo el aire de golpe.

—Vaya.

—¿Qué te parece?

—¿En serio te recriminan que seas cirujano y no un hombre de negocios?

Me pasé una mano por el pelo, apartando los mechones de la frente. Estaba creciendo muy rápido.

—Son gente de mente muy cerrada.

—Y tú lo bastante mayorcito para decidir sobre tu propia vida —No le faltaba razón—. ¿Y tu hermana?

—Ella me apoya abiertamente. Y, por suerte, al estar a punto de casarse con otro hombre rico, mis padres están felices con su ojito derecho.

—Pero ¿lo hace por obligación? —preguntó preocupada.

—No. Asia hace todo lo que quiere, cómo quiere y cuándo quiere. Se enamoró de Lucas casi por casualidad y son muy felices. Llevan juntos cinco años.

—Parece un buen partido. Hablas de ellos con una expresión de orgullo en la cara.

—No te equivocas. Y ahora, por favor, ¿podemos cambiar de tema?

Habíamos cruzado el paseo marítimo hasta acercarnos a la arena. La ayudé a sentarse en uno de los bancos de piedra y me agaché para quitarle las botas y subirle las perneras de los pantalones.

—Yo puedo sola.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo yo. Si no te importa.

Asintió levemente y me dejó seguir haciendo a mis anchas. Apoyó una mano en mi hombro y me percaté de que no era la primera vez que buscaba el contacto conmigo. Dicen que la confianza entre dos personas se puede medir en la comodidad que existe entre ellos al tocarse. El gesto fue tan natural que se me hinchó el pecho con algo que no sabría explicar. O no quería hacerlo.

—¿Qué ha pasado esta semana? No te he visto por rehabilitación.

Arrodillado frente a ella, levanté la vista y me imaginé tantas cosas que podía estar haciendo en esa misma posición. Me gustaba la sensación al arrodillarme delante de ella como si dejase todas mis condiciones y me rindiese a sus pies completamente, mientras ella me tocaba. Pensé en cómo se sentirían esos dedos delgados entre los mechones de mi pelo.

Sacudí la cabeza y me obligué a responder a su pregunta. Mi mente se iba a lugares

peligrosos si le daba rienda suelta.

«Guillermo, céntrate».

—Ha sido una semana difícil y he tenido varias cirugías de urgencia. No me ha quedado más remedio que trabajar sin parar y perderme varios descansos.

Cuando hice amago de subir la pernera de los pantalones para que no se mojaran, su mano me apretó el hombro y con una mirada supe que no debía. Sabía el por qué. Las cicatrices le cruzaban el cuerpo. Yo mismo había sido el que había marcado esa piel perfecta. Me odiaba por ello. La había marcado de por vida y ahora ella no quería enseñarse al mundo. Sin embargo, respeté su decisión y mantuve el dobladillo en su sitio.

Me desaté las Converse, me puse en pie y le ofrecí la mano que aceptó sin esfuerzo para poder levantarse. Una vez allí, ambos descendimos los tres escalones que llevaban a la arena e introdujimos los pies en ella, moviendo los dedos para hacernos al frío que desprendía.

Cuando llegamos a la altura de la orilla y se paró en seco, me percaté de su posición rígida y de la mirada oscura que lanzaba al mar. Un impulso me hizo mover el brazo hacia ella con la intención de cogerle la mano. Di gracias a que la más cercana a mí agarraba la muleta y eso me hizo retroceder.

—No me digas que te da miedo el agua.

Giró la cabeza y me dedicó una mirada silenciosa que lo decía todo. Se podía entrever el terror que desprendía.

—No me digas que te llamas Mar y te da miedo el mar —resalté con sorna.

Intenté quitarle un poco de peso al asunto.

—No eres el primero en darse cuenta de la incongruencia. Supongo que mis padres no lo tuvieron en cuenta cuando decidieron ponerme ese nombre.

Solté una carcajada y eso hizo que algo de la tensión que había en su postura se disipara. Una sonrisa comenzó a abrirse camino por sus labios e incluso casi podía vislumbrar el blanco de sus dientes a través de ellos.

—¿Es solo Mar? ¿O algo así como María del Mar?

—Arrugó la nariz—. ¿Qué? Es un nombre perfectamente factible.

—No me gustan los nombres compuestos.

—Entonces solo *Mar*.

—Solo *Mar* —repitió con el mismo énfasis en su nombre.

Íbamos a tener que cambiar un poco el plan, entonces.

—¿Prefieres dar un paseo por la orilla?

No quería obligarla a meter las piernas en las aguas oscuras. Aquel no era un día para superar miedos. No. Era un día en el que quería ganarme su confianza. Aún más. Quería que se sintiera cómoda conmigo. Quería... demasiadas cosas de ella.

Asintió.

—Pero algún día habrá que ponerle remedio a esto

—insistí, no queriendo dar el tema totalmente por zanjado.

Seguimos caminando, siendo yo el que recibía la ligera caricia de las olas, mientras ella permanecía más alejada, evitando que el agua tocara sus pies. Era un silencio cómodo, de esos que no se necesitan romper.

Me detuve en ese silencio para preguntarme hacia dónde me estaba dirigiendo con Mar y qué era realmente lo que buscaba de ella. En tan poco tiempo había conseguido ver algo diferente en ella. Porque había algo, aunque lo quisiéramos negar. Pero sabía que en algún momento íbamos a tener que plantarle cara, ya fuera para parar o para seguir.

Fueron muchos minutos después, cuando Mar me miró y preguntó de la nada:

—¿Cómo te ves en el futuro?

«¿Contigo?»

—Pues... —Me pilló desprevenido y tuve que detenerme a pensar en una respuesta válida que darle—. No lo sé. ¿Con alguien a mi lado y una familia con la que pasar los días libres?

No era una afirmación, sino una pregunta. Nunca me había planteado aquello. Nunca había pensado más allá de la carrera y mi trabajo. Porque siempre me había centrado en seguir mis pasos y no los de mis padres. En conseguir lo que me proponía. Y ahora que me hallaba allí, iba viviendo el día a día.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Soltó una risa amarga—. Yo ya me encuentro en mi futuro. Y se ve muy negro.

—¿Por qué dices eso?

Miró hacia arriba y vi que estaba tratando de evitar que se derramasen unas lágrimas que se le agolpaban en los ojos.

—¿Cómo...? —Suspiró y noté el dolor en el temblor con el que salía el aire por su boca—. ¿Cómo debe una actuar cuando el amor de su vida ha muerto? ¿Cómo sigo con mi futuro si todos mis planes giraban en torno a él?

Aquello fue como una bofetada con la palma de la mano completamente abierta. Intenté abordar el tema de la forma menos dolorosa posible.

—Odio ese término.

Vale. Quizás no era la mejor forma.

—¿Cómo? —preguntó perpleja.

—¿El «amor de tu vida»? ¿Cómo qué? ¿Cómo si no pudieras volver a querer a nadie nunca más? ¿O no con la misma intensidad? Y una mierda.

—¿Alguna vez te has enamorado acaso?

Su pregunta iba con la intención de esperar una respuesta negativa. Como si al ser tan joven no hubiera experimentado nunca el amor. O como si no tuviera derecho a hablar de aquella forma por no haber pasado por su pérdida. Pero odiaba esa forma de ver la vida.

—Pues sí, para tu información.

—¿Y qué pasó?

—No funcionó. Así de simple.

—Nunca es «así de simple». ¿Quizás no era el «amor de tu vida»? —dijo con sorna y un tono amargo de voz.

Sabía que su enfado no iba contra mí, y por eso no lo tuve en cuenta.

—No, no lo fue. Fue *uno* de los amores de mi vida. Una compañera. Hasta que terminó. Porque siempre se acaba. Ya sea por las mentiras, por el destino, por una muerte a los noventa años o por accidentes que el destino elige. Y no pasa nada por pensar así, sabiendo que todo lo que empieza debe acabar. Saber que el amor también tiene fin no es malo. Lo bonito de ello es no saber cuándo. Así que vives cada momento al máximo, sin saber cuándo acabará.

Se quedó pensativa.

—¿Aún la quieres?

Asentí.

Era cierto. Lo nuestro fue bonito e intenso, pero corto. Ella no quería a un médico que tuviera que dedicar su vida a salvar otras, que pasara noches fuera de casa. Yo sabía que ese futuro era el mío y decidimos que lo correcto era ser felices cada uno por nuestro lado, a nuestra manera. Hubo lágrimas y corazones rotos, pero nada que no se pudiera reparar con el tiempo. La querría

siempre, pero sabía que vendrían más como ella. No sería la única persona que hiciese latir mi corazón de forma especial.

—¿Y no temes no encontrar a nadie igual?

—Al contrario. Espero con ansias el día que encuentre a una persona totalmente diferente. Que me aporte otro tipo de cosas. Que me llene el pasado de recuerdos y me haga pensar en ello con felicidad porque ocurrió, y no con tristeza porque acabó.

Creo que conseguí hacerle ver las cosas de otra forma, porque no abrió la boca. Volvió a hacerse el silencio y supe que estaba dándole vueltas a la cabeza, pensando en la siguiente pregunta.

—¿Quieres ser padre?

Eso sí que no lo esperaba.

—¿A qué se debe este interrogatorio?

—Fuiste muy bueno con Oliver. Ya te lo dije. Se te da bien.

A ella sí que se le daba bien cambiar de tema.

Le dediqué uno de mis guiños, de esos que aún no le había dado aquella tarde. Eso pareció dejarla sin palabras de nuevo, así que decidí seguir con la respuesta a su pregunta antes de que se arrepintiese de haberla hecho.

—Sí. Quiero ser padre. Supongo que algún día y con la persona adecuada. No tengo planes más allá de ello. ¿Y tú?

Si ella quería saberlo todo de mí, yo también de ella. Sin embargo, supe que había vuelto a meterme en terreno farragoso con aquella pregunta.

—No puedo. Bueno —se corrigió—, realmente sí que podría. Álvaro y yo estuvimos varios años intentándolo sin éxito hasta que decidimos acudir a una clínica. Además de decirnos que no éramos compatibles genéticamente, mi reserva ovárica es inferior a la normal. Así que, con mi edad, es posible que me queden unos meses de fertilidad.

Había oído aquello de la incompatibilidad entre parejas. Era un caso extraño, pero podía suceder.

—No sé si estoy preparada para pasar por otro aborto y más ilusiones vacías —continuó—. Creo que el destino no quiere que sea madre y debo aceptarlo.

Me dolió pensar que, además de todo lo que estaba viviendo, en el pasado también lo había tenido difícil. Haber intentado ser madre y haber perdido a ese futuro bebé por el camino debía de ser algo que no quería ni imaginar. Un sentimiento imposible de desear a alguien.

Sin embargo, no estaba de acuerdo con aquello que decía. Y esta vez sí que me detuve, me planté frente a ella y le cogí la mano fuertemente.

—¿Sabes qué opino yo? Que debes rebelarte contra el destino. Si es lo que quieres, lucha por ello hasta que no te queden fuerzas.

Miró la unión de nuestras manos con sorpresa, pero no hizo amago de retirar la suya.

—No lo sé. De todas formas, Álvaro tampoco parecía muy por la labor en los últimos años. Ni siquiera le dio dos vueltas al hecho de ser padres de otra forma.

Me quedé en silencio, observándola y ella lo interpretó de manera equivocada. Apartó su mano rápidamente y se la llevó a los anillos que colgaban de su cuello. Era algo que la había visto hacer en más de una ocasión, siempre cuando se ponía nerviosa. Lo hacía casi sin darse cuenta.

—Lo siento, hablo demasiado. Siempre me lo dicen.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería?

Su mirada silenciosa me indicó que no era más que el protagonista de sus problemas.

Reanudó rápidamente la marcha. Y a mí me subió una ola de ira. Supe que debía controlar lo que saliera de mi boca. Intenté no sonar de manera brusca, pero no pude evitarlo cuando pregunté:

—¿Cómo era?

Habíamos llegado al final del paseo y tocaba volver de nuevo a la zona asfaltada. Repetí el ritual de agacharme para sacudirle los pies y ponerle las botas. Me reconfortaba ver cómo, después del paseo, su caminar no era más pesado y la pierna aguantaba bien.

—¿Álvaro?

—Ajá.

Tenía curiosidad por él. Lo poco que sabía no era bonito.

—Moreno, algo más bajo que tú y corpulento. Tenía unos rizos en la cabeza que se le revolvían cuando le crecía demasiado el pelo y siempre iba con el traje del trabajo.

—No me refiero a físicamente. —La corté.

—Ah, pues... No sé. Al principio era muy cariñoso conmigo, pero los años fueron haciendo mella. Incluso dejamos de estar juntos durante todo un año después de haber dado el paso de vivir juntos. Después volvimos, nos casamos, intenté quedarme embarazada. —Se quedó pensativa y mordiéndose el labio inferior, como si se estuviera pensando en contarme algo o no—. Y... me engañó con otra. U otras. No lo sé a ciencia cierta, pero cuando se iba de viaje de negocios se dejaba la alianza guardada en un cajón.

—¿Y nunca se lo dijiste?

—Sí, pero no sirvió más para darme cuenta de que yo tenía toda la culpa.

—¿Culpa de qué? ¿De un marido que no te apreciaba lo suficiente?

Nos detuvimos frente a la puerta de Bonaire. El tiempo había pasado demasiado rápido y yo aún no me quería despedir.

—De que lo estaba ahogando con el hecho de ser madre y no poder. Con quererlo solo para mí. Con echarlo de menos y requerir más de él, cuando su trabajo era su prioridad.

—Mar, esas cosas no eran culpa tuya.

Di un paso hacia ella, obligándola a levantar la vista del suelo y enfocarla en mí.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistí.

—Entonces de quién, ¿de él?

—Puede ser. O, hay veces en las que nadie tiene la culpa de lo que ocurre. Las cosas simplemente pasan y no hay que buscar culpables. Pero no debería de haberte mentado en ninguno de los casos.

—Él ha sido mi única relación. Quizás la falta de perspectiva me lleve a conclusiones equivocadas.

Dirigió la mirada hacia el suelo.

Me gustó que esa reflexión saliera de ella y no de mí. Me sorprendió saber que Álvaro había sido su primer y único amor, y quería odiarlo por todas las cosas que le había hecho a Mar, por todas las que sabía y por las que no, porque estaba seguro de que había más. Sin embargo, fueron todas sus decisiones las que llevaron a Mar a encontrarse en mi vida de la forma en la que estaba. Quizás debía de darle las gracias.

No me iba a poner a rezar. No era creyente. Pero quizás un agradecimiento hacia el cielo llegase a algún lugar.

—Ha sido una noche cargada de emociones —Puse las manos sobre sus hombros, desviando los pulgares casi inconscientemente a acariciar el trozo de piel que se dejaba de ver por el cuello de la camiseta—. Y es casi la hora de cenar. Aunque sé que te mueres por otro de mis platos llenos de verduras, te voy a tener que dejar marchar.

Desvié la vista a su boca y seguí el movimiento de su lengua al pasarla por el labio inferior de manera nerviosa. Me apetecía lamer esos labios, morderlos y besarlos. Estaba entrando en un terreno peligroso. Ese tipo de pensamiento estaba empezando a infiltrarse con más frecuencia de lo normal, y me asustaba.

Con un tímido asentimiento se dio la vuelta, alejándose del contacto de mis manos, y entró. Yo me quedé observando hasta que la puerta se cerró tras de sí. Me quedé solo, sin un alma en la calle, mirando la puerta y teniendo pensamientos que no iban a acabar en buen puerto.

Con la ahora ausencia de Mar, sentí algo de frío en el pecho y volví a abrocharme la chaqueta. Después metí las manos en los bolsillos para evitar que estas hicieran de las suyas sin mi permiso. Y tenía miedo de estropearlo con un impulso que me hiciera golpear los nudillos contra la puerta o abrirla de una patada para abrazarla y no dejarla marchar. Decirle que todo iba a estar bien y que estaba ahí para ella siempre que lo necesitase.

Había sido una tarde rara, pero en el buen sentido. Había aprendido mucho más de aquella paciente que había yacido en la cama de la habitación 304 durante semanas y también había dejado que ella aprendiera cosas de mí. Y entonces lo sentí. Un tirón, como si de un hilo que me atase a ella se tratase. La distancia entre Mar y yo.

Y supe que algo había cambiado.

...

Hay días que me levanto y pienso que ya te estoy superando. No a ti, sino a tu pérdida. Que me estoy acostumbrando a no tenerte. Hay días en los que apenas me acuerdo de llorar. Y entonces llega uno de esos días a los que me gusta llamar «feos». Y suelen venir justo después de un día «bonito». Me levanto y lo único que me apetece es esconderme debajo de las sábanas, aislarme en la oscuridad y no salir en toda la semana. Solo quiero llorar y sentir pena de mí misma. No quiero rodearme de nadie más que de mí.

Hay días que tengo que recordarme que ha pasado poco tiempo y que es eso lo que necesito. Tiempo.

Y luego hay días en los que mi mente me traiciona segregando endorfinas cada vez que otro hombre me sonríe. O es mi corazón el que late más de lo necesario cuando ese hombre me guiña un ojo. Y cuando llego a casa y me refugio en mi burbuja de tristeza y duelo, me envuelve la culpa.

Porque es muy pronto para pasar página. Es demasiado pronto para volver a sentir.

Capítulo 18

Ella

Algo había cambiado.

No sabía decir con exactitud el qué, pero las cosas eran diferentes.

Después de la noche cuidando de Oliver y el paseo por la playa, Guillermo y yo éramos otros. No quiero que se me entienda mal. Prometo que aún seguía afectada por la muerte de Álvaro y no sabía si algún día iba a ser capaz de superarla. Me pasaba mucho tiempo en la buhardilla o en la trastienda de la pastelería, a solas y perseguida por sentimientos de culpabilidad.

Mi familia intentaba distraerme todo lo que podía. Nines seguía convenciéndome de ir algún que otro día a cuidar un par de horas de mis sobrinos, mientras ella se liberaba un poco de la carga de la maternidad. Mi madre también pasaba mucho tiempo conmigo y mis suegros seguían insistiendo en que los visitase. Por eso me hallaba allí.

Era la primera vez desde que lo había perdido que visitaba la casa de sus padres. Y en el mismo momento en el que abrieron la puerta con una sonrisa triste me acordé del por qué. Una oleada de su aroma me invadió. La misma que cuando había ido al piso a recoger algunas de mis cosas y no había sido capaz de pisarlo de nuevo.

—Qué alegría verte al fin por aquí, hija.

—Hola —dije de manera escueta.

Me invitaron a pasar y yo los seguí, sin atreverme a dar un paso en una dirección distinta a la que ellos tomaban. Era como si hubiera perdido toda la confianza de andar por aquel piso cómodamente.

—Os he traído unos dulces de mi madre.

Les tendí la bandeja.

—Carmen siempre tan atenta —dijo Pepa—. Dale las gracias de nuestra parte. Y dile que no tiene que regalarnos nada. Que ya nos pasamos nosotros por allí para comprar con gusto.

Nos sentamos alrededor de la mesita de café. Coloqué las manos entre las rodillas, sin saber qué hacer con ellas. Estaba nerviosa. No sabía qué decir ni cómo actuar. No quería estar allí, honestamente.

—¿Cómo estás?

Quería dejar de oír aquella pregunta. Cada vez que alguien de nuestro círculo me veía, la pronunciaba. Compañeros de trabajo que me cruzaba por la calle, vecinos de toda la vida que venían a Bonaire... Necesitaba que parasen.

—Bien —Era lo que siempre respondía—. ¿Y vosotros?

También odiaba ser la que hacía la pregunta, pero sabía que era cuestión de educación. Al fin y al cabo, Álvaro es su hijo.

Era.

—Pues ahí vamos, hija. Como buenamente podemos
—Luis se levantó en dirección a la cocina—. ¿Qué quieres tomar?

—Nada. No te preocupes. Acabo de comer en casa.

Este trajo un par de cafés para acompañar a los dulces. Rompieron el papel que cubría la bandeja y analizaron el contenido para poder elegir su favorito. Pepa eligió el famoso suso de crema.

—Esto está riquísimo. Y pensar que Álvaro odiaba la crema.

Espera un momento.

—¿Cómo? ¿Pero esos no eran los que más le gustaban?

—¿A Álvaro? Qué va. Estos le encantaban a Verónica. Él no podía ni oler la crema sin dar una arcada.

No entendía nada.

O quizás sí.

Álvaro había pasado años comprándolos de Bonaire. Proclamaba que le encantaban. Pero, ahora que lo pensaba, nunca le vi comerlos realmente. Cada vez que yo los hacía, él se los llevaba al trabajo o decía que se los comería después. Cuando yo llegaba ya no quedaba ni uno. Pero nunca le vi metérselos en la boca. En trece años. Nunca.

—¿Qué te ocurre?

—¿Los favoritos de Verónica, dices? —recalqué.

—Ay, cielos. Ya me he vuelto a ir de la lengua, ¿verdad?

—No, no. Carmen, no es eso.

—Lo siento mucho, hija. Pensaba que...

—Necesito ir al baño —la corté—. Si me disculpáis.

Les dediqué una sonrisa tensa y me levanté, incapaz de elevar la vista para ver sus caras. Tenían que estar pensando que era una tonta por sacar conclusiones equivocadas. Por haberme casado con un maldito mentiroso.

Corrí al baño y cerré la puerta tras de mí. Eché el pestillo por si acaso. Me llevé una mano al pecho, agarrando los anillos por el camino sin querer, y abrí la boca en un grito silencioso. Me miré al espejo mientras las lágrimas se deslizaban por las mejillas. Tenía la piel enrojecida de vergüenza e ira. Patética.

Tenía otra mentira que añadir a la lista de Álvaro.

Después de todo lo que habíamos pasado juntos. Después de haberlo perdido. Me levanté el vestido y observé las cicatrices en el reflejo. Era algo que siempre intentaba esquivar cuando salía de la ducha. Los espejos. Me vestía mirando hacia el suelo y me desnudaba de igual forma. Ponía el agua caliente para que el vaho empañase los cristales y no me devolviesen mi imagen. Sin embargo, necesitaba verlas en aquel momento. Recordarme por lo que había pasado. Que, a pesar del dolor, me encontraba allí. Viva. Y él no. Sus mentiras se habían ido con él. Sí, tenía que pensar eso.

Sus padres no tenían culpa del hijo que habían criado o las malas decisiones de este. En cierta parte era mi culpa por no haber visto las señales a tiempo. Por no haber estudiado ese tic nervioso que aparecía cuando mentía. Por no haberlo reconocido antes de que fuese demasiado tarde. Empezaron a encajarme cada una de sus palabras, de sus titubeos.

Quizás nunca pensó que acabaría en una relación tan seria y larga como la nuestra con la chica de aquella pastelería donde iba a comprar los dulces favoritos de su entonces novia. Quizás la mentira salió de forma natural, y cuando se vio tan dentro del problema se vio incapacitado para dejar la verdad salir. Quizás pensó que era mejor callar. Hacerme parecer tonta.

Me solté el vestido y me apoyé de nuevo en la puerta. Las piernas me fallaban y sentía la necesidad de dejarme caer, arrastrando la espalda por la madera vieja y oscura. Pero no me dejé hacer. Me negué a seguir allí dentro, mientras mis suegros esperaban fuera. Abrí el grifo y me eché un poco de agua para refrescarme la cara. Di gracias a que ya no tenía ganas ni de maquillarme, porque si no hubiera causado un estropicio mayor con la pintura corriéndome cara abajo. Me sequé con la toalla y respiré hondo tres veces, agarrándome con fuerza al lavabo.

Era hora de salir.

Las miradas de Pepa y Luis lo decían todo. Sabían lo que había ocurrido en el baño. También dentro de mi cabeza. Intentaron disculparse de nuevo y yo les dije con una sonrisa que no tenían que hacerlo. Seguimos con la merienda durante unos quince minutos en los cuales meforcé a comer uno de aquellos dulces, a pesar de que apenas me podían pasar por la garganta.

—Si no os importa, creo que me voy a marchar. Me he dejado unas cosas a medias en casa y necesito volver —mentí.

—Está bien. Pero vuelve pronto. —Levantó las cejas con insistencia.

Sabían que no era cierto, que solo buscaba una vía rápida de escape. Pero no me retuvieron y yo prometí en falso que volvería. Pero todos sabíamos que no sería así.

—¿Estás preparada para hablar del funeral? Llevamos cuatro sesiones posponiéndolo.

El clic del bolígrafo me hizo levantar la vista. Patricia volvía a poner la punta de este en la libreta que siempre tenía consigo, esperando a analizar las palabras que salieran por mi boca.

Asentí.

—Bien. Cuando quieras.

—¿Qué quieres que diga?

No sabía por dónde empezar. No sabía si quería que hablase del día en sí o de las horas que pasé llorando, antes y después. Quizás del trayecto en coche incómodo con mi familia o el hecho de encontrarme allí a personas no bienvenidas.

—¿Qué te parece si me cuentas cómo comenzó aquel día?

Volvió a meter y sacar la punta del bolígrafo.

Clic, clic.

—Me desperté bastante tarde, como de costumbre. Me había pasado la noche llorando hasta que el sueño me sobrevino. Después me levanté, me vestí y, en ayunas, fui con mi familia hacia el tanatorio.

—Ajá. —El silencio reinaba mientras apuntaba en su libreta—. Y allí, ¿cómo te recibieron los invitados? ¿Cómo fue ver a aquellas personas después de lo ocurrido?

¿«Los invitados»? Hablaba como si se tratase de una fiesta de cumpleaños.

—Me miraban diferente. Con lástima, supongo.

—¿Y cómo te hizo sentir eso?

Si pudiera elegir una frase para enmarcar que la representase sería esa misma.

«¿Cómo te hace sentir esto? ¿Y aquello?»

Era tan molesto y me ponía de muy mala leche. Sí, era su trabajo, pero ¿cómo se sentiría ella si se girasen las tornas? ¿Si la que preguntase constantemente mientras apunta en su cuaderno fuese yo?

«¿Cómo te sentirías? ¿Eh, Patricia!?»

—¿Te encuentras bien? Pareces enfadada.

Y lo estaba.

—No es nada —respondí con calma fingida—. Es solo que a veces siento que algunos pensamientos me enfadan más de lo que lo hubieran hecho en el pasado.

—Quizás has estado reprimiendo tus sentimientos hasta ahora y estamos consiguiendo sacarlos a la luz poco a poco. Está bien sentir enfado. ¿Hay algo que te moleste?

—No.

Mentira cochina.

—¿Estás segura? Y tu marido, ¿no estás enfadada con él?

—¿Por qué? ¿Por haber muerto? ¿Por haberme dejado sola?

—Es posible. O quizás por sus acciones mientras aún estaba con vida. —No podía soportar hablar así de él. En pasado y recalando su muerte—. Me dijiste en la sesión pasada que se quitaba la alianza para irse de viaje a solas. ¿Por qué la llevas entonces colgada en el cuello?

No quise responder a ello.

—¿Eres consciente de que agarras las alianzas cada vez que te pones nerviosa? —Negué con la cabeza—. Mírate, lo estás haciendo ahora mismo. Lo haces constantemente.

Las solté de golpe.

Era cierto. Las había agarrado con fuerza y ni siquiera me había dado cuenta. Era algo que hacía de forma inconsciente.

—Creo que usas las alianzas como tu zona de confort. Te dan cierta seguridad. ¿Has tenido antes algún otro objeto que utilizases de forma parecida?

No lo dudé.

—Un anillo. Era de mi padre.

—Cuéntame más sobre ello.

—Cuando enfermó nos hizo un anillo a mi hermana y a mí para que lo recordásemos siempre. Lo perdí el día que fui al hospital con Álvaro para nuestra cita sobre gestación asistida.

—¿Solías hacer lo mismo con él?

—Sí. Lo giraba constantemente cuando necesitaba un apoyo extra. Mi hermana quiso darme el suyo cuando lo perdí, pensando que lo necesitaba más que ella. Pero me negué.

—Creo que sería buena idea dejarlos ir en algún momento y aprender a controlar esas acciones ansiosas. No es malo llevar las alianzas, pero están ancladas a tu pasado y tu subconsciente se aferra a ellas, no dejándote avanzar.

No quería entrar en ese tema. Aún había días que recordaba el anillo de mi padre y, por acto reflejo, me iba al dedo meñique que ahora se encontraba vacío. No estaba dispuesta a dejar ir las alianzas ahora que me ayudaban de cierta forma.

—Estoy enfadada conmigo misma —dije, desviando el tema a la pregunta anterior.

Emitió un sonido gutural que me decía que se había dado cuenta del cambio repentino de tema. No continuó con su interrogatorio hasta que hubo hecho sus anotaciones correspondientes.

—¿Por qué?

—Por sentir ira hacia mi marido cuando ya no está aquí.

—¿Qué más?

Agarré el borde de la silla con ambas manos, notando el terciopelo en las palmas, y me erguí en mi asiento.

—Y estoy enfadada con Verónica por aparecer allí. No tenía derecho. Era mi marido. Y ella no era más que una mota de polvo en su pasado —Lágrimas de ira comenzaron a caerme cara

abajo—. No tenía derecho —repetí—, porque así no hacía más que recalcar que no solo estaba en su vida, sino en la mía también. Era parte de nuestro matrimonio. Un fantasma silencioso.

—No podemos retener el pasado de nuestros seres queridos contra ellos. Tenemos que aprender a saber que está ahí y a aceptarlo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Estaba consiguiendo sacar toda la información de mí. Todo lo que tenía dentro. Estaba quedándome vacía.

—Mintió. Álvaro mentía constantemente.

—¿Sobre qué?

—Cualquier cosa. Con quién había estado, dónde iba en sus «viajes de negocios» ... Y, en el fondo, yo lo sabía todo. Mintió incluso en sus pasteles favoritos. Resulta que eran los favoritos de *Verónica* —dije con sorna—. Y los compraba en mi tienda para llevárselos a ella.

—¿Cómo sabes esto?

—Se le escapó a mi suegra el otro día. Tuve que esconderme en el baño a llorar y a aguantarme las ganas de gritar. Al cabo de un rato salí y me lo vieron en la cara. Incluso ella se disculpó. ¡Como si fuera su culpa! Me marché poco después. No soportaba quedarme allí.

Patricia siguió apuntando. La estaba poniendo completamente al día de mi vida y problemas. Estoy convencida de que sus notas las guardaba para luego publicar libros y libros completos. Tenía un cuaderno para cada paciente. El mío era de color púrpura y lomo de cuero.

—Y ¿cómo va la rehabilitación?

—Bien —dije de manera escueta.

—Recuerda elaborar tus respuestas —dijo con voz cantarina.

Me ahorré el impulso de poner los ojos en blanco.

—He mejorado mucho y puede que sí que haya sido la mejor decisión que he tomado después del accidente. He recuperado mucha movilidad y ya apenas siento dolor. He conseguido librarme de una muleta y, al fin, soy autosuficiente.

Levanté las cejas y extendí ambas manos esperando que Patricia entendiese ese silencioso: «¿He elaborado lo suficiente?».

—¿Y el doctor?

—¿Guillermo?

Asintió.

Intentaba no hablar mucho de él. En mi cabeza todo era un caos y sabía que Patricia conseguiría tirarme de la lengua si se enterase de ciertas cosas. Yo no quería dar rienda suelta a los sentimientos extraños que se asentaban al fondo de mi cerebro y en la boca del estómago.

—No hay mucho que contar. Algunos días se pasa por allí para ver mis avances y otros no.

—¿Por qué siento que hay algo que no me estás contando? —Se me disparó el pulso—. Pero creo que ya es suficiente por hoy. Quizás para la siguiente sesión ya estés preparada.

Solté todo el aire de los pulmones.

Aquella semana me había librado. Quizás la siguiente no tuviera tanta suerte.

Era complicado andar cuando llevabas una muleta en una mano y apoyabas el peso de tu

cuerpo en ella, mientras la otra llevaba una bandeja de pastelitos elegidos especialmente por tu madre para tu terapeuta. Por eso había salido de casa con mucho tiempo de antelación y ahora llegaba demasiado pronto a la rehabilitación.

A través de las ventanas superiores que daban al pasillo se veía que la sala estaba iluminada tan solo por la luz natural que entraba del exterior. No debía de haber nadie dentro aún. Intenté abrir la puerta con el codo, pero era imposible. Tampoco me atrevía a levantar la muleta y utilizar dicha mano. Me arriesgaba a acabar en el suelo y si aplastaba los pastelitos sabía que mi madre me iba a matar.

Volví a apoyarme en la puerta e intentar por última vez abrirla por la barra metálica, antes de desistir completamente. Pero la barra bajó sola y la puerta se abrió. Con la mala suerte de que yo me apoyaba en esta y se abría hacia adentro. Perdí el equilibrio rápidamente y me vi en el suelo, aplastando la bandeja y volviéndome a partir la pierna o algo parecido. Sin embargo, algo me salvó de la caída.

—¿Mar?

Guillermo me sujetaba por la cintura, deteniéndome en el aire a medio camino del suelo. Lo demás no había tenido tanta suerte.

—¡Mierda! Los pastelitos...

Miró de mi cara a la bandeja que yacía en el suelo y viceversa.

—¿Esa eras tú intentando abrir?

Asentí.

Me ayudó entonces a erguirme y me indicó que me sujetase en su brazo mientras se agachaba a por la muleta. Después, una vez estuve a salvo de caídas, recogió la bandeja.

—Al menos ha caído hacia arriba. ¿Son para mí? —Yo negué con la cabeza—. ¿Entonces?

—Son para Maxi. De parte de mi madre.

—¿Y yo qué? —inquirió con una fingida cada de pena.

—Tú puedes pasar por allí y comprarlos cualquier día.

Se llevó la mano al pecho y puso una mueca de fingido dolor.

—Está bien. Esta semana volveré por allí a haceros una visita.

Se despegó de la puerta y volvió a su sitio en la mesa. La sala estaba completamente vacía a excepción de él. Colocó la bandeja en la mesa y me indicó con un ademán de cabeza que me sentase a su lado. No había otra opción, así que eso hice. Por suerte, en mi casi caída no me había hecho daño y pude llegar sin problemas con ayuda de la muleta.

—Has llegado pronto.

—No sabía si me iba a dar tiempo a recoger los pasteles. Me he adelantado un poco. —La mentira rodó con demasiada facilidad.

—Maxi estará aquí en breve. ¿Quieres un poco? —me ofreció.

Tenía delante un *tupper* lleno de algo que no alcanzaba a diferenciar. Parecía una especie de lasaña, pero era verde, por supuesto, por lo que de lasaña tenía poco.

Arrugué la nariz y negué con la cabeza.

—Sí que quieres. Ven aquí.

Se acercó y agarró el respaldo de mi silla, colocando la mano muy cerca de mi espalda, y arrastrándome hasta quedar nuestras piernas casi completamente alineadas.

Vi que cogía un poco de lo que fuera aquello con el tenedor y lo dirigía hacia mí. Tenía curiosidad por saber qué era, pero no sabía si quería probarlo.

—¿Qué es?

—Cierra los ojos —respondió en su lugar.

«Otra vez no».

—Confías en mí. Tú misma lo dijiste. ¿Recuerdas?

Resoplé y supe que yo solita me había metido en aquel berenjenal. No me quedaba más remedio que hacerle caso. Y, sorprendentemente, no me costó mucho.

Cerré los ojos.

—Abre.

Abrí la boca.

Noté el calor que emanaba de la comida y cerré la boca alrededor del tenedor. Era el mismo tenedor que había estado en la boca de Guillermo, pero intenté no detenerme mucho en ese detalle. Aún con los ojos cerrados saboreé. Noté la cremosidad de lo que parecía una bechamel, adornada con queso crujiente y otra cosa tierna que no me atrevía a diferenciar. Pero estaba rico. Y, en lugar de tragar, seguí masticando y saboreando con gusto.

—¿Qué tal?

Abrí los ojos y me lo encontré con la barbilla apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la mesa, observándome con una sonrisa y una mirada que sabía lo que hacía.

—¿Qué es? —pregunté de nuevo.

—Lasaña vegetal. Con brócoli, calabacín y zanahoria.

—¿Cómo puede algo tan asqueroso saber tan rico?

—Porque lo he cocinado yo.

Mi semblante de asombro cambió y puse los ojos en blanco.

—No seas tan presumido.

La puerta se abrió y me hizo rebotar en mi silla y alejarme rápidamente, arrastrándola por el suelo y causando un estruendo que resonó en la sala vacía. A través de la puerta cruzaron Amalia y su madre, seguidas de Maxi. Este nos miraba curioso y con los ojos entrecerrados.

—¿Qué hacéis aquí?

—Nos hemos adelantado un poco hoy —respondió Guillermo por mí.

—¡Hola, doctor!

Esa era Amalia. Hoy llevaba el pelo tapado por un pañuelo de color púrpura y con estampado de unicornios. Parecía que le gustaban aquellas criaturas mitológicas.

Saludé cortésmente y con una sonrisa a los recién llegados, mientras la niña se subía cómodamente a las rodillas de Guillermo y lo atiborraba a preguntas sobre lo que había hecho en ese día, a cuántos pacientes había tratado, qué había traído para comer, etc.

Aproveché la distracción para acercarme a Maxi con la bandeja de pastelitos.

—Te he traído algo de parte de mi madre —Le tendí la bandeja—. Siento el aspecto que puedan tener. Es todo culpa de él.

Desvié la mirada y apunté hacia el doctor con las cejas en alto. Este dejó de atender a la niña para mirarme y señalarse sorprendido.

—¿Culpa mía? ¿Perdona?

—Si no hubieras abierto la puerta mientras yo me apoyaba en ella, no habría perdido el equilibrio y habría caído hacia ti, haciéndote elegir entre sujetarme a mí o a la bandeja.

—A ti. Definitivamente, siempre te elegiría a ti. A menos que fuesen esos dulces con...

Me miraba fijamente y yo hacía lo mismo. No podía apartar la vista de sus labios, de cómo se mordía el inferior al hacérsele la boca agua hablando de comida.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Maxi.

Guillermo se dio cuenta de cómo lo miraba y algo en sus ojos cambió, volviéndose oscuro. No apartó la vista de mí cuando respondió a Maxi.

—Mar ha perdido el equilibrio intentando abrir la puerta y yo la he rescatado —Parpadeó rápidamente y volvió la vista hacia Maxi—. Lo siento, tío. Vas a tener que comértelos reconstruyéndolos un poco. Podría incluso considerarse alta cocina, mirándolo por el lado bueno.

Aún sentía algo de calor en el estómago. O quizás era más abajo. Aquella mirada había sido como de otro mundo. En su mirada había hambre. Pero de otra cosa.

—Jod...pelines. —Miró a Amalia con los ojos muy abiertos. Había estado a punto de decir otro tipo de palabra—. Mi mujer se va a llevar un chasco.

—¿Cómo se llama? —pregunté con curiosidad.

—Alejandra.

El tono de voz le cambió a uno más sutil cuando pronunció su nombre.

—Pregúntale también sobre sus cuatro hijos. Adora hablar de ellos —dijo Guillermo aún desde su asiento.

—¿¡Cuatro!? —Estaba sorprendida.

—Y sobre sus dos perros. Y gato. —continuó.

—Y del loro. No te olvides de Smith.

—Madre mía. ¿Cómo puedes con todos?

—Díselo a mi mujer. Ella fue la que los sacó de su... vagina. No a los animales, obviamente.

—Obviamente —respondí con una sonrisa.

Me chocaron sus palabras y la facilidad que tenía para hablar informalmente delante de mí. Maxi había adoptado un tono menos distante y más cordial conmigo. Nos sentíamos más cómodos el uno con el otro después de varias semanas trabajando juntos en la rehabilitación.

Poco después dejamos la charla de lado y nos pusimos de nuevo en marcha con los ejercicios. Maxi me repitió lo mucho que iba mejorando y lo orgulloso que se sentía de que al final hubiera decidido asistir también a las sesiones con Patricia. Aún si nos conocíamos de hacía poco, algo en mi pecho se hinchó al escuchar sus palabras hacia mí.

Capítulo 19

Ella

Era un día extraño.

Y era simple descifrar el por qué. Había decidido salir a caminar sola aquella mañana. Pero ¿por qué? Esa respuesta sí que no la sabía con exactitud.

Me desperté después de un sueño raro que no recordaba. Sabía que había sido raro porque el sudor se me pegaba a la espalda, pero no había pálpitos de terror en el corazón. Después de aquello, me di una ducha fría —también algo diferente en mí, sobre todo en pleno diciembre—. Al abrir la nevera no encontré nada apetecible que llevarme a la boca, así que me puse lo primero que pillé y salí a desayunar.

Cada vez podía caminar más rápido y eso me reconfortaba. Los resquicios del accidente iban poco a poco abandonándome, a excepción de las cicatrices que me negaba a observar con detenimiento.

La calle principal estaba llena de gente que se había despertado aquel domingo con los mismos planes que yo. Se hacía un poco difícil caminar en aquel mar de personas sin chocarme con nadie. Pero todos intentaban tener cuidado cuando aparecía en su visión periférica una mujer con aparente discapacidad temporal.

Aproveché que las gafas de sol oscuras ocultaban mis ojos para observar la cara de todo aquel que pasaba de manera descarada. Sin embargo, hubo alguien que llamó mi atención más de la cuenta. Reconocía aquel caminar ligero y elegante, perteneciente a una figura esbelta. Iba acompañada de su característica melena, agarrada del brazo de un hombre de su edad, bastante atractivo, y de la mano de una niña.

La mirada de Verónica conectó con la mía y sus ojos se abrieron con sorpresa. O quizás miedo. Miró a la que supuse que era su hija y de nuevo a mí. Su confusión era evidente. Seguí la línea de visión que repetía y desvié la mirada a la niña para ver qué era lo curioso de ella. Y entonces lo vi. Llevaba los mismos rizos oscuros que su madre. Pero los ojos eran avellana. Y la nariz... Ese característico arco de la nariz. No eran de Verónica.

Eran de Álvaro.

Quizás me lo estaba imaginando. Quizás era mi cerebro que me mandaba señales contradictorias, haciéndome pensar una verdad que no era posible. Pero el comportamiento de la madre de la niña con respecto a toda la situación era lo más sobresaliente de todo.

Ocurrió a cámara lenta. El viento las golpeaba de frente, haciendo ondear sus melenas de manera preciosa. La niña giró la cabeza hacia mí y conectó su mirada con la mía. Me levanté las gafas de sol sin dejar de andar. Las coloqué sobre la cabeza para que no me molestasen. Seguí observando. Andábamos en direcciones opuestas, por lo que íbamos a cruzarnos de frente.

—Mami —dijo la niña, tironeando de la mano de la otra—, ¿por qué esa señora me mira tanto?

Verónica salió de su estupor y substituyó la sorpresa por una sonrisa tensa. Su hija quizás no lo notaba, pero yo sí. Su tono de voz intentaba ser tranquilizador, pero se percibía un deje de miedo en ella.

—Te has dejado un poco de chocolate en la cara. Es solo eso.

Soltó el brazo del hombre que la acompañaba, se humedeció el pulgar con la lengua y se agachó para limpiar la mejilla de la niña, sin soltarla de la mano.

Esto hizo que su atención quedara completamente desviada de mí. Yo, sin embargo, seguí observando incluso cuando ya las había pasado, volviéndome hacia atrás para intentar descubrir algo que me dijera que no, que aquella niña no tenía nada que ver con Álvaro.

Obviamente, me pasé el resto del día dándole vueltas al asunto. ¿Podría ser cierto? ¿Serían todas imaginaciones mías? Fuera como fuese, había conseguido arruinar mi apetito y había acabado volviéndome a casa y encerrándome. Rompí a llorar de nuevo e hice algo que llevaba varios días sin hacer. Cogí el móvil y marqué el número de Álvaro.

— *El teléfono que ha marcado no existe.*

—Te odio. ¿Cómo pudiste? ¿¡Cómo!?

Comencé a gritarle al teléfono sabiendo que no serviría de nada. Llorar desconsoladamente solo me traía más ansiedad, pero en aquel momento no había otra cosa que deseara más. La impotencia de no volver a ver a mi marido nunca más para decirle todo lo que sentía a la cara era imposible de soportar.

Habíamos vivido tantos momentos juntos. Recordé el nacimiento de Oliver y las palabras de Álvaro al verme con el bebé en brazos.

— *Me he dado cuenta de que quiero ser padre. Pero quiero que sea contigo. Solo contigo.*

Solo conmigo.

Menuda mentira.

—¿Con que *solo conmigo*, eh? —seguí gritándole al teléfono.

— *El teléfono que ha marcado no existe* —repitió la femenina voz robótica.

—¡Arggg!

Con el móvil en la mano y la ira a flor de piel, levanté el brazo y lo llevé detrás de mi cabeza, cogiendo impulso para lanzar el aparato contra la pared. Después recordé que iba a ser yo la que tuviera que pagar uno nuevo y que no me sobraba el dinero, especialmente.

Otra de las cosas que había aprendido con la muerte de Álvaro era que no estábamos tan bien de dinero como yo esperaba. Después de tantos años trabajando y tanto tiempo invertido en los ascensos, no me cabía en la cabeza que el dinero que quedaba en la cuenta fuera tal. Nunca viajábamos ni hacíamos planes caros. No éramos caprichosos ni gastábamos en joyas o tonterías que se nos fuesen de presupuesto. ¿Dónde estaba nuestro dinero?

Tampoco ayudaba el hecho de que el piso seguía vacío, acumulando gastos cada mes. Pero aún no había reunido el valor suficiente para vaciarlo y dejarlo ir al fin. No podía enfrentarme a ello.

«Aún no» era algo que me repetía constantemente.

Con la mano aún en alto, tomé aire y llené los pulmones. Cerré los ojos y me obligué a respirar tres veces. Tres respiraciones hondas es lo que me había recomendado Patricia cuando la situación me abrumase.

Inspiré.

—Una.

«Es posible que Álvaro sea el padre de esa niña y Verónica la madre».

Espiré.

Inspiré.

—Dos.

«La niña parecía tener más o menos diez años».

Espiré.

Inspiré.

—Tres.

«Dentro de lo malo, esa hija podría no haber sido concebida mientras estábamos juntos. Sino en el año en el que estuvimos separados y que, según mis suegros, ellos dos habían vuelto a estar juntos».

Espiré.

Abrí los ojos. Ya me encontraba mucho más relajada.

Tenía todo el derecho del mundo a rehacer su vida tras romper. Pero no me esperaba aquello. Y mucho menos que lo ocultase de tal forma. Nunca siquiera sospeché algo parecido.

Dejé el móvil en la mesita de noche y me fui al baño a limpiarme los restos del poco maquillaje que me había atrevido a ponerme por la mañana, y que ahora se había corrido cara abajo. Después me metí en la cama e intenté dormir un poco.

Pensaba que ya había comenzado a superarlo. Aunque fuese una pequeña parte de mí. Qué equivocada estaba. Tan pronto como había dado un pequeño paso hacia adelante, el suelo se había tambaleado bajo mis pies, haciéndome caer hacia un abismo de pérdida y retroceso. Sin darme cuenta, gran parte del progreso que había realizado se había perdido de nuevo.

El sueño no llegó a venir del todo hasta altas horas de la madrugada.

No fue hasta unos días después que lo vi de nuevo. A Guillermo me refiero. No había nadie más en mi vida más que mi familia. Obviamente.

Y estaba nerviosa.

Tal y como había prometido en la rehabilitación, se pasó por Bonaire. Y, cómo no, mi madre también me hacía compañía ese día. No le había contado nada ni a ella ni a mi hermana de la ayuda de Guillermo cuando Oliver se había puesto malo. Ni la cena de esa misma noche con él. Ni los momentos y miradas que habíamos tenido cada vez que nos encontrábamos, fuera donde fuese. No quería hacer una montaña de un grano de arena.

—Hija, he estado pensando sobre el futuro de Bonaire y...

Las palabras de mi madre fueron interrumpidas por la campanita sobre la puerta que anunciaba la llegada de un cliente. Una brisa fría entró junto con este, haciendo tambalearse la foto familiar bajo el reloj, y desapareció tan rápido como se cerró la puerta.

—Buenos días, familia.

Se quitó la gabardina y la dejó en el perchero, como si planease quedarse por el local un largo rato.

—Hola, Guillermo.

La sonrisa de mi madre era genuina pero las palabras no tenían la misma efusividad que con anterioridad, y ahora iban cargadas de sospecha y cautela.

—Parecía que no, pero el invierno al fin está llegando.

Se frotó las manos, la una con la otra, y se las llevó a la boca para soplar aire caliente. Me

pregunté si el aroma de ese aire también sabría a cítrico. Y lo agradable que sería poder acercarme a olerlo. ¿Sabrían sus besos así?

«Pero ¿qué estás pensando?»

—Es un placer verte por aquí de nuevo, hijo. Pero tengo que seguir amasando.

Mi madre se despidió de Guillermo y nos dejó a solas. No sabía a qué había venido eso, pero no me gustaba ni un pelo su comportamiento. Tramaba algo.

—¿Qué te pongo?

Me anudé el delantal alrededor de la cintura.

—Quiero lo mismo de la última vez. Esos hojaldres que estaban para comerse veinte seguidos.

—¿Los de cabello de ángel?

—Esos mismos. No puedo evitarlo —Me guiñó—, son mis favoritos.

Al decir aquello, «mis favoritos», algo se encendió dentro de mí. Me transporté a otro año en el que otra persona, en cuyo nombre no quería pensar en esos días, había comprado *sus* pasteles de crema favoritos.

Me imaginé su sonrisa de labios gruesos, la nariz arqueada, la mata de caracoles sobre la cabeza, esas camisetas sueltas que llevaba antes de hacerse completamente devoto al trabajo. Pensé en la cantidad de cosas que podría haberme ahorrado en la vida si en ese momento hubiera sabido todo lo que se me venía. Si hubiera dicho las palabras concretas. Si no hubiera acabado casándome con él.

—¿Estás seguro de que son tus favoritos y no los de otra? —espeté.

Me di cuenta demasiado tarde que las palabras habían salido de mi boca y habían causado que la escena se borrara para dar lugar a la que se me presentaba frente al mostrador. Era Guillermo el que me miraba con cara de sorpresa, sin saber de dónde había salido la respuesta. Sin embargo, fue rápido el cambio de sus facciones a una expresión de ternura, e incluso pena. Sin mediar palabra había comprendido la situación. No sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía actuar de la forma más correcta a mi alrededor. Parecía leerme la mente.

—¿Fue esa otra de sus mentiras?

Lo sabía. No tenía ni idea de cómo, pero lo sabía.

Y yo asentí. Y mantuve la cabeza gacha, negándome a levantar la vista. Avergonzada.

—Eh, mírame —ordenó.

Lo hacía mucho. Lo de ordenarme que lo mirase o saliese de mis pensamientos en momentos como ese. Pero siempre con una voz tierna que me hacía querer obedecer rápidamente.

—Mar...

—Ni se te ocurra sentir pena de mí.

—Nunca —Negó con la cabeza—. Jamás se me ocurriría sentir pena de ti. Ven aquí.

Se acercó y colocó los codos sobre el mostrador, indicándome con las manos que me acercase. Lo hice, y sentí la necesidad de llevar mis manos hacia las suyas. Así que lo hice. Y él no dudó en sostenerlas. Las tenía calientes y aposté a que era gracias al aire que les había soplado al entrar. Además, eran más grandes que las mías y las cubrieron por completo, traspasándome parte de ese calor. Se estaba bien así.

No sentí ningún tipo de electricidad, como siempre cuentan los libros y películas. Ninguna corriente especial que pasara de uno a otro, que nos hiciera percatarnos de que había algo entre nosotros y nos hiciera levantar las miradas. En su lugar, el calor me acogió y se extendió por todo mi cuerpo. Casi me olvidé del *flashback* que acababa de tener hacía un par de minutos.

Casi.

—¿Me lo quieres contar? —preguntó con cautela.

Me tragué el nudo que se abría paso por mi garganta cuando asentí.

—Álvaro y yo nos conocimos porque él venía aquí a comprar dulces para su novia. Cuando la dejó y comenzamos a salir, en lugar de decirme la verdad, fingió que los dulces que compraba en aquel entonces eran sus favoritos. Me pasé años horneando susos de crema, cuando en realidad seguro que los tiraba a la basura cuando yo no miraba.

Le conté también lo que mi suegra me había descubierto.

—Eso no está nada bien.

—Lo sé.

—Entonces también sabes que no deberías de invertir ni un solo minuto pensando en alguien que te tenía en cuenta de esa forma.

El sonido de un teléfono móvil me ahorró darle una respuesta que aún no tenía. Retiré las manos de las suyas y me limpié la lágrima que caía con el dorso. Sorbí por la nariz y me recompuse todo lo que pude. Él ni siquiera se inmutó en coger el teléfono. En su lugar lo silenció sin siquiera mirar la pantalla, manteniendo su atención en mí.

—Déjame que te ponga los hojaldres en una bandeja.

Di tres pasos cojeando hasta la mesita trasera con intención de coger las pinzas.

—No deberías poner peso aún en la pierna —dijo muy serio.

Me giré para mirarlo. Después miré la muleta olvidada en la esquina. Había mejorado tanto que a veces no la usaba cuando tenía que moverme en un espacio tan pequeño como era el que había tras el mostrador. No pensaba que fuese necesario. No había más de cuatro pasos mal contados de un lado al otro.

—Déjame a mí.

Levantó el extremo del mostrador, haciendo resonar las bisagras algo oxidadas. Como el resto de la tienda en sí. Llevaba muchos años en la familia y había sufrido varias reformas. Pero le hacía falta un cambio. Y pronto.

Guillermo invadió mi espacio personal, no tanto por voluntad propia, sino por falta de hueco, como ya he dicho. La mayor parte del espacio del local estaba dedicado al obrador en la parte trasera y a la entrada para los clientes, ya que cuando era un día ajetreado se solía llenar hasta los topes.

—¿Te importa? —preguntó.

—En absoluto.

Y era cierto. Me sentía cómoda teniéndolo cerca. Quizás era buena idea dejarme llevar por una vez.

—Dime qué tengo que hacer y tú te quedas ahí quietecita.

Aguanté la sonrisa que amenazaba con asomarse por mis labios y le señalé la mesita.

—Primero coge las pinzas. Después una bandeja y vas poniendo todos los hojaldres que quieras.

—¿Todos los que quiera? —preguntó con tono travieso.

Mi respuesta fue quedarme observando y levantar una ceja.

—No te preocupes. Esta vez voy a pagar por ellos.

Muy concentrado en su tarea, fue añadiendo uno a uno los hojaldres. Cuando pareció haber acabado, soltó las pinzas y, sin pensárselo, cogió uno y le dio un mordisco, colocando la otra mano debajo para atrapar todas las migajas que caían.

Cerró los ojos y se pasó la lengua por los labios, relamiendo un poco de cabello de ángel que

se había quedado en el camino. No pude evitar tragar sonoramente al ver el movimiento que hacía la nuez en su garganta al tragar.

—¿Quieres un poco?

¿Qué tenía Guillermo con eso de darme de comer? No era ni la primera, ni la segunda vez que ocurría. Y, ¿lo más extraño? Que dije que sí. Abrí la boca y dejé que me acercase el hojaldre para darle otro mordisco. Estaba delicioso, pero eso ya lo sabía. Los había hecho mi madre.

—Mar, ¿puedes venir un segundo a ayudarme con unos ingredientes?

Hablando de la reina de Roma...

Mi madre reclamaba mi atención y tenía la sospecha de que no era porque necesitase ayuda.

—Dame un minuto —le dije.

—Lo siento, te he entretenido mucho. Dime cómo envolverlos y me perderás de vista en un abrir y cerrar de ojos.

Me acerqué intentando no apoyar la pierna. No quería que volviese a regañarme por ello. Le indiqué cuánto cortar del papel que utilizábamos para envolver los pasteles. Después le dije cómo cubrirlos, pero no conseguía hacerlo sin aplastar un poco los hojaldres.

—Trae —dije.

Ahora era yo la que invadía su espacio personal. Le di un empujón de cadera para apartarlo un poco, pero él no se movió ni un milímetro, manteniendo el contacto. Lo miré y él hizo lo mismo, teniendo que bajar un poco la cabeza por la diferencia de altura.

—Tienes que coger algunos palillos y clavarlos así, con mucho cuidado. De esa forma ni aplastas los hojaldres y el cabello de ángel se pega al papel. —Todo esto lo dije mientras seguía hipnotizada por sus ojos, marrones ahora que no les daba la luz natural, y tanteando con la mano para encontrar la cinta adhesiva en el mostrador.

—Ajá. —No vocalizó, sino que produjo un sonido semejante a dicha palabra, pero apretando los labios, sin llegar a abrir la boca.

Sus manos se acercaron a las mías, intentando aprender el proceso sobre las mías, como si de braille se tratase.

—¿Mar?

Mi madre...

Carraspeé. Guillermo también.

Se dio prisa al recoger la bandeja y salir de nuevo hacia el otro lado del mostrador. Dejó un billete grande encima, costando mucho más que la bandeja de hojaldres. Después se despidió con una sonrisa tras ponerse el abrigo y abrió la puerta. Todo esto en cuestión de segundos. Seguro que había batido alguna clase de récord en el proceso.

—Por cierto, deberías volver a rehabilitación. Te echamos de menos.

Te.

Echamos.

De.

Menos.

A mí.

Había faltado a las dos últimas sesiones después de lo ocurrido con Verónica y la supuesta hija de Álvaro. Me había vuelto a encerrar en mi cabeza. Y, aunque seguía con los ejercicios en casa, no me encontraba con fuerzas ni ánimos de volver a los entrenamientos con todos observando mi progreso.

En ese mismo momento que sonaba la campana anunciando el cierre de la puerta, mi madre volvió a aparecer a mi lado, secándose las manos con un viejo trapo de tela.

—¿Qué necesitas? —le dije.

—Ya no hace falta.

Sonrió. Y supe que había muchas palabras que se escondían detrás.

—Mamá... —dije con tono acusativo.

—Me da miedo.

—¿El qué?

—La sonrisa sincera que se abre paso por tu cara cada vez que él aparece. Hacía años que no te veía tan feliz.

—Lo dices como si no fuese igual con Álvaro.

Me dolió pensarlo.

—No lo era. Al menos no en los últimos años. No recientemente.

Eso me hizo pensar. ¿Tan infelices éramos? ¿Tanto lo notaban los demás? Me gustaba pensar que todo quedaba de puertas hacia adentro. Pero parecía que no era así.

Miré de nuevo la puerta de Bonaire, pensando en cuando Guillermo se había marchado. Eran tantas las palabras no dichas entre nosotros.

—No lo pienses demasiado, mamá. No hay nada de lo que tengas que preocuparte —mentí.

Capítulo 20

Ella

—Tiene una hija. O, mejor dicho, tenía.

—¿Cómo?

Lo había conseguido. Había hecho que Patricia se quedara sorprendida. Pensaba que los psicólogos estaban completamente entrenados para no mostrar emoción alguna con sus pacientes. Dejar ver que nada les chocaba. Pero no era así y lo estaba comprobando en ese mismo instante.

—La última vez me preguntaste si estaba enfadada por algo o con alguien. Pues sí. Estoy *muy* enfadada. Álvaro tuvo una hija. Con su ex, para ser más exactos.

Estaba furiosa y la voz me temblaba.

—¿Estás segura de ello?

—Esa niña es una mezcla exacta de ellos dos. Estoy casi segura. ¿Cómo pudo mentirme también sobre eso?

—¿Cómo te sientes al respecto?

—Otra vez con eso? Ya le había dicho que estaba enfadada. ¿Qué más quería?

—¿Cómo se supone que debo sentirme?

—No respondemos una pregunta con otra pregunta —Me reprochó—. Todas las emociones son válidas. ¿Con cuál te identificas mejor?

—¿Soy mala persona por odiar a mi marido en estos momentos?

—No creo que existan malas personas. Solo personas que eligen opciones equivocadas o comportamientos inadecuados. Y no creo que tus emociones sean erróneas o equivocadas.

—Cada vez que pienso en lo mucho que profesaba que quería ser padre solo conmigo... Implícitamente conmigo. Me dan ganas de reírme en su cara. Volver al pasado y carcajearme hasta llorar de la risa, para después mandarlo a paseo para ahorrarme tanto sufrimiento —Se me encendió una bombilla sobre la cabeza—. Ahora que lo pienso, cuando me dijo eso seguramente ya fuese padre con Verónica. Por eso lo dijo. Para quitarse algo de culpa de encima. Y luego me llamaba «nena» de forma cariñosa, intentando hacerme olvidar todas sus mentiras. Todas las veces que se quitaba el anillo para tontear con otras. Todas las veces que vociferaba lo mucho que detestaba mi pasión por la pastelería. Las mentiras de los malditos susos de crema. El tic nervioso que aparecía cuando mentía. ¿Cómo no lo vi? ¿Estaba tan ciega?

—El amor, o la creencia del amor, nos puede cegar a veces.

—Dios mío. Y odiaba *tanto* que me llamase nena

—continué.

—Entonces, ¿por qué lo soportabas? ¿Por qué no lo dejaste y buscaste la felicidad en otro sitio?

—Porque quedarme era lo correcto. Al menos así lo parecía. Lo había visto con mi madre,

acompañando a mi padre hasta el fin de sus días. Y después, cuando la vi tan sola... No quise ser ella. Intenté durante mucho tiempo no serlo. Así que me quedé. Y mira dónde me ha llevado eso.

Asintió y apuntó.

—A veces, marcharse es lo correcto. Lo valiente es huir.

Esa frase me quedó marcada. Porque, ¿y si lo cobarde fue quedarme y aguantar todo lo malo? Por el simple hecho de tener miedo a estar sola. ¿Y si el destino tenía otro camino para mí, pero yo forcé el equivocado? ¿Y si ahora me hallaba perdida y estaría así para siempre por culpa de mis malas elecciones?

—Mar. No te encierres. Habla conmigo.

—Lo quería. Yo lo quería... Lo quiero —rectifiqué.

Porque sí. Aunque ya no estuviera, y aunque me hubiera hecho todas esas cosas, yo lo quería.

—A veces el amor no es suficiente. «El amor» no es más que un sentimiento. Una emoción. Sin embargo, tiene que trabajarse día a día. Ambas partes deben. Sino se marchita. Si la confianza se rompe, las mentiras aparecen y el amor se acaba pudriendo. Está ahí, pero con menos vida cada día que pasa. Y si estás en una relación que no te aporta esa felicidad, es mejor salir de ella. O sino te va a hacer más mal que bien.

—Quizás tengas razón.

No me atrevía a dársela por completo.

—Y volviendo al tema inicial. Quizás sea buena idea hablar sobre esto con Verónica. Escuchar su parte de la historia. Quizás ella fue otro peón en este juego. Alguien que no tenía ni idea ni culpa de lo que sucedió.

—No sé si seré capaz.

Me llevé la mano a los anillos. Esta vez sí que me di cuenta del gesto. Patricia también. Así que cambió de tema para desviar la atención.

—¿Cómo vas con la rehabilitación?

—Me preguntas cada semana.

—Me gusta saber tus avances.

Me había pillado. Era muy lista.

—Pues... llevo sin ir un par de días.

—A raíz de lo de Verónica. —No era una pregunta sino una afirmación. Aun así, yo asentí

—. ¿Y Guillermo?

—¿Qué pasa con él? —pregunté a la defensiva y de manera tan rápida que yo misma me había delatado.

—¿Te apetece contarme lo que sientes por él?

—¿Sentir? ¿Yo por él? ¡Nada! No siento nada.

—¿Estás segura?

—No han pasado ni tres meses. No puedo.

—Sí que puedes. Permítete sentir. Valida tus emociones.

—¿Cómo? No podría.

—Sé que la herida aún está fresca, pero debes empezar a aceptar que Álvaro se ha ido. No va a volver a tu vida. Y debes continuar con tu vida, o sino acabarás estando atascada igual que tu madre.

—Pero duele. Duele sentir. Duele cuando me mira de esa forma que sé que me da un vuelco el corazón. Me cosquillea la barriga y me siento tan culpable. No es como Álvaro.

—Es cuestión de tiempo. Pero también de trabajo. Y, lo más importante, debes dejar de compararlos. Son dos personas diferentes —Suspiró mirando al reloj—. Iremos viéndolo en las

siguientes sesiones.

—¿Hola?

Respondí al teléfono con una pregunta porque sabía quién era. Tenía su número guardado, pero temía que la llamada fuese un error.

—Ey, Mar. ¿Te apetece otro paseo?

Mi estado de ánimo podía describirse como una mierda. Así es. Siento las malas palabras, pero era así. No me movía de la cama, me había saltado varias sesiones de rehabilitación de nuevo y el hecho de que la Navidad se acercase no era precisamente la mejor época para mí.

La Navidad no tenía nada de especial entre Álvaro y yo, pero siempre era una época familiar. Las fechas emotivas las pasábamos todos juntos, con sus padres y mi familia. Los niños abrían regalos en reyes, comíamos hasta no poder más. Sin embargo, este año iba a ser diferente y no estaba preparada.

Después de varios días sin apenas salir de casa, pidiendo comida a domicilio porque no tenía fuerzas para comer —así era mi vida, con esos altibajos—, eran las ocho de la tarde cuando recibí la llamada.

No voy a mentir y decir que no me alivió en parte ver que seguía interesándose por mí. Después de todo, me había dicho que me echaban de menos por el hospital.

—Me dolería mucho si me dijeras que no, porque ya estoy aquí —interrumpió.

—¿Cómo?

Me levanté rápidamente de la cama hasta llegar a la ventana. Aparté las cortinas y allí estaba. Al pie de la única farola que iluminaba la calle. Como si supiera que lo estaba observando, levantó la vista con el teléfono aún en la oreja. Me saludó con la mano que tenía libre. Como acto reflejo hice lo mismo. Después cerré la cortina de golpe.

¿Me apetecía verle de nuevo? Sí. ¿Echaba de menos ir a rehabilitación y ver cómo me observaba en cada paso? ¿Cómo interactuaba con Amalia? ¿Las risas con los chistes de Maxi? Absolutamente. ¿Quería reconocerlo? No.

—Dame cinco minutos.

Colgué y fui a vestirme a toda prisa. Cogí lo primero que pillé. Después la muleta, las llaves y el móvil. Con una chaqueta, bajé lo más rápido que la pierna un poco agarrotada me dejaba. Sin caer en la cuenta de que era bien entrado diciembre debido al reciente encierro domiciliario voluntario. Abrí la puerta y me recibió con una sonrisa que cambió rápidamente a preocupación.

—Hace demasiado frío. ¿No deberías ponerte algo más abrigado? —Salía vaho de su boca con cada palabra que recitaba.

Efectivamente. Fue abrir la puerta y sentir el aire helado darme una bofetada. Me castañetearon los dientes al segundo y me rodeé con los brazos.

—Ti...tienes ra...razón. Voy a ca...cambiarme.

—Te espero aquí.

Le di un repaso rápido de arriba abajo. Iba muy arreglado para dar un paseo por la playa. Llevaba botines de cuero que se arruinarían con el agua salada. La gabardina abrigada también parecía cara. Incluso llevaba bufanda. Y se había puesto un producto en el pelo para domar los mechones algo más largos. Lo llevaba peinado hacia atrás, dejando sus ojos brillantes al

descubierto. Llevaba de nuevo las gafas de pasta que tanto me gustaban, pero que tampoco me atrevía a admitir.

Iba bien abrigado, pero una vocecita me obligaba a invitarlo a subir y que se resguardase dentro.

—¿Y si subes y me esperas arriba? —pregunté con miedo a que me dijese que no.

Guillermo no había estado nunca en la buhardilla. Y no sabía por qué lo había invitado con tanta urgencia. Pero allí estaba.

Me observó detenidamente, como si estuviese esperando a que me arrepintiese. Pero no ocurrió. Así que, tras unos segundos de duda, asintió. Sacó las manos de los bolsillos y sujetó la puerta abierta para que yo pasara primero.

Estaba nerviosa. Tanto que me temblaban las manos al meter la llave en la cerradura. Lo quise achacar al frío. Pero ambos sabíamos que era mentira.

—Pues... esta es la famosa buhardilla.

—Así que aquí es donde vives...

—Por el momento.

Siempre acababa yéndome de la lengua. ¿Por qué le iba a interesar si vivía allí de forma permanente o no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Teníamos un piso. Pero no soy capaz de estar allí —confesé.

—¿Y sigues pagándolo?

—Sí.

Me avergonzaba admitirlo.

—Si alguna vez necesitas ayuda para vaciarlo y acabar de mudarte aquí, solo tienes que decirlo.

Ni siquiera había cuestionado por qué no me iba allí. Había asumido que prefería la buhardilla y si necesitaba traer mis cosas él me ayudaría. Sin hacer más preguntas.

—Gracias —susurré.

Miré a mi alrededor y agradecí haber decidido recoger toda la ropa que había tirada por el pequeño apartamento antes de irme, y por haber limpiado justo ese día.

—¿Sabes? Cuando me hablabas de *buhardilla* me imaginaba algo más parecido a un agujero para ratas. Algo pequeño y oscuro. Pero esto es más un *loft*. Es pequeñito, coqueto, pero tienes hasta un ventanal por el que tiene que entrar una luz espectacular por las mañanas. Y la cocina es enorme.

No paraba de recorrer todo con la mirada.

—Somos pasteleras. La cocina grande era algo imprescindible.

—Ya lo veo. —Sin embargo, lo miraba todo desde allí, sin querer moverse. Casi con miedo de dar un paso más hacia adentro.

—Bueno —interrumpí—, voy a por el abrigo rápidamente y ya vengo.

Me dirigí hacia la habitación. Al ser de estilo abierto la buhardilla, la habitación como tal no tenía puerta, sino que estaba a la vuelta de la esquina, con una columna separándola del resto del espacio. Al girar y abrir el armario, Guillermo desapareció de mi campo de visión. Me puse rápidamente a buscar el abrigo y la bufanda que hacía años que no me ponía, pues el mío lo había dejado en el piso de Álvaro.

Al meter la mano hasta el fondo toqué algo duro que no era ropa. Una oleada de recuerdos chocó contra la puerta de mi cabeza que intentaba mantener cerrada.

«¿Qué es esta caja?»

No, no quería saberlo. No quería recordar.

Con manos temblorosas la abrí. Un sollozo se abrió paso y quise acallarlo con la mano, pero era demasiado tarde. Guillermo, que había estado esperando junto a la puerta, se adentró rápidamente en el pequeño apartamento y llegó a mí en no más de tres zancadas. Me miraba con preocupación.

—¿Estás bien? Me ha parecido oír...

Abrió los ojos al ver lágrimas gemelas deslizándose por mis mejillas. Aún tenía la mano en la boca y la otra sostenía la cajita abierta. Algunos de los papeles enrollados se habían caído al suelo.

Se agachó para recogerlos y los metió en la caja. Después me colocó la mano en la espalda y la movió en círculos, consolándome.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? —Señaló la caja.

—Esto es un regalo que había olvidado. Hace años que lo metí aquí. Ni siquiera recordaba haberlo hecho.

Era una cajita llena de pequeños papeles con deseos. Cada uno era una cita con Álvaro. Era su regalo de cumpleaños, pero cortamos unos días antes y no tuve la oportunidad de dárselo.

Comencé a entrar en un bucle de malos pensamientos. De recuerdos que no merecían estar en mi mente en ese momento. Decidí intentar calmar mi respiración cogiendo aire tres veces. Tenía que hacer desaparecer a Álvaro de mi cabeza en ese momento. Debía. Estaba harta de que apareciese en cada hueco libre que me permitía para mí.

—Mírame.

Lo único que hizo falta para que todos los pensamientos se desvanecieran fue aquella orden de Guillermo. La que tantas otras veces me había dado para calmarme. Me hizo sonreír un poco el pensar en lo joven que era, la cara de bueno que tenía, pero lo mucho que le gustaba mandar. Al menos cuando yo estaba alrededor.

—¿De qué te ríes? —Me copió la sonrisa sincera.

La mía se hizo más amplia, aun sintiendo la tirantez de las lágrimas secando en mi piel. Y la suya, aunque aún con confusión.

—Eres un mandón, ¿verdad? Te encanta ir dando órdenes por ahí. «Abre la boca», «cómete esto», «mírame» ...

—Tienes razón. Me gusta dar órdenes. Y más aún cuando son las que acabas de mencionar... Me sonrojé.

Su sonrisa se volvió pícaro y el verde de sus ojos dio paso al marrón, oscureciéndolos. Me parecía tan curioso, que dependiendo de la luz o del estado de ánimo le cambiaran de esa forma.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunté de la nada, intentando desviar la atención.

Guillermo aún me masajeaba la espalda, pero había conseguido apartar la caja de mis manos y volverla a esconder en el armario. Inclino la cabeza hacia un lado al oír mi pregunta.

—El azul. ¿Y el tuyo?

—El verde —respondí, mirándole a los ojos.

Emitió un sonido de entendimiento desde su garganta. Después frunció los labios.

—Tengo una idea. ¿Qué te parece si dejamos el paseo para otro día y nos quedamos hoy en casa? Hace mucho frío.

Un cosquilleo repentino apareció en la parte baja del estómago. Con «quedarnos en casa» se refería a ambos. Allí. En la buhardilla. Casi era hora de cenar. ¿Se quedaría también a dormir? ¿Ocurriría algo diferente? ¿O mantendría las distancias como siempre? Sinceramente, no tenía

claro qué quería que pasara, pero se me había olvidado completamente la causa de las lágrimas que se hallaban ya más que secas.

—Está bien —accedí.

—¿Te importa si me quedo a cenar? La cena corre de mi cuenta.

—¿Puedo confiar en ti?

—Siempre.

Aquel era un peso que me liberaba los hombros. Aunque no sabía exactamente qué podía significar a la larga, pero por ahora me bastaba.

—¿Y qué tienes en mente?

—Pisto.

—Nooooo —me quejé.

Arrugué la nariz, como cada vez que se hablaba de verduras en mi presencia. No quería cenar pisto. Tenía hambre y sabía que no me iba a gustar.

—¿Cuántas veces te he dicho que confíes en mí?

Guillermo ya iba de camino a la cocina. Mientras caminaba se quitó el abrigo y la bufanda, colgándolos en el perchero de la entrada. Después, debido a que me había dejado la calefacción encendida, se vio obligado a quitarse incluso la camisa.

«¡¿Cómo?!»

Tragué con dificultad cuando lo vi, vuelto de espaldas, moviendo sus manos en el frente de la camisa, descendiendo poco a poco a medida que desabrochaba cada botón. ¿Pensaba quedarse con el torso desnudo? No teníamos tanta confianza. Casi sin darme cuenta, me estaba abanicando con la mano. De repente tenía muchísimo calor. Incluso tiré del cuello de mi blusa.

—¿Estás bien? ¿No hace demasiado calor?

Se dio la vuelta y desveló que, debajo de la camisa, llevaba una camiseta básica de color blanco. Todas mis fantasías se fueron por el desagüe. Sin embargo, eso no me hizo detener el deleite en aquellos bíceps pecosos y cubiertos de vello rubio. No me había dado cuenta de todas las pecas y lunares que cubrían la piel de sus brazos. En casa de mi hermana había estado tan nerviosa y pendiente de otras cosas que se me había pasado por alto.

¿Tendría el resto del cuerpo también cubierto de pecas? Y esa piel blanca y perfecta, ¿sería igual en todas partes? ¿Tendría una línea de vello rubio desde el ombligo hasta...?

«Mar, tienes que parar».

—Sí, voy a bajar un poco la calefacción. Creo que está muy alta —dije con dificultad, como si acabase de correr una maratón y me costase respirar.

Mientras él se ponía manos a la obra, cortando todo tipo de ingredientes que había olvidado que tenía en el fondo del frigorífico, yo saqué un par de copas y una botella de vino. Las rellené, la mía hasta arriba. Me iba a venir bien.

—Cuéntame algo —dijo al cabo de un par de minutos.

—¿Qué quieres saber?

—Háblame de tu familia. Solo sé lo principal, pero no mucho más.

—Ya conoces a Carmen, mi madre. También está mi hermana Angelines, o Nines como nosotros la llamamos. Marcos, mi cuñado. Oliver y Lidia, los pequeños. —Di un sorbo de mi copa.

—¿Y tu padre? Lo he visto en fotos y tu madre mencionó que ya no estaba. —Comenzó a echar cosas a la sartén y tuvo que poner la tapadera para que no salpicase.

—Mi padre era un hombre maravilloso. Muy atento y cariñoso. Pero le salió un tumor cuando éramos pequeñas y ya sabes cómo es eso. Mi madre se volcó completamente en él y

nuestra infancia se dejó un poco de lado —Levanté ambas manos a modo de defensa—. No me malinterpretes. Tuvimos unos años preciosos con él. Y un poco más duros cuando se fue, pero mi madre intentaba que no se notase tanto su ausencia.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—A mí me hubiera gustado que lo conocieras. Era malísimo en la cocina. Podrías haberle enseñado un par de cosas

—Me reí—. Pero eso no evitaba que se metiera entre los fogones para intentar aprender algo de mi madre. Incluso ayudaba en lo que podía en la pastelería. Cuando ya se puso enfermo y dejó de trabajar, claro.

Terminó de cocinar el pisto y tenía que admitir que no olía muy mal del todo. Vi como echaba un poco para cada uno, después le servía un huevo encima y una pequeña ración de arroz. Parecía simple, pero era un plato completo. Casi me ruge el estómago al ver aquello.

—¿Estás preparada para el mejor plato de pisto de tu vida? —preguntó son una sonrisa de medio lado.

—No —respondí de manera escueta.

Hicimos el mismo ritual al que nos habíamos acostumbrado. La primera porción la probé de su tenedor, mientras me la daba él. Abrí la boca con miedo y la cerré alrededor del tenedor, manteniendo su mirada curiosa.

Y me guiñó. Lo sabía. Sabía con seguridad que había hecho otro plato que me gustaba y no tenía forma de discutirle que era un cocinero nato.

—Por el amor de Dios, ¿quién te enseñó a cocinar?

Seguí saboreando la comida, mientras él utilizaba el mismo tenedor para comer. Observé cómo lamía el cubierto con ganas, después de haber estado dentro de mi boca. Se me calentaron las mejillas.

—Cuando tienes unos padres que se preocupan más por el dinero que por sus hijos, te toca aprender del servicio. María era una muy buena cocinera y yo me sentaba a su lado cada vez que se ponía a cocinar.

—¿No te planteaste en ningún momento ser cocinero en lugar de médico?

Negó con la cabeza.

—La cocina es un *hobbie* y la medicina mi pasión. Son dos cosas diferentes. Para Asia, por ejemplo, los eventos y fiestas son su pasión y su *hobbie*. No tiene problema en compartirlos.

Asia era su hermana. La había nombrado ligeramente en alguna conversación, pero tenía curiosidad por saber más de ella.

—¿Por qué ella Asia y tú Guillermo? Son nombres tan diferentes.

Sonrió levemente.

—Mi padre fue el que eligió mi nombre. Mi madre el de ella. Supongo que ahí puedes ver la excentricidad de mi madre comparada con la tradicional faceta de mi padre. Tuvo suerte en casarse con ella.

Puso cara de resignación. No decía aquello con orgullo o cariño por ellos, sino de otra forma. Con un sentimiento más amargo en la punta de la lengua.

—¿Por qué lo dices?

—Mi madre nació en una familia con dinero. Fue lo suficientemente inteligente de crear una empresa que tuvo éxito. Y mi padre, que no tenía mucho pronóstico de futuro, la encontró. Se le solucionó la vida. Así de fácil. —Chasqueó los dedos.

—¿Así que el dinero viene de tu madre?

—¿Te sorprende? Te hacía más abierta de mente —dijo con tono bromista.

—No me sorprende. Era simple curiosidad.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué has faltado a las últimas sesiones de rehabilitación? —preguntó de repente.

—¿Por qué vas tú todos los días a cada sesión? —pregunté yo a la defensiva.

Estábamos jugando a un juego de preguntas que podía acabar en terreno peligroso. Sin embargo, solo estábamos sincerándonos el uno con el otro y conociéndonos mejor. No quería ponerle pegas al asunto. Así que respondí a su pregunta...

Con otra pregunta.

—¿Te puedo contar algo a riesgo de sonar un poco pesada con el tema?

—Mar —dijo en tono serio—, ya te he dicho que no eres pesada. Me interesa todo sobre ti. Creo que jamás podría cansarme de oírte hablar.

Vaya. Eso no me lo esperaba. El corazón me dio un vuelco y me obligué a calmarlo.

«Despacio, chico».

—El otro día me crucé con la ex de Álvaro. Esa con la que volvió a estar en el año en el que nosotros nos separamos, justo antes de casarnos. Y, ¿sabes qué?

Esperé a que preguntase:

—¿Qué?

—Que iba de la mano de una niña que, casualmente, tenía la misma edad que los años que hacía que Álvaro y yo nos habíamos separado. También tenía sus ojos y su nariz. Saqué mis conclusiones y decidí encerrarme en casa varios días sin saber qué hacer. Es duro, ¿sabes?

Se levantó de su silla y dio la vuelta a la mesa hasta colocarse a mi lado, sentándose en el taburete que había justo a mi lado.

—Lo sé —Me hizo soltar el tenedor y cogió mis manos entre las suyas—. Mar, has pasado por mucho. Eres fuerte. No dejes que esto te derrumbe. No dejes que *él* te derrumbe. Volverás a estar bien. Es cuestión de tiempo. Y yo voy a estar aquí siempre que lo necesites. —Añadió un apretón de manos para hacer énfasis en sus palabras.

El nudo de la garganta me impedía tragar con facilidad. Menos mal que había terminado prácticamente de cenar. Ambos habíamos dejado los platos casi vacíos.

—Ahora te toca a ti.

Me refería a la pregunta que le había hecho.

—Me gusta.

—Sé que hay más que no me cuentas —indagué.

Cogió aire profundamente y lo soltó despacio. Aún me sujetaba las manos.

—Me gusta ser partícipe de ver a la gente superar sus miedos. Cómo llegan sin tener esperanza y, con ayuda de Maxi y de los demás terapeutas, vuelven a aprender a caminar, a hablar, a escribir. Y, aunque les cueste, aunque deseen rendirse con cada punzada de dolor, nunca lo hacen. Aunque haya lágrimas de impotencia, siempre se las limpian y continúan con su camino. Por eso prefiero pasar mis descansos allí dentro, en lugar de en la cafetería como los demás.

Asimilé sus palabras y el significado escondido que tenían. Lo decía, en parte, por mí. No quería que me rindiese. Y no iba a hacerlo. No entraba en mis planes. Pero no podía evitar tener días malos. Siempre y cuando volviese a levantarme. Y, casualmente, él me ayudaba. Me tendía una mano por si me apetecía usarla como impulso.

No sé cómo, ni quién guio primero a quién —todavía me lo pregunto—, pero acabamos

sentados en la cama, con las espaldas apoyadas en el cabecero. Mi cabeza en su hombro y su brazo alrededor de mí. De esa forma podía oler a cítricos más claro que nunca.

—¿Te apetece venir a una fiesta? —preguntó de la nada.

—¿Cómo?

Levanté la cabeza para mirarlo. Él se giró para devolverme la mirada.

—Es mi cumpleaños la semana que viene. Y uno no cumple veintiocho todos los días. ¿Qué me dices?

Levantó la mano que tenía libre para colocarme el pelo detrás de la oreja, pero una vez lo colocó, siguió con el movimiento, más como una caricia que otra cosa. Yo me derretí ante el contacto y cerré los ojos lentamente. Dejé que continuara.

—No soy un gran amigo de las fiestas, pero a mi hermana le encantan. Y no soy capaz de decirle que no. Dime tú que sí.

Esto último lo dijo con un susurro. Estaba tan cerca de mi boca que sentía su respiración en los labios.

—Está bien —accedí.

Mantuvimos la misma distancia durante lo que parecieron horas, pero seguramente fueron minutos. Se me pasaron por la cabeza muchas cosas, pero no fui capaz de ninguna. Así que me mantuvo cautivada en su mirada, mientras él desviaba la vista de mis ojos a mis labios. Sospechaba que quería besarme. También tenía la certeza de que, si lo hacía, no lo iba a rechazar.

—Nunca llegué a darte las gracias.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Por todo lo que hiciste por mí. Y por abrazarme cuando más lo necesitaba, a pesar de que no me gusta que me toquen. Todos siempre caminan a mi alrededor con cuidado, pero tú ni siquiera preguntaste. Sabías que lo necesitaba y ni siquiera te paraste a preguntar si debías abrazar a una extraña. Simplemente lo hiciste. Así que gracias.

—Yo siempre voy a estar aquí —Suspiró—. Me gustas mucho, Mar.

El corazón comenzó a irme a mil. Se me iba a salir del pecho. Guillermo acababa de decirme que le gustaba. Había dejado claro que, ese juego del tonto al que llevábamos semanas jugando, era muy real. No solo imaginaciones mías.

Me negué a moverme, por miedo a romper la magia del momento. Quería que siguiera acariciándome la cara de aquella forma. Quería más.

—Tú también me gustas mucho. —Comenzó a descender hasta alinear su boca con la mía. Unos milímetros más y estaríamos besándonos—. Pero... —Se detuvo—. Tengo tanto miedo de olvidarme de él por sentir algo más por alguien. Tengo miedo de sentir más por ti de lo que alguna vez sentí por él. Es como una traición.

Me odié en ese mismo instante. Por romper el momento. Por volver a poner a Álvaro entre los dos y por ser tan irrevocablemente estúpida. Me merecía todo lo que la vida estuviera dispuesta a darme.

Guillermo cerró los ojos. Pensó durante unos segundos y se negó a retirarse. Me besó la nariz. Después me dio otro beso en la frente. Era un beso cariñoso, pero podía sentir la tristeza en él.

—Duerme —ordenó de nuevo, pero con un tono de voz dulce y envolvente—. Yo estaré aquí cuando despiertes. Estaré cuando todo pase.

Cerré los ojos y perdí la noción del tiempo cuando Guillermo guio nuestras espaldas al colchón, mi cabeza a su pecho, y colocó las sábanas hasta cubrirnos.

Volví a abrirlos cuando la puerta se abrió. ¿Guillermo? ¿Se había ido? Palpé el colchón por delante de mí, pero no conseguí encontrarlo. Abrí aún más los ojos, sobresaltada. Al mirar hacia abajo me percaté de que tenía una mano en la cintura. Una mano que no me pertenecía. Me giré levemente y me detuve de golpe al notar un pecho fuerte contra la espalda y algo duro más abajo. Volví a mirar hacia el otro lado, sorprendida. ¿Cómo habíamos acabado haciendo la cucharilla y durmiendo juntos toda la noche?

Un carraspeo me hizo desviar la vista hacia la puerta. Nines se encontraba con los brazos en jarra y las llaves colgando de una de sus manos. Mientras, Marcos miraba sorprendido la escena, pero intentaba tapar con las manos los ojos de Oliver y Lidia, que se revolvían intentando ver qué ocurría.

El cuerpo a mi lado comenzó a moverse y supe que Guillermo también estaba despierto.

—Ups —dijo mirando de la puerta a mí y viceversa.

Sin embargo, el muy caradura elevó la comisura de la boca y mostró una de sus mejores sonrisas. Con dientes incluidos.

—Eh... ¿Hola? —dijo Nines.

—¡NO ES LO QUE PARECE! —grité yo.

—¿Y qué es lo que parece? —preguntó Marcos divertido.

—Nosotros vamos a esperar fuera mientras os vestís.

—¡Ni siquiera estamos desnudos!

Me tapé la boca con ambas manos. No me podía creer que todo eso me estuviera ocurriendo a mí. Y mientras yo estaba al borde del infarto y con la cara tan roja como un tomate, Guillermo se aguantaba la risa observándome. Se metió rápidamente en el baño para acicalarse y salió pasándose las manos en el pelo que se le había revuelto mientras dormíamos. A falta de eso, nada más estaba fuera de lugar. Estaba tan guapo como la noche anterior. No era justo. Yo podía notar en mí el rastro de babas seco mejilla abajo.

—¿Vendrás a la fiesta entonces? —preguntó.

Y yo asentí como tonta. Porque el cerebro se me había hecho gelatina y no sabía ni de qué me hablaba. No fue hasta mucho después que me di cuenta de que había accedido a asistir a su cumpleaños.

«Genial».

Me dio un beso en la mejilla que me dejó aún más boquiabierto. Después se colocó todas las capas que se había quitado la noche anterior. Observé embelesada como volvía a abotonarse la camisa. Mientras lo hacía, mi hermana volvió a asomar por la puerta, y los otros tres la siguieron. Como si de una escena de dibujos animados se tratase, asomaban solo la cabeza, cada uno a una altura diferente.

—Hola, yo soy Guillermo. Encantado.

Y tan encantado. Con ese encanto suyo particular les tendió la mano a mi hermana y cuñado, presentándose. Estos la aceptaron felizmente y con una mirada que prometía cargarme a preguntas en cuanto se fuese.

Después le enseñó el puño a mi sobrino y este se lo chocó.

—Hola, Oli.

—Hola, Guille.

«¿Oli? ¿Guille?»

—Tú no lo entenderías, tita Mar —me dijo cuando les dirigí una mirada confusa.

—Eso —dijo *Guille* volviéndose hacia mí—, tú no lo entenderías.

Y tuvo la decencia de guiñarme un ojo que me dejó boquiabierto. Aún en la cama, este se

despidió de la pequeña Lidia y, justo antes de irse, dijo:

—Sabía que tenía razón con el ventanal. Entra muy buena luz por la mañana.

Mi hermana miraba la escena con la boca tan abierta como la mía. Marcos tuvo que alzar la mano para cerrársela. Mientras oía los pasos de Guillermo escaleras abajo, mi hermana me susurró:

—Me gusta.

—Y a mí —dijo Marcos.

«A mí también», quise decirle.

—Creo que voy a tener que empezar a llamar al timbre de nuevo.

Eso estaría bien.

Capítulo 21

Ella

—Estoy embarazada.

Embarazada.

No me lo podía creer.

Pero el test de embarazo entre mis manos y las dos rayitas eran de color tan rosa que casi parecían fucsia.

No cabía espacio para la duda.

Era positivo.

Seguía observándolo mientras los aplausos y gritos de emoción retumbaban a mi alrededor. Aún sentada en la silla, levanté la vista para ver el final del abrazo que le daba mi madre a Nines y Marcos. Después, estos me observaban a mí casi con tristeza.

¡Tristeza!

En un momento tan feliz para ellos, y era yo la que lo arruinaba.

—Sabemos que quizás no es el mejor momento para darte la noticia, pero una semana más y ya sería demasiado obvio.

Colocó las manos en su vientre, haciendo que el vestido se le pegara a la piel. Y era muy evidente que aquella barriga tenía más de tres meses.

Quería decir tantas cosas.

Quería darles la enhorabuena porque iban a ser padres por tercera vez.

Quería llorar de alegría con ellos.

Quería abrazarlos y saltar junto con el resto de la familia.

Pero, en su lugar, ni una sola palabra salía de mi boca por más que lo intentaba.

—¡Otro bebé! ¡Otro bebé! —gritaba Oliver, y Lidia lo imitaba a media lengua.

—Mar —me llamó mi hermana.

Reaccioné al fin.

—Lo sé. *Lo sé.* ¡Enhorabuena!

Dibujé la sonrisa más amplia que pude en mis labios y me levanté de golpe, tan rápido que la silla reboto contra la pared. La abracé y comencé entonces a llorar. Seguía teniendo el test en la mano y volví a observarlo mientras la abrazaba, con las lágrimas nublándome la vista.

—Me alegro tanto por vosotros —le dije—. Y siento tanto el desastre que estoy siendo estos meses.

—No tienes que sentir absolutamente nada —Marcos me abrazó por detrás incluyendo también a mi hermana entre sus brazos—. No podríamos ser más felices de tenerte como la tía favorita.

Esa era yo.

«La tía favorita», «la tía que consiente a sus sobrinos», «la tía viuda y sin hijos».

«La tía».

Hacía tanto tiempo que no ponía interés en la ropa que llevaba. Que no me moría de nervios por saber si iba a gustar a la otra persona lo que veía. Por eso le pedí ayuda a Nines cuando le hablé sobre el cumpleaños de Guillermo. No me dio opción a echarme atrás. Así que allí estaba.

Me había convencido, no solo de maquillarme, sino también de ponerme un vestido caqui ligeramente ajustado y con un escote recto, que ya era más del que solía llevar. Las botas altas me estilizaban las piernas y ocultaban las cicatrices a la perfección. También me había tenido que sentar frente al espejo del baño mientras ella me hacía tirabuzones en el pelo.

—No lo haces por él. Esto lo haces por ti —me recalcó.

Tenía que reconocer que el reflejo que me devolvía el espejo era yo. Al menos me sentía como Mar no se había sentido en meses. Era un gran paso.

Pero, a quién quiero engañar, estaba hecha todo un mar de dudas y miedos.

Dudé durante unos minutos frente al edificio.

«¿Aquí es donde vive?»

El portero me abrió el portón de cristal y me indicó que subiera. También me llamó por mi nombre, como si me conociera de toda la vida, y me dijo que Guillermo me estaba esperando.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al caminar hacia el ascensor y ser recibida por altos techos y paredes de frío mármol. El suelo, de material gemelo, con alfombras que debían de limpiarse cada día, porque no tenían ni una sola mancha. Eso, o allí vivía muy poca gente y apenas tenían tránsito.

La frialdad de todo se la quitaban algunos adornos navideños que colgaban en las paredes y, en una de las esquinas del portal, un enorme abeto —probablemente real y no de plástico— decorado con guirnaldas y piñas. Me parecía tan curioso que Guillermo hubiera nacido tan solo un par de días después del día de Navidad.

El ascensor me elevó hasta la planta siete, reproduciendo música ambiente en el trayecto. Cuando salí al rellano, una sola puerta me recibió en todo el pasillo. Y esta estaba abierta, dando paso a un enorme apartamento de concepto abierto y tonos claros y pulcros.

Me acerqué con miedo, sin saber si entrar, llamar al timbre, esperarme o huir. Estuve a punto de decantarme por la última opción, pero el cumpleaños salió al rescate.

—¡Mar! —dijo con un deje de sorpresa en su voz—. Has venido.

Se pasó las manos por el pelo de una forma tan atractiva. Estaba guapísimo. Llevaba el pelo brillante, con todos los pelos en su sitio, peinado hacia atrás con gomina o cera. Después cogió una chaqueta de cuero negra del perchero junto a la puerta y se la colocó. Lo miré confusa, pensando que iba a salir a algún sitio.

—Entra, no te quedes ahí —me indicó con la mano.

Se estaba colocando las solapas de la chaqueta cuando pasé por su lado. Se mantenía plantado en el umbral, dejándome poco espacio entre la puerta y él. Con los aspavientos de manos me llegó su característico aroma a cítrico. Me había acostumbrado a él y, de alguna forma, no me parecía nada amargo.

—Hoy tampoco llevas gafas. —Me fijé.

—No —Se rio ligeramente—. ¿Tanto te gustan? Puedo ponérmelas para ti, si quieres.

Dudé. Y estuve a punto de decirle que sí, porque una parte de mí tenía ese fetiche. Verlo con gafas era como de otra dimensión. Le daba un toque diferente al doctor al que me había acostumbrado.

Tras unos segundos se volvió a reír al ver la duda en mi expresión.

—Era broma —dijo.

—Feliz cumpleaños —dije yo, mirando a mi alrededor para divisar a algún otro invitado, e intentando bajar el color de mis mejillas—. Te he traído algo.

Le tendí un paquete. Algo sin importancia que había comprado para no ir con las manos vacías. Una pulsera de cuero trenzado, de color marrón, que había visto en un puesto hacía un par de días. La vi y pensé en él.

—No tendrías que haberme comprado nada —respondió con una sonrisa, pero alargando la mano con curiosidad.

La sonrisa se le ensanchó y la cara se le iluminó al ver el contenido del paquete. Rápidamente se la colocó y, definitivamente, era su estilo en totalidad. Con aquella *chupa* de cuero, el pelo engominado, los vaqueros oscuros y los botines. Parecía gritar *Grease*.

—¿Me queda bien? —Asentí a modo de respuesta—. Por cierto, estás preciosa.

—Gracias.

Me vino la voz de Patricia a la cabeza:

«Mar, recuerda elaborar tus respuestas».

No sabía qué me pasaba, pero me había olvidado de cómo formar frases largas y coherentes. ¿Era así como se sentía él cuando pisó la buhardilla por primera vez unas noches atrás? ¿Cuándo estuvo en mi casa? ¿En mi cocina?

¿En mi *cama*?

No me atrevía a dar un paso más hacia adentro, pero también tenía curiosidad por saberme de memoria cada uno de los rincones de aquel apartamento.

—Vaya. Así que mis sospechas eran acertadas.

—¿A qué te refieres?

—Estás obsesionado con el orden.

No había un solo objeto fuera de lugar. Tampoco es que hubiera mucha decoración. Todo tenía un estilo un tanto minimalista.

—No paso mucho tiempo en casa. Así que lo poco que le dedico a estar aquí, me gusta descansar y no tener que estar recogiendo todo. Me he acostumbrado al orden —Se puso una mano en la barbilla manchada de su perenne barba de dos o tres días—. Aunque quizás tengas razón.

Nos adentramos en la estancia y pude ver la anchura completa del salón. Era tan grande que tenía varias subdivisiones: la zona musical con un piano —de cola—, la zona de juegos con un fútbolín y una máquina de dardos y, por último, el rincón más normal de toda la casa, con un sofá en forma de U y una televisión de muchísimas pulgadas.

—Y sí que tienes dinero —añadí.

De reojo vi que se encogía levemente, como si mi comentario hubiera sido una bofetada.

—No... Odio cuando la gente solo ve esa parte de mí.

—¿A qué te refieres?

—El chico con padres ricos que juega a ser doctor porque es muy caprichoso.

—Jamás pensaría eso de ti.

Después de conocerlo durante varios meses —sí que había pasado rápido el tiempo—, era una sorpresa saber que Guillermo tenía una cuenta en el banco llena de dinero. La pasión que le

ponía a su trabajo era admirable.

—Bien —Creí que iba a dejar la conversación ahí, pero decidió continuar—. Solo quiero dejar claro que el dinero que tengo no viene de mis padres directamente. Desde pequeño me han ido adoctrinando en el manejo de grandes cantidades y supe invertir en el momento correcto. Mis padres no quisieron pagar ni mi carrera ni ningún otro gasto que supusiera la vida que yo elegía y no la que ellos querían para mí. Así que decidí mantenerme las espaldas cubiertas de manera inteligente, con negocios separados a los de ellos.

Me sentía especial por ser aquella persona en la que confiaba para contármelo.

—Tuvo que ser difícil para ti.

—No mucho. Creo que el haber crecido en esa familia me hizo darme cuenta desde muy joven que no por compartir sangre se le puede llamar *familia* a personas que no buscan tu felicidad, sino su propio interés.

Lo miré con lástima y rápidamente desvié la vista con lágrimas no derramadas.

—Y además, también tocas el piano. ¿Hay algo que no sepas hacer?

Era una pregunta simple, pero él supo darle la vuelta.

—Se hacer muchas cosas, y nunca he tenido quejas. Tendrás que ponerme a prueba para dar tu veredicto.

Me miraba con ojos hambrientos cuando se dirigió hacia el banco y se sentó frente al piano. Lo seguí y me hizo un hueco para que me sentara a su lado. Cambió completamente, metiéndose en su papel. Estiró las manos y las colocó sobre las teclas. Manos grandes y esbeltas, con dedos largos llenos de pecas y vello rubio. Pensé en cómo se sentirían al acariciar mi piel de la misma forma que acariciaba el piano.

Se disponía a tocar, cuando una voz acompañada del jaleo de otras retumbaba al otro lado de la puerta, interrumpiendo el momento.

—¡Ya estamos aquí! ¡Abre la puerta, tío!

El timbre sonó repetidas veces.

—Algún día tocaré para ti —prometió y se me puso la piel de gallina.

—¡Fiesta! ¡Síiiii!

Se levantó para abrir la puerta y volví a seguirlo, sintiéndome vulnerable si me quedaba sola frente al piano.

—Y aquí están el resto de los invitados —murmuró, y me pareció que lo decía sin ganas— Este de aquí es Gustavo. Gus para los amigos. —Puso los ojos en blanco.

El resto entraron. Debían de ser al menos veinte. ¿Tantos amigos tenía Guillermo? ¿Y por qué no había sabido nada de ellos antes?

«Porque no eres nadie para él».

—Gente, esta es Mar. Mar, te presento a la *gente* —Me puso una mano de manera protectora en la parte baja de la espalda—. Son muchos. Ya los irás conociendo —aclaró.

—¿Esta es la famosa Mar? —interrumpió Gus—. Tío, está buena. Cuando dijiste que era mayor...

—Cállate —espetó Guillermo entre dientes.

La mano en mi espalda se puso tan rígida como yo. Aquel comentario había ido a parar justo a esa parte del corazón donde se guardan las inseguridades. Una cavidad bien cerrada, a la que solo tú tienes acceso, pero que permites que se abra para cada comentario malicioso que consideras cierto. Aunque no lo sea.

Otros invitados se llevaron a Gus hacia la cocina para soltar el contenido de las bolsas en la encimera y comenzar a preparar la fiesta.

—Siento lo ocurrido. —Una chica joven acababa de llegar a mi lado. Tenía el pelo de Guillermo, los ojos de Guillermo, la nariz de Guillermo y el hoyuelo en la barbilla de Guillermo. Tenía que ser... — Yo soy Asia.

—La hermana de Guillermo —terminé por ella—. He oído mucho sobre ti.

Le tendí la mano, pero ella se acercó a darme dos besos. Parecía que lo de invadir el espacio personal era algo de familia.

—Yo también he oído mucho sobre ti —añadió mirando a su hermano.

Juraría que las mejillas de este tomaron una tonalidad ligeramente rojiza.

—¿Cómo va la recuperación?

—Bien. Muy bien, de hecho. Estoy intentando dejar la muleta en casa cuando los trayectos no son largos.

—Intenta no poner mucho peso en ella aún —comentó Guillermo, algo preocupado—. No te quiero ni ver de nuevo por mi quirófano.

—No. Eso sí que no lo queremos —añadió Asia.

Era preciosa y gritaba «niña rica» a kilómetros de distancia. Tenía una media melena brillante, que probablemente llevaba un tratamiento de queratina. La piel tersa, blanca y... perfecta. Ni una sola imperfección bajo el ligero maquillaje que agrandaba los ojos marrones, pero con dejos verdosos. Era alta, casi tanto como su hermano, y esbelta. Tampoco ayudaba el hecho de que llevaba unas botas de tacón, sorprendentemente parecidas a las mías. Me hizo sentir un poco más sofisticada.

Me dejé infiltrar en la fiesta, aunque no sin sentirme algo fuera de lugar. La música sonaba demasiado alta, los invitados bebían de esos típicos vasos rojos de plástico que se ven en las fiestas americanas y Guillermo parecía tener que hablar con todos y cada uno de ellos. Aunque lo hacía rápido y sin poner mucha atención, desviando constantemente la mirada al siguiente en la cola.

Si no estaba a gusto en su propia fiesta, ¿por qué la organizaba?

Poco a poco, la sonrisa tensa se transformó en una simple y natural, probablemente debido al alcohol que llenaba su vaso. Me deleité en sus brazos —fuertes y pecosos, ya sabéis— y en las manos, una sostenía el vaso y la otra se movía mientras hablaba. En algún momento de la noche se había deshecho de la chaqueta de cuero y el jersey de debajo, para quedarse en mangas cortas. La camiseta se le ajustaba a la perfección y me hacía imaginar cosas indecentes. El vino de mi copa parecía estar yéndose a la cabeza.

«¿Por qué no te dejas llevar un poco?»

Las lecciones de Patricia me llenaban la cabeza.

Estaba sola en el sofá cuando Asia apareció para hacerme compañía.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

Casi me atraganto con la bebida.

—¿Cómo?

—No pasa nada. Ya me lo ha contado todo sobre ti. Y me hace feliz que sea tan especial para ti.

—¿Qué te ha contado exactamente? —pregunté con cautela.

¿La noche en la que abrí la puerta cubierta del vómito de Oliver? ¿La vez que me consoló en mi cama tras haber abierto el regalo de Álvaro? ¿Las vergonzosas sesiones de rehabilitación?

—No me ha contado nada embarazoso, si es lo que estás pensando. Solo todo por lo que estás pasando sobre tu

accidente —Se ahorró el «lo siento» que todos me regalaban—. Pero veo cómo lo miras.

—¿Cómo? —Quise saber.

—Con admiración. Como si brillara con una luz diferente a la del resto.

—No sabía que lo estuviera mirando de esa forma.

—Eso es lo que lo hace especial. No eres consciente. Te sale de forma natural. Y él te mira a ti de igual forma.

Eso último. Lo que había dicho. Ahogó todo ruido de la habitación. Busqué con la mirada a Guillermo hasta encontrarlo, lo cual no fue difícil. Era como si tuviera un detector especial para saber dónde se encontraba en cada momento. En ese instante estaba hablando con alguien que yo ya conocía. Era Flor, la enfermera del hospital. Aquella con la que ya la había visto coquetear. Sin embargo, para mi sorpresa, él también parecía tener uno de esos detectores porque sintió mi mirada y desvió la suya hacia mí, mientras seguía hablando con Flor.

—¿Cuántos años decías que tenías? —pregunté de nuevo a Asia.

Se carcajeó.

—Tengo veinticuatro.

—Pareces mucho más madura que el resto de las personas a esa edad.

Miré a mi alrededor, fijándome en cada uno de los invitados probablemente igual de jóvenes. Lo decía asombrada y como algo positivo.

—Lo sé. Es algo que me viene de familia. Mi hermano también, aunque tenga ocho años menos que tú —puntualizó.

Ahí estaba de nuevo esa espinita que no conseguía sacarme cada vez que se mencionaba a Guillermo.

—Siete —la corregí.

—Cierto. Siete años menos a partir de hoy —Sonrió—. Pero es mucho más maduro. ¿Esta fiesta? Preferiría no haberla montado. Pero me quiere demasiado como para decirme que no. ¿Ves a ese de ahí? ¿El estúpido de antes? —Señalaba a Gus con la mirada—. Es un viejo amigo que cambió completamente cuando se enteró de que teníamos dinero. Él es el que ha invitado a toda esta gente. A veces me saca un poco de quicio. No escuches nada de lo que salga de su boca. Confía en mí. Nada de lo que diga va a ser bueno.

—Vale, creo que te haré caso.

«O, al menos, lo intentaré».

—Y ahora —sentenció levantándose de su asiento y dejando el aire frío a mi lado—, me voy a ir a una habitación donde pueda hablar con mi prometido tranquilamente. Lo echo de menos y está trabajando mucho estos meses para poder tomarse un descanso en nuestra boda y luna de miel. —Después susurró solo para mí—: Y para practicar para hacer un bebé.

Se colocó un dedo en los labios, indicándome que guardase el secreto. Yo hice como si me cerrase la boca con una cremallera y tirase la llave bien lejos. Me dedicó una sonrisa final y se marchó en un caminar bailarín, haciéndome ver que la cerveza también le había empezado a hacer efecto.

Pensé que podríamos llegar a ser muy buenas amigas.

Volví a buscar a Guillermo, pero mi detector falló esta vez. Me levanté del sofá y recorrí partes del apartamento que desconocía. Pasé del salón y la cocina para adentrarme en el pasillo que llevaba a varias puertas cerradas. Fui deteniéndome a escuchar atentamente detrás de cada una de ellas. En la tercera puerta escuché algo extraño.

—¡Ah!

Alguien se había hecho daño. Puse la mano en el pomo, pero me detuve cuando sonó otro quejido similar. Esta vez más meloso que el anterior.

No eran quejidos de dolor.

Eran gemidos.

—Di mi nombre —decía una chica.

—Flor —susurró la voz masculina.

En ese momento decidí huir antes de que la puerta se abriera por error y descubriera que era Guillermo el que estaba en esa cama, con la enfermera sobre él. Que los ruidos de carne contra carne y los muelles del colchón rebotando eran ellos. Además, no tenía derecho a sentirme de ninguna forma con respecto a la situación.

No tenía ningún derecho.

Seguí andando, esta vez con algo más de dificultad. Dejé el vaso en una mesita que decoraba el largo pasillo. Busqué el baño, pero en su lugar encontré otra habitación que tenía la puerta entreabierta. Y las voces se colaban por la rendija.

—¿Va a venir a nuestra boda?

Era Asia.

—Ni se te ocurra preguntarle nada de eso esta noche.

—Guille, creo que va siendo hora.

Esa voz no la conocía, pero debía de ser el prometido de Asia, porque sonaba como a través del móvil. Y al escuchar su nombre solté todo el aire de golpe.

No era él el que acompañaba a Flor en la cama.

—No sabemos aún qué puede pasar. Quedan meses.

¿Se referían a mí? ¿Yo en la boda de Asia? ¿Con toda su familia? Era demasiado.

Aquel pasillo estaba plagado de sorpresas, así que volví rápidamente al salón, dejando el vaso olvidado atrás. Allí, los invitados jugaban a ver quién bebía más rápido, mientras el resto gritaban vítores y daban palmas. La música seguía demasiado alta para mi gusto.

—Déjame decirte un secreto —susurró su voz en mi oído.

Se me erizaron los vellos de todo el cuerpo. Aquella voz grave conseguía acallar los gritos de la fiesta.

—¿Qué? —conseguí articular.

Estaba a mis espaldas, pero me di la vuelta para ver cómo sus labios formulaban la respuesta. Había vuelto demasiado pronto de la otra habitación. ¿Me habría pillado? ¿Me habría seguido?

—Odio esta música tan alta.

La situación se me antojó tan extraña. Comencé a pensar en todas las cosas que estaban mal en ese momento. Yo, que me encontraba pasando por unos meses difíciles, estaba actuando como si nada. Bien entrados los treinta, me encontraba en una típica fiesta universitaria en toda regla. Con maquillaje, un vestido ajustado y botas altas. Era la protagonista de una de esas canciones country.

Además, para seguir con la lista de cosas que estaban mal, estaba tonteando abiertamente con un chico mucho más joven que yo. Y él me devolvía ese tonto. Acababa de quedarme viuda y... ¿qué buscaba? ¿Rehacer mi vida tan pronto? ¿O buscar un polvo rápido para *divertirme*?

Reaccioné con la voz de Gus que se escuchaba de fondo. Estaba intentando llamar nuestra atención. Supongo que para que fuésemos a echar una carrera bebiendo alcohol para integrarnos con el resto. Yo no quería eso. Yo quería estar en mi casa. Probablemente durmiendo.

Y Guillermo tenía una mirada utópica cuando ponía sus ojos en mí, aislando al resto del mundo. Como si en la habitación solo existiéramos él y yo.

—¿Qué estamos haciendo? —solté de repente.

—¿A qué te refieres?

—¡Guillermo! ¡Guillermo! ¡Guillermo! —Comenzaron los vítores.

—Ven.

Me cogió de la mano y lo seguí. No era la primera vez que me tocaba. Me había dejado en varias ocasiones sin protestar. Quería gritarle que no me soltara. Pero luego entraba en juego la otra vocecita de mi cabeza que me hacía huir. Y, en ese preciso momento, *huir* era el último de mis pensamientos.

Nos dirigió hacia una de las habitaciones cerradas del pasillo del que acababa de salir. Encendió la luz y cerró la puerta justo cuando la voz de su *amigo* se oía a la vuelta de la esquina.

La vista se me ajustó a la luz blanca del cuartillo. Era el cuarto de la colada. Por supuesto que tenía una habitación dedicada solo a eso. Era una cosa de ricos. Puse mentalmente los ojos en blanco. Él cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. Hizo amago de acercar la mano de nuevo hacia la mía, pero las puso detrás de la espalda, manteniéndolas alejadas. Como si necesitase cierto autocontrol.

Capítulo 22

Él

—¿A qué te refieres? —repetí con el semblante serio.

—Sois todos muy jóvenes. No pinto nada aquí... ¿Qué estamos haciendo, Guillermo?

¿Me preguntaba a mí?

Porque yo tampoco lo sabía. No tenía ni la menor idea de a qué estábamos jugando. Lo único que sí sabía era que me gustaba ese juego. Me gustaba el tonto que nos permitíamos tener muy de vez en cuando. Cada vez que le guiñaba un ojo y ella se sonrojaba. Pero había comenzado a captar mis señales y a veces era ella la que lanzaba la indirecta primero, dándome un vuelco el corazón.

Y eso era lo que me hacía seguir.

Y cuando la había visto en mi puerta, con ese vestido ajustado, de escote recto y mangas largas. Lo que ocurrió en mis pantalones fue un acto reflejo e intenté pararlo a toda costa.

Sabía qué era lo que ella pensaba, lo que pasaba por su cabeza. Y me culpaba por ello. La había invitado a esta fiesta y después la había dejado sola para hablar con todos los invitados. Pero no quería pecar de maleducado con ellos. Y, gracias a Gus, tenía a unas veinte personas con las que ponerme al día brevemente. Para cuando quise terminar con la última, Asia me había convencido de hablar con Lucas a través de una videollamada. Y, además, me habían empujado a invitarla también a la boda. Pero a eso me negaba.

Aún no.

Y había hecho bien en no hacerlo, porque Mar parecía haber llegado a su límite y no quería presionarla más.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —Esperé en silencio a que pusiera toda su atención en mí—. Dejemos todos los miedos a un lado —Moví las manos hacia la derecha, como si los moviera físicamente—, y hacemos lo que realmente nos apetezca.

Se quedó pensativa, mirando hacia un lado, como si estuviera consultando consigo misma qué hacer.

Asintió después de unos segundos en silencio.

Podía verlo en sus ojos azules, los cuales se habían oscurecido hasta adquirir el color del océano abierto. A través de sus pupilas veía las tuercas girando en el interior de su cerebro. Quería dejarse llevar, pero las normas que tenía predispuestas se lo impedían.

—Si no tuvieras miedo a nada —continué—, ¿qué harías ahora mismo? Sin pensarlo. En este mismo instante.

Y ocurrió lo que estaba esperando. Su mirada se posó en mi boca. Lo sabía. Estaba tan seguro de lo que quería en aquel momento. Me despegué de la puerta y di dos pasos acercándome a ella. Mar retrocedió esos dos pasos, pero se chocó con la lavadora y se encogió

sorprendida. Me acerqué hasta acorralarla apoyando las manos a ambos lados.

No tenía escapatoria.

—¿Qué harías? —repetí.

«Venga, Mar. Quieres lo mismo que yo».

—No voy a ser yo el que lo haga. Vas a tener que ser tú la que dé el primer paso —insistí.

Había bebido una sola cerveza, así que me encontraba prácticamente sobrio. Lo que me corría por las venas era adrenalina. Y ganas. Muchas ganas de lamer esa boca de arriba abajo. De ver la cara que ponía cuando besara otras partes de su cuerpo. De oír los gemidos que su cuerpo emitiera cuando la hiciera correrse en mi mano.

«Para el carro, Guillermo».

Con los ojos entrecerrados, me acerqué aún más. Ella, instintivamente, levantó una mano y la puso en mi pecho. Pensé en que, definitivamente, había cometido un error. Pero su mano no me detuvo, sino que agarró la camiseta cerrando fuertemente el puño y me atrajo hacia ella con el fin de besarme.

Gracias a Dios.

Casi me desmayo al respirar el mismo aliento que ella. Estábamos a medio milímetro de tocarnos, respirándonos, acostumbrándonos al calor que emanaba del cuerpo del otro. Levanté la vista a sus ojos y vi que me estaba mirando. Le dediqué un guiño. Y el sonido que salió de su garganta me hizo querer arrodillarme en ese mismo instante y colocarme a sus pies. Fue el empujón que necesitaba para juntar, al fin, sus labios con los míos.

Quería darle su espacio, así que mantuve las manos quietas. De esa forma, podía tocarme todo lo que quisiera, pero yo destruiría la lavadora si hacía falta con tal de no apretar sus caderas contra las mías.

Era nuestro primer beso.

Al principio me dejé hacer, esperando a que ella me guiara. No moví ni un centímetro, mientras Mar apoyaba ligeramente los labios. Pero rápidamente su instinto tomó las riendas. La mano que tenía libre la enroscó alrededor de mi cuello y me atrajo aún más hacia ella, como si no pudiera soportar la distancia que nos separaba.

Con su lengua le pidió permiso a mi boca y esta accedió sin objeción alguna. Abrí los labios y dejé que se colara dentro, enredándose con la mía. Primero besaba el labio superior, luego el inferior. Una y otra vez. Me estaba volviendo loco el no poder tocarla. O, mejor dicho, no *querer* tocarla.

Por miedo.

Qué curioso. Era yo el que proclamaba que ella dejase los miedos a un lado. Sin embargo, me encontraba aterrado de hacer un movimiento en falso y asustarla. Que huyera de mí como un cervatillo frente a los focos de un coche en mitad de la noche.

«No es así como quieres que pase».

Me estaba acercando peligrosamente a la línea que separaba el control de mi lado salvaje. Y, cuando la mano que me cogía de la camiseta comenzó a subir hasta agarrarme del pelo, perdí los papeles. Como ya he dicho en otras ocasiones: no soy creyente. Pero lancé una plegaria a quién quiera que me pudiera escuchar, para que lo que estaba a punto de hacer no fuese un error.

Levanté, al fin, las manos para apoyarlas en sus caderas. La atraje hacia mí al mismo tiempo que le mordía salvajemente el labio. Y me regaló otro de esos pequeños gemidos. Abrió los ojos y la observé. Con esa mirada dijimos muchas cosas sin mediar palabra. Ella me daba permiso, y yo lo cogía sin preguntar dos veces. Bajé las manos hacia su culo y la levanté hasta colocarla sobre la lavadora.

Ahora quedábamos a la misma altura. No sé si fue ella sola o su instinto el que hizo que abriera las piernas para mí, en una invitación silenciosa, para que me colocara entre ellas. La acerqué al borde, hasta que mi erección rozó su centro. Volví a dar gracias porque llevaba un vestido ajustado que se le subió para dejar a la vista lo húmeda que estaba. Parte de esa humedad me estaba mojando la tela de los vaqueros. Jamás me había alegrado tanto de mancharme la ropa.

—Mar... —dije entre dientes.

Era una protesta inútil. Una forma de decirle: «vamos a acabar muy mal si seguimos así, pero ni se te ocurra decirme que pare».

Volví a agachar la cabeza para rozar sus labios de nuevo. Esta vez de manera profunda y lenta. Como si quisiéramos saborearnos y no apartarnos el uno del otro. Sus manos en mi pelo, en mi cuello, me estaban volviendo loco. Poco a poco fui desviando mi atención y moví las manos hacia arriba. Pero las mantenía sobre la tela del vestido. En el momento en el que tocara piel con piel sí que iba a serme imposible parar.

Me separé de su boca, solo para seguir besando el camino desde su mandíbula hacia abajo. Fui dejando un reguero de besos hasta que me detuve en el cuello y lamí, mordí y besé a mi gusto. Mar echó la cabeza a un lado para darme mayor acceso. El calor que emanaba de su cuerpo era volcánico. Y el subir y bajar de su pecho tan veloz, como si acabase de correr una maratón.

Aún por encima del vestido se notaban claramente los pechos, como si tan solo una fina tela los separase de mí. Rocé uno de sus pezones con el pulgar y ella cogió aire de golpe, sorprendida. Repetí el movimiento mirándola embelesado y Mar me devolvió aquella mirada hambrienta. Le pedí permiso y asintió cuando tiré de las mangas del vestido hacia abajo. No llevaba sujetador.

Cerré los ojos intentando controlarme, pero cuando los abrí para encontrarme de frente con esos pechos redondos y perfectos, la boca se me hizo agua. No pude resistirme. Me acerqué y mordí el izquierdo, mientras masajeaba el derecho. No dejando ninguno desatendido. Mordía y lamía a mi antojo, al igual que había hecho con su boca y su cuello.

Lo único que se oía en aquel cuarto eran nuestras respiraciones desacompañadas, intentando alcanzar a la del otro. Intentando mantener el bombeo de la sangre en nuestros corazones para evitar el colapso.

Mar, aún sobre la lavadora, se movía intentando rozarse conmigo, buscando el placer por sí sola. Pillé la indirecta y decidí bajar una mano hasta llegar a la parte interna de su pierna. Peligrosamente cerca de donde estaba más húmeda. Quería desnudarla al completo, adorarla como debía, pero no iba a hacerlo allí. Ella se merecía más.

Quizás pensaba que había sido lista al elegir ese atuendo, pero a mí no se me había pasado por alto que las botas que llevaba casualmente le cubrían todas sus cicatrices. Por esa vez lo dejaría estar, pero un día besaría todas y cada una de ellas, recordándole lo preciosa que era, no a pesar de las cicatrices, ni debido a ellas, sino con ellas en su piel.

—Guillermo...

Mi nombre en sus labios, más una plegaria que una simple palabra. Necesitaba volver a oírlo.

¿Qué me estaba pasando? Parecía pronto para tener estos sentimientos, pero dicen que dos personas solo necesitan unos minutos para enamorarse. Y la verdad era que las semanas se habían sucedido tan rápido que esos minutos se habían convertido en meses. Y eran meses viéndola y tonteando con ella en cada ocasión que tenía.

Era mucho más serio de lo que me había imaginado.

Se separó para mirarme, como si notara la duda en mí. Después descendió lentamente la

mirada hasta toparse con mi erección, apretada en los vaqueros que estaban a punto de estallar.

—Eso debe de doler —susurró.

—No te haces una idea.

Se sorprendió, como si no hubiera querido pronunciar aquellas palabras en voz alta. Pero mi respuesta la hizo lanzarse a por la cremallera sin remordimientos. Estaba tan duro que, al bajar los pantalones, sobresalía un poco por encima del elástico de los calzoncillos. Y una gotita transparente brillaba en la punta. Mar deslizó el pulgar por encima, de manera curiosa.

Gruñí. Como si de un animal se tratase. No pude evitarlo. Mar me estaba tocando en partes que jamás hubiera imaginado que tocaría. Me recorrió un escalofrío. Cerré los ojos para disfrutar del contacto y el resto de los sentidos se intensificaron. Aspiré ese aroma a vainilla y a azúcar que la acompañaba siempre.

Quise devolverle el favor, así que fui subiendo poco a poco la mano por su pierna, dibujando círculos lentamente, hasta que me topé con la ropa interior. La aparté lentamente y pulsé el pulgar en el punto exacto. Saqué otro gemido de su boca. Arqueó la espalda y cerró los ojos ante el contacto. Me lo tomé como una invitación para seguir con el masaje en ese mismo lugar. Y ella volvió a utilizar mi pelo como agarre.

—Me moría por hacer esto —dije entre beso y beso, volviendo a juntar nuestras bocas.

Le devolví el mordisco en el labio y me aparté para admirar su expresión de puro placer. Sabía lo que estaba haciendo y hacia dónde iba a llegar.

—¿El qué? —Consiguió articular.

—Besarte. Morderte. Saborearte —En ese momento deslicé el dedo índice en su interior—. Tocarte.

Me dedicó el sonido más placentero que había oído en mi vida. Si esa era su reacción meramente tocándola, ¿qué haría cuando estuviera dentro de ella por completo?

—Dime cuándo quieres que pare.

Quise asegurarme de no estar sobrepasándome.

—No pares. Por favor.

Fue ese «por favor» el que me hizo reaccionar. Iba a hacer que se corriera e iba a ser en ese instante.

—Mírame —ordené, como tantas veces antes había hecho.

Porque ver esos ojos enarcados por largas pestañas dedicar su atención solo a mí me parecía hasta poético. Y, a pesar de que le costaba un gran esfuerzo mantenerlos abiertos, lo hizo.

Seguí explorando y moviendo la mano al ritmo que ella marcaba con sus caderas. Solo hacía lo que su cuerpo me pedía a gritos. Introduje un segundo dedo cuando supe que estaba cerca. Las respiraciones eran cada vez más rápidas y los gemidos se hubieran convertido en gritos si no fuera porque los acallé con mi boca sobre la suya. Quería que gritase, pero no aquí. No ahora. No cuando había una fiesta montada al otro lado de la puerta.

Sus gritos de placer serían solo para mí.

Me estaba deleitando en toda ella. Tanto que iba a acabar corriéndome sin apenas tocarme. Solo del puro placer de verla. Y, estaba tan ensimismado, que no me di cuenta de lo que tenía justo delante de mis narices.

Con las respiraciones y los movimientos, los pechos al descubierto botaban sin freno, haciendo tintinear cada vez más fuerte aquellas alianzas que Mar siempre llevaba colgadas de su cuello. Las alianzas que habían compartido ella y su marido.

Su.

Marido.

Eso me hizo salir rápidamente de mi estupor. ¿Qué estaba haciendo? Iba a destrozar todo lo que habíamos conseguido hasta ahora por un simple calentón.

Mar pareció percatarse también de aquello porque, de repente, sus ojos se abrieron de par en par y se quedó completamente rígida. Supe que era momento de retirar mis manos y apartarme. A pesar de morirme por lamer los dedos que habían estado dentro de ella.

Lo vi en su expresión y en cómo sus ojos viajaban hacia los míos, de uno a otro alternadamente. Algo parecido a vergüenza o arrepentimiento pasó por su mirada.

«¡No!» Quise gritar.

—Mierda —dije en su lugar—. Mierda, mierda. Lo siento, Mar. No sabes cuánto lo siento. Soy imbécil. Me he dejado llevar y te he arrastrado conmigo a... A esto. —Nos señalé.

Quería decirle que todo era culpa mía. Que volviésemos a cómo habíamos estado antes y olvidásemos los últimos minutos. Cualquier cosa para hacerla alejarse de esa postura rígida. Parecía que iba a salir corriendo de un momento a otro.

El sonido de unos nudillos en la puerta nos alertó. Mar saltó de la lavadora y comenzó a recolocarse el vestido para cubrir sus pechos. Por acto reflejo se agarró los anillos en el puño.

—No sé vosotros, pero aquí llevamos veinte minutos esperando a que salgáis. Comienza a ser violento.

Me estaba subiendo la cremallera de los pantalones y abrochándome el botón. No me avergonzaba, pero quería esconder todo de la vista de Mar antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, necesitaba calmarla de alguna manera, volver a ser el yo gracioso y juguetón de siempre. Algo que la hiciera relajarse.

—Si sigues mirándomela así no sé si voy a saber interpretar correctamente tus señales —susurré solo para que ella lo escuchase.

A pesar de la rigidez, su mirada tenía vida propia y seguía pegada a ese trozo de piel visible que yo intentaba tapar a toda costa, pero sin que se notase mi prisa por hacerlo.

—¿Salís ya o qué? —insistió la voz al otro lado de la puerta.

—Joder, tío. ¿Te quieres largar? Dame un par de minutos —espeté.

—¿Solo dos minutos? Pues sí que acabas tú rápido.

Mar no sabía hacia dónde dirigir la mirada. Estaba muy nerviosa y afrontar lo que había pasado iba a ser muy difícil.

—¡Joder, Gus!

Me estaba empezando a cabrear.

—¡Vale, ya me voy!

Oímos los pasos alejarse.

—Lo siento —dijo Mar.

Sonaba aterrada.

—No. Yo lo siento. He ido muy rápido.

Di un paso hacia ella, pero cuando le tendí la mano se apartó.

—Creo que te estoy haciendo creer algo que no es. Yo no busco esto. Yo no soy así. —Hizo hincapié en esto último.

«Créeme. Lo último que busco contigo es un polvo rápido.»

—Entiendo.

No era capaz de decir lo que realmente se me pasaba por la cabeza. Debía darle espacio.

—Lo...

—Ni se te ocurra continuar la frase —interrumpí—. No tienes que disculparte de absolutamente nada.

Se quedó unos segundos en silencio, agachando la cabeza y deteniendo la mirada en un punto fijo del suelo.

—Tengo que irme —dijo finalmente.

No me dio tiempo a reaccionar, ni a convencerla de lo contrario. Abrió la puerta y salió más rápido de lo que estaba seguro su pierna aún en recuperación le permitía. Lo pude notar en la ligera cojera que acompañaba su caminar. Sin embargo, me obligué a cerrar el pico sobre ello. Intenté seguirla en vano. Me topé con la fiesta. La música seguía sonando, pero todos me miraban a mí.

—¿Tan malo eres en la cama que ha huido aterrada?

Gus me estaba empezando a tocar cierta parte de mi anatomía que no me apetecía que tocara.

—Vete a la mierda —le espeté.

Qué suerte la mía, que Asia salió al rescate y anunció que la fiesta había llegado a su fin. Necesitaba quedarme solo en mi apartamento y ella lo sabía. No hacían falta palabras entre nosotros para comunicarnos. Después se despidió de mí con tristeza y se marchó, haciéndome prometer que hablaría con ella del asunto en otro momento.

Una vez se cerró la puerta, me giré haciendo un barrido visual al resultado de la fiesta. Me sentí más solo que nunca, teniendo que recoger vasos medio vacíos, platos con comida a medias y las manos oliendo aún a Mar, fingiendo que no había tenido su lengua en mi boca hacía cinco minutos, ni los dedos dentro de ella.

...

A veces abro los ojos en mitad de la noche y el primer pensamiento que se me viene a la cabeza eres tú. Y me pregunto si algún día llegaré a superar tu pérdida. Si el tiempo, como todo el mundo dice, realmente hará su trabajo.

«Solo necesitas darte tiempo».

«Es todo cuestión de tiempo».

«Volverás a encontrar a otra persona».

«Un clavo saca a otro clavo».

«Llegará un punto de tu vida en el que mirarás al pasado con cariño y melancolía, pero no con pena. Y no tendrás miedo del futuro».

Quiero gritar.

Quiero decirles que están equivocados. Que jamás voy a superarlo. Que nunca encontraré a alguien en este mundo que rellene tu vacío. Que no existe un igual. Nadie comparable.

La teoría me la sé de memoria. Pero ¿cuándo va mi cerebro a pillar la indirecta y aprenderse la lección?

Y otras veces es un pensamiento que viene de la nada. Puede ser en cualquier momento. Cuando estoy con mis sobrinos disfrutando del momento. Cuando Guillermo me hace sonreír. Cuando estoy horneando en la cocina. Y esa felicidad efímera desaparece. Los ojos se me enrojecen y llenan de lágrimas que me niego a derramar. Intento ser fuerte y me aílo de la gente que me quiere para tapar esa tristeza que me invade.

Me niego a sentirme débil.

Pero, a veces, necesito serlo.

Y me duele pensar que hay días en los que apenas me acuerdo de ti. Ni siquiera me nace ese sentimiento de llamarte o mandarte un mensaje, porque esas cosas dejaron de existir hace meses.

Otras veces pienso si realmente todo era tan idílico. Si todo se convierte en perfecto cuando la persona ya no está. Si cualquier tiempo pasado es mejor, o realmente es una ilusión.

¿Mantiene nuestro cerebro solo los buenos momentos y nubla lo malo de ellos? ¿O es solo un instinto de supervivencia? A veces, creo que es un instinto de estupidez por parte de nuestro sistema nervioso, que nos traiciona y nos hunde en la pena de pensar que todo lo bueno ha pasado y no queda nada más por llegar.

¿Y si esto es lo que me queda por vivir? Levantarme cada día como si fuese uno más, o uno menos. Sin planes pendientes, sin metas.

Sin ganas.

Debo hacer un esfuerzo para recordarme que sobreviví. Que soy la parte buena de todo esto. Que soy la que tuvo suerte. Que las cicatrices son parte del proceso y de la supervivencia. Que los recuerdos son una bendición porque es una vida vivida. Aunque no me sienta así.

Aún me levanto cada mañana y mi cuerpo me traiciona alcanzando el otro lado de la cama para tocarte la espalda, rascarte la cabeza y darte los buenos días.

Pero ya no estás.

Tercera parte:

Catarsis

*Miedo de volver a los infiernos,
miedo a que me tengas miedo,
a tenerte que olvidar.*

*Miedo de quererte sin quererlo,
de encontrarte de repente,
de no verte nunca más.*

M Clan

Capítulo 23

Ella

Llegué a casa lo más rápido que pude. Por culpa de haberme dado prisa, no controlé para nada mi caminar y no seguí ninguno de los consejos que Maxi me había dado. Y la pierna sufrió por ello. Tuve que subir las escaleras agarrándome al pasamanos como si la vida me fuese en ello.

Me descalcé y dejé las llaves en la mesita de la entrada, sin siquiera pararme a colocarlas dentro del cenicero que había comprado específicamente para ello. Fui al baño y me encerré. Avergonzada. Como si hubiera alguien más en casa que pudiera verme u oírme. Cerré incluso el pestillo y apoyé la espalda en la puerta.

Estaba a punto de echarme a llorar. Tenía los sentimientos a flor de piel y no sabía cómo gestionarlos. ¿Tenía miedo? ¿Me sentía mal? ¿Culpable? ¿Aliviada? No lo sabía. El sonido del teléfono aún en el bolso colgado de mi hombro me sacó de mi estupor.

Guillermo:

Siento todo lo ocurrido esta noche. Te daré todo el tiempo que necesites. Pero, por favor, no te alejes.

Me quedé mirando la pantalla. Y empecé a pensar en la fiesta, en el precioso vestido que me había puesto, en la mirada de Guillermo cuando me vio aparecer. Intenté no pensar en Gus y me fui directamente a Asia. Tan amable y atenta. Pensé en los celos que había sentido cuando había pensado en que era Guillermo el que estaba en la habitación con Flor. En la conversación sobre la boda de Asia y la presión hacia Guillermo de que me invitase a dicha boda. Pensé en su voz susurrándome en el oído, en cuando me cogió de la mano para alejarnos del gentío.

Me atreví a mirarme al espejo. Tenía el pelo hecho un desastre. En parte por la humedad del ambiente, y en parte por los dedos de Guillermo que habían estado ahí, sujetando y enredándose en mí. Los labios los tenía hinchados y enrojecidos. Y, por primera vez en mucho tiempo, no era por haberme pasado horas llorando. Al contrario. Era debido a los besos y mordiscos.

Elevé la mano hacia ellos y los rocé. Me hizo cosquillas y sonreí. Observé esa sonrisa en el reflejo que me devolvía aquel espejo que llevaba meses evitando. ¿Cuántas cosas habían cambiado desde entonces?

Descendí la mano hacia el cuello, acariciando donde los labios de Guillermo habían estado. Después me atreví a rozar mis pechos y a seguir bajando. Llegué hasta el borde del vestido y lo levanté. No me detuve en la cintura, sino que seguí levantándolo hasta que lo saqué por encima de la cabeza. Sin la tela que me cubría y sin las botas, ponía todas las cicatrices al descubierto. Me obligué a observarlas. Una a una. Las delineé con el dedo índice y me dejé sentir la irregularidad de la piel, la rojez del tejido que estaba aún curando.

Tiempo.

A mi piel le hacía falta tiempo para curarse de esas cicatrices. Las heridas ya estaban cerradas y apenas dolían. Pero se sentían un poco entumecidas al rozarlas y sabía que era cuestión de tiempo hasta que mi piel volviera a parecer más uniforme. Seguirían ahí para toda la vida, sí. Un recuerdo de lo que había pasado. Pero sanarían.

Yo sanaría.

Dejé el móvil en el lavabo y abrí la puerta de la ducha. Dejé que el agua del grifo corriera hasta que estuvo lo suficientemente caliente para entrar. Cerré los ojos y me quedé bajo el chorro de agua, empapando mi pelo y dejando que las preocupaciones se fuesen por el desagüe.

Quizás esa noche había estado muy fuera de mi zona de confort. Y eso fue lo que hizo que huyera. Pero tras rebobinarlo todo en mi cabeza, no me parecía tan malo. Por un momento había dejado mis problemas a un lado y había decidido vivir. Había reaccionado como mi antiguo yo. Pero era hora de ser una nueva persona. Me había gustado quién había sido esa noche.

Era momento de un cambio.

Recordé los dedos de Guillermo recorriendo el interior de mi pierna hasta llegar hasta ese punto. Repetí el movimiento con mi propia mano. Aún con los ojos cerrados, imaginando que era su mano la que jugaba conmigo. Y me dejé llevar. En aquel momento en la ducha volví a conocerme de la forma más íntima, como hacía mucho que no lo hacía. Gemí y me imaginé que había terminado sobre la lavadora. Que no nos había interrumpido nadie. Que Guillermo había conseguido saborearme.

Por una vez pensé en mí. Y me sentí tan bien, que no quise volver a pensar en nadie más primero. Así que cuando salí de la ducha, con una sonrisa tonta aún dibujada, recogí el móvil del lavabo y respondí a Guillermo con un mensaje simple.

Mar:

Gracias por lo de hoy. Siento haberme marchado así.

Había pasado tanto tiempo, que había olvidado que el sexo podía sentirse de muchas formas. Que existían preliminares, contacto, besos. Dedos curiosos que se escapaban hasta rozar zonas que te dejaban a segundos de un orgasmo. Que también podía ocurrir en la intimidad de tu propio baño. A solas.

Ni siquiera recuerdo lo último en lo que pensé antes de dormirme aquella noche. Y eso era un síntoma de que estaba empezando a curar.

—Feliz año nuevo, Mar.

—Igualmente.

Con el cambio del año y las fiestas entre familia, las sesiones con Patricia se habían pospuesto un par de semanas. Era hora de retomarlas.

Aunque al principio no me habían parecido tan buena idea, me había ido dando cuenta poco a poco de que realmente me estaban ayudando. Aunque fuese solo para desahogarme y ver otro punto de vista con respecto a los problemas.

—¿Qué tal las fiestas? —preguntó desde su asiento frente a mí, con el bolígrafo ya sobre el papel del cuaderno de cuero.

—Bien —Me dedicó una mirada inquisitiva—. Sí, lo sé. *Desarrolla tus respuestas* —añadí con sarcasmo.

Ella asintió sonriente.

—Cuéntame un poco qué es lo que has hecho estos días.

—Han sido días de estar con la familia y de disfrutar de su compañía. Además, ahora soy la dueña de Bonaire.

Sonreí ampliamente.

Cuando llegó el momento de dar los regalos de Navidad, mi madre me entregó una caja y mientras rompía el papel que la recubría me di cuenta de que los ojos de todos estaban en mí. Expectantes. Dentro de la caja estaban los papeles de la pastelería. Mi madre me estaba dando la oportunidad de ser la dueña. Obviamente acepté.

—Sí. ¡Sí! ¡Claro que quiero! —grité, asintiendo como una loca.

Derramé alguna que otra lágrima de felicidad. No era yo si no lloraba últimamente. Fue como un pequeño rayo de luz en un cielo cubierto de nubarrones.

—¿Cómo te sientes al respecto? —preguntó Patricia, devolviéndome a la realidad.

—Afortunada. De tener una familia que confíe en mí para cederme algo tan importante como Bonaire.

Aunque había echado en falta a ciertas personas a mi alrededor y había habido días difíciles, tener a mi familia siempre era un gran apoyo. Las risas entre celebraciones y ver a mi hermana brindar con agua, a pesar de los rumores de mala suerte, no tenían precio.

—Me alegro mucho por ti. Y ¿qué tal los ánimos? ¿Cómo te encuentras con respecto a todo lo demás?

—Pues... Creo que es hora de que te confiese algo.

Me mantuve en silencio, sin saber por dónde empezar.

—Adelante. Cuando te sientas preparada.

—Guillermo y yo...

¿Por dónde empezar? ¿Cómo contarle a mi psicóloga aquello que llevaba ella tanto tiempo insinuando y yo escondiendo? Porque sí. Había algo ahí, entre nosotros. Era evidente. Que no quisiéramos nombrarlo era otro tema. Pero lo que había ocurrido la noche de su fiesta de cumpleaños había sido un punto de no retorno. Un antes y un después era palpable. Y, aunque no hubiésemos vuelto a vernos ni a hablar desde entonces, me ponía nerviosa cada vez que pensaba en que tenía que volver a rehabilitación. Debía volver a verle varias veces por semana y no podría ignorarlo.

No sabía cómo actuar frente a él después de haber tenido sus dedos dentro de mí. Y después de haber huido. Me avergonzaba más lo último.

—Tómate tu tiempo.

—Estuve en su casa. Por su cumpleaños —Carraspeé incómoda—. Y me besó. Y tuvimos un momento de... intimidad.

Patricia cortó el contacto visual para comenzar a escribir en el cuaderno. Supuse que era un gran avance para ella desde que me había despertado del coma.

Aproveché que no me miraba para no sentirme juzgada y contar todo lo que fuese capaz.

—Sentir sus manos sobre mi fue toda una desconexión. Me olvidé de todo. De dónde estaba, de dónde venía, de lo que llevaba puesto. Solo éramos él y yo —Me pasé ambas manos por la cara—. Hasta que recordé. Y entonces me fui.

—¿Qué recordaste?

—Que estaba casada. O lo había estado —me corregí—. Que estaba de luto. Que estaba

intentando reconstruir mi vida.

—Y ¿por qué Guillermo no puede formar parte de esa reconstrucción?

Apoyé los codos sobre las rodillas y cerré los ojos.

Ese día fue todo un descubrimiento, pero los pensamientos intrusivos aún me invadían. La culpa por haber hecho lo que hice.

Cogí aire y confesé:

—Porque tengo miedo.

—¿De qué? —inquirió.

—De olvidarme de Álvaro. Me siento culpable cada vez que me dejo vivir, aunque sea tan solo un poco. Por el simple hecho de que él ya no puede.

—Es precisamente esa la razón por la que debes vivir. A él no le gustaría verte atascada en una tristeza eterna.

—¿Y si me dejo llevar con Guillermo y no es igual? ¿Y si no siento lo mismo? ¿Y si siento menos?

«¿Y si siento más?»

Eso era realmente lo que más temía, pero que no me atrevía a pronunciar.

¿Cómo iba a rehacer mi vida si tenía constantemente a Álvaro en mi mente? Tantas de nuestras tonterías me venían a la mente cada vez que intentaba vivir un poco. No iba a poder encontrar a nadie igual.

—¿Te has planteado alguna vez que no se trata de encontrar a alguien igual? Eso no va a ocurrir. Porque Álvaro era único. Y cada persona que venga después será su propio yo. Y, en algún momento, dejarás de buscar todas las similitudes y diferencias entre ellos.

—¿Y si tengo miedo de rehacer mi vida demasiado pronto? ¿Y si estoy buscando suplir un vacío con otra persona? ¿Qué pasa cuando esa otra persona también se vaya?

No quería seguir. Estaba vociferando todos mis miedos y haciéndolos reales con ello. El cerebro plagado de «¿y sis?».

—Mar, voy a hacerte una pregunta y quiero que seas totalmente sincera —Tragué saliva de manera sonora—. ¿Hace cuánto que echas de menos a tu marido?

Arrugué el entrecejo e incliné la cabeza hacia un lado. No entendía la pregunta. ¿No era obvio?

—¿A qué te refieres? Desde que me enteré de su muerte. Claramente.

—No me refiero a eso, sino a mucho antes. ¿Cuánto tiempo hace que no erais un matrimonio de verdad? ¿Que hacíais vida separados? ¿Que estabais tan solo físicamente? —Me había dejado sin habla, porque tenía razón—. Necesitabas el tipo de atención que Guillermo te está brindando desde hace mucho. Llevas mucho más de unos meses llorando su pérdida. Y es totalmente normal desear a otro hombre. Es tu cuerpo sintiendo un deseo natural. No te culpes de ello. Déjate sentir. Ya sabes que te lo digo muchas veces.

—Pero no me gustan los cambios y las cosas que se salen de mi control.

—A veces los cambios son buenos. Y pueden empezar desde el exterior. Pueden ser algo tan pequeño como un corte de pelo. Algo de lo que tú tienes todo el control. Poco a poco, los cambios se interiorizan.

—Sabes... Puede parecer tonto, pero...

—Puedes hablar libremente. Aquí no se juzga.

—Siempre me han aterrado los cambios por miedo a no gustar al resto de personas. ¿Y si me cortaba el pelo y Álvaro dejaba de sentirse atraído por mí? ¿Y si eso acababa desembocando en que se cansara de besarme? ¿Y si las mariposas en la barriga desaparecían por completo? Un

mínimo cambio puede desembocar en algo grande. El batir de las alas de una mariposa en China puede causar un tornado en otra parte del mundo. Es tan impredecible.

—Exacto. Es impredecible. Y esa es la palabra clave que te debe hacer saber que no tienes el control de ello y no sabes qué puede ocasionar un pequeño cambio. Pero si lo quieres, adelante con ello. No pienses en el resto de personas cuando lo hagas. Piensa en ti. Sé egoísta por una vez.

Pensé en Nines y su característico rubio artificial. Pero llevado durante tantos años que había comenzado a ser su seña de identidad. Cuando se hizo aquel cambio fue un *shock* para nosotras, pero no ocurrió nada malo después. Quizás era buena idea.

«Quizás».

Aquella palabra que me repetía tanto. ¿Y si dejaba de preguntármelo y lo hacía de verdad? Quizás un cambio exterior era el primer paso. No. Nada de «quizás». Lo iba a ser.

—¿Estás llorando? Por... ¿el brócoli?

—No. Es la cebolla que he cortado antes.

Sí, era por el brócoli.

Sorbí rápidamente por la nariz y limpié mis mejillas con el dorso de ambas manos, evitando cualquier resto de cebolla que realmente sí se me metiera en los ojos.

—Cariño, ambas sabemos que eso es mentira.

Nines tenía muy buen olfato para pillar las mentiras. Y con el embarazo probablemente se le había afinado incluso más. Ya se le notaba la barriga en aquel vestido ceñido. Dicen que se va notando más con cada embarazo. Probablemente fuese cierto, porque era un vientre muy generoso para estar de cinco meses.

—Vale, sí. Estoy llorando por el brócoli.

Y por Guillermo. Porque echaba de menos sus recetas llenas de verduras. Quién lo iba a decir. Y lo echaba de menos a él. A él y no a Álvaro. ¿Estaba sanando? ¿Era correcto? Sí, aún me acordaba de mi marido, pero no como antes. Simplemente, echaba en falta a veces lo que habíamos sido y no sería. Nada más. Era de Guillermo de quién más me acordaba. Porque él era la nueva etapa y mi cerebro comenzaba a asimilar que el pasado era pasado.

Y todo el mundo tenía razón. El tiempo es la clave. Y una vez que tocas fondo, solo hay una forma de resurgir, hacia arriba. Y es hacia donde yo me dirigía. O al menos lo intentaba.

—Se acabó. Tú y yo nos vamos a la peluquería. Y te vienes a la próxima cita que tengo con el ginecólogo.

—Pero es el mismo día que tengo yo rehabilitación.

—Exacto. Además, en el mismo hospital y a distintas horas. ¡Qué casualidad!

El plan de Nines ya estaba en marcha y a mí me daba miedo preguntar de qué se trataba.

Capítulo 24

Ella

¿Cómo había conseguido Nines modificar la cita de su ginecólogo para coincidir con mi rehabilitación? No tenía ni idea. Siempre iba un paso por delante y no me sorprendía para nada.

Pero hacerme ir a esa cita es lo mejor que pudo haber hecho.

Fue algo mágico ver a ese futuro bebé moverse dentro del vientre de mi hermana. El tercero. Iba a ser otro niño. Aún seguía sintiendo ese movimiento en la boca del estómago que me daba acidez. Pero no dejaba que me amargase los momentos tan especiales. Eran una oportunidad única.

¿Cómo sería sentir eso dentro de mí? Un hormigueo que fuese el resultado de unas pataditas, y no de otro mes de ansiedad y vacío.

Y, a medida que se acercaba el final de la cita, se acercaba la hora de la mía. Los nervios fueron creciendo y subiendo hacia arriba a medida que nos acercábamos más a la sala en la que me esperaban ciertas personas a las que llevaba varias semanas sin ver. Nines tenía un as en la manga. Lo sabía. No me acompañaba por el simple hecho de acompañarme. La conocía demasiado bien.

Lo primero que oí al entrar en la sala fue su voz. Grave y áspera. Tal y como a mí me encantaba. Cualquiera que la oyese sin conocerla podía decir que esa voz pertenecía a un hombre algo más maduro.

Después lo vi. Estaba agachado frente a una de las sillas en las que nos habíamos sentado juntos alguna que otra vez, jugando con las manos de Amalia que estaba sentada. Supuse que Maxi aún estaba por llegar, sino no se podría respirar tanta tranquilidad en la sala.

Di dos pasos para adentrarme, haciendo resonar la suela sólida de mis botas y eso hizo llamar la atención de Guillermo, que desvió la mirada hacia mí. Ojos verdosos enmarcados por pestañas rubias que me atendían solo a mí. El resto del mundo desapareció y me centré solo en él.

Llevaba las gafas de pasta de aquella vez. Se le veían los ojos cansados detrás de los cristales, pero él brillaba tanto como siempre. El pelo le había crecido desde la última vez y lo llevaba como Leonardo DiCaprio en *Titanic*. Le daba aspecto de modelo de portada de revista. Estaba tan guapo. ¿Cómo era posible que en apenas unas semanas sin vernos hubiera cambiado tanto?

Un carraspeo.

—Cariño, cierra la boca que se te va a caer la baba.

Nines alzó la mano para empujarme la barbilla y cerrar ella misma dicha boca. Tenía que tener una cara de boba. ¿Se habría notado mucho? ¿Lo habrían visto todos? ¡Qué vergüenza!

Ante la mirada de terror que se me quedó, mi hermana decidió intervenir antes de que fuese demasiado tarde.

—¡Hola! —dijo, adentrándose y pasando de largo, dejándome pasmada atrás—. Guillermo,

¿verdad? Encantada de verte de nuevo. Soy Nines, la hermana de Mar.

Este se incorporó para recibir los dos besos que mi hermana le daba felizmente. Con los celos a flor de piel, por ser ella la que besara esa cara y no yo, me acerqué también. No tuve tanta suerte, pues mantuvo la distancia conmigo.

—Sí, te recuerdo. Un placer verte por aquí. Mar —se dirigió hacia mí—, ¿cambio de *look*? —Se señaló el pelo para dar énfasis.

—Sí, necesitaba cambios —respondí de manera escueta.

Al principio fui un poco reacia a hacerme algo muy diferente a lo que solía pedirle a la peluquera. Sin embargo, teniendo a Nines a mi lado, todo lo que yo escogiese era una negativa por su parte. Para empezar, la longitud de mi pelo cambió muy drásticamente. Al menos medio metro cayó con el corte de las tijeras.

Vale, quizás era una exageración. Pero pasé de tener una melena larga, a una media melena. Ahora el largo del cabello apenas me rozaba la parte superior de los pechos. Me veía demasiado al descubierto. Ya no podría utilizar el pelo para esconderme. Además, no solo me lo corté y añadí unas capas para cambiar la forma, sino que puse unos reflejos rubios que me acercaban más al color de pelo de Nines que al nuestro natural, ese que habíamos heredado de nuestros padres.

Aunque entré con miedo en aquel local, salí con un toque de juventud que me llevó a subirme la autoestima. Era yo, pero a la vez no era yo.

Era mi nuevo yo.

—Te queda bien.

—Gracias.

Amalia saltó de repente de la silla.

—¡Te lo has cortado! Estás muy, muy guapa. Me encanta. ¿Sabes que el doctor Rodríguez también se cortó el pelo?

—Ah, ¿sí?

Lo miré esperando una explicación. Mi sorpresa era genuina. Sin embargo, fue la niña la que continuó con la historia.

—Sí —Asintió repetidamente—. Lo hizo cuando yo también me lo tuve que cortar. Quería que fuésemos como gemelos. Pero yo me lo pinté de rosa antes de empezar con la quimioterapia. Y ahora nos crece a la vez.

Guau.

Aquello sí que me había pillado por sorpresa. Ahora comenzaba a encajar las piezas. Ese era el por qué Guillermo tenía el pelo tan corto cuando nos conocimos.

—Sí, pero el tuyo crece mucho más fuerte y rápido. ¿Ves?

Alcanzó la cabeza de la niña con una mano y la despeinó. Al hacer el movimiento algo se movió en su muñeca.

La pulsera de cuero.

Mi regalo de cumpleaños. La llevaba puesta. Y eso me hacía sentir cosas. Me hacía sentir feliz de que realmente le hubiese gustado hasta el punto de llevarla puesta. Y si la llevaba, podría tener algún significado más allá. Quizás le recordaba a mí. ¿Podría ser? No. No quería pensar en ello. No quería montarme una historia en mi cabeza. Las expectativas eran lo que al final me iba a traicionar. Debía de vivir el día a día, sin mucho pensar.

—¡Oye! No me despeines.

El susodicho se percató de que lo miraba y se pasó la lengua por el labio inferior de manera nerviosa —labio que yo había mordido y saboreado varias veces—, y la mano por el pelo para

recolocarlo. Aunque eso solo hizo que volviera a caerle. Aún no lo tenía lo suficientemente largo como para que se mantuviera en su lugar. El rubio le brillaba de tal forma que casi parecían mechones de hilo dorado. Tan puro que quería meter los dedos entre ellos. Lo necesitaba.

Elevé la mano derecha de manera inconsciente para hacer lo que mi cerebro me pedía.

«Mar, que la última vez que lo viste huías despavorida».

—Veo que venís con noticias —se interrumpió—. Enhorabuena, Nines.

—Gracias —respondió mi hermana y se llevó una mano al vientre—. Ahora, si me disculpáis, voy a sentarme que no quiero que se me hinchen los tobillos.

Todos la observamos caminar lentamente, sin levantar la mano de la barriga, hacia uno de los asientos más acolchados al otro lado de la sala. Una vez que se hallaba lo suficientemente lejos, Guillermo se volvió hacia mí y se acercó para susurrar:

—¿Cómo estás?

—¿Yo? Bien. ¿Por qué lo preguntas?

Lo dije tan atropelladamente que probablemente se intuía que no era cierto.

Guillermoladeó la cabeza hacia donde mi hermana se encontraba ya sentada y entendí. No se le escapaba una. Por supuesto que se acordaba de la conversación que mantuvimos caminando por la orilla del mar. Hablando de tantos temas que habría esperado que olvidase. Pero él recordaba lo difícil que se me hacía a mí ver como el resto del mundo a mi alrededor seguía procreando, mientras yo era incapaz. Sabía que era un golpe bajo y en lugar de mostrarse feliz porque iba a ser tía de nuevo, se preocupó por ello.

—Bien —Suspiré—. Odio ser la aguafiestas, así que estoy intentando mantenerme feliz por ellos. —Sonreí tristemente al recordar al resto de mi familia dando saltos de alegría ante la noticia. Marcos iba a volver a ser padre. Y ¡qué buen padre!—. Pero cuesta un poco. Gracias por preocuparte.

Lo dije con total sinceridad. Olvidando el resto de palabras no dichas que flotaban entre nosotros.

—Puedes hablar conmigo siempre que lo necesites. Lo sabes.

Lo sabía. Y era eso precisamente lo que me daba miedo.

—¿Hoy no llevas lentillas? —Cambie de tema para sentirme más cómoda con la situación. Era una nueva Mar, pero seguía odiando ser el centro de atención.

—Así gano unos minutos de sueño cada mañana. Además, alguien me dijo que me quedaban bien las gafas y creo que tenía razón. —Se las empujó hacia arriba de la nariz con el dedo índice. Después añadió un guiño.

Había echado de menos eso.

—Ese alguien es inteligente.

No sé de dónde había salido esa respuesta, porque definitivamente no era mi cerebro el que la había creado. Pero sí había salido de mis labios.

Sonreí.

«Buena respuesta, Mar. Buena respuesta».

—¡Pero bueno! Mirad a quién tenemos por aquí. ¿No serás tú la próxima estrella de los Goya?

Maxi.

—Hola —saludé tímidamente con la mano.

—¿Corte de pelo?

—Ajá.

—Te queda como un guante.

—Pero no es mi color natural.

—Eso no importa.

—Está guapa, ¿verdad? —interrumpió la niña.

—Muy guapa, Amalia —respondió Maxi.

—Dile que está guapa, doctor.

Miró a Guillermo y le dio en la pierna con el codo para llamar su atención y este no dudó en responder riendo:

—Está muy guapa.

—Gracias.

Maxi entrecerró los ojos mirando de uno a otro.

—*Doctor* deja de tontear. Y tú —Señaló a Amalia—, tú no deberías estar aquí y lo sabes —la regañó.

—Pero me aburro sola en mi habitación. —La respuesta vino en tono burlón que demostraba que realmente se sentía como decía.

—¿Y tu madre?

—Ha recibido una llamada urgente y ha tenido que volver a casa —respondió Guillermo en tono serio—. Amalia se ha escapado y yo la he encontrado aquí.

Algo se intercambió entre la mirada de ambos y Maxi pareció entender.

—Está bien —suspiró—. Te puedes quedar, pero con una condición —La señaló con el dedo índice muy rígido—, te estarás quietecita, sin moverte de esa silla. Y cuando tengas que volver a la habitación, seremos el doctor Rodríguez o yo quien te lleve a cuestras.

—Vaaaaaale.

Amalia obedeció y se volvió a sentar. Me pregunté qué habría ocurrido, pero por las miradas de los otros debía de ser algo grave. Me dio miedo pensar que podía tener que ver con la salud de la niña. Una personita como ella no se merecía tener que pasarse días y días encerrada entre las cuatro paredes blancas de un hospital. Sino jugando con sus amigos en el colegio. O correteando por el parque. O saltando por el sofá de casa con su familia.

Qué buena suerte tenían algunos y qué mala otros.

Qué injusta la vida.

—Mar, ¿comenzamos?

Asentí y me dirigí hacia nuestro sitio habitual.

—¿Cómo has estado estas semanas?

La mirada de Maxi decía muchas cosas. Y no pintaba bien. Me conocía demasiado.

—Bien.

«Recuerda elaborar tus respuestas».

No quería elaborarlas porque me estaba costando realizar los ejercicios de siempre. Porque llevaba días sin practicarlos y porque había hecho cosas que no debía. Cosas que iban en contra de mi total recuperación. Pero si Maxi se enteraba, no iba a estar contento. Y lo hecho, hecho estaba.

—Has estado poniendo la pierna a prueba y eso no es bueno. ¿Qué has hecho?

Me sentía pequeña. Como cuando haces algo malo y tus padres quieren que se lo cuentes, a pesar de ya saberlo. Y el tamaño enorme de Maxi no ayudaba. A veces me imponía, a pesar de saber que no era más que una máscara. Su faceta más profesional.

—Pues...

Me recordé huyendo después de aquel beso—y algo más que un beso— con Guillermo. Lo miré sin querer y este pareció saber que la conversación iba a girar en torno a él y también me

miró. La culpa se veía dibujada en su cara.

—No sé qué os traéis vosotros dos entre manos, pero sea lo que sea necesito que dejes de hacerte daño. Y, ¡tú! —Lo señaló—. Tú eres su doctor. Deberías saber mejor que nadie qué no hacer para no causarle más daño del que ya tiene.

—Ya no soy su doctor —dijo casi a la defensiva—. Y ya sé qué debo y no debo hacer con ella. Pero a veces me dejo llevar demasiado. Prometo que voy a cuidarla mejor a partir de ahora.

¿Cómo?

—Más te vale.

—¡No necesito que nadie me cuide! Puedo hacerlo yo solita.

Me crucé de brazos y los miré de manera inquisitiva. ¿Acaso era responsabilidad de alguien lo que yo hacía o dejaba de hacer? Ya era mayorcita.

—No lo creo —intervino mi hermana—. Te recuerdo que el otro día te pusiste a llorar al ver el brócoli.

«Traidora».

Elevó las cejas y odié no poder negar aquello. Por el rabillo del ojo vi que Guillermo intentaba ocultar una sonrisa. Me había pillado con las manos en la masa.

Me sonrojé.

—¿Brócoli? Puaj, si está malísimo —aportó Amalia.

Gracias a ella se desvió la atención y pude permitirme observar a mi *no doctor*. No parecía enfadado, sino divertido y preocupado a la vez. Preocupado... ¿por mí? ¿Podía ser que la imagen que yo me había creado en la que pensaba que él estaría molesto por mi huida no era acertada? Quizás era yo la que había creado esa imagen en su cabeza. Y la realidad era que él seguía interesado.

En mí.

Y quería hacer algo al respecto. Pero no sabía el qué. Hacía tanto que no me sentía así por alguien. Que nadie nuevo aparecía en mi vida. Mucho tiempo desde que estuve en el mercado.

Realmente mi vida amorosa comenzó y terminó con Álvaro. No sabía cómo coquetear. ¿Podría aprender de nuevo? Me sentía como de vuelta a la adolescencia. Y me sentía bien.

Al fin me sentía bien.

El resto de la sesión fue algo más amena y fácil, ya que Maxi se apiadó de mí y me puso ejercicios más asequibles. Ya habría tiempo para el dolor en los siguientes días. Y Nines se mantuvo toda la hora observándome a mí, a los ejercicios que hacía, a cómo interactuaba con Maxi, con Guillermo y con Amalia. Tampoco se le escapó una sola mirada de este hacia mí. Y todo lo observaba con una sonrisa pícara. Sabía lo que me esperaba después.

Así que en el momento en el que Maxi dio por terminada la hora, Nines se levantó rápidamente y me cogió del brazo con la excusa de que se le habían cansado las piernas de estar sentada. Y no podía replicarle nada porque no había estado nunca embarazada y no sabía si era real, o tan solo una excusa barata.

—Chicos, ha sido un placer. Hasta la próxima —se despidió.

—¡Espera!

Guillermo se acercó hacia mí y yo hice lo mismo, apartándome de mi hermana y buscando un poco de intimidad con él.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Quería decirte que... —dudó—. Hablé con Gus en cuanto te fuiste. No vas a tener que preocuparte más por él. Ya no es bienvenido en casa.

—¿Solo en casa?

—En cualquier lugar en el que esté yo, y en cualquier lugar en el que estés tú.

—Gracias.

Le dediqué una sonrisa leve, pero sincera. Después lo observé volver hacia Amalia y agacharse de espaldas a ella para cogerla a caballito. Yo me obligué a girarme e ignorar la mirada que mi hermana me lanzaba mientras caminaba hacia la puerta.

Capítulo 25

Ella

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

—¿*Empezamos*? Tú no participas.

Tras hacerme la dueña oficial de Bonaire, decidí que era un buen momento para hacer lo que siempre había tenido en mente. Necesitaba cambios, por dentro y por fuera, y qué mejor forma de introducirlos que en mi lugar de trabajo, donde pasaba —y paso— la mayor parte del día.

Y quería empezar cuanto antes.

No quiero que se me malinterprete, la pastelería estaba bien mantenida, pero necesitaba un toque diferente. Teníamos clientes fijos, sin embargo, nunca viene mal atraer a aquellos que pasan por delante y se plantean si entrar o no.

Los cambios son buenos. Tenía que recordármelo. La esencia siempre seguiría ahí, solo era el exterior el que iba a sufrir una modificación necesaria que la adaptase a los tiempos que se viven.

Lo primero que tenía pensado hacer era añadir una zona donde la gente se pudiera sentar a tomarse una de nuestras especialidades con un buen café. Y para que hubiera hueco para las mesitas, había que retroceder la barra y las vitrinas principales.

Eso era lo más complicado. El resto era pan comido. Una capa de pintura, unas decoraciones innovadoras y todo listo.

Y mi hermana, por supuesto, quería ser partícipe de todo.

—¿Por qué? —preguntó Nines indignada, poniendo esa cara de cachorrito que sabía que le ayudaba a convencer siempre a Marcos.

—Porque estás embarazada —determiné yo, viendo que mi cuñado estaba a punto de ceder.

—¿Y? ¿Qué problema hay?

Por suerte, aquella mañana me había levantado con los ánimos por las nubes y nada iba a cambiarlo. Ni siquiera la tozudez de mi hermana.

—Nines, no.

—Pero yo quiero ayudar.

Dio un taconazo en el suelo y cerró los puños. Estaba a punto de tener una pataleta.

En tacones.

Embarazada de más de cinco meses.

No se los quitaba ni para dormir.

—Cielo, tienes que guardar reposo. No hay más que hablar. Recuerda que lo dijo el doctor.

Eso pareció convencerla lo suficiente como para volver a tomar asiento en el taburete.

—Vale. Está bien. Como vosotros digáis. Pero no me voy a quedar de brazos cruzados.

—Eso ya lo sabemos.

—Voy a pasarme todo el rato dando órdenes.

Marcos y yo, que no necesitábamos palabras para comunicarnos, nos miramos y dimos un par de pasos hacia atrás, metiéndonos en el obrador y dejándola hablar sola. No era más que para hacerla de rabiar.

—Sí, sí. Ya te conocemos bien.

Y, mirando a mi alrededor, me bañé del que había sido mi hogar desde bien pequeña, y el de mi madre, y el de mis abuelos con anterioridad. Cómo unas cuantas paredes podían significar tanto para alguien y qué ciega había estado durante tantos años sin darme cuenta de que realmente aquel era mi futuro.

La mayor parte del trabajo se la tenía que atribuir a Marcos, que era el que se encargaba de levantar todo lo pesado y mover cosas de un lado para otro. Mientras, yo intentaba hacerme útil, pero no con grandes resultados.

—¿Cómo te sientes ahora que eres toda una mujer de negocios?

Miré a mi hermana de arriba a abajo.

—Pues, me siento muy tú. Con el pelo rubio —Me puse unos mechones detrás de la oreja—, y siendo dueña de un negocio. Ya solo me faltan los tacones y la barriga de embarazada.

Lo dije sin pensar y no me di cuenta hasta que vi la mirada de tristeza que me dedicaban todos. Una vez más había arruinado el momento. Odiaba ser siempre la que ponía los cielos nublados. Y ni siquiera lo había dicho con amargura.

—Lo siento. Juro que lo he dicho sin pensar.

—No te preocupes, cariño. Te entiendo perfectamente.

—No, Nines. De verdad que no lo decía con mala intención. Ya sabes que me hace muy feliz. Estoy contenta por vosotros.

Las lágrimas de mi hermana comenzaron a aflorar.

—Las hormonas... —susurró.

—Lo sabemos —intervino Marcos.

Este se acercó y me abrazó con fuerza. Nines lo siguió.

—Me voy a levantar de esta silla y vais a mantener las bocas cerradas. Solo quiero abrazar a mi hermana favorita. Nada más.

—Soy tu única hermana, tonta.

—Sí. Y la mejor hermana que pudiera haber tenido jamás. Y algún día serás una madre maravillosa.

Eso me hizo querer llorar.

—¡Bien! ¡Abrazo en grupo!

Oliver y Lidia corrieron hacia nosotros para unirse también. Mi madre fue la última en seguirlos.

—Vale. ¡Vale! ¡Suficiente! Vais a asfixiar al bebé.

Una carcajada grupal resonó en el local algo más vacío que antes. Marcos comenzó a separar rápidamente cada uno de los brazos que rodeaban a su mujer.

—¡Parad! El bebé necesita respirar. ¿Estás bien cielo?

—Sí, estoy bien —Rio Nines.

Fuimos interrumpidos por el repiqueteo de la campana colocada sobre la puerta de la entrada. Teníamos colgado el cartel de cerrado, así que no teníamos ni idea de quién podía ser.

—Pero ¿qué es todo esto?

Me sonaba esa voz.

—¿Maxi?

Me separé de mi familia y salí del obrador para adentrarme en la parte principal de la

pastelería. Solo la barra me separaba de...

—Guau.

No venía solo.

—Pensábamos que era buena idea pasarnos por aquí, pero veo que venimos en mal momento.

—No, ¡para nada! Siempre es buen momento.

Tanteé hasta dar con el delantal y me lo coloqué alrededor de la cintura. Me sacudí las manos en él.

—Te presento a mi mujer, Alejandra. Y al resto de la familia.

Como si de una foto familiar se tratase, todos me miraban con una sonrisa. Tres chicos a la izquierda, colocados casi estratégicamente por orden de altura, y una niña pequeña de la mano de su padre. En los brazos de Alejandra un gato peludo. En la mano de la pequeña dos correas que se alargaban hasta llegar al cuello de dos perros que esperaban respetuosamente en la acera frente a la puerta, sin atreverse a cruzar el umbral. Y, por si fuera poco, en el hombro de Maxi había un loro de color verde y pico oscuro.

Smith.

—Encantada de conocer, al fin, al resto de la familia.

Añadí una sonrisa sincera y me tragué la carcajada que amenazaba por mi garganta. Sin embargo, sí oí los cuchicheos y risas de mi familia en la trastienda.

—No queremos molestar, volveremos otro día si es necesario. Veo que estáis liados.

—No te preocupes. Estamos haciendo una pequeña reforma, pero tengo unos cuantos pastelitos por aquí de esta mañana.

Cogí una bandeja y comencé a rellenarla con los mismos que ya había probado la vez anterior. Mientras, los niños no paraban de mirar alrededor, sin perder un solo detalle de la estructura.

—Hola, yo soy Oliver. Y esta es mi hermana Lidia.

Los pequeños siempre encuentran la forma de hacer amigos con cualquiera de forma fácil. Qué envidia.

—¿Queréis ver a nuestros perros?

—Sí. Mamá, ¿podemos?

—¡Pero donde yo os vea, eh! —respondió Nines.

Terminé de envolver la bandeja y se la tendí a Maxi.

—Aquí tenéis.

—¿Cuánto es?

—Nada. Yo invito.

—De eso nada. Esta vez me toca pagar.

—No es necesario.

—La última vez me los regalaste.

Dejó un billete sobre el mostrador.

—Estaban aplastados.

En lugar de responderme, miró el billete levantando las cejas, colocando esa expresión seria a la que estaba acostumbrada.

No tuve valor de volver a negarme, así que cogí el billete sin rechistar.

—Gracias —resolví.

—Prometemos volver cuando hayas terminado con la reforma. Te ofrecería ayuda, pero con cuatro hijos y un trabajo como el mío, no tengo tiempo.

—Lo sé. Y no te olvides de las mascotas.

—Y del loro —añadió Alejandra.

—Y DEL LORO —copió este.

—Sí, Smith. Nadie se olvida de ti.

Sonreí al ver tal escena y me imaginé sus vidas una vez en casa. Serían la típica familia que pasa los domingos viendo películas, esparcidos por todo el sofá. Y estaba segura de que pasaban las noches contando anécdotas hasta las tantas. Miré a los niños jugando fuera con sus recién hechos amigos e imaginé que eran míos. ¿Cómo sería mi familia?

Llegaría a casa después de un largo día amasando. Abriría la puerta y saltaría a mis brazos una niña de pelo rubio y ojos claros, como los de su padre. Este aparecería con las gafas de pasta y vista cansada, después de una mañana en el quirófano y una tarde cuidando de aquel torbellino que teníamos por hija.

Un «¿qué tal el día, mi sol?», seguido de un beso y un abrazo muy necesario para recargar la batería emocional. Absorbería el olor a limón de su ropa y me mantendría entre sus brazos sin querer separarme durante más de lo recomendado. La pequeña intentaría separarnos porque necesitaría más atención por mi parte. «¡Ahora yo!», y acabaríamos entre carcajadas, sucumbiendo a sus órdenes.

—Nos vemos en la siguiente sesión.

Enfoqué de nuevo la mirada y volví a la realidad.

—No lo dudes.

—Y ten cuidado con trabajar demasiado. Todavía estás curando y debes tener cuidado. No te confíes.

—Sí, señor —dije, adoptando el mismo tono serio que él.

—Me alegra que me respetes incluso fuera del hospital. Significa que estoy haciendo algo bien —bromeó.

—Por supuesto.

—Y, ¿Mar?

—Dime.

—Estoy orgulloso de ti —añadió señalándome con el dedo índice—. Eres una de mis pacientes más valientes. Y no lo estoy diciendo porque me des pena.

—Gracias, Maxi. Te lo agradezco.

Y, honestamente, lo hacía. O, al menos, estaba empezando a sentirlo así. Empezaba a aceptar que había sido una de las pocas supervivientes de un accidente importante y que, cada día, me superaba aún más. Era una realidad que debía recordarme cada mañana.

—Deberías haber avisado a Guillermo. Hubiera venido a ayudar sin pensárselo. Más aun tratándose de ti.

¿Tratándose de mí?

—¿Qué significa eso? —interrumpió mi madre, que de repente se colocó tras el mostrador.

—Ah, nada —Maxi salió en mi ayuda—. Es que a Guillermo le encanta ayudar. Eso es todo.

Mi madre sabía la verdad que escondían sus palabras. Igual que yo, en el fondo, también lo sabía. Pero ocultarlo durante unos días más no iba a hacer daño a nadie. Al menos hasta que reuniese el coraje para hacer algo al respecto.

—Que tengáis un buen día —urgí.

Maxi se rio, entendiendo que ya empezaba a sobrar.

Nines se encargó de meter a mis sobrinos de nuevo dentro de la tienda.

—Un perrito solo, mamá —decía Oliver.

—Chiquitito —añadía Lidia.

Sus voces se perdieron en la trastienda y Marcos no dudó en retomar el tema cuando se hizo el silencio.

—Cuéntanos qué tal con Guillermo.

—No sé a qué te refieres.

—Nines y yo hablamos, Mar. No hay secretos entre nosotros. ¿Pensabas que se lo iba a guardar para ella? Parece que no conoces a tu hermana.

—¿Qué es lo que pasa con Guillermo? —preguntó mi madre. Me miraba seria y con los brazos cruzados.

—Para ya, mamá —Nines volvió con su característico taconeo—. Ya es mayorcita para hacer lo que le apetezca.

—Sí, pero va a acabar con el corazón roto otra vez.

—¡Para! ¿No te das cuenta de que para vivir una también tiene que sufrir? No todo va a ser de color rosa y perfecto. Pero es ahí donde está la belleza. La tristeza y la decepción te hace aprender y te prepara para que seas más fuerte que antes. No hay más que verla, por Dios —me señaló—. ¡Mírala! ¿La has visto alguna vez tan segura de sí misma como ahora? ¡Joder!

—¡Esa boca! Los niños te van a oír.

—¡Niños, tapaos los oídos! —gritó a pleno pulmón.

Me asomé para ver que realmente obedecían a su madre. Mientras, Nines iba adoptando una actitud fiera y seria.

—Lo que tiene que hacer es vivir. ¡Está viva! Sobrevivió. Y tiene todo el derecho del mundo de ser feliz. Debe serlo.

—Bueno...

—¿No estás de acuerdo? —Se dirigió hacia mí.

Sí. Estaba de acuerdo. Estaba *muy* de acuerdo con mi hermana. Nunca la había visto ponerse de esa manera, pero tenía mucha razón. Claro que la tenía.

Asentí incapaz de articular palabra.

—Y va a salir victoriosa. Quizás Guillermo no sea su persona. O sí. Pero está ilusionada y contenta. Y es suficiente. Ver la sonrisa de mi hermana iluminarse cada vez que Guillermo entra en la habitación es suficiente para mí —Se limpió una lágrima traicionera y bajó el tono de voz—. Y debería ser suficiente para ti también, mamá.

Aquello hizo removerse algo dentro del pecho de mi madre. El entrecejo se le arrugó y la boca se le torció.

—Lo siento. Tienes razón —Fueron palabras que jamás pensé que oiría de mi madre—. Se la ve feliz. Y yo soy feliz viéndola así. Es solo que... Me da miedo pensar que podría pasar de nuevo por algo parecido y acabar dolida. Y mi instinto, como madre, es protegerla a toda costa.

Lo que ella no se daba cuenta era que con sus palabras sembraba la duda en mí. Si tenía algún resquicio de incertidumbre, ella la regaba y hacía que creciese. ¿Y si tenía razón? Llevaba mucho sufrimiento a mis espaldas. ¿Merecía la pena añadir más?

—A veces el instinto materno se equivoca —continuó Nines con un nudo en la garganta—. Y esas emociones debes reservarlas, porque las proyectas en nosotras, tus hijas. Tus inseguridades se convierten en las nuestras. Mírame a mí, si te hubiera escuchado cuando me decías que era muy joven para tener novio, para casarme o para independizarme. Que era muy pronto para tener hijos o era demasiado arriesgado montar una empresa. No estaría donde estoy ahora.

No sabía que mi madre le había dicho todas esas cosas a mi hermana. Me enorgulleció saber que Nines hizo lo posible por hacer su propio camino, a pesar de las voces que decían a su alrededor que no iba a salir bien.

Creía conocer muy bien a mi hermana, pero me di cuenta en ese momento de todas las cosas que no me había contado. De todo lo que escondía bajo la piel. De todo lo que callaba y de cómo aparentaba ser más indestructible de lo que realmente era.

Y la mirada orgullosa de Marcos lo decía todo. Se merecía todo lo que tenía y más. Era una mujer increíble. Todo un modelo a seguir. Y ahora la veía con otros ojos. Más llenos de algo grande que no podía definir con palabras.

Mi madre asentía de forma continuada.

—Dinos, hija —Se limpió los ojos disimuladamente con la manga del jersey—. ¿Qué ha pasado con Guillermo?

Me tendió la mano y se la agarré fuertemente. Era una forma de firmar la paz. Ella me la apretó tres veces en agradecimiento por no guardarle rencor.

—Pues...

Marcos apoyó los codos en el mostrador y la barbilla en las manos, con una sonrisa pícaro y parpadeando mucho. Estaba intentando quitarle hierro al asunto con su comportamiento bromista tan suyo. Nines y él eran tal para cual. Una combinación perfecta.

—Me gusta.

—¡Venga ya! Eso es más que gustar.

—Nines —advertí.

A mi hermana le había contado casi todo, pero no quería que se fuera de la lengua.

—He visto cómo os miráis. Ahí hay algo profundo, y por parte de ambos.

—¿Por eso cambiaste la cita de la ecografía? ¿Para poder venir conmigo a rehabilitación y cotillear?

Me puse la mano en el pecho con fingida sorpresa.

—Por supuesto. ¿Acaso lo dudabas?

Me reí y no fui la única.

—Eres de lo que no hay.

—¡Sigue contando! —Marcos seguía impaciente y no se había movido ni un pelo de su posición.

—Pues eso. Me gusta —repetí mirando intencionadamente a mi hermana—. Y han pasado cosas. Pero me asusté.

—¿Qué cosas? —preguntó mi madre, inclinándose curiosa hacia adelante.

No estaba segura de si estaba preparada para hablar de ese tipo de cosas con mi madre. ¿Lo estaría algún día? Qué más daba. A la mierda.

—Me besó en su cumpleaños. O, en realidad, yo lo besé. Nos besamos —corregí—. Y casi... —Miré a mi madre de reojo.

—No te voy a juzgar. —Levantó las manos en señal de rendición.

—¿Qué pasó?

—Me fui corriendo. Hui.

Instintivamente me llevé las manos al colgante, recordando el momento en el que lo había hecho y me había dado cuenta del error del beso. O, mejor dicho, cuando había creído que el beso había sido un error y me había marchado de allí como alma que lleva el diablo.

—Vaya.

—Sí, vaya.

—¿Qué dijo él? ¿Qué hizo? —La postura de Marcos había cambiado. Ahora se inclinaba hacia adelante en el mostrador, imitando a los demás.

—Me dejó marchar. Pero me envió un mensaje dándome espacio hasta que estuviera

preparada.

—Ay, Mar. Lo tienes loquito por ti. Soy un hombre y sé de lo que estoy hablando.

—Y no nos olvidemos de que sigue viniendo por aquí con la excusa de comprar pasteles solo para verte.

—Sí, mamá. Pero también hay que tener en cuenta la mano que tienes horneando.

—Ah, no. Él viene por ti. Solo por ti.

—¿Eso crees?

—Sí —dijeron los tres al unísono.

—¡Mami! ¿Podemos destaparnos ya los oídos?

Nines nos miró alarmada, recordando que sus hijos seguían esperando órdenes.

—Mierda, me había olvidado —susurró—. ¡Sí, cariño!

—gritó, colocándose las manos alrededor de la boca, esperando que los niños la escuchasen desde la otra sala.

La miré con ternura.

—Te envidio tanto. Pero es envidia sana. Te quiero y te admiro. Necesito que lo sepas. Y este pequeño —Coloqué la mano en su vientre—, va a ser tan querido por su tita como los otros dos.

Colocó su mano sobre la mía.

—Lo sé. No necesito que me lo digas. Te conozco. Has tenido una vida dura, pero el Universo, Dios, el Karma, o lo que sea que exista, tiene lo mejor guardado para ti. Solo espera y verás.

—¿Ahora eres vidente? —bromeó su marido.

—Ríete todo lo que quieras —Lo señaló—, pero dentro de poco me llamarás bruja. Predije el éxito de tu carrera como escritor. No hubiera invertido tanto en ello, ni hubiera montado mi propia editorial contigo como primer autor, si no hubiese estado segura al cien por ciento.

—Sí, tuvimos suerte.

—También eres bueno. No te quites mérito. ¿Cuándo me vas a dejar leer tu siguiente novela? —pregunté.

Como su cuñada favorita, siempre era la primera lectora *beta* de cada uno de sus libros.

—Cuando esté terminada.

—Dijiste eso hace ya tres meses. Y te quedaba nada para acabar.

—Entonces cuando esté perfecta.

—Nunca estará perfecta —Puse los ojos en blanco—. ¿De qué me dijiste que iba?

—Pues...

—Ah, sí —interrumpí—. De asesinatos. Como las otras tres.

—Cállate —Arrugó la nariz—. Se venden como churros.

—Tienen que ser buenas entonces.

—Sé que las lees todas. No hables de ellas como si no supieras nada. Lo estás haciendo para pincharme. Y para desviar la atención.

—¡Niños! —nos reprimió mi madre—. Se va a poner el sol y no habéis hecho más que hablar en toda la tarde. ¡A trabajar!

Nines acompañó la orden con dos palmadas rígidas que nos hizo ponernos manos a la obra. Tenía casi todo planeado, así que iba a ser fácil y rápido.

Todos volvieron de nuevo a la trastienda y yo me quedé allí de pie, con las manos alrededor del lazo del delantal, pero con la mirada fija en lo que más echaba de menos en momentos como aquellos. Los ojos de mi padre me devolvían la mirada desde la foto familiar que colgaba

perenne en la pared.

Qué curiosas son las cosas. En el momento en el que empiezan a salirse de su cauce, te centras solamente en lo malo y te olvidas del resto del mundo. Te olvidas de tus prioridades y de las cosas importantes, como son el mantener a tus seres queridos cerca y apoyarte en ellos. Cuando falten, lo que vas a recordar son los buenos momentos juntos, y eso es lo que debería importar.

—Voy a hacer que estés orgulloso de mí, papá.

Capítulo 26

Ella

¿Cómo hace una amigas nuevas cuando tiene más de treinta años?

Es una asignatura pendiente que debería de impartirse en los colegios. «Relaciones sociales cuando eres adulto» sería un buen nombre. Relacionarse con personas es más fácil cuando se es joven y se tienen cosas en común como los estudios o las clases de baile. No obstante, a medida que crecemos, los intereses se amplían y dispersan, haciendo más difícil congeniar con alguien nuevo.

Sin embargo, con Asia era todo tan fácil.

Un simple encuentro casual en la calle había causado que ella me invitase a un café en su casa. Y yo, sin saber cómo negarme y sintiéndome tan cómoda y natural con ella, le dije que sí.

Y lo extraño es que no pensaba en ella como la hermana de Guillermo. Aunque tenía muy presente que lo era. Sino que era Asia, una chica que había conocido en circunstancias varias de la vida y con la que me llevaba bien.

Y ahora estaba en el salón de su enorme apartamento, mientras ella me contaba los detalles de su boda.

—¿Vendrías?

—¿A tu boda?

—¿Adónde sino?

—¿Sola?

—O acompañada. Como quieras. No es necesario que traigas a alguien si no quieres. Seremos muchos. No estarás sola.

Le di un sorbo al café.

—Yo...

—No tienes que responderme ahora —levantó la mano para evitar que respondiese—. Piénsatelo. Te lo pasarás bien.

Asentí.

Que Guillermo me invitase era una cosa, y que lo hiciera ella era otra. Podía ir como amiga de la novia, nada más. Incluso podría llegar a pasármelo bien. Sería una noche para desconectar.

Algo así como cuando mi hermana se casó. Fue una fiesta divertida, rodeada de familia y amigos. Y mi boda con Álvaro también lo había sido. Un día para recordar eternamente. Con esas miradas cargadas de complicidad, bailes lentos, intercambio de votos...

Álvaro.

Hacía ya días que no pensaba en su nombre. ¿Me estaba olvidando de él?

Sacudí la cabeza.

—Y, ¿cómo se lleva eso de ser *wedding planner* y tener que planear hasta el último detalle de tu propia boda? ¿No es estresante? ¿No preferirías que lo hiciera otra persona?

Nos encontrábamos sentadas relajadamente en el sofá, disfrutando del aroma del café recién molido que me había preparado ella misma. No podía olvidarme de preguntarle sobre ese café antes de marcharme. Podía ser perfecto para el rincón cafetero que tenía en mente para Bonaire.

—Para nada. Ni loca dejaría mi boda en manos ajenas teniendo a una perfeccionista como yo disponible. —Añadió una carcajada fina y delicada.

A pesar de tener dinero, no era la típica niña pija e insoportable. Era muy de a pie. Quizás era mi mentalidad estereotípica preconcebida por la sociedad y mi falta de contacto con gente de altas esferas o de mayor adquisición monetaria que yo. Claro que también estaba Guillermo. Otro humilde con dinero.

Quizás era algo que corría por la sangre. Solo de su familia. ¿Como serían sus padres? Según lo que él me había contado, no muy buenos. Entonces quizás el árbol genealógico había tenido un cortocircuito cuando los dibujó a ellos dos.

Y, hablando de Guillermo, me parecía extraño que no hubiese aprovechado la oportunidad de sacar el tema de su hermano. No como cuando nos conocimos en la fiesta de cumpleaños, que no tuvo reparo en hacerme saber que a ella no se le escapaba ni un detalle.

—Yo no sé si podría hacerlo. De hecho, no sé si alguna vez querré casarme de nuevo. Creo que una vez fue suficiente.

—Nunca digas nunca, amiga.

Quizás tenía razón. No sabía qué me deparaba el futuro. Y aunque en ese momento casarme fuese lo último que tenía en mente, en un futuro lejano y con la persona correcta...

—¡Vamos, chico! —Una voz masculina, acompañada de los ladridos de un perro, se oía al otro lado de la puerta.

Miré a Asia con el entrecejo arrugado. ¿Sería su futuro marido? Ella me devolvió una sonrisa amplia, pero inocente. Demasiado inocente.

Las llaves tintinearón, giraron en la cerradura y esta se abrió. Una sombra entró galopando rápidamente antes siquiera de que la puerta se hubiera abierto por completo. Se lanzó contra el sofá y Asia cogió al animal al vuelo.

—¡Chico! ¡Tranquilo!

—¿Tienes un perro? ¿Desde cuándo? —pregunté.

El animal lamía nervioso las manos de Asia y ella reía, intentando esquivar los lametones que se intentaban escapar hacia su cara.

Asia estaba a punto de responderme, cuando su hermano la interrumpió.

—¿Mar?

—Hola. —Levanté la mano a modo de saludo.

Se me cortó la respiración al mirarlo directamente a los ojos. Me miraban con cautela, pero sin apartar su atención de mí. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío de finales de enero y el pelo algo fuera de lugar. Cuando bajé la vista entendí que debía de estar muerto de frío, porque solo llevaba una chaqueta negra de cuero. Ese aire desenfadado al más puro estilo *Grease* solo él lo podía llevar a la perfección.

¿Mariposas en el estómago? Eso parecía más la estampida de rinocerontes de *Jumanji*.

Sí. Definitivamente a esto se le podían llamar «sentimientos». Y no de cualquier tipo. Sino de los que acaban o muy bien, o muy mal.

—¿Qué haces aquí?

Eso mismo quería saber yo. ¿Qué hacía Guillermo allí? Y justo en el mismo momento en el que Asia me había invitado a su casa. Pareció que ambos nos dimos cuenta de que la situación era bastante peculiar y miramos a la susodicha en busca de explicaciones.

—Venga, no me miréis así. No es como si lo hubiera planeado todo. Tú —dijo señalando a su hermano—, te ofreciste a pasar la tarde con Chico. Y tú —Ahora me señalaba a mí—, a ti no te seguí. Fue pura coincidencia. Y cuando te vi en la calle, pensé en invitarte inocentemente.

Añadió una sonrisa de dientes perlados para terminar con su coartada.

—Ya, claro. Tú no das puntada sin hilo —comentó Guillermo.

Lo miré de reajo. Bajé la mano que aún estaba en alto saludando. Me sentía fuera de lugar y mi instinto me decía que huyese. Pero lo acallé y supe que mi nuevo yo tenía que quedarse y afrontar la situación. Me había prometido ser más valiente e iba a cumplirlo.

Busqué algo que decir.

—¿Se llama Chico?

—Sí, solo reaccionaba cuando lo llamábamos así. Así que nos ahorramos el ponerle otro nombre.

—Verás cuando mis sobrinos se enteren de que tienes un perro...

—Técnicamente es de Asia, aunque se podría decir que tenemos custodia compartida. ¿Verdad que sí? —Este miró a su hermana.

—Estoy demasiado ocupada todo el día como para encargarme de Chico. Y tú trabajas demasiado como para obtener la completa. Así que nos las apañamos con este plan de custodia —explicó.

Yo seguía observándolos comportarse tan familiarmente, como si yo no estuviera delante. Había tenido tan solo el placer de verlos juntos una vez. Y la fiesta no fue un buen contexto para ello. Parecía que se llevaban muy bien y me recordó a la relación que teníamos Nines y yo. Me apenaba pensar en familias que no tuvieran esa cercanía que nosotras compartíamos.

—Bien. Pues ya que estamos todos, ¿por qué no cenamos?

—Sí, eso. Quédate a cenar, Mar —insistió Guillermo con excesiva emoción.

El encuentro no había sido planeado, pero parecía que tenía ganas de verme por allí y que me quedase. ¿Qué podía pasar? Tenía que empezar a dar cada vez un poquito más de mí.

—No sé si...

—Venga, *porfa* —añadió Asia.

No podía negarme.

—Está bien. Sí, creo que me quedaré a cenar.

«Será una buena idea», quise añadir.

—¿Te gusta la comida china?

Guillermo ya estaba sacando su teléfono móvil y rebuscando entre los papeles del cajón de la entrada, hasta que dio con el folleto blanco y de letras rojas, típico de un restaurante chino local. Me encantaba la comida asiática, así que asentí. Y así fue como acabé pasando horas riendo y escuchando miles de historias de cuando Guillermo y Asia eran pequeños. De las veces que sus padres los castigaban por no haber estado a la altura de sus amigos ricos, o por no haber tenido los modales adecuados para una fiesta de temática «cóctel».

Una cosa llevó a la otra, y mientras íbamos comiendo porciones con los palillos chinos alrededor de la mesita de café, sentados en el suelo en lugar de en las sillas alrededor de la mesa del comedor, Asia recordó las fotos que guardaba de cuando ellos eran pequeños y las sacó para saciar mi curiosidad.

—NOOOO. Mar, créeme, no quieres ver esas fotos. No. Dile que no. ¡Asia, ni se te ocurra!

—Oh, sí.

—Oh, no.

—Sí, sí. De esta no te libras, hermanito.

Asia me plantó una foto delante y la sostuvo en el aire. Un bebé muy regordete reía a carcajadas. Parecía que se podía oír la risa de fondo de las ganas con las que reía. Dicho bebé estaba desnudo, a excepción del pañal que cubría sus partes. Y estaba tumbado sobre un cambiador blanco marfil. ¿Lo peculiar de la foto? Que igual que las risas se podían oír, el olor casi también se podía percibir. El pañal parecía estar lleno por dentro. ¿De qué? Creo que una se puede hacer una idea. Sumando a esto el hecho de que la foto no era en blanco y negro, sino a todo color. Y un tono amarillento, casi marrón, manchaba todas las piernas y la barriga del bebé. De alguna forma, se había tocado y tenía las manos también manchadas y, por ende, toda la cara donde se había rozado.

—¿Este eres tú?

—Sí, es él. Y todo lleno de caca. Y gozándolo.

—Asia...

Guillermo se había ruborizado de la vergüenza. Jamás lo había visto así. Siempre parecía tan dicharachero y como si no le importara lo que nadie de su alrededor pensara. Sin embargo, allí estaba pensando en cómo abrir un agujero en el suelo y desaparecer de la habitación.

—Es del año... —Asia le dio la vuelta a la fotografía donde leyó—: 1995. Aquí debía de tener unos nueve o diez meses, supongo.

Mi mente, automáticamente, en lugar de seguir observando la foto con diversión, comenzó a hacer cuentas. En ese año yo ya llevaba varios años en el colegio y Guillermo ni siquiera había aprendido a andar. Y Asia ni siquiera existía. Mientras, allí me hallaba yo, superando la edad de ambos, y actuando como si fuera una chiquilla veinteañera. Había algo de aquella situación que no estaba bien.

—¿Mar?

Levanté la cabeza de pronto cuando oí mi nombre.

—¿Estás bien? Llevo un rato llamándote, pero no respondías.

Asia se acercó para tocarme la frente y asegurarse de que no me había dado una fiebre repentina.

—Sí, estoy bien. Solo estaba absorta en mi mundo.

—Sonreí débilmente.

—¿Te apetece tomar el aire? —preguntó Guillermo—. Quizás te venga bien. Y creo que tenemos pendiente un paseo por la playa. Ya sabes, de cuando acabamos en la cama...

Dejó de hablar cuando Asia lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo? Yo no sé nada de eso.

—Ni falta que hace —respondió su hermano.

Claro. Aquella vez que se presentó en la buhardilla para eso mismo, pero yo acabé llorando desconsoladamente tras ver el regalo perdido de Álvaro. Y él me consoló sin dudar. Cuando nos quedamos dormidos en mi cama y mi hermana se presentó a la mañana siguiente, sin dignarse siquiera a llamar a la puerta antes de entrar. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Un mes? ¿Dos?

—Está bien.

Me vendría bien respirar un poco de aire puro.

Capítulo 27

Él

—Menos mal que he cambiado la chaqueta por un abrigo más gordo.

Me abroché hasta el cuello y contuve un escalofrío provocado por el cambio de temperatura tan drástico.

—Estás loco yendo por ahí con esa chaqueta tan fina.

Íbamos caminando uno al lado del otro. Cerca, pero no lo suficiente como para que nuestras manos sufrieran un roce esporádico muy deseado por mi parte. Ralentice mi caminar para ajustarme al ritmo al que Mar debía ir. Sabía que, si aumentaba la velocidad, ella me iba a seguir sin quejarse si le dolía la pierna. Y aún debía tener cuidado con la recuperación.

—Antes se estaba calentito en el sol. No hacía este viento tan desagradable con el que casi salgo volando.

—Ya me parecía que tu pelo había sufrido un ataque de pájaros salvajes. Resulta que solo era el viento.

Sonrió. Estaba intentando ser graciosa, a pesar de que su aura parecía preocupada. Había ocurrido algo en casa de Asia que la había hecho cambiar de estar animada a gris.

—Pero sabes que te gusta así.

Le dediqué un guiño.

—Pues sí, me gusta.

Guau. Estaba empezando a verse un poco de claridad en el horizonte. Ella misma estaba intentando con todas sus fuerzas que las dudas no ganasen dentro de su cabeza. Era una de las primeras veces que ella admitía algo así. Hasta entonces siempre había sido yo el que se lanzaba o enviaba una indirecta. El que tonteaba y bromeaba constantemente. Que saliera de ella hacía que el corazón me palpitase rápido. Pero no médicamente hablando, con riesgo de taquicardia, sino como de mariposas en el estómago.

Y me gustaba.

—Me han llegado noticias de Bonaire.

—¿Maxi te lo ha contado?

Alzó las cejas. Yo asentí. Hacía unos días que en uno de esos almuerzos en rehabilitación se le había escapado que había visitado la pastelería con su familia y se había encontrado con que estaban de reformas. Y me picó un poco en el ego. Tener que enterarme a través de él y no porque Mar me lo hubiese contado. Pero comprendía por qué se lo había callado.

—Ya sabes que no es capaz de mantener la boca cerrada. ¿Por qué no me dijiste nada? Puedo echarte una mano sin problema.

—Guillermo, tú tienes un trabajo.

—Y también tengo descansos, vacaciones y días de asuntos propios. Me encantaría ayudarte, Mar.

Adoraba cuando me llamaba por mi nombre, así que se lo recompensaba de la misma forma.

Llegamos a los escalones que descendían hacia la arena y repetimos el ritual de la vez anterior. Esta vez parecía más íntimo, porque Mar no se tensó cuando bajé la cremallera de sus botas, ni cuando le quité los calcetines o subí el dobladillo de los pantalones. Esta vez no escondía sus cicatrices. Y no lo hacía sin dificultad. No. La miré y vi que tenía los ojos cerrados con fuerza e intentaba controlar la respiración. Estaba haciendo un gran trabajo en aceptar que estaban ahí y eran parte de ella. Me guardé muy profundo las ganas de besar dichas cicatrices.

Caminamos un rato en silencio, oyendo solo el romper de las olas en la orilla, habiendo dejado el tema anterior zanjado. Supongo que seguía costándole pedir ayuda.

—Hemos avanzado mucho desde el último paseo

—dije recordando cómo le costaba caminar y viéndola ahora hacerlo casi sin problema. Y cómo había ido viviendo por delante de sus miedos, luchando constantemente.

—Sí —dijo en un suspiro.

Volvió a hacerse el silencio, pero yo tenía la necesidad de romperlo. Quería hablar con ella, la había echado de menos.

—¿Alguna vez has hecho algo loco y temerario?

—¿Estrellarte en un avión no es suficiente?

—¿Era eso sarcasmo lo que intuía?

—Me refiero a algo como... paracaidismo.

—¡NO! No podría, me da...

—¿Miedo? —la corté.

—¿Tan predecible soy?

Me contuve la risa. Sí que lo era.

Aquello fue como un *déjà vu*.

—No, no lo eres. Es solo que te conozco muy bien.

—Ya, claro —Se quedó pensativa y se detuvo—. Pues quizás lo haría.

—¿Lo harías?

—¿Tú no?

—¿Sí? No sé. No le tengo miedo a las alturas. Supongo que sería una experiencia emocionante que vivir —dije.

—Tienes razón.

Se le daba bien enmascarar ese miedo, pero me evitaba la mirada y ese era el principal signo que la delataba.

—Te tomo la palabra —sentencié.

Retomamos el camino mientras el sol se iba ocultando tras el mar. La luz del sol, cada vez más baja, se reflejaba en el cabello de Mar, el cual llevaba recogido. El nuevo tono que llevaba le quedaba mejor de lo que ella pensaba. Porque no era solo el color o el corte de pelo, sino toda ella que había empezado con una metamorfosis de fuera hacia adentro. Y desde ella misma quizás no era consciente al completo de lo drásticos que iban haciéndose los cambios, pero yo sí que me cercioraba. Y eran cambios para bien. Tenía una seguridad en sí misma más afianzada. Parecía estar preparándose para comerse el mundo y a todo el que se pusiera en su camino.

Me fui quedando atrás, observando como ella se acercaba más a la orilla y cerraba los ojos para dejar que el sol la bañase por completo, mientras los dedos de los pies jugueteaban en la arena húmeda. Una brisa fuerte de aire vino de frente, haciendo que algunos pelos se salieran de su sitio y el aroma que ella desprendía viajase hasta mí. Era algo casi primitivo lo que se me removía por dentro al recibir su olor. El mismo toque dulce que la rodeaba siempre en la

habitación del hospital.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo observando el atardecer.

—Lo es. Y pensar que es así cada día. Pero pasamos por alto los detalles maravillosos que nos rodean constantemente. Es casi como las relaciones humanas.

—¿A qué te refieres? —preguntó girándose levemente hacia mí.

—Cuando conocemos a alguien nos fijamos en los detalles físicos o emocionales de una persona. Destacamos cuando están guapos o cuando hacen algo que es realmente valioso para nosotros. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, dejamos de ver esas pequeñas cosas, de regalar flores o besos en cada esquina. Vamos cada vez más pasando por alto esos detalles. Y es entonces cuando se pierde la magia.

—Así es. Y es tan fácil como un simple abrazo por la mañana, o llevarle un café a la cama para recuperarlo todo. Tan fácil—dice como si lo hubiese vivido ella misma—, pero a la vez complicado. Hay veces que no somos capaces de ver lo que tenemos delante de nuestras narices.

—Es algo de dos.

—Sí, lo es. Y cuando deja de serlo, y solo una se esfuerza, acaba tomando la opción de rendirse. Y provoca una maldita impotencia.

Noté cómo se iba poniendo cada vez más exaltada. Definitivamente lo había vivido. Esto hizo que se despistara y una ola traviesa la sorprendiera. Se tropezó intentando retroceder hacia la arena seca y yo la sostuve rápidamente para estabilizarla.

—Mierda. Mierda. Joder —se quejó.

—Estás temblando.

—¡Está helada!

—¿No te has hecho daño?

Se dio la vuelta por completo. Ahora estábamos cara a cara, y demasiado cerca quizás. Aunque no es «demasiado» la palabra que utilizaría. Sino más bien, «necesariamente».

—No —Sonrió al ver mi cara de preocupación—. No me duele. Te lo prometo —dijo con la mano en el pecho.

Me quedé observándola en silencio. El piar de un par de gaviotas sueltas hizo eco por encima de nuestras cabezas y ella levantó la vista. Era preciosa. Tan pura y honesta. Llena de fuerza y ganas. Necesitaba expresarlo todo o iba a acabar explotando.

—Me gustas, Mar. Me gustas mucho.

Ahí estaba. Lo había dicho.

Volvió la vista hacia mí rápidamente. Sus ojos esta vez sí que miraron directamente a los míos. Estaba a punto de decir algo cuando la interrumpí, con miedo de que fuese otro rechazo más.

—No soy tu médico. Lo sabes, ¿verdad? Ya no.

—Tú también me gustas. Y mucho —susurró.

Fue tan imperceptible que casi le pregunté que repitiese aquellas palabras porque no me las creía. No podía ser. Había escuchado mal.

—¿En serio?

—Sí. Y también sé que no eres mi médico.

—Eso es bueno. Eso es MUY bueno.

Solté todo el aire hacia arriba, mirando al cielo que casi se había oscurecido ya por completo. Yo había hecho lo correcto. Había dicho lo que sentía. Estaba ahí, en el aire. Era real. Tangible. Pero también sabía que un movimiento en falso podía llevar a todo un derrumbe de lo que habíamos ido construyendo poco a poco. Así que la pelota estaba en su tejado.

—Ahora te toca a ti.

—Vale —dijo de manera dudosa, bajando la mirada.

Puse las manos en sus mejillas y la obligué a devolverme la mirada. Por muy poco casi la beso cuando esos ojos azules como el océano que teníamos detrás me observaron sin remordimientos.

—No me voy a mover de aquí. Voy a estar esperando, pero el siguiente paso lo tienes que dar tú. Cuando te sientas preparada y a tu debido tiempo. Pero tú.

Dejé caer las manos y retomé el paseo. Mar me siguió al cabo de unos segundos. Aquellas palabras no habían caído en saco roto, porque sentí un cosquilleo en el dedo meñique y cuando miré hacia abajo, vi que era Mar, rozando nuestras manos y no por accidente. Se me llenó el pecho de esperanza.

—Dime, ¿siempre le has tenido miedo al mar?

—Vaya forma de cambiar de tema —bromeó—. No, no siempre. Cuando era pequeña y mi padre vivía solíamos venir mucho. Recuerdo las tortillas de patatas que hacía mi madre y las tardes de domingo con los dedos enterrados en la arena; la crema solar escociéndome los ojos y el agua salada entrándome por la nariz. Hasta que un día tuve un pequeño gran susto con una ola —Unió el índice y el pulgar mostrando un leve espacio entre ambos—. Casi no lo cuento. Y desde entonces no me acerco mucho al agua salada. Aunque meter los pies y eso sí está bien. Es más el hecho de bañarme.

Me gustaba saber cada vez más cosas de ella. Supongo que habíamos intercambiado la historia vergonzosa de mi foto en pañal por la suya con el mar. Me quería arriesgar a otra pregunta más antes de que tuviéramos que despedirnos.

—¿Te puedo hacer una pregunta algo profunda?

—Dispara.

—¿Adónde crees que vamos cuando morimos?

Se quedó pensativa e inclinó la cabeza con interés.

—Me gustaba pensar en que nuestras almas se reciclan en otro cuerpo.

—¿«Gustaba»? ¿En pasado?

—Sí. Me gustaría pensar que hay algo más allá, pero desde el accidente las cosas han cambiado. Parece que ahora lo tengo todo más claro. ¿Existe un dios? Quién sabe si quizás algún día lo llegaremos a saber. Solo sé decirte que estuve muerta durante unos instantes y no recuerdo nada. Lo único que sé es que de repente estaba, después no, y luego volví en mí en el hospital. Todo lo que hay en medio es vacío. Nada.

—¿Como cuando te duermes?

—Algo así. Pero sin sueños. Al menos no hasta que entré en coma y os oía a vosotros. Y es cierto que algunas personas encuentran un confort en creer que hay algo más. Y lo respeto. Quizás se le teme menos a la muerte así.

—La verdad es que es un tema que da para pensar mucho. ¿Tú tienes miedo a la muerte?

—Creía que lo tenía. Pero ahora que he estado tan cerca, creo que he perdido ese miedo. Quizás vuelva ese miedo, aunque espero que no. Creo que estoy mejor así ¿Y tú?

—Diría que tampoco. Siempre y cuando sea dentro de mucho y de manera indolora. Aunque, puesto a que eso no se puede saber, me gusta vivir cada día al máximo y no dejar que los miedos me arrebaten lo que más me apetezca. Así, cuando llegue mi hora, miraré hacia atrás feliz por haber hecho todo y más.

—Es una buena filosofía de vida —Parece que el tema le dio qué pensar—. Aunque eres un poco joven para pensar en esas cosas. La gente de tu edad normalmente tiene otras cosas en la

cabeza.

—Mar, me ofendes. Pensaba que me conocías mejor —bromeé—. Y ¿qué pasa con la gente de tu edad? ¿Qué tiene en mente? —contraataqué.

Ella sonrió.

—*Touché*.

Copié su sonrisa.

El sol se había ido y las farolas comenzaban a encenderse una a una. El aire era cada vez más frío y lo último que quería era que acabásemos los dos resfriados. Así que era hora de dar el tema por zanjado y quedarnos con que había sido un paseo bastante productivo, una vez más.

—Vamos, te llevo a casa. Está haciendo demasiado frío para paseos por el mar y más charlas filosóficas.

Capítulo 28

Ella

La noche anterior soñé con él. Con Guillermo. Creo que fue una clara señal de mi subconsciente de que los sentimientos no están empezando a aflorar, sino que ya están ahí. Muy presentes. Y no por el simple hecho de soñar con él, sino por el sueño en sí. Quizás también tenía relación que acababa de ser San Valentín y hacía tanto tiempo que no lo pasaba sola, que no recordaba siquiera no haber estado con Álvaro cada catorce de febrero. Y por *estar* me refería a la forma no física de la palabra. A *estar* en una relación, pero *estar* él estaba casi siempre trabajando o de viaje de negocios por esas fechas. Así que quizás no iba a ser tan diferente del resto de los años.

—Buenos días a todos y a todas.

Guillermo entraba en la sala de rehabilitación mientras los de siempre ya estábamos dentro. No venía con las manos vacías, sino que llevaba un ramo de rosas en una y una caja de bombones en otra.

—Doctor, ¿tienes una novia? —preguntó Amalia.

—Aún no, pero no lo descarto aún.

—Entonces, ¿para quién son las flores?

—Pues para las personas importantes de mi vida aquí presentes.

—Guille... que te veo venir —intervino Maxi.

Este se mantenía a mi lado, cerciorándose de que hacía los ejercicios correctamente, pero no quitaba ojo a Guillermo que había empezado a sacar rosas del ramo y a pasearse por la sala para entregarlas una a una y acompañadas de un bombón.

Se acercó a Amalia y se puso de rodillas para entregarle la suya. La niña se le abrazó con tanta efusividad que ambos cayeron al suelo.

—¡Amalia! —la regañó Maxi.

«¿Habrás para mí también?»

Empezó a darme el ya conocido cosquilleo en la parte baja del estómago a medida que Guillermo se iba acercando cada vez más hacia donde yo estaba. Pero no se detuvo en mí, sino que paró frente a Maxi, se colocó la rosa entre los dientes y le hizo una reverencia exagerada.

—¿Qué haces? —preguntó este.

—Una rosha para la pershona másh importante aquí.

—¿Quieres dejar ya de hacer el tonto y quitarte eso de la boca?

No quería reconocerlo, pero Maxi estaba aguantándose la risa que amenazaba con brotar de su garganta. Sin embargo, hacía un gran esfuerzo para mantener su pose seria mientras recogía la rosa.

—Y ahora...

Se giró hacia mí y clavó sus ojos en los míos.

—No se puede dejar al mejor burro sin manta —cuchicheó Maxi.

—Shh, calla. Vas a estropear el momento —apuntó Amalia.

Guillermo miró de reojo a Maxi con una promesa de venganza. Después volvió a mí, sacó una rosa y me la tendió.

—No pienses que me voy a olvidar de ti.

—Gracias.

La cogí y me la llevé a la nariz. Olía a rosa, y levemente a limón. Más aún cuando se acercó a mi oído y susurró:

—Será la primera de muchas.

Me acercó un bombón a la boca y la abrí en un acto reflejo. Observó el movimiento de mi boca saboreando el chocolate, luego levantó de nuevo la vista, me guiñó un ojo y después siguió como si nada. Repartió el resto de rosas mientras yo intentaba concentrarme en seguir con los ejercicios.

Me sentí especial y quise que esa promesa se hiciera realidad. Por primera vez en mucho tiempo no me aterraba pensar en el futuro. No me aterraba pensar en el amor.

Entonces desperté, confundida. Me froté los ojos y me incorporé en la cama. Alcé la mano a tientas hacia la mesita de noche en busca del teléfono móvil para ver la hora, pero me topé con otra cosa. Encendí la luz y un jarrón con agua y una sola rosa me sorprendió sobre la mesita.

Amor.

¿Había sido un sueño? ¿Había sido real?

Y es extraño. Vivir en mi propia piel esos sentimientos de los que estoy harta de leer y oír. Sentimientos que ahora no sé si alguna vez he sentido. Sentimientos que me hacen cuestionarme constantemente. Sentimientos que me hacen pensar en el amor.

Pero ¿qué es el amor?

Si buscamos la palabra en el diccionario, este lo define como «sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser». Es decir, que no solo lo define como un sentimiento, sino que nos hace a los humanos incompletos. Quiero profundizar en lo segundo, pero empecemos por lo de «sentimiento».

A veces tendemos a confundirlo con «emoción». Pero debemos diferenciar, si hablamos de forma más analítica, que el cerebro del ser humano comprende tan solo un número de emociones básicas. Dependiendo de a quién preguntes o dónde lo busques, el número varía. Pero yo me voy a quedar con estas seis, que aparecen en una película animada bastante famosa: alegría, tristeza, miedo, ira, asco y sorpresa. Y el resto de las cosas que sentimos son una mezcla de las emociones mencionadas. Ergo: sentimientos.

Sin embargo, la forma en que las personas percibimos las emociones o las transformamos en sentimientos es completamente personal, y es una percepción basada en nuestras experiencias y creencias.

Viene a ser algo parecido a la felicidad. A cada persona habrá una serie de cosas que le harán feliz, que a otra pueden no parecerle así o no hacerle sentir de igual forma. No hay una respuesta correcta ni una verdad absoluta, siempre y cuando no se haga daño a nadie.

Y aquí entra el juego el amor.

En esos últimos meses me había planteado mucho la definición de esta palabra que tanto mueve al mundo. Se habla de dinero y de otros intereses, pero lo que muchos no se dan cuenta es de que el principal motor es ese amor.

Para algunas personas puede significar lo más importante de sus vidas. Ese sentimiento que experimentas cuando conoces a alguien, te enamoras y lo quieres todo con esa persona. Para el resto de tu vida. Pero a veces los planes no salen como uno pensaba y acaban quitándote a ese

«amor de tu vida». Entonces ¿qué?

Si volvemos a la definición previa de «amor», encontramos que lo plasma como aquello que solo nos completa cuando al fin encontramos ese vacío que todos tenemos por naturaleza. Solo entonces seremos plenos. Esa media naranja de la que tanto se habla es vital.

Y pienso mucho en la conversación que tuve con Guillermo la primera vez que paseamos junto al mar, y en lo poco que me gusta esa definición. Pienso en cómo las personas pasan por nuestra vida y absolutamente todas dejan huella. Está en nuestra mano decidir cuáles pasan y cuáles no. Pero no cuáles se quedan. O cuánto se quedan. Eso ya es cosa de ambos.

¿Y cuando ese amor no es correspondido? ¿Nos hemos enamorado de la persona? ¿O quizás es el potencial o las expectativas lo que nos han traicionado? Quizás hemos comprendido mal ciertas señales que nosotros percibimos como amorosas, y que la otra persona entiende como algo cotidiano.

¿Y cuando lo que nosotros entendemos como «amor» no es lo que la otra persona entiende por lo mismo?

Porque el amor son sentimientos, son acciones y son detalles que, a veces, no son tangibles, pero que están ahí. Y cuando miras a esa persona a los ojos y se te hincha el pecho de algo que no sabes qué es, pero lo que tienes claro es que en ese momento lo último que quieres hacer es separarte de esa persona. Que quieres estar ahí en los buenos y en los malos momentos, para cuidarlos el uno al otro, para confortarlos, para comprenderlos. Y cuando existan dudas, el otro estará ahí para reafirmar ese «te quiero».

El amor es llevar a esa persona al trabajo en coche aunque te desvíes de tu camino para ahorrarle los cuarenta minutos de transporte público en pleno verano, preparar su comida favorita y tenerla lista para cuando llegue de trabajar, acercarte a darle un beso sin pretexto alguno mientras estudia en otra habitación y luego irte porque sabes que necesita soledad en ese momento. Pero también marcharte de su lado cuando necesita crecer y no puede hacerlo a tu lado, o saber cuándo abandonar ese lugar por tu bien, porque el amor no solo va hacia afuera, sino también hacia una misma.

Para mí eso es amor.

Y no importa cuántas veces te enamores, cada una será diferente a la otra. Porque el amor se crea a partir de las personas que se aman, no de tu sola percepción del sentimiento.

Así que lo que tengo claro es que a partir de ahora voy a establecer mis barreras, de lo que sí quiero y no quiero en una relación. Lo que estoy dispuesta a tolerar y lo que no quiero porque no me hace bien o no me es suficiente. Y si necesito una persona que se alegre de mis logros y me recuerde lo orgulloso que está de mí, buscaré a una persona así y solo me quedaré cuando la haya encontrado. Y si necesito una persona que me coja de la mano por la calle, me acaricie en la cama y me bese cada mañana, solo me conformaré cuando la encuentre.

Y puede que ya la haya encontrado.

¿En qué momento se ha convertido esto en un libro de psicología? ¿No era una novela de ficción romántica?

Aquel no era el primer día que Guillermo aparecía para ayudar con la reforma de Bonaire. Marcos y yo íbamos sacando todos los huecos que podíamos para dedicarle, aunque fueran un par de horas, al local. Y Guillermo, la semana anterior, se las había arreglado para presentarse allí sin avisar y justo a tiempo de comenzar.

Apareció por la puerta con aire despreocupado, como si lo único que tuviera que hacer en el día era estar allí. Como mi cuñado y yo estábamos en la parte de atrás, yo sí lo vi entrar, pero él a nosotros no. Se quitó la chaqueta mirando las paredes a su alrededor. Después se subió lentamente las mangas de la camisa y se pasó una mano por el pelo con intención de domarlo.

—¿Hola?

Marcos levantó la cabeza y la giró en dirección a la voz. Se me adelantó y salió cruzando al otro lado del mostrador delante de mí.

—Marcos —se presentó este levantando la mano, que el otro sacudió sin dudarlo—. Nos conocimos justo aquí arriba, cuando Mar y tú estabais...

—Guillermo —contestó este—. Sí, lo recuerdo. Un placer al fin conocerte de manera oficial.

—¿Qué haces aquí? —pregunté yo.

—Buenos días, Mar. ¿Qué tal? Yo bien. Gracias por preguntar. —Levanté una ceja, inquiriendo una respuesta a mi pregunta. Él soltó una carcajada—. Vengo a ayudar. Obviamente.

—¿No estás cansado de trabajar?

—No cuando se trata de ayudarte a ti. —Me dedicó su tan característico guiño.

—Buena respuesta. Me gusta este chico —me dijo Marcos, señalando al susodicho.

Genial. Iban a ser buenos amigos y eso me ponía a mí en medio.

De nuevo.

Y desde aquel día, cada vez que Guillermo tenía un descanso del hospital, lo aprovechaba para ayudar. Poco a poco me iba sintiendo más cómoda teniéndolo allí, interactuando con toda mi familia que iba y venía, y tonteando conmigo.

Sí, tonteando. Y yo me dejaba hacer y recogía piropos con una sonrisa y las mejillas sonrosadas.

Al principio eran solo un par de guiños aquí o allí. Después empezaron los roces de manos cuando intentaba quitarme de encima una caja pesada que hacía que mi cojera fuese más pronunciada. Su excusa era que aún estaba curando y era peligroso esforzarme demasiado.

—¿De qué te ríes? —pregunté rodillo en mano.

Estábamos dándole una capa de pintura a todo el local.

—Te has manchado.

Guillermo me miraba divertido, mientras también deslizaba la brocha por las esquinas.

—Tú también.

—¿Dónde?

Dejé el rodillo en el cubo y, sin que se diera cuenta, deslicé el dedo índice por el borde y después lo dirigí hacia su mejilla.

—Aquí —dije a la vez que le manchaba la piel pecosa.

Me miró con ojos muy abiertos y se mordió los labios, planeando su venganza. Pero me había olvidado de que estábamos rodeados de toda mi familia, niños incluidos, y la broma no se quedó tan solo en un tonto solo de nosotros dos. Ni siquiera nos dio tiempo a procesar lo que estaba ocurriendo cuando nos encontramos a Oliver y a Lidia robando dos brochas sueltas y llenas de pintura, corriendo hacia nosotros.

—¡AAAAAAH! —gritaban al unísono.

Lo vi ocurrir todo a cámara lenta. Lidia vino a por mí y consiguió mancharme los tobillos y los bajos de los pantalones. Pero Oliver arremetió contra Guillermo con todas sus fuerzas. Escaló la escalera de mano y se lanzó hacia este que lo recibió con los brazos abiertos para evitar que se cayera. El niño aprovechó para pintarle la cara, el cuello y todo lo que pilló a su paso. Guillermo cerró los ojos y arrugó la nariz intentando salvarse sin éxito.

—¡Niños! ¡Parad! —Estos obedecieron a Nines en un segundo, pero el daño ya estaba hecho.

—No me lo puedo creer —dijo Marcos cubriéndose la boca con las manos.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Eso creo. Aunque mi ropa no puede decir lo mismo.

—Lo siento muchísimo. No sé qué mosca les habrá picado. No suelen hacer cosas como estas.

—No te preocupes, Nines. Son niños y solo estaban jugando.

No parecía molesto. Al contrario, intentaba quitarle hierro al asunto con su sonrisa perenne.

—¿Por qué no subes arriba y te duchas? Mar, acompáñalo y le dejás algo de ropa de Álvaro —propuso Marcos.

—Pero, aún hay que terminar aquí.

—Ya lo hacemos nosotros. Venga, subid. Antes de que se seque la pintura y no os la podáis sacar de encima. Pero no vayáis con las manos vacías. Tú sí, Mar. Guillermo, ayúdame con estas dos cajas de aquí.

Este obedeció sin rechistar, cogió una de las cajas y puso rumbo hacia la buhardilla seguido de Marcos. Al verlos subir cajas por las escaleras tuve un *déjà vu* y me sobrevino un sentimiento de añoranza, recordando a Álvaro y a Marcos ayudándome con las cajas muchos años atrás. Se repetía la misma historia, solo que con diferentes personajes.

—Hacemos un buen equipo tú y yo —le dijo a Guillermo.

—Pues sí.

—Por cierto, este espacio podría servir en un futuro de almacén —añadió Marcos al dejar la caja en el suelo.

—Cariño —se oyó a mi hermana desde abajo—, no la presiones. Aún es pronto.

Me di cuenta de que mi familia seguía pendiente de mí y de los avances que iba teniendo. También se habían dado cuenta de que seguía sin ser capaz de pisar nuestro piso más de cinco meses después del accidente.

Una sombra apareció sobre nuestras cabezas.

—Lo siento, Mar. Siempre me voy de la lengua.

Le dediqué una sonrisa triste, incapaz de responder. Este se dirigió hacia abajo y nos dejó a Guillermo y a mí a solas.

—¿Me das una toalla?

—Eh, sí. Claro.

Se metió en el baño, pero dejó la puerta entornada. Se oía cómo la ropa rozaba su piel mientras se desvestía y yo estaba al otro lado imaginando la escena con cada detalle. ¿Estaba siendo maleducada? Quizás debía dejarlo solo y bajar, porque eso empezaba a rozar la línea de perversión.

—¿Mar?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—¿Por qué lo preguntas?

Se abrió el grifo y seguí imaginándome a Guillermo bajo el agua que le caía en cascada por

la espalda llena de lunares, y descendía recorriendo cada resquicio de su cuerpo. En lugar de huir, decidí sentarme apoyando la espalda en la pared junto a la puerta, viendo salir el vapor de agua por el hueco de la puerta y aceptando la situación.

—¿Responder una pregunta con otra pregunta? Vamos, puedes hacerlo mejor. Sabes a lo que me refiero.

Suspiré. Lo sabía.

—No lo sé. Supongo que a grandes rasgos sí estoy bien.

—Ya te lo dije. Si necesitas ayuda para volver a tu piso solo tienes que pedírmelo y no dudaré en ir.

Tu piso. No *vuestro* piso. Porque ya no era nuestro. Era solo mío, aunque siguieran todas las cosas de Álvaro dentro.

—¿Mar?

—¿Sí?

—¿Me prepararás ahora alguno de esos pasteles tuyos tan ricos? Creo que me los merezco después de un día de duro trabajo.

Me reí.

—Si no me queda más remedio...

—Gracias —dijo con tono cantarín.

Se cerró el grifo de la ducha y se oyó cómo se corría la cortina.

—¿Mar?

—¿Sí?

—Me gusta mucho pasar tiempo contigo. Y me encanta verte con tu familia. Te hacen bien.

Se estaba introduciendo en mi rutina y cada vez lo veía más y más. Tanto que me había acostumbrado a su presencia y lo echaba de menos el día que no nos veíamos. ¿Era eso malo? Pero era agradable. Me sentía ilusionada y feliz. Me sentía yo de nuevo.

—A mí también me gusta cuando me haces visitas sorpresas.

La puerta del baño se abrió por completo y salió tapado tan solo con una toalla alrededor de la cintura. Las gotas de agua se deslizaban vientre abajo y se perdían en ese sitio en el cuál me prohibía pensar.

Tragué saliva.

—Ah, ¿sí? Pues no lo parece.

Me levanté y lo miré, habiendo olvidado de qué hablábamos.

—¿El qué?

—Que te guste tenerme por aquí.

Me dedicó uno de sus guiños. Después dio un paso hacia adelante, acercándose hacia mí de forma peligrosa.

—Guillermo... no podemos. Están todos esperando abajo. ¿Qué van a pensar de nosotros?

—¿Qué quieres que piensen?

—No lo sé.

—Déjales que piensen lo que quieran. No son ellos quienes me importan. Me importa lo que pienses tú sobre nosotros.

Se me cortó la respiración con sus palabras.

Levantó la mano y paseó el dedo índice por mi cuello, descendiendo lentamente hacia abajo, hasta que se topó con la cadena que llevaba los anillos. No habíamos vuelto a estar solos desde que ocurrió aquello en su fiesta de cumpleaños. Y, de nuevo, los anillos iban a volver a estropear el momento. En un intento de evitar su mirada, avergonzada, agaché la cabeza y desvié la vista

hacia el suelo. Pero no me dejó. Me sujetó la barbilla y elevó de nuevo mi cabeza.

—Mar...

—¡Mar! —ambos giramos bruscamente la cabeza hacia el sonido que provenía de abajo—. Hija, date prisa que vamos a pedir ya la cena.

Era mi madre, que probablemente estaba haciéndose la idea errónea de la situación y estaba intentando alejarme.

—Voy a darte algo de ropa.

Me dirigí hacia el armario donde seguramente habría algo antiguo de Álvaro. Siempre se iba olvidando cosas por todos los sitios adonde iba.

—¿Puedo quedarme a cenar? —preguntó con cautela.

Cogí la primera camiseta que encontré y se la lancé para que se la colocara mientras daba con los pantalones. Cuando me giré, me topé con el logo de una conocida banda de rock decorando la tela.

Tragué con dificultad y parpadeé rápidamente. Le dediqué una sonrisa fingida.

—Siempre.

—Aún no hemos hablado de tu hermana.

Caí en la cuenta de que se refería al hecho de que iba a ser madre por tercera vez. Yo no se lo había dicho. Pero claro que Patricia sabía que Nines estaba embarazada. Compartíamos psicóloga, al fin y al cabo.

—Me alegro por ella —respondí de manera escueta.

—Lo sé. Eres su hermana y te conozco lo suficiente como para saber que estás feliz por ella. Pero ¿qué hay de ti?

—¿De mí?

Me recliné en mi sillón de terciopelo. Ella imitó el movimiento.

—¿Cómo llevas que tu hermana vuelva a quedarse embarazada cuando tú no has podido?

Uf.

¿Era esto una nueva forma de terapia? ¿Meter el dedo en la llaga y removerlo para desenterrar el trauma de manera más rápida y eficaz?

—Gracias por la aclaración.

—Lo siento si he sonado brusca. Pero creo que necesitas un empujoncito para desahogarte.

—Al principio fue duro —Carraspeé, tragándome el nudo que me dificultaba respirar—. Lloré, no te voy a mentir. Cuando me dieron la noticia y los vi a todos saltando de alegría...

—¿Qué sentiste? ¿Qué fue lo primero que se te pasó por la cabeza cuando lo supiste?

—«Qué injusta es la vida».

Patricia asintió y tomó algunas notas en su cuaderno.

—¿Entiendes que la vida no actúa de ninguna manera? Es decir, no va a favor de unos o en contra de otros. No es ni justa ni injusta. Simplemente, la vida nos pasa a unos y a otros de forma diferente. No es un castigo, Mar.

—Lo sé.

Me costaba aceptar aquel pensamiento, pero en el fondo de mi ser sabía que era cierto. No existía ninguna fuerza que conspirase en mi contra para que los de mi alrededor vivieran

felizmente las cosas que para mí era imposible experimentar.

—Y ¿qué es lo que piensas ahora? Después de trabajar estos meses en ti y en los pensamientos negativos que te acechan.

—Tengo muchas ganas de conocer a ese bebé. Y de volver a ser tía.

—Eso es muy bueno. Son pensamientos honestos.

Asentí.

—El problema es que es todo demasiado bueno.

—¿A qué te refieres?

Lo sabía. Se avecinaba algo malo. Tenía un presentimiento.

—No me gusta cuando las cosas parecen ir tan bien. Eso quiere decir que va a ocurrir algo negativo.

—¿Qué otras cosas buenas han ocurrido recientemente en tu vida?

Me puse a pensar en todo lo que habían pasado en las semanas anteriores. En mis reflexiones y decisiones con respecto a Guillermo, en aceptar ciertos sentimientos que antes me negaba. En lo olvidado que tenía a Álvaro.

—Creo que me estoy enamorando de Guillermo —confesé.

Decirlo en voz alta lo hacía mucho más real.

—Vaya —dijo sorprendida—. No me esperaba esta confesión. Enhorabuena —¿Por qué me felicitaba?—. Dime qué te ha hecho dar el paso de aceptar ese sentimiento.

—Creo que me hace feliz. Pienso mucho en él. Me transmite paz. No sé si son razones suficientes, pero creo que dejarme llevar podría ser un buen comienzo.

—Todas las razones son válidas. Entonces, ¿por qué crees que algo va a pasar? Según tengo entendido, él te corresponde.

¿Se había ido Nines de la lengua y le había contado más de lo debido en una de sus sesiones? ¿O lo había deducido ella sola?

—Tengo un mal presentimiento. Va a pasar algo malo —repetí.

—Claro que algo malo va a pasar. La vida es un balance de cosas «buenas» y cosas «malas» —Gesticuló unas comillas al aire con las manos—. Sin embargo, es el equilibrio lo importante. Cuando estés viviendo algo bueno, no dejes que un día malo lo eche todo a perder. Necesitas encontrar las herramientas necesarias para saber sobrellevar lo negativo, colocarlo en una balanza y ver que no pesa más que lo positivo.

Puede que tuviese razón.

—Y ahora, Mar, quiero que hagamos una terapia un poco diferente. Quiero que nos centremos en ti y dejemos de lado a Nines, a Guillermo y a Álvaro. Ahora mismo solo estás tú. Ven por aquí.

Se levantó de su asiento y me indicó que la siguiera. Se detuvo frente a un espejo de gran tamaño que me reflejaba el cuerpo entero. Me colocó en su lugar y ella se apartó. El reflejo solo me devolvía mi imagen.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté confundida.

—Dime qué ves.

—Pues... Me veo a mí. Con un pelo diferente al que suelo llevar. Con un jersey y unos vaqueros holgados.

—¿Qué más? Intenta mirar más allá.

Dejé de mover la vista de arriba hacia abajo, y me miré a los ojos. Algo que Patricia había insistido en varias ocasiones que hiciera al hablar con alguien. Me observé de manera más

profunda y recordé el día en el que llegué a casa con los ojos manchados de lágrimas y los labios enrojecidos por los besos de Guillermo. Aquel día también me había observado.

—Veo a una mujer.

—Una mujer fuerte —apuntó.

—Sí, quizás.

—No. Nada de «quizás». Eres fuerte, Mar. Mira por todo lo que has pasado y hasta donde has llegado con apenas unos rasguños y sin rendirte ni una sola vez. Aduénate de la palabra.

—Veo a una mujer fuerte —rectifiqué—. Una mujer que ha sufrido durante muchos años y que no ha sido feliz, aunque creyera serlo. Al menos no de manera completa.

—Eso es. Sigue. Dile lo que sientes de verla llegar hasta donde ha llegado.

—Estoy orgullosa —Se me quebró la voz—. Por dejarte sentir de nuevo y por aceptar que está bien dolerse por alguien que te ha hecho sufrir. —Las lágrimas saladas manchaban mis labios.

—Mar —Patricia se unió a mí en el espejo—. Quiero que sepas que, aunque no necesitas la validación de nadie, ni siquiera la mía, yo también estoy muy orgullosa de ver hasta dónde has llegado. Continúa —indicó.

—Estoy orgullosa de que al fin hayas cogido las riendas de tu vida. De que hayas aceptado qué te gusta y qué quieres. Mírate, eres toda una mujer de negocios, que solo se necesita a ella para resurgir de las cenizas. Estás viva, Mar. Estás más viva que nunca —concluí.

Patricia me miraba con orgullo.

No sé por qué, pero sentí la necesidad de abrazarla. Así que lo hice. Como si en lugar de mi psicóloga fuese una amiga. La abracé y ella me devolvió ese abrazo. Me rodeó hasta reposar las palmas de las manos en mi espalda y acariciarme de manera reconfortante.

Cuando nos separamos, volví a mirar hacia el espejo. Los anillos reflectaban la luz del sol que entraba por las ventanas y me molestaban a la vista. Alcé las manos y desabroché la cadena que los mantenía pegados a mi pecho. Los sostuve en la palma de la mano, pensativa.

—Y ya es hora de que me despida de estos.

Fue como si me quitase un peso de encima. Era raro y a la vez liberador dejar de sentir la cadena alrededor del cuello y los anillos descansando en mi pecho.

Cuando llegué a casa, busqué una caja vacía y los metí dentro. La guardé en un cajón y la puse al fondo, con la intención de olvidarme de dónde estaba y evitar la tentación de volver a colgármelos.

Capítulo 29

Él

Mar:

Creo que estoy preparada.

Sabía exactamente a lo que se refería. Y no iba a perder ni un solo segundo. No quería que se lo pensara y acabase por echarse atrás. Así que aceleré el paso hasta que acabé corriendo los últimos metros hasta el coche.

Acababa de terminar el turno en el hospital. No había sido un turno tan largo como se habituaba en mi horario y lo agradecía. Estaba saliendo por las puertas del edificio cuando recibí el mensaje. Así que no tardé en responder.

Yo:

Voy de camino.

Dejé el coche aparcado en la puerta de Bonaire. Podría sernos útil si teníamos que vaciar cajas y cajas de objetos olvidados. Cuando me acerqué a la puerta, esta se abrió antes de llamar yo al timbre. Mar me esperaba ya preparada para salir, retorciéndose nerviosa las manos.

—¿Estás preparada?

—Sí. Creo que ya es hora de que hagamos esto.

—Está bien —Señalé el coche y me siguió—. Pero si necesitas parar en algún momento, dímelo. Y nos marchamos de allí si es lo que necesitas.

Entró silenciosamente en el coche, se abrochó el cinturón y sus manos volvieron a retorcerse, jugueteando con los bordes asimétricos de sus uñas y algún que otro padraastro. Comenzó también a mover la pierna inquieta. Coloqué la mano sobre esta para detenerla. El calor de su cuerpo impactó con el frío de la palma de la mano. Pero fue suficiente para que dejase de moverla y me mirase con ojos grandes y asustados.

—Dime la dirección.

Comenzó a indicarme hasta que llegamos a su anterior bloque de pisos. Así que ahí es donde vivía con Álvaro cuando este estaba vivo. Ese apartamento que, según me había explicado Mar, tenía que vaciar porque no podía permitirse pagarlo. Si no estaba viviendo en él, era hora de vaciarlo, donar lo que no tuviera utilidad y recoger lo que quedase de ella para devolverlo a la buhardilla.

Debía de llevar meses sin poner un pie en el interior. Iba a ser una tarde difícil. No podía ni siquiera comenzar a imaginar lo que tenía que estar pasando Mar en ese mismo instante. ¿Qué recuerdos le traería? ¿Era buena idea que él la estuviera acompañando? Quizás era algo que

debía de hacer sola, o con Marcos.

—¿Qué vas a hacer al final con el piso?

El ascensor subía lentamente planta por planta. Estábamos a punto de llegar y la tensión se podía cortar. Quise hacer la pregunta por si había cambiado de idea, se había arrepentido o tenía otra cosa en mente. Uno no piensa lo mismo cuando enfrenta sus demonios desde la distancia, a cuando los tiene justo en frente y respira el mismo aliento que ellos.

—Venderlo. Necesito el dinero. La reforma de Bonaire no ha sido grande, pero no deja de ser un recorte en la cuenta del banco. Necesito tener un colchón de ahorros por si las cosas no salen bien. ¿Y si ahora que yo soy la dueña de la pastelería no van las cosas como pensaba? ¿Y si mi madre es la única que tiene mano? ¿Y si la pierdo? Es mucha presión. Lleva muchos años en la familia, pasando de generación en generación.

—Lo vas a hacer genial. Estoy seguro de ello.

—No puedes saberlo. No has probado nada hecho por mí. Al final es siempre mi madre la que lo acaba preparando.

—Todavía tenemos tiempo de que me hornees algo rico.

Sacó las llaves y comenzó a buscar la correcta que encajaba en la cerradura.

—Sí, claro —balbuceó—. Además, esta ya no es mi casa. No es mi hogar —añadió, volviendo al tema.

—¿Cuál es tu hogar entonces? ¿Dónde te sientes como en casa?

Se quedó un rato pensativa, sin recoger el valor de girar la llave en la cerradura.

—No lo sé. Supongo que algún día lo descubriré.

Y abrió la puerta.

No tenía ni idea de qué esperar, o con qué me iba a encontrar. Lo primero que me sobrevino fue olor a dulce. Olor a Mar y a vainilla. A sus manos amasando cientos de pasteles. Tantos habían debido de ser, que el olor permanecía tras meses sin ser habitado.

—¿Lo hueles? —preguntó con los ojos enrojecidos.

—Sí. Huele a ti.

Me miró extrañada.

—Pues... Sí. Un poco sí.

—¿Sorprendida?

—Bastante. Pensaba que iba a oler a él. A su perfume o a su ropa limpia. Supongo que pasaba tan poco tiempo en casa y tanto tiempo trabajando o de viaje, que las paredes no llegaron a impregnarse de su olor. Y ahora ya no está.

—Eh, está bien si te apetece llorar. Te puedo prestar mi hombro y mi camiseta para que los llenes de lágrimas y mocos.

No era la primera vez.

—Qué asco. —Me golpeó cariñosamente en el brazo.

La había hecho sonreír. Y esa sonrisa había servido para darle un empujón, entrar y cerrar la puerta tras de sí. Era la respuesta que necesitaba. Comprendí que sí había sido muy buena idea acompañarla, aunque solo fuese como apoyo moral. Porque verla sonreír incluso en las adversidades más grandes era todo lo que necesitaba. Me estaba enamorando de esa sonrisa.

Y de la portadora.

Tanto era lo que sentía que empecé a tener ideas de futuro con ella. Quería hacer cosas solamente por hacerlas con ella.

—Bueno —suspiró—, vamos a ponernos manos a la obra.

Comenzamos por su habitación, ignorando las pertenencias de Álvaro y solo recogiendo su

armario y cajones. No era un apartamento excesivamente grande, con pocos huecos para guardar cosas que hacía la mudanza mucho más fácil y rápida. En un par de horas teníamos todo lo que había que llevar a la buhardilla y lo que se descartaba.

—Voy a llamar a Marcos. Creo que hace falta que esté él aquí para revisar las cosas de Álvaro. Es posible que quiera quedarse algo.

—¿Eran muy cercanos?

—Eran mejores amigos, casi como hermanos. Fueron amigos antes que cuñados, y eso fue lo que los unió aún más. Marcos tenía algo especial con él, un vínculo imposible de explicar. ¿Sabes? —Levanté las cejas para hacerle ver que estaba escuchando, pero no me atrevía a interrumpir—. Los dos lo conocimos en una mudanza. Fue una situación muy parecida a esta, diría yo. O no. No lo sé. No me hagas caso, creo que estoy divagando. Todo esto es mucho para mi cerebro.

Añadió una corta carcajada, pero con desgana. No sentía la risa realmente. Iba a añadir algo cuando Marcos llamó a la puerta y la conversación se quedó en el aire. Nos saludamos y nos pusimos manos a la obra rápidamente. Estaba serio y se mantenía hermético mientras revolvía toda la ropa y efectos personales de su cuñado. No fue hasta que nos movimos de habitación y salieron fotos de los cajones que ambos se ablandaron.

—¿Estás bien? —preguntó a su cuñada.

Pareció pensarlo y entonces, aguantando las lágrimas casi de manera imposible, dijo las palabras más duras que alguna vez he escuchado decir a alguien.

—Dios mío. Qué muerte tan lenta y angustiosa es esta. No se la deseo a nadie. Ni siquiera a mi mayor enemigo. Todos los recuerdos que hicimos juntos, los lugares a los que fuimos, los recuerdos que grabamos... Puf, se han esfumado. Y solo quedan en papel. Y lo que queda atrás es un vacío que me hace desear que alguien me arranque los ojos para no tener que ver estos recuerdos. Aunque eso signifique hacerme daño físico. Probablemente duela menos que lo que siento al volver a abrir esta herida que creía ya curada.

Marcos la abrazó y yo di un paso hacia atrás. Sentía que no era lugar para mí y que estaba invadiendo un espacio personal. Quise mantenerme al margen, a pesar de querer ser yo el que la consolase. Quería ser los brazos que rodearan su cintura y los dedos que limpiasen esas lágrimas.

—Te prometo que cada día dolerá menos. Y en algún momento serás capaz de mirar estas fotos sin llorar. Hasta entonces, voy a estar aquí cada vez que lo necesites. Sabes que puedes pedir mi ayuda cuando quieras.

Apretó aún más el abrazo al oír los sollozos que Mar camuflaba contra la camisa de Marcos.

—Te lo prometo —repitió.

Mar asintió varias veces y, poco a poco, se fue calmando hasta que se tranquilizó lo suficiente como para despegarse. Se limpió la cara con la palma de las manos y volvió a seguir con la mudanza.

Tras otro par de horas y un montón de cajas que iban a llenar el coche hasta arriba, dejamos el piso prácticamente listo. Los muebles iban a quedarse para la venta, así que no había que hacer mucho más allí. Lo imprescindible ya lo llevábamos.

—Venga, vamos a llevar todo esto a la buhardilla. Os invito a unas pizzas. Voy a llamar a Nines para que venga también con los niños.

—No sé si debería. Yo no... —No era momento de acompañarlos. Yo no era de la familia. Era hora de marcharme.

—Tonterías —dijo Mar.

—Eso mismo. Tonterías —coincidió Marcos—. Tú te vienes y así te cobras una parte de la

mano de obra gratuita que has proporcionado aquí y en la pastelería. Y encima sin pedir nada a cambio y recién salido de horas y horas de trabajo en el hospital.

—No es necesario que me cobre nada. Ya sabes que no lo hago a disgusto.

—Lo sé.

La mirada de Marcos me decía que sabía el motivo tras mis acciones. No lo hacía buscando una recompensa, o ganarme puesto en algún sitio de la familia. Lo hacía por Mar. Porque quería ayudarla a resurgir de las cenizas. Quería formar parte de aquello.

—¿Vamos?

Me había quedado absorto en mis pensamientos y ellos ya iban cargados de cajas de camino al ascensor.

—Sí, voy.

No me quedó más remedio que aceptar.

—Qué alegría verte de nuevo por aquí, Guillermo —comentó Nines—. Me estoy acostumbrando a tu presencia y me gusta. Le haces bien a Mar. —Esto último lo dijo en un susurro para que solo yo pudiera oírlo.

Ella tan festiva como siempre. Embarazada y con tacones y falda de tubo. Toda una mujer de negocios que parecía recién salida de cualquier comedia romántica estadounidense, con una protagonista neoyorquina. Solo necesitaba unas gafas de vista con forma de ojos de gata. Me gustaba su forma de ser. Tenía un aura muy pura y alegre que le convenía a Mar.

—¡Nines! —la regañó su hermana.

—¡Emo! —dijo la pequeña que aún no era capaz de pronunciar mi nombre.

—Parece que alguien ya te ha bautizado.

Lidia era tan mona. Con los ojos característicos de su madre y su tía, y con la cara redonda y mofletuda. Tanto ella como su hermano compartían los mismos rasgos, aunque Oliver tenía más cara de niño y menos de bebé que su hermana. Me sorprendió lo abiertos que habían sido al verme, aunque no fuese la primera vez, sin un ápice de vergüenza como el que suelen tener la mayoría de los niños cuando se topan con desconocidos. Supongo que era un rasgo que habían heredado de su madre.

—Aquí están las pizzas —anunció Marcos entrando en la zona del salón donde todos esperábamos sentados en círculo en el suelo. Colocó las cajas de cartón en el centro y comenzamos a coger trozos variados. Mi primero fue de la pizza con piña.

—Pensaba que eras vegetariano. ¿Eso no lleva queso? —preguntó Marcos.

—Soy vegetariano, no vegano —dije riendo—. No como carne de animal, pero sí productos procedentes de estos.

—¿Y qué tiene que ver que seas vegetariano con que seas el raro de las pizzas de piña? La fruta no está relacionada con tu orientación alimenticia. ¿Qué te ha hecho la piña para que quieras torturarla en el horno y sobre una masa? —añadió Mar.

Solté una carcajada. Los niños me miraban divertidos y los adultos miraban a Mar con la boca abierta, no esperando aquella broma que buscaba picarme. Nuestra relación estaba avanzando hacia un lugar en concreto y no me daba cuenta de cuánto habíamos cambiado desde que nos habíamos conocido. No era hasta que nos comportábamos así delante de otras personas

que me percataba de que realmente Mar era otra.

Me disponía a responder con alguna salida inteligente, pero me quedé embobado mirándola. Tenía una ceja levantada y se mordía los labios para no reírse, aunque parecía estar a punto de estallar. Me miraba a mí y solo a mí. No escuchaba los comentarios del resto de los allí presentes. Tampoco parecía haberse arrepentido de decir aquello. Sino que estaba muy orgullosa de su comentario y no se avergonzaba ni se arrepentía de mostrar hacia mí algo más. Los días de tonto habían dado su resultado. Su seguridad en sí misma era rebosante.

—¡Ejem! —Ambos nos giramos hacia la voz. Nos habíamos desvanecido sin quererlo, o sin pensarlo—. Decía que cuándo te habías hecho vegetariano —preguntó Marcos.

—Hace unos años. En la universidad —aclaré—. Cuando tuvimos que practicar los puntos en pieles de cerdos y diseccionamos órganos de animales.

—Pero te dedicas a cortar carne y huesos.

—Arreglo y curo cuerpos humanos. Es difícil de explicar. No creo que pueda haceros entenderlo. Solo lo hago por motivos puramente médicos. Y me gusta, no voy a mentiros.

—Y eso hizo que empezaras a comer solo verduras —añadió Mar.

—¿Qué tienes en contra de las verduras? ¿Qué te han hecho?

—Saben muy mal.

—¿Sabes? Eso no es de muy buena educación hacia ellas. Las pobres no tienen culpa. Niños —Señalé a Oliver y Lidia—, no escuchéis a vuestra tía. Las verduras son muy buenas y saben aún mejor.

—No te preocupes, Guillermo. A nosotros nos gustan mucho. Papá las cocina muy bien.

—Papá cocina —dijo la pequeña.

—Pues claro que sí —añadió el padre. A cocinero no me gana nadie. Si no fuera escritor, tendría un restaurante digno de cinco estrellas Michelin.

—Las cinco estrellas son en los hoteles.

—Y en la comida.

—Que no, cariño.

—Que sí, cielo —continuó Nines.

—No.

—Sí, papá. Lo vi el otro día en la tele.

—Que no, hijo. Seguro que es en otro país...

Mar me miró con ojos divertidos y mordiéndose el labio. Yo le dediqué uno de mis guiños y acerqué mi mano a la suya bajo la mesa. Moví ligeramente el meñique hasta que rozó con el suyo. Y, en lugar de retirarlo, me devolvió la pequeña caricia.

Cuánto me alegraba de haberme unido a la noche de pizzas.

Capítulo 30

Él

—No me mates, por favor. Pero tengo una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa? —preguntó con cautela.

«De las que acaban o muy bien o muy mal».

—¿Confías en mí?

—¿Debería?

Seguía apoyada en el marco de la puerta, mientras yo esperaba ansioso frente a ella, retorciéndome las manos tras la espalda. No sabía cómo decírselo.

—Si algo me ha enseñado esta vida es a no confiar en la palabra de un médico. Y pedir siempre una segunda opinión.

—Guillermo, tú eres médico.

—Exacto —Le dediqué un guiño—. Y por eso deberías confiar en mí y en la segunda opinión de Maxi. Bueno, y en varias más —añadí pensativo.

—¿Cuáles más?

—La de tu hermana, la de tu madre...

—Excepto la mía.

—Excepto la tuya. Se trata de una sorpresa, al fin y al cabo.

—Guillermo... —Quiso sonar seria, pero no pudo evitar la sonrisa que se le coló.

—Vamos, confía en mí.

Cogí su mano y tiré de ella.

—Vale, sí —añadió finalmente, mirando la unión de nuestras manos—. Confiaré en ti.

—Menos mal —Hice como si me limpiase la frente de sudor—. Por un momento pensé que iba a tener que cancelarlo todo.

—Así que, ¿no me vas a decir dónde vamos? —Señaló mi coche, esperando en doble fila a su respuesta.

—Aún no.

—Espera que me cambio de ropa. ¿Qué me pongo?

—Algo cómodo.

Haber tenido que pedir tantos permisos me había hecho plantearme si mi idea era realmente descabellada. La situación había sido algo así:

—Maxi, tengo algo que preguntarte.

Este se encontraba de espaldas y se puso rígido al escuchar mi voz. No se giró para responderme.

—Sea lo que sea, la respuesta es: no.

—Venga, Maxi. Es algo importante.

—Guille, no me jodas.

Solo él me llamaba así. Parecía un tipo duro, pero en el fondo me tenía un cariño especial.

—No es por mí. Es por Mar.

Esto sí captó su atención y entonces se giró para mirarme.

—¿Cómo de peligroso sería, hipotéticamente hablando, que Mar se tirase en paracaídas?

—Tiene miedo a las alturas. Y ha sobrevivido a un jodido accidente de avión.

—De eso se trata. De ayudarla a superarlo.

—Estás hablando de una terapia de choque, diría yo. Es una locura.

—Pero dejando el factor mental a un lado. ¿Cómo de peligroso sería para sus daños físicos?

Maxi cogió aire, consternado, y lo soltó en un fuerte suspiro. Sabía que no le quedaba más remedio que responderme de manera honesta, porque yo no me iba a dar por vencido.

—No debería de haber ningún problema —Sonreí aliviado—. Siempre y cuando —recalcó—, el impacto del aterrizaje no lo reciba ella, sino el instructor o el acompañante. O quien quiera que vaya con ella. Porque no puede ir sola.

—Tranquilo. No va sola.

—Y tú no puedes ser su acompañante.

—Y yo no voy a ser su acompañante —repetí—. Lo será alguien que sepa del tema. ¿Te crees que yo me tiro todas las semanas o qué?

Me miró con cara de querer asesinarme por sacar la ironía en un momento como este.

—¿Entonces tengo tu permiso? —me aseguré.

—A esto no es a lo que me refería cuando te dije que cuidaras de ella —farfulló.

Porque sí, me había dado la típica charla de «como le hagas daño a mi hija te mato», solo que cambiando hija por paciente.

—¿Sí o no?

—¡Sí! Lo tienes —Levanté el puño en señal de victoria—. Y ahora déjame tranquilo. Suficientes preocupaciones tengo yo ya encima, como para que añadas una más.

Y con Nines:

—Te va a matar —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

¿Me iba a matar y ella sonreía? No tenía mucho sentido.

—¿Tú crees?

—Sí. Pero no te preocupes. La conozco bien y sé que te lo va a agradecer después.

—¿Estás segura? Me estoy arrepintiendo un poco de esto.

—Que sí. Mar nunca ha tenido miedo a las alturas. Es más un... ¿mecanismo de supervivencia? Su miedo iba más relacionado con morir por culpa de dicha altura.

—Diría que eso es lo que se considera «miedo a las alturas».

—Bah, tonterías. Propónselo y pasadlo bien.

Y con su madre:

—¿Estás loco? ¿Pero cómo os vais a tirar desde ahí arriba? ¡Os vais a matar!

Iba a ser complicado derrotar al final boss.

—Carmen, no va a pasar nada. Está todo hablado. Tengo permiso de los médicos. Además, los profesionales que llevan la empresa tienen muy buenas reseñas.

—Pero, ¿y si...?

—Carmen —repetí cogiéndola de las manos para evitar que siguiera haciendo aspavientos—, todo va a salir bien. ¿Puedes confiar en mí?

—No lo sé.

—Prometo que solo quiero lo mejor para tu hija. No quiero hacerla daño.

—A veces no necesitas querer hacerle daño para hacérselo —sentenció.

Llevaba razón. Pero yo no era así. Yo no era como Álvaro. Lo último que se me pasaba por la cabeza era traicionarla una vez la tuviera para mí.

—Por favor—imploré—. Solo te pido una oportunidad. Y si la cago, te prometo que desapareceré de vuestras vidas.

—Bueno... pero tened mucho cuidado por favor.

—Más que nunca.

Al final había sido más fácil de lo que hubiera imaginado.

¿No?

—¡TE VOY A MATAR!

Intentaba consolarme con que el hecho de que me estuviera gritando porque con el ruido de las hélices no se oía nada, no por el enfado en sí.

—Quizás la gravedad hace su trabajo antes que tú
—dijo uno de los monitores.

—Tío, no es momento para bromas —le espeté.

No tenía ni idea de cómo había conseguido decirle cuál era la sorpresa. Tampoco cómo, a pesar de las constantes negativas, se había puesto el traje, había atendido a todas las instrucciones de los allí presentes y se había subido a la avioneta. Quizás Nines había tenido razón.

Los preparativos ya estaban hechos. Cada uno de nosotros se hallaba atado a un instructor a nuestra espalda. Estábamos sentados, uno frente al otro, esperando alcanzar la altura debida para poder saltar.

Estaba nervioso. Eso no voy a negarlo. Pero mis intentos por consolar a Mar eran más fuertes que mi propio miedo.

—De un uno a un diez, ¿cuántos segundos vas a tardar en matarme en cuanto aterricemos?

—Estás loco. ¡Loco! ¿A quién se le ocurren sorpresas así? —giró la cabeza hacia su instructor—. La última vez que subí a un avión, este se estrelló y casi muero.

El instructor puso los ojos como platos y me miró, cuestionando él también mi cordura con respecto a la sorpresa.

—¡Dos minutos! —anunció el piloto.

Mar comenzó a negar con la cabeza. Se tapó la cara con las manos, pero no la dejé que se encerrase en sí misma. Me incliné para dejarle la cara al descubierto y sostener sus manos entre las mías, acariciándolas.

—Mírame. Así es. Sabes que en el fondo necesitas hacer esto. Sino no habrías llegado hasta aquí. Así que ahora nos vamos a levantar y vamos a tirarnos al vacío y a experimentar una de las experiencias más locas de nuestras vidas. ¿Estás conmigo?

—Tengo...

—¿Miedo?

—¿Cómo sabías que iba a decir eso?

—Tenía una corazonada.

—¡ARG! Vale, sí. Ya sé que soy predecible.

Me reí recordando el mismo momento varias veces en el pasado.

—Y también sé que tienes muchos miedos.

—¿Muchos? Eso no es verdad.

—Miedo al mar, a los aviones o a volar, a las agujas, a las verduras...

—¡No me dan miedo las verduras!

—Sí que te dan.

—No me dan.

Se cruzó de brazos. Parecía una niña pequeña con una pataleta.

—Puedes decirlo sin miedo. A mí me gustas igual.

Me miró con los ojos entrecerrados. Había conseguido distraerla y ni siquiera se había dado cuenta de que ya estábamos de pie y estaban abriendo la puerta.

—Te prometo que no te va a pasar nada. Aún te quedan dos tercios de vida por vivir y quiero que siga así.

—¿Dos tercios? ¿Te crees que voy a sobrepasar los cien años?

—Absolutamente.

—¿Estáis preparados?

La miré y asentí lentamente. Ella tardó unos segundos más, pero también lo hizo. Y saltamos. Saltamos al vacío.

Y lo hicimos gritando de miedo, pero también de felicidad. De vértigo. De libertad. De adrenalina. Gritamos para dejarlo salir todo. Para desahogarnos y para que nos oyera todo el mundo que estábamos superando una barrera más.

Y debo decir que Mar parecía tener mucha más confianza que yo en el momento, pues empezó a gritar y a reír, mientras yo estaba *un poquito* cagado de miedo, hablando mal y pronto. Pero todo eso se iba al mirarla y ver cómo estaba pasando uno de los mejores momentos de su vida. Jamás la había visto tan despreocupada. Empecé a dudar si el cosquilleo de mi vientre era por la caída al vacío o por algo más.

Cuando quise mirar hacia abajo, estábamos muy cerca del suelo y a punto de tocar tierra. Se me había pasado volando, nunca mejor dicho. Estuve pendiente de que el instructor seguía las indicaciones que yo le había dado para mantener la seguridad física de Mar. No podía dejar que Maxi me matase.

El vuelo terminó en cuanto mis pies tocaron tierra y se me doblaron las piernas de manera automática. Estaba un poco mareado y todo me daba vueltas.

—Sería buena idea que os quedaseis unos minutos sentados. Si sois primerizos en esto, puede que no os respondan las piernas, o incluso que vomitéis —indicó el instructor.

—Gracias —conseguí responder casi sin aliento.

Mar seguía sentada en el suelo, respirando hondo e intentando calmar el chute de adrenalina. Los instructores empezaron a desabrochar las cuerdas y los arneses que nos unían a ellos para dejarnos más libertad de movimiento. En el mismo instante en el que Mar quedó libre, se levantó y comenzó a caminar en mi dirección. Yo la imité.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —pregunté. Aunque por la sonrisa que intentaba esconder, sabía que la respuesta era que sí.

Sin embargo, en vez de responderme, Mar siguió caminando decidida hacia mí. Sin intención de parar. Casi parecía que me iba a hacer un placaje. Así que cambié de postura y me preparé para el golpe. Pero este no llegó. En su lugar, Mar me agarró de las mejillas, me atrajo hacia ella y me besó de manera decidida. Sin dudarlo ni un segundo. La adrenalina que aún me corría por las venas se incrementó y le devolví aquel beso de manera profunda.

La atraje aún más hacia mí y enredé nuestras lenguas en aquel beso, escuchando silbidos y vítores de los instructores de fondo. Sentí miedo de que el beso parase, de que Mar no me mirase y volviese a salir corriendo. De que se arrepintiera. Así que lo prolongué tanto como pude. Hasta

que uno de los dos tuvo que separarse para coger aire. Y ella no huyó, sino que me miró con lágrimas en los ojos y me rodeó con los brazos.

—Supongo que eso es un sí —dije.

—Cállate y abrázame.

Me reí.

—Qué mandona, ¿no?

Lo habíamos hecho. Habíamos hecho mucho más que saltar en paracaídas. Tantas cosas superadas en esos meses. ¿Cuánto tiempo hacía desde que la había visto yaciendo en coma en esa cama solitaria del hospital?

Siete meses.

—Quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, Mar —confesé besándole la cabeza.

—Yo también.

—¿Orgullosa de mí? —bromeé.

—No, tonto. Orgullosa de mí misma. —Se rio contra mi pecho.

Inspiré y percibí su olor dulce tan característico.

—Hueles tan bien que podría comerte.

—No me quejaría si lo hicieras.

¿Cómo?

Me despegué de golpe y la miré a los ojos.

—Tienes el pelo hecho un desastre —añadió.

Yo seguía pensando en sus otras palabras. Mi pelo me importaba un comino. Mar me había besado, y después había confesado que no le importaba si ocurría algo más. Porque era eso lo que se leía entre líneas, ¿verdad? ¿Era yo el que estaba haciéndose ilusiones falsas?

Volví a abrazarla. Y sentí su corazón latiendo a toda prisa.

—Se te va a salir el corazón del pecho.

—El tuyo también va muy rápido.

—Es que estoy nervioso —confesé.

—¿Por qué?

Era ahora o nunca. Dicen que el que no arriesga no gana. Pues yo estaba a punto de jugármela a todo o nada.

—¿Quieres venir a casa? —pregunté con cautela.

Volvió a rodearme con los brazos y apoyó la barbilla en mi pecho para poder mirarme. Me dedicó una sonrisa como la del gato Chesire de *Alicia en el país de las maravillas*, enseñándome todos los dientes.

—Sí, vamos a tu casa.

Lo dijo decidida y con más valentía de la que yo tenía en ese momento.

Capítulo 31

Él

En el trayecto de camino a mi apartamento la tensión se podía cortar con un cuchillo. Ninguno de los dos abrió la boca, ambos nerviosos, pero con ganas por lo que estaba a punto de pasar. Un completo silencio en el que el más mínimo aletear de las alas de una mariposa se podía oír. Quería tener un buen presentimiento sobre ello, y creer que no iba a haber ningún tipo de arrepentimiento. Al menos por mi parte sabía que no lo habría.

Pero ¿y si ella volvía a echarse atrás?

Mantenía la vista en la carretera, conduciendo a una velocidad moderada, sin prisas por llegar. Aproveché la parada en un semáforo en rojo para armarme de valor y extender la mano con la palma hacia arriba en dirección hacia Mar. No la miraba a ella, miraba la mano, pero de reojo vi como ella giró la cabeza y, casi sin dudarlo, extendió también su mano y la entrelazó con la mía. Sonreí ante el gesto tan simple, pero tan íntimo a la vez. Levanté la vista y la encontré ya devolviéndome la mirada, con una sonrisa gemela en la boca.

El semáforo cambió a verde y en lugar de soltar su mano, cambié de marcha con la izquierda y después conduje tan solo con una mano. ¿Peligroso? No lo creo. ¿Imprudente? Quizás un poco. ¿Perfecto? Definitivamente. Así que continué conduciendo de esa forma, negándome a soltar su mano. Seguíamos en silencio, pero no hacía falta decir nada porque en esa conexión había muchas cosas que no era necesario expresar con palabras.

Unos minutos después, entrábamos en el aparcamiento subterráneo del edificio. Me debatí entre salir o no del coche, e incluso pensé en una forma de salir sin separarnos, pero no me quedé más remedio que despegar nuestras manos una vez que apagué el motor y, finalmente, salimos. La goma de las zapatillas deportivas resonaba en el suelo del garaje. Al llegar a la puerta, la sostuve para que pasara ella delante de mí. Me permití, por esa vez, recrearme en cómo se le ajustaban los vaqueros al cuerpo. No podía esperar a verla sin ellos. Me lo había imaginado suficientes veces a solas.

Al llegar al ascensor, fui yo el que le dio al botón. Me apoyé en un extremo del arco de la puerta y ella lo hizo en el otro. Estábamos cara a cara, tan solo separados por un metro de aire. Nos miramos a los ojos y vi cómo descendía la vista hacia mi boca. Lo supe. No pude aguantar más y lo hice. Recorté la distancia, sostuve sus mejillas y la atraje hacia mí para juntar nuestros labios. Al fin era real, estaba ocurriendo. Pero no duró mucho, pues el ding que anunciaba que el ascensor había llegado, hizo que me despegase, jadeando.

—No queremos poner a los vecinos celosos —dije con sorna.

Entró sin pensarlo. La seguí y coloqué la espalda en la pared del cubículo, mirándola profundamente. Esta vez me mantuve quieto en mi lado del ascensor, pero ella no hizo lo mismo. Se puso de puntillas y yo la ayudé descendiendo la cabeza. Nos besamos lentamente, saboreando el momento. Se despegó solo para volver a por más. Más rápido y con más ganas. Y justo

cuando estaba empezando a acostumbrarme a que los nervios dejaran de existir para dar paso a otra cosa más ardiente, el ascensor llegó a mi planta. Las puertas se abrieron lentamente. O probablemente a la misma velocidad a la que acostumbraban, pero a mí me pareció una eternidad. Necesitaba entrar en casa. Suerte que las llaves no tintinearán nerviosas por mi pulso. Indiqué con una mano que entrase y eso hizo.

—¿Quieres tomar algo? —dije cerrando la puerta tras de mí.

Mar negó con la cabeza, observándome. Se quitó el abrigo y yo lo cogí en su lugar, intentando mantener las manos ocupadas con algo que no fuese inapropiado.

Se adentró en el salón en dirección al ventanal que cubría toda la pared, observando todo a su alrededor como si fuese su primera vez en mi apartamento. Yo coloqué su abrigo y mi chaqueta en el perchero. Después me acerqué con paso decidido, intentando librarme de cualquier duda. Se hallaba de espaldas a mí. Podía acostumbrarme a tenerla allí conmigo, haciendo del apartamento frío y vacío un hogar. Supongo que estaba sintiendo cosas más serias de lo que nunca me había planteado. Y me gustaba.

El pelo le colgaba suelto por la espalda que mantenía rígida, a pesar de los besos anteriores. Estaba tan nerviosa como yo. El intento por romper el hielo no había hecho más que rasgar la capa de fuera. Quedaba una última barrera. ¿Tendría dudas? ¿Acabaría huyendo de nuevo? No podía culparla si lo hacía.

—¿Te gustan las vistas? —pregunté para bajar la tensión del ambiente. Los besos en el ascensor habían quedado tan atrás en el tiempo que en lugar de minutos parecían haber pasado horas. Sin embargo, su respuesta fue la de girarse y abalanzarse contra mi boca sin un atisbo de duda. Automáticamente, mis manos fueron a la parte baja de su espalda. Las suyas me agarraban la camiseta con fuerza.

Vale. La huida quedaba descartada. Podía dejarme llevar sin miedo.

Le agarré las manos y me separé de golpe. La observé y supe que era lo que ella quería. Me quité las gafas y las lancé con la esperanza de que cayeran en el sofá u otro lugar seguro. Aunque la idea de tener que comprarme otro par no me molestaba si el porqué era tener a Mar entre mis sábanas.

Sujetándola aún por una de sus manos y mirándola a los ojos, tiré de ella en dirección al dormitorio. Pero ella no se movió. Y ahí estaba, ese atisbo de duda. Respiré hondo y supe que había sido bonito mientras había durado. Tendría que haberla saboreado aún más antes de llevarla a mi cama. Tocarla, aunque por encima de la ropa no fuese suficiente para mí.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Esas eran las primeras palabras que salían de su boca, ¿y quería cerciorarse de si yo estaba seguro? Jamás había estado tan seguro de algo en mi vida. Dios, me moría por sentir lo que era estar dentro de ella, por oírla gemir de placer, por ver su cara mientras lo hacíamos.

—Vaya. No hacía falta que fueras tan específico.

—Mierda.

Había dicho todo eso en voz alta. Al menos, mirándolo por el lado bueno, había merecido la pena hacerle saber lo que quería, sin lugar a duda. También el verla sonrojarse de aquella forma. ¿Hasta dónde llegaba ese rubor? ¿Bajaría por su cuello hasta llegar a sus pechos?

Cerré los ojos y volví a respirar hondo.

—Sí, estoy seguro —dije esta vez—. ¿Estás tú segura?

—Más de lo que lo he estado nunca.

Y eso fue lo único que hizo falta para que ella me siguiera hacia la habitación.

Ella

Estaba nerviosa. ¿Y si no era capaz de hacerlo? ¿Y si volvía a sentir la necesidad de huir? ¿Podría desnudarme libremente frente a Guillermo sin sentirme cohibida? No era la primera vez que me iba a ver, pero algo con respecto a esta situación se me antojaba diferente.

Una vez en la habitación me senté con cautela en el colchón y comencé a quitarme los zapatos. Él hizo lo mismo, en el lado contrario de la cama. Sin embargo, cuando terminó, rodeó el colchón hasta colocarse frente a mí. Yo retrocedí hasta que quedé por completo tumbada sobre la cama, mientras él gateaba por encima de mí. Comencé a temblar levemente y él se percató.

—Hace frío. Deja que encienda la calefacción.

Empezaba a anochecer y se hacía cada vez más difícil diferenciar las sombras. Pensé en que de aquella forma me iba a ser posible ocultarme, pero Guillermo no pareció pensárselo dos veces cuando encendió la luz. Lo miré perpleja.

—No me quiero perder ni un solo centímetro de ti, Mar. A menos que prefieras que apague. Esta vez te lo dejaría pasar.

No iba a huir. No me iba a esconder. Iba a encontrar el valor suficiente para hacer las cosas como quería. Iba a ser capaz. Estaba cansada de que todo el mundo me tratase como si fuera de cristal y me fuese a romper. De tener a cualquiera de mi alrededor asustado de que huyera. Decidí en ese momento, ahí y entonces, que la Mar insegura se iba para no volver.

—No. Así está bien.

—Así me gusta. Colócate en el centro —ordenó.

El Guillermo inseguro se había marchado. Y ahí estaba el que tanto me gustaba, aquel que dejaba su lado inocente para comenzar a dar órdenes.

Comenzó quitándose el jersey, que lo dejó solo con una camiseta separándolo de la desnudez del torso. Después volvió a centrarse en mí. Sentí una de sus manos subiéndome por la pierna, acariciándome a través de los vaqueros. No se detuvo cuando llegó al borde de mi sudadera y comenzó a explorar mi piel. Un escalofrío me recorrió la columna.

—Lo siento. Todavía tengo las manos frías.

Hizo amago de retirarla, pero yo la cogí para que volviera a ponerla en su lugar. Coloqué su otra mano en mi vientre. No me importaban sus manos frías, me recordaban que estaba viva y que podía sentir todo aquello por cada milímetro de mi piel.

—No me importa. No dejes de tocarme, por favor.

Lo tomó como una invitación para seguir explorando. Sus manos no tenían rumbo fijo, vagaban de un lado a otro, dejando cosquilleos por el camino. Me agarré a su pelo necesitando sostenerme en algún lado y decidí quedarme así porque el sonido que salió de su garganta me gustó. Descendió la cabeza para volver a besarme y perdí la noción del tiempo. No sé cuánto tiempo pasamos así, besándonos y tocándonos sobre la ropa, hasta que noté una dureza contra mi pierna, que se rozaba casi por instinto y supe que era hora de dar otro paso.

Lo sujeté de las mejillas para apartarlo y mirarlo directamente a los ojos y entendió lo que quería. Tiré de su camiseta y lo ayudé a deshacerse de ella. Piel llena de pecas y un torso duro me recibió.

—No me mires así —susurró con voz grave.

Se incorporó para poder quitarme la parte de arriba y yo lo ayudé con el broche del sujetador. De repente sentía ganas de agilizar el proceso y llegar cuanto antes al asunto.

—¿Así como?

—Como si quisieras comerme. —Se detuvo abruptamente cuando dejé mis pechos al descubierto. Me esforcé por no cubrirlos ante su mirada—. Aunque quizás sea yo el que te coma a ti.

Descendió su boca hacia mi cuello y dejó un reguero de besos hacia abajo, hasta que llegó al valle donde ambos pechos se unían y se detuvo para mirarme. Sonrió como un niño pequeño con una bolsa de chuches y con la lengua recorrió el camino hasta uno de los pezones. Me trasladé en ese mismo instante al cuarto de la colada, cuando exactamente todo se fue a pique en el mismo momento en el que ese interés por mis pechos nos llevó a darnos cuenta de los anillos y de lo que realmente estaba pasando. Pero ya no los llevaba colgados. Mi torso estaba completamente desnudo.

—Mar...

—¿Qué ocurre?

¿Algo iba mal? ¿Había vuelto a cagarla?

—Me quieres matar. —Pero no se detuvo y a mi cada vez me costaba más responder, porque solo sentía un placer que hacía mucho que no recorría mi piel.

—No quiero matarte —dije con dificultad.

—Sí que quieres.

¿Por qué se centraba en hablar? Yo no podía poner en funcionamiento mi cerebro en ese momento.

—Ohh —gemí—. No quiero.

—Ajá.

Dejó lo que estaba haciendo y me besó de nuevo. Mordió mis labios como si fuesen su última cena, besando fuerte y enredando su lengua con la mía una y otra vez.

—No creo que pueda aguantar mucho más —confesó cuando besé su sonrisa.

Desenredé las manos de su pelo para bajarlas hacia el cinturón, pero los nervios hicieron de las suyas y no pude quitárselo.

—¿Me ayudas? —imploré.

Asintió.

—Métete bajo las sábanas —ordenó.

Hice lo propio y me fui quitando los pantalones, viendo que él se levantaba para hacer lo mismo. Pero no paró ahí, sino que cuando estos estuvieron en el suelo, colocó los pulgares en el elástico de los bóxers y, sin dejar de mirarme a los ojos, los bajó para quedar completamente desnudo. No pude evitar desviar la mirada hacia abajo y encontrarme con esa erección que me prometía tantas cosas.

Con un movimiento del dedo me dijo:

—La cara la tengo aquí arriba.

Se estaba riendo de mí, aprovechándose de ese corto momento de debilidad. Se rio cuando se me tintaron las mejillas de rosa, pero me negué a esconderme y levanté la cabeza, desafiándolo.

—Ah, ¿sí? ¿Y si te dejas de tonterías y te metes aquí conmigo?

—Solo si me lo pides de forma educada.

—Por favor. —Fue más una pregunta que una afirmación, pero surtió efecto.

Una vez estuvimos los dos bajo las sábanas, volvimos a enredarnos, a explorarnos, hasta que

no pudimos más.

Me aparté un segundo, algo avergonzada por lo que iba a decir.

—Lo siento, pero...

—Ni se te ocurra empezar una frase así.

Me besó para recalcar que no me estaba riñendo.

—Es que necesitamos un preservativo. No estoy tomando la píldora. Hace ya un tiempo que dejé de tomarla porque me producía cierto rechazo, y lo hablé con mi médico y me dijo que...

Puso el dedo bajo mi barbilla, deteniendo mi verborrea y obligándome a mirarlo.

—Me da igual el cómo. Lo único que quiero es estar dentro de ti. Sentirte en lo más profundo. Solo me importa eso —Nunca nadie me había hablado de esa forma y me gustaba. Mucho—. Yo tengo, no te preocupes.

Me dio un beso corto y se giró para abrir el cajón de la mesita de noche. Sin esperar un solo segundo más, se lo colocó y respiró hondo, mirándome.

—¿Preparada?

Asentí.

—Palabras, Mar. Necesito oírtelo decir.

—Sí, estoy preparada.

Se colocó en mi entrada. Estaba a punto de ocurrir. Meses de luto, de trabajo interior y de evolución que llevaban a esto. Algo tan simple como el sexo. Pero para mí era importante.

Se deslizó poco a poco y no pude evitar poner los ojos en blanco. Un escalofrío me recorrió cara poro de mi piel. Había olvidado lo que se sentía al estar en absoluta consonancia con alguien.

—Mírame.

Abrí los ojos y me esforcé por sostenerle la mirada hasta que estuvo completamente dentro. Fue entonces cuando soltó el aire de golpe, como si hubiera estado aguantando durante toda la noche. Colocó los codos a ambos lados de mi cabeza para estar más cerca de mí y juntó nuestras frentes. Salió y volvió a entrar. Esta vez fue él el que cerró los ojos. Toqué su mejilla para hacerle saber que estaba allí y estaba sintiendo lo mismo que él.

Aumentó la velocidad y rápidamente noté cómo la escasez de sexo puede hacer que en un segundo acabes subida a la nube más alta del cielo. Pensamientos intrusivos comenzaron a inundarme la cabeza. ¿Hacía cuánto que él habría estado con alguien? ¿Le estaría gustando tanto como a mí o se sentiría raro al estar con alguien mayor que él? ¿Y si no estaba a la altura?

—Vuelve a mí. No dejes de mirarme —susurró contra mi boca.

Abrí los ojos de nuevo y volví al presente, a ese orgasmo que se estaba formando en lo más bajo de mi vientre y que iba a estallar en unos segundos.

—Guillermo, me voy a...

—Lo sé.

Pero no se detuvo, sino que mantuvo el ritmo.

—Pero ¿y tú?

—Esto es para ti. Voy a hacerte llegar tantas veces como puedas. Y solo con verte saciaré todos esos deseos que llevo meses teniendo. Venga, dámelo. Déjate llevar.

Lo rodeé con las piernas y me agarré fuertemente a su espalda, pegándolo a mí y haciendo que el contacto fuese mayor. Quería que todo mi cuerpo estuviese en contacto con el suyo. Que todas las terminaciones nerviosas estuviesen alerta. Apreté las manos y clavé las uñas. Estaba allí. No podía aguantar más. Se iba a acabar demasiado pronto, pero no me estaba dejando otra opción.

—Eso es. Agárrate fuerte. Déjame marcas. Quiero sentirte. Quiero oírte.

Sus palabras hicieron que el vaso se derramase por completo. La liberación que llevaba tanto tiempo esperando, llegó. Cerré los ojos, y esta vez Guillermo me lo permitió. Me besó y siguió susurrando cosas en mi oído, pero mi cerebro no podía distinguir las palabras que su voz grave estaba formando. Y poco a poco fue ralentizando el ritmo, hasta que se detuvo al fin. Pero se negó a salir.

Empecé a sentir un cosquilleo en la cara y alcé las manos para tapármela, pero él las atrapó colocándolas en la almohada por encima de mi cabeza.

—Estás preciosa así.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

No había tenido muchas experiencias sexuales con diferentes personas en mi vida, pero sabía de buena tinta que las expresiones orgásmicas no eran precisamente bonitas.

—Ajá. Pero ¿sabes cómo estarías más bonita?

—¿Cómo?

No sé cómo lo hizo, pero me sujetó contra su cuerpo y nos giró sobre la cama hasta quedar yo sobre él, sin siquiera habernos despegado. Lo seguía sintiendo duro dentro de mí.

—Así. Me moría por verte de esta forma. No te haces una idea de cuántas veces he fantaseado con tenerte sobre mí, montándome —Me sujetó por las caderas y comenzó a moverlas de adelante hacia atrás—. Con tal espectáculo en mi cara. —Se incorporó para alcanzar un pecho con su boca.

Me acaloraba su forma de hablar sin tapujos durante un momento tan íntimo como aquel. Pero de alguna forma hacía que se me erizara el vello y quisiera más.

—¿Crees que serás capaz de darme otro?

Sabía a lo que se refería. Y no estaba segura de si iba a ser capaz. Quizás era momento de bajarme y darle placer solamente a él.

«No. Mar, céntrate. Nada de inseguridades».

—Guillermo, soy mayor que tú, pero tampoco creas que tanto —bromeé.

Se rio, pero se le cortó la respiración cuando me moví.

—Di mi nombre otra vez —imploró—. Me encanta cuando lo dices mientras follamos.

—Guillermo —gemí, avergonzada por sus palabras.

—¡Joder! Pensaba que estar contigo era la mejor sensación del mundo. Pero ¿estar dentro de ti? Dios mío, creo que he muerto y estoy en el cielo.

Así que me elevé y volví a descender sobre su erección, dándole placer a él, dándomelo a mí y disfrutando con todo aquello.

Lo estaba haciendo. Estaba con otro hombre y no me sentía culpable. Y, además, mantenía la seguridad en mí misma. Estaba disfrutando y veía en su cara cómo él tampoco se lo estaba pasando nada mal. No estaba rota. No estaba mal hecha. Todo estaba bien. Yo estaba bien. Sin remordimientos, sin comparaciones. Nada de nada. Solo éramos él y yo. Y mientras pensaba en aquello, una sonrisa se abrió paso por mi boca y Guillermo me copió. Jamás hubiera pensado que reírse durante el sexo fuese algo común y divertido. Porque me lo estaba pasando mejor de lo que hacía muchísimo tiempo que no hacía. Y...

—No te vayas. Quédate conmigo, Mar. Mírame. Estoy cerca y te siento cerca también. Vamos los dos juntos.

Capítulo 32

Ella

¿Cómo podía explicar ese sentimiento de libertad? ¿Por qué tenía esa idea preconcebida de que hacer esto con alguien que no fuese Álvaro iba a ser extraordinario, sin embargo, me sentía de lo más normal? Libre, atractiva, poderosa y... normal. En el mejor sentido de la palabra.

—Ya no hace frío, ¿eh? —Nos reímos.

Nos encontrábamos en la cama, completamente desnudos, completamente sudados y completamente destapados. Guillermo estaba boca arriba y tenía un brazo alrededor de mi cintura, mientras yo me apoyaba en su torso. Sus dedos me acariciaban la piel y trazaban un largo camino que se detuvo con el dedo índice sobre el valle de mis pechos.

—Los anillos... —susurró.

—Te has dado cuenta.

—¿Cómo no hacerlo? Eran parte de ti.

Me llevé la mano hacia el vacío que solía estar ocupado, solo para encontrarme otra mano que enredaba sus dedos con los míos.

—Ya era hora de seguir avanzando.

Me observó detenidamente antes de decir:

—Me gusta esta nueva Mar.

—Sigo siendo yo —apunté.

Tenía miedo de cambiar, pero a la vez quería hacerlo. Pero dejar de ser Mar... Eso no lo quería.

—Sigues siendo tú —coincidió.

Y lo zanjó con un beso.

Aquello era mucho más que solo sexo. En sus ojos podía ver que yo le importaba. En sus gestos y en sus palabras lo demostraba una y otra vez. En cómo seguía acariciándome. En cómo volvía a besarme cuando yo le correspondía otro beso y acabábamos en un jugueteo.

—Déjame verte en condiciones.

—Como si no me hubieras visto ya antes —bromeé.

Se separó de mí y me colocó boca arriba, mientras él se sentaba en la cama y solo... me observaba.

—Pues... estaba demasiado ocupado como para fijarme en cada detalle. Solo soy un pobre hombre, Mar. Entiéndeme.

Intentó poner cara de pena, pero fue todo un fracaso porque acabó riendo y yo con él. Sin embargo, cuando empezó a recorrerme con su mirada, me puse nerviosa. En esa posición todas mis cicatrices y marcas estaban al descubierto. Aún me costaba a mí verlas en el espejo, así que no me sentía muy cómoda con alguien viéndolas.

—¿Confías en mí?

¿Confiaba en él? Era una pregunta que ya me había hecho antes y había respondido casi sin dudarlo de forma afirmativa. Desde aquel día, mi confianza en él había aumentado. En el fondo sabía que no me iba a juzgar ni observar con ojos críticos.

—Siempre.

Comenzó a recorrer con el dedo índice las cicatrices que comenzaban en la pierna. Como si de un mapa se tratara, comenzó a interpretarlas, leyéndolas con el entrecejo arrugado. Subió poco a poco, siguiendo con las caricias. A medida que subía, la sensibilidad aumentaba. Era la parte inferior la que aún seguía algo entumecida y probablemente seguiría así para siempre. Era un recordatorio permanente de lo ocurrido.

Me fijé en cada detalle, en el vello rubio que cubría sus nudillos, llenos de pecas como cada parte de su piel. Observé las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos, resultado de noches sin dormir y del paso del tiempo. En cómo aún tenía el pelo despeinado de haber saltado en paracaídas.

Me costaba creer que eso había ocurrido hacía escasas horas.

Cuando llegó a la zona alta del muslo cambió el dedo por sus besos. Fue dejando un camino de besos húmedos que se acercaban peligrosamente a mi centro. Y cuando llegó allí me acarició con su lengua.

Gemí y despegué la espalda de la cama, estando aún demasiado sensible allí abajo. Eso solo hizo que se emocionase aún más y volviera a pasar la lengua, invadiendo un poco más mi espacio interior. Continuó con su tarea y yo decidí no rechistar, pues no recordaba la última vez que Álvaro había hecho aquello.

Álvaro.

Tenía que dejar de pensar en él mientras tenía a Guillermo solo para mí. Estaba cansada de que invadiera mis pensamientos cuando menos me lo esperaba.

—Será mejor que pare, o sino no vamos a salir nunca de esta cama —dijo aún con la boca pegada a mí y las vibraciones de su voz me hicieron temblar de gusto.

—¿Tienes prisa?

Se rio.

—La verdad es que no. Pero estaba pensando en una ducha, dormir un poco y, quizás, otra ronda entre medias.

—¿Más? Se nota que eres joven —bromeé. Ahora sí me sentía más cómoda hablando de ello.

—Mejor aprovéchate ahora que soy joven. Porque en unos años te quejarás de que no me recupero con tanta facilidad.

Estaba bromeando, pero también estaba hablando de un futuro juntos casi sin darse cuenta. Y me gustaba cómo sonaba aquello.

—Ven aquí.

Lo atraje de nuevo hacia mí y lo rodeé con las piernas, sintiendo de nuevo su erección en mi centro. Cogí una de sus manos y puse su palma contra la mía. Tenía dedos largos de pianista, uñas impolutas, manos preciosas que me habían hecho sentir tantas cosas. Pero que además me habían reparado. Y que me recargaban emocionalmente siempre que me tocaban. Necesitaba ese contacto y quizás no me hubiera dado cuenta nunca de aquello si no hubiera perdido a mi marido.

¿Es egoísta pensar que necesitas perder a alguien para saber qué quieres realmente? ¿Qué te hacía falta?

—Deberíamos ducharnos —interrumpió mi tren de pensamientos.

—Deberíamos.

Pero ninguno se movió. Seguíamos embelesados con nuestras manos.

—O... podríamos ir a por la segunda ronda.

Me reí echando la cabeza hacia atrás.

—¿De qué te ríes? —preguntó con una sonrisa que destacaba sus hoyuelos—. ¿Tú no quieres? Porque yo creo que sí. Sino explícame por qué estás tan húmeda. —Bajó una mano hasta tocar dicha parte en la que parecía no parar de pensar.

—O... podríamos ir a por la segunda ronda en la ducha.

¿Acababa yo de insinuar eso?

«Quién te ha visto y quién te ve, Mar».

—Me gusta cómo piensas. Así no solo no sudamos, sino que también nos limpiamos a la vez y ahorramos agua. Todos salimos ganando.

El tamaño de esa ducha era completamente ridículo. Tan solo el cubículo era tan grande como una habitación. Y diría que el baño al completo tenía los mismos metros cuadrados que la buhardilla. Claro que el sistema de calefacción era mucho mejor y hacía que las frías paredes de mármol del baño no se notaran. Campamos desnudos por allí sin problema hasta que nos encerramos tras la mampara de cristal. Miré a mi alrededor, observando los productos que utilizaba para la ducha. Si quieres conocer a una persona, investiga los productos que usa en el baño. Uno de los botes tenía limones dibujados y al acercarme vi que era un champú cítrico. Ahora entendía el olor a limón que Guillermo siempre desprendía y que tanto me gustaba.

—¿Te estás recogiendo el pelo en un moño?

Me cubrí la boca con la mano para evitar que viese mi sonrisa. Me parecía gracioso, pero a la vez le quedaba tan bien que llegaba a ser hasta atractivo. Siempre me habían gustado los hombres de pelo largo: Thor, Loki, *The Witcher*... (Creo que en eso muchas estamos de acuerdo).

—Pues sí. ¿Te gusta? —preguntó orgulloso. Levantó una ceja, retándome a decir algo negativo de su peinado improvisado.

—Mucho —dije riendo.

—¿Qué pasa? No te rías. No me lo puedo mojar, ya me lo he lavado esta mañana.

Con el índice y el pulgar apretados me rocé los labios de lado a lado, como si cerrase una cremallera invisible.

Abrió el grifo y rápidamente comenzó a salir agua ya caliente y a llenarse todo de vapor.

—Ven aquí. —Me tendió la mano y se la cogí sin dudar. Me abrazó por detrás, pegando mi espalda a su pecho y poniéndonos bajo la cascada de agua—. Míranos. Nuestra primera ducha —susurró en mi oído.

—Y nuestra primera vez... —titubeé sin terminar la frase.

—¿Follando? —terminó él.

—¡Guillermo! —le regañé.

—No te avergüences de lo que hemos hecho. Somos humanos con necesidades, Mar.

—Tú sigue así, que todavía te quedas con las ganas.

Se estaba burlando de mí, pero conseguía sacarme ese lado juguetón que tenía bien guardado dentro.

Apoyó la boca en mi hombro y sentí su sonrisa a través de la piel. Me agarré a sus antebrazos que se encontraban rodeándome por encima del pecho.

—¿Sabes una cosa? No puedo esperar a tener todas nuestras primeras veces juntos.

Esa frase fue la que desencadenó una batalla de besos y de ver quién era capaz de meterse antes bajo la piel del otro. Las paredes se empañaron con nuestros alientos y gemidos que

intentaban alcanzar otro orgasmo más para añadir a la lista. Y ambos acabamos empapados, el pelo de Guillermo incluido. Pero no nos importó, porque en ese instante solo éramos él y yo. Solo éramos nosotros y nada podía perturbar aquello.

Me estaba secando después de lo que había sido la ducha más larga de mi vida. Guillermo se frotaba con la toalla, pero no quitaba la mirada de la mía mientras esta secaba cada hueco húmedo de mi piel.

—Quédate a dormir.

Asentí casi sin respiración. Ya sé que no era la primera vez que dormíamos juntos y en la misma cama, pero era una situación diferente. Mientras me quedaba en mis pensamientos, Guillermo seguía observándome, casi como si quisiera decirme algo. Así que pregunté:

—¿Qué?

—Nada —Soltó una risa contenida—. Solo te miraba. Me dejas sin aliento. Eres preciosa.

Y, en lugar de avergonzarme o intentar cubrirme, decidí que era hora de aceptar que así era. Que era suficiente y mucho más que eso. Y no necesitaba oírlo porque yo ya lo sabía.

—Obvio.

Desperté con la luz natural que se colaba entre las cortinas. Abrí los ojos y me encontré con el rostro de Guillermo. Sus ojos aún cerrados, largas pestañas rubias acariciándole la piel y el reflejo dorado del sol bañándole las mejillas y acentuando las pecas que allí ya yacían.

Como si notase mi mirada puesta aún en él, abrió los ojos y pestañeó varias veces, acostumbrándose a la claridad.

—Buenos días, preciosa —dijo con la voz todavía ronca.

Se me encogieron los dedos de los pies al oírlo. Había sido real. La noche anterior no era solo producto de un maravilloso sueño del que acababa de despertar.

—Buenos días —susurré.

Me encontraba ciertamente tímida después de todo. Estaba aún haciéndome a la idea de que habíamos cruzado la línea y que no había vuelta atrás.

Me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho, donde escondí la cara y aspiré todo ese aroma a Guillermo. ¿No sería maravilloso poder guardar en un frasquito el olor de cada persona? Así podríamos tenerlo siempre que quisiéramos. De lo contrario, al pasar más tiempo juntos mi olfato se acostumbraría y dejaría de ser especial. Ni siquiera lo notaría.

De repente me rugió el estómago, interrumpiendo el momento.

—Vamos a desayunar. Aún quedan sobras de anoche.

Después de la ducha, Guillermo se había puesto su delantal de cocinero y me había hecho, como no, un plato cargado de verduras.

—¿En serio? ¿No podemos comer queso o tofu? Eso también es vegetariano.

Se cubrió las orejas como si pudiera impedir así oírme.

—No digas esas cosas. Las verduras se podrían ofender —Se dirigió al plato que tenía delante—. No la escuchéis, chicas. Sois deliciosas y perfectamente comestibles.

La risa me salió desde el estómago.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Estoy recordándoles lo mucho que valen. ¿Sabes lo buenas que son para nosotros?

—Sí que lo sé. Pero ¿por qué todo lo sano tiene que saber mal? —me quejé como una niña pequeña.

—Es cuestión de perspectiva. Tú las ves como malas, porque no has interiorizado realmente el valor que tienen. Yo sí que lo sé, por eso las miro y solo veo cosas buenas.

Creo que su conversación iba con una intención oculta, puesto que me miraba de manera atenta, queriendo que las palabras calasen en lo mas hondo.

—¿Me pasas mi ropa?

—¿Tu ropa? Creo que desapareció anoche. Lo único que tengo para ti es mi camiseta.

No me dio tiempo a rechistar. La recogió del suelo y me la lanzó, y él se dirigió al vestidor a por alguna prenda con la que cubrirse.

Mientras él se metía en la cocina, aproveché para moverme libremente por el apartamento. Hasta ahora no había tenido muchos momentos de libertad para cotillear a mi antojo. Así que me detuve en cada detalle. Desde el arte que adornaba las paredes, los jarrones de la mesa del comedor, hasta la mesita de la entrada. Allí, en un cenicero, algo brillante me llamó la atención. Desde lejos parecía un anillo, pero no fue hasta que me acerqué que me percaté de cómo era. De tamaño pequeño, parecía pertenecer a un niño. Tenía unas muescas redondas que recorrían toda la superficie plateada, la cual había dejado de brillar con el mismo ahínco hacía tiempo. Lo sostuve conmovida en la palma de la mano. Levanté el dedo meñique y probé suerte.

—Ya está listo. ¿Vamos? —Los pasos de Guillermo se acercaron por detrás—. Ah, ¿te gusta? Te lo puedes quedar si quieres.

—¿De dónde lo has sacado?

—Pues —Se rascó la barbilla—, por ahí.

—¿Dónde? —insistí.

—¿En el hospital? Creo. ¿A qué viene tanta curiosidad?

—Le pareció gracioso, pero continuó—. Si no recuerdo mal, era uno de mis primeros días por allí. Se le debió de caer a alguien, así que me lo quedé por si aparecía el dueño.

—Es mío.

—¿Cómo que tuyo? —Arrugó el entrecejo.

—Es mi anillo. Yo lo perdí. Es el anillo que mi padre nos hizo a mi hermana y a mi antes de morir. Solía girarlo alrededor del dedo cuando estaba ansiosa. Hasta que un día lo perdí. Fue el mismo día que Álvaro y yo fuimos al hospital a buscar ayuda para ser padres.

—¿Tú estuviste allí?

—Sí.

No creía en el destino, pero a veces la vida tenía una retorcida forma de juntar a dos personas.

—Yo... creo que te recuerdo.

—¿De verdad?

—Creo que sí. Me detuvisteis en el pasillo para preguntarme dónde quedaba la consulta.

—¡Sí!

Era él. Aquel médico tan joven era Guillermo.

—Supongo entonces que era mi misión encontrarlo para poder devolvértelo ahora.

—Guillermo, ¿qué probabilidades hay de que eso pase?

—añadí incrédula.

—Vaya... Siempre he sido ateo. Ya sabes, por lo de creer en la ciencia y todo eso —Movié la mano en el aire, señalando que no hacía falta elaborar más—. Pero ¿esto? Me da escalofríos solo de pensarlo.

Como suele ocurrir en las situaciones más peculiares de la vida, me dio la risa floja. Me sostuve el estómago con la mano que llevaba el anillo mientras reía. Incluso se me saltaron las lágrimas, aunque no estaba segura de si era por la risa o por otro sentimiento.

—Esto tiene que significar algo —conseguí decir.

—Puede significar lo que tú quieras. Para mí esto es una clara señal de que estabas destinada a encontrar el anillo aquí.

Se me ocurrió una locura.

—¿Y si es mi padre? ¿Y si él lo puso en tu camino entrelazando nuestros destinos?

Aquello hizo que sí que cayeran un par de lágrimas, y no de risa. Guillermo levantó sus pulgares para limpiarlas.

—Quizás —dijo con ternura—. Estoy seguro de que si es posible influir desde el más allá, ha sido él.

—Yo también lo creo.

Nos fundimos en un abrazo revelador. Asimilando que eso que estábamos viviendo era algo que llevaba tiempo escrito y destinado a que ocurriera.

—Y ahora vamos a desayunar, que se nos enfría.

—Vamos.

Cogí su mano y entrelacé nuestros dedos, tirando de él. Guillermo se quedó un poco atrás, observándome.

—¿Sabes? Creo que ese es mi nuevo pijama favorito.

—dijo señalando su camiseta, la cual llevaba yo puesta, con nada más que la ropa interior debajo. Y acompañó el comentario con una palmada en mi culo—. Creo que no voy a lavarlo nunca más.

—Puaj, qué asco. Además, sé que mientes. Te he visto lavando y doblando cuidadosamente cada prenda que nos quitamos.

—Me declaro culpable, señorita —Levantó la mano—. Es solo un poquitín de TOC.

Nos sentamos frente a la barra de la cocina donde los platos estaban estratégicamente colocados para mantenernos cerca el uno del otro. Aun así, Guillermo giró mi silla para quedar frente a él y atrapar mis piernas dentro de las suyas. Es como si necesitásemos el contacto de manera constante.

Desvié la vista de nuevo a la melena despeinada que llevaba. Recordé el por qué no se había cortado aún el pelo y noté un pellizco en el pecho.

—Así que —Carraspeé—, te cortaste el pelo por ella.

Por Amalia.

—Sí, más o menos.

—Tienes un corazón enorme. —Se encogió de hombros. A esto no me respondió. Tan solo me observó con agradecimiento, pero como si no se lo terminase de creer él mismo—. ¿Hasta cuándo lo vas a dejar crecer?

—Hasta que llegue a treinta centímetros y pueda donarlo. Me encantaría ayudar a otras niñas como ella que se tienen que enfrentar a perder el cabello y parte de su infancia.

Me sentí tan egoísta. Llevaba toda una vida tan pendiente de mis problemas que me había olvidado de pensar en aquellas otras personas que se encontraban en situaciones mucho peores. ¿Por qué no se me había ocurrido a mí donarlo antes? No me hubiera importado.

Eso iba a cambiar.

—¿Sabes qué? Yo también quiero hacerlo.

—Gracias.

—¿Por? —pregunté confusa.

Volvió a encogerse de hombros. Retomó el desayuno y seguimos comiendo en silencio. Parecía pensativo, sabía que había algo en esa cabeza que quería decir y por eso se había quedado callado.

—¿Te apetece venir a una fiesta? —preguntó de la nada.

¿A otra? No sabía si iba a ser buena idea después de lo ocurrido en la anterior.

—¿Qué tienes tú con las fiestas?

—Te prometo que esta te va a gustar... O no —añadió pensativo.

—¿Dónde es?

—Es en un prado precioso. Y vendrías conmigo, claro está —Seguía sin saber a qué se refería, así que continuó—. Es la boda de mi hermana.

—Ah, eso...

¿Era adecuado ir a tal evento? Allí estaría toda la familia de Guillermo. Y aunque hasta Asia había insistido, aún no había confirmado la asistencia.

—No lo digas así.

Apoyó las manos en mis rodillas, haciendo que toda mi atención fuese a parar allí mismo.

—¿Así cómo?

—Como si fuese una tortura tener que ir a una boda conmigo.

—No es eso —añadí rápidamente.

No quería que se hiciera la idea equivocada. Claro que quería ir con él. El problema no era la compañía precisamente.

—¿Entonces? ¿Es que estás nerviosa?

—¿Quién? ¿Yo? ¿Nerviosa? Para nada. —Abrí mucho los ojos intentando ocultar la mentira. Solía desviar la mirada cuando no decía la verdad—. ¿Nerviosa por conocer a tus padres? ¿A toda tu familia? ¡Qué va!

Moví la mano en el aire como si espantase una mosca imaginaria.

—Mar, respira. Mírame. ¿Realmente crees que hay algún problema con eso? Yo soy al único al que tienes que gustar y es obvio que me encantas.

—¿Insinúas que no voy a gustarles?

—Tristemente y con altas probabilidades... No. Pero no por ti, sino porque no han sido ellos quiénes te han elegido, sino yo —Resoplé—. Entonces, ¿qué me dices?

—No lo sé.

—*Porfaaaaa*. Sino tendré que ir solo y estaré triste.

Puso ojos de cordero degollado y se acercó tanto que me cortó la respiración. Era imposible negarme.

—No es justo. Esto es chantaje emocional.

Me crucé de brazos.

—Eso es un sí, entonces.

—Sí. Es un sí.

—¡Bien!

Alzó el puño, victorioso.

Capítulo 33

Ella

Hoy iba a ser un día cargado de emociones.

Después de darle muchas vueltas a las cosas que me estaban sucediendo, intentando trabajar de la forma en que Patricia me había enseñado, recordé algo que había mencionado.

Verónica.

Sabía que reabrir ese capítulo era reabrir una herida que no estaba cerrada. Volver a recordar a Álvaro después de todos los avances que había conseguido hasta ahora. Sin embargo, era mejor cerrar la herida completamente curada, antes que dejarla infectada y tener que volver hacia atrás en el tiempo una y otra vez.

Dirigí el coche hacia aquel barrio residencial de alto *standing*. Aparqué justo delante de la casa de dos plantas, con tejado a dos aguas, que llevaba puesto el número cuatro justo al lado del buzón. Había tenido suerte puesto que la dirección y varios datos personales de Verónica estaban apuntados en diferentes documentos y cartas que Álvaro guardaba en una caja al fondo de su armario. Lo bueno de cuando mueres es que dejas de tener secretos, porque todos a tu alrededor tienen que encargarse de tus objetos personales. Aunque estando muerto, dudo que a nadie le pueda importar ya nada.

Me separaba tan solo una valla con rejas de metal que solo tenía que atravesar si era capaz de tocar al timbre. Pero no sabía si iba a ser capaz. ¿Cómo era posible que me hubiera tirado en paracaídas y ahora me acobardase de llamar a un mísero timbre? Había sobrevivido a un accidente de avión, por el amor de Dios. Tenía que hacerlo. No recordaba dónde, pero había leído que al cerebro hay que darle cinco segundos antes de que comience a crear pensamientos que nos harán dudar. Así que eso hice. Comencé una cuenta atrás en mi cabeza.

Cinco.

Quizás ni siquiera están en casa.

Cuatro.

¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me diga que me vaya?

Tres.

A lo mejor me reconoce por la voz y no me abre.

Dos.

¿Sería cierta la conclusión a la que había llegado mi cerebro sobre la niña?

Uno.

¿Y si me doy la vuelta?

—¿Hola?

Una figura femenina había abierto la puerta de casa y esperaba delante de ella, mirando con curiosidad, e incluso diría que con algo de miedo. Me separaban de ella unos cinco metros. Sin embargo, sabía perfectamente que la figura pertenecía a Verónica. Ella probablemente no me

reconocía desde tal distancia y se estaba preguntando qué hacía una lunática observando su jardín sin inmutarse.

—Eh... hola. —Levanté la mano a modo de saludo, intentando quitarle siniestralidad a la situación.

—¿Mar? ¿Eres tú?

—¿Me conoces? —Elevé la voz para que se me oyera en la distancia. Sentía que esos cinco metros eran mucho.

—Claro que te conozco —Miró hacia atrás con indecisión, entornó la puerta y caminó hacia mí—. Espera que te abro.

—Hola —repetí cuando ya las rejas no se interponían entre nosotras.

—¿Qué haces aquí, Mar?

—Creo que tenemos una conversación pendiente.

Cogió aire y lo soltó mirando hacia arriba.

—Está bien. Sígueme.

El calor del hogar me acogió en cuanto puse un pie dentro. Ni siquiera había cerrado aún la puerta principal, pero la calefacción y los muebles llenos de fotografías felices me dieron la bienvenida. El concepto abierto de salón, cocina y entrada era todo ventajas. Seguro que cualquier invitado envidiaba la vida de Verónica y su familia.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien.

—Sentémonos entonces.

No me atrevía a dar un paso sin que ella lo diera primero, así que esperé hasta que se dirigió hacia un sofá de cuero marrón y me indicó con un gesto que tomara asiento justo en frente, en otro sofá idéntico.

—Pues...

—Supongo que vienes por mi hija —me interrumpió.

—Así es.

—Tenía la corazonada de que tarde o temprano este día llegaría. ¿Sabes? Te odié durante mucho tiempo. Ahora ya sé que fue Álvaro quien me hizo odiarte. Y ahora que no está, no queda nada de ese sentimiento hacia ti. —Vaya. Parecía llevar tiempo con aquello dentro. Con ganas de desahogarse—. ¿A ti no te pasa?

—Sí —confesé—. La verdad es que te he odiado durante todos estos años. Y ese sentimiento persistía cuando te vi en el entierro. Después entendí que era un odio irracional. Que tú también tenías derecho a estar allí. Y desapareció completamente cuando te vi por la calle con tu hija.

—Ah, sí. Eso. No nos desviemos del tema. ¿Qué quieres saber?

—¿Todo? —pregunté dudosa—. Comencemos por lo principal. ¿Es hija de Álvaro?

Escuchó mi pregunta impasible, mirándome fijamente sin inmutarse o cambiar siquiera la respiración. Tardó unos segundos en reaccionar. Entonces cerró los ojos y asintió levemente. Una sola vez. Era suficiente.

—¿Cuándo?

—En esos meses en los que rompisteis. Prometo que, hasta donde yo sé, nunca llegó a engañarte conmigo. O viceversa. Al menos eso decía él. Aunque viendo la situación, cualquiera se cree lo que sale de su boca.

Hablaba en presente. Como si Álvaro pudiera entrar por la puerta en ese mismo momento. Como si no hubiera ocurrido nada de los últimos meses. Como si aún nos debiera una explicación.

—O sea que la niña tiene...

—Sol. Se llama sol.

—Sol —repetí en un susurro.

—Y tiene diez años.

Repetí las cuentas en mi cabeza y parecían cuadrar. Quizás era cierto que no me había engañado con Verónica, pero me había ocultado todo lo demás. Aunque...

—Espera. ¿Él lo sabía?

—Dudé mucho en si debía decírselo o no. Para cuando lo supe, él ya había vuelto contigo. No me parecía correcto arruinaros la vida con un embarazo sorpresa.

—¿Entonces?

—Lo hice. Se lo dije. Se negó a reconocer que el bebé era suyo. Hasta que nació y vio el parecido. Nunca se hizo una prueba de ADN, pero si confías en mi palabra te diré que no me acosté con nadie más —La creí—. Después de aquello, empezó a enviarme una manutención todos los meses para mantenerme callada al respecto. Nunca quise aceptar su dinero. De hecho, lo he ido guardando en una cuenta aparte para cuando Sol sea mayor de edad y lo necesite. Yo no quiero su dinero.

Nuestro dinero.

Ambos trabajábamos mucho, pero parecía que nunca teníamos suficiente como para tomarnos unas buenas vacaciones o darnos un gran capricho. Siempre me pregunté cuál era el problema y por qué no intenté buscar la raíz antes. La razón era que parte de esos ahorros estaban siendo destinados a la hija que Álvaro me ocultaba que tenía.

—Nunca se me ocurrió sospechar que era por eso por lo que faltaba dinero en nuestras cuentas.

Apoyé los brazos en las rodillas y con las manos me tapé la cara. Sentía frustración e impotencia. Quería gritarle a él. Pedirle explicaciones. Mandarlo a freír espárragos. Pero no podía. Ese era un capítulo que no iba a poder cerrar nunca de esa forma y tenía que hacerme a la idea de ello. De que tal y como estaba era el fin que merecía.

—Te lo puedo dar, si quieres. Si te hace falta —Negué con la cabeza—. Yo, por suerte, no lo necesito. Encontré al mejor marido que una mujer puede tener. Es alguien que me comprende y me cuida, sin esperar nada a cambio. Nunca tuvo dudas de mí o de mi hija. Y siempre se ha considerado su padre. A pesar de lo que puedan decir los genes.

Eso sí que era amor del puro. Del de verdad. Sin tapujos.

—Tengo otra pregunta —Volví a mirarla—. ¿Sabes si alguna vez estuvo con otra mujer?

—¿Te refieres a si nos engañó con otras? —Asentí—. No lo sé, Mar. Nunca tuve pruebas claras, pero no me hubiese extrañado. Llegué a encontrármelo de casualidad alguna que otra vez e iba sin la alianza en el dedo. Y ya estabais casados.

—Lo sé. Acostumbraba a dejarla en casa, creyendo que yo nunca me daría cuenta.

—Lo siento mucho.

Sacudí la cabeza. No era su culpa. Nada de aquello lo era. Supuse que necesitaba contarle todo lo que sabía, así que continué.

—Solía comprar susos de crema. Me hizo creer que eran sus favoritos, cuando en realidad son los tuyos.

—Lo son. Los enviaba en cada cumpleaños de Sol. Supongo que se sentía culpable en cierta manera de no estar presente en su vida.

—¡Mami! ¿Dónde estás?

El eco trajo consigo el sonido de unos pies pequeños correteando. Cada vez sonaban más

cerca y a ellos se les unió el caminar de unas pisadas más grandes.

—¡Aquí cariño! —respondió Verónica.

Me dedicó una mirada de disculpa y se levantó para recibir a su hija con los brazos abiertos.

—¿Qué haces aquí? Oh, ¿quién es esta señora?

—Cielo, te presento a Mar. Es una amiga muy muy lejana de mami.

—Hola. —Me levanté para acercarme.

Me esforcé por sonreír, pero era casi imposible al ver su mirada. Tan familiar y conocida para mí.

—Y ese que viene por ahí es mi marido Sebastián.

Era un hombre alto. Muy alto y corpulento. De hombros anchos y de piernas largas. Se colocó al lado de su mujer, con Sol en medio. Era una buena imagen familiar. Hacían buena pareja también. Parecían sacados de una revista.

—Puedes llamarme Seb —Extendió la mano—. Qué bueno ponerte cara al fin, Mar.

Aquello me pilló desprevenida.

—¿Me conoces?

—Alguna que otra vez he oído sobre ti. Siento mucho todo lo que te ha ocurrido. Me alegra ver que te vas recuperando.

—Sí —carraspeé—, gracias. Ya estoy mucho mejor.

—Bueno, y ¿no te quedas a comer?

Verónica lo miró alarmada.

—No —dije rápidamente—. Me tengo que ir ya. Pero muchas gracias por el ofrecimiento y por recibirme aquí. Siento las molestias que haya causado.

—Ninguna molestia. Eres bienvenida siempre que quieras.

—Te acompaño a la puerta —añadió Verónica.

Por el camino seguía pensando en Álvaro. En que, si me lo ocultó a mí, probablemente también a toda la familia. ¿Lo sabría Marcos? Y sus abuelos. Ellos no podían saberlo. No eran capaces de guardar secretos tan grandes como este.

Con la puerta abierta y a punto de poner un pie fuera, me volví hacia Verónica, acercándome con la intención de que solo me oyera ella.

—Sol tiene unos abuelos que se morirían por conocerla si supieran que tienen una nieta. Han perdido a su hijo. Qué menos que...

—Sol ya tiene a sus abuelos —dijo tajante.

—Creo que deberías pensártelo.

Dudó.

—¿Y si no la quieren? ¿Y si me guardan rencor? No creo que pueda soportar la carga de que la rechacen por mi culpa.

—Eso no va a ocurrir.

—No lo sé, Mar...

—Solo piénsatelo. —Le sostuve la mano y apreté fuerte. Después miré hacia el salón donde Sol jugueteaba con su padre—. Tienes mucha suerte.

—Lo sé —dijo con una sonrisa sincera y los ojos iluminados—. Espero que tú algún día encuentres la tuya.

—Ojalá. Por ahora estoy en el buen camino.

—Cuídate, Mar.

—Vosotros también.

Dejé atrás la casa y me dirigí hacia el coche, intentando no mirar atrás. Y antes de arrancar,

saqué el teléfono móvil de mi bolso y marqué el número de Marcos.

—Dime, ¿ocurre algo?

—¿Por qué iba a ocurrir nada?

—No llamas nunca, a menos que sea para una urgencia.

Quizás eso debía cambiar. Pero esa vez tenía toda la razón.

—Acabo de salir de casa de Verónica.

—¿De Verónica? La Verónica de...

—Sí. La de Álvaro.

—¿Y eso? —preguntó con cautela.

—Tiene una hija. Álvaro es el padre.

Quizás hubiera sido una mejor idea contárselo en persona. Pero el pecho me iba a explotar y necesitaba decírselo a alguien en ese mismo instante. Marcos fue la mejor opción que se me ocurrió.

—No jodas...

—¿No lo sabías?

—¿Cómo coño iba a saberlo?

—No lo sé. A ti te lo contaba todo.

—No te podría haber ocultado algo así. Antes de ser su mujer, eras mi cuñada. O más bien, mi hermana.

Eso me hizo estremecerme. Jamás hubiera pensado que era tan importante para Marcos. A veces una no se da cuenta de su valor, hasta que otras personas se lo revelan.

—Gracias, Marcos.

—¿Por qué?

—Por estar siempre ahí. Nos vemos luego y os pongo al día.

—Está bien —suspiró—. Nos vemos ahora.

Empecé a darle vueltas al anillo que de nuevo volvía a adornar mi dedo meñique. El anillo de mi padre me calmaba los nervios y me hacía resurgir, a diferencia de los anillos de Álvaro, que lo que hacían era recordarme que debía seguir estancada.

Capítulo 34

Ella

—Estoy pensando en afeitarme por completo. ¿Qué opinas?

A mí me daba igual. Estaba acostumbrada a verlo con una sombra de varios días adornándole la barbilla y mejillas. Aunque había veces que se la dejaba un poco más larga y otras más corta, nunca había llegado a verle con la cara completamente desnuda. Estaba segura de que ese hoyuelo que tenía en la barbilla sería más visible.

—Hazlo. Yo te apoyo.

—Vaya, sí que te lo has pensado poco. Cualquiera diría que no te gusta mi barba.

—Sí que me gusta. Me gustas de todas las formas.

Sonrió y me di cuenta de que había caído en su trampa. Solo buscaba que le piropease.

Guillermo y yo estábamos... ¿juntos? La verdad es que no habíamos definido nada con palabras. En ningún momento nos sentamos a hablar de lo que éramos. Sin embargo, nos comportábamos como una pareja normal y corriente. En las últimas dos semanas no habíamos conseguido hueco para volver a estar a solas, más que algún que otro achuchón aquí y allá. Él había estado trabajando muchísimo y yo intentando terminar la reforma cuanto antes. Sin embargo, en cada hueco que conseguíamos sacar, hablábamos por teléfono o nos mandábamos algún mensaje.

Y yo me encontraba como una quinceañera, nerviosa y con la risa floja cada vez que miraba la pantalla del móvil, pero leyendo el mensaje cien veces antes de enviarlo, por si acaso.

—Está bien. Entonces me la quito.

Estaba de pie frente al espejo y yo sentada sobre el lavabo, observándolo a él. Llevaba el pelo alborotado, el torso desnudo y los pantalones del pijama le colgaban bajos en la cadera. Eran unas buenas vistas después de haber pasado horas en la cama disfrutando del cuerpo del otro y teniendo decenas de charlas profundas, de esas que solo se tienen entre las sábanas, cuando estamos en un momento vulnerable y nos olvidamos del miedo de decir las cosas, a pesar de la repercusión que puedan tener.

La camisa del pijama que le faltaba a Guillermo, la llevaba yo puesta. Me quedaba lo suficientemente larga como para servir de camisión corto. Era la segunda vez que utilizaba algo suyo para dormir y se había convertido en mi pijama improvisado favorito.

—Cuéntame qué te espera mañana en el hospital.

Estábamos intentando comportarnos bien para poder irnos a la cama temprano. A Guillermo lo necesitaban en el hospital muy temprano y era mejor si lo dejábamos todo preparado antes de dormir. Habíamos incluso recogido los platos de la cena juntos, a pesar de que él había hecho de comer y me tocaba a mí la limpieza. Había negado toda ayuda, pero era imposible hacerle entrar en razón. Seguía insistiendo en que mis músculos y huesos estaban sufriendo un proceso largo de recuperación y tenían que cuidarse.

—Veamos... —Detuvo un segundo la cuchilla a unos centímetros de su cara mientras pensaba—. A primera hora tenemos una operación bastante parecida a la tuya. Tenemos un niño de doce años que tiene una pierna más corta que otra. Así que hay que romper el hueso y recomponerlo para que se reconstruya.

Me gustaba que no tuviera pelos en la lengua a la hora de hablarme de sus pacientes en el hospital. No sé si era por lo que había pasado yo personalmente en todos esos meses, o si el motivo por el que me quedaba en trance oyéndolo era por la pasión con la que lo contaba. Se notaba que era lo que realmente quería hacer con su vida. Su vocación sin duda. Y estaba orgullosa de saber que había sido capaz de acallar las voces de todos a su alrededor para hacer lo que más le gustaba.

—¿Y después?

—Hemos querido mantener el resto del día abierto. Es una cirugía larga y siempre acaban saliendo urgencias a lo largo de la mañana.

—¿Y a qué hora sales?

—No puedo asegurar nada, pero es posible que te lleve la cena a casa. Tengo ganas de verte.

—Aún sigo aquí.

Me reí.

—Pero ya sé que el día se me va a hacer muy largo sabiendo que me esperas en la buhardilla.

Detuvo la cuchilla y me dio un casto beso en los labios.

—No voy a estar esperándote. Estaré liada con la pastelería.

—Sí, pero después.

Estaba intentando buscar excusas, pero yo solo quería jugar con él. Me gustaba oírle decir lo mucho que le apetecía oír mi voz después de un largo día de trabajo. Era nuevo para mí todo aquello.

Terminó con la cuchilla y se enjuagó la cara. Se pasó las manos por la barbilla lisa y se miró un perfil y otro. Yo estaba balanceando los pies como una niña pequeña, con las manos escondidas debajo de los muslos. Terminó de mirarse y se volvió hacia mí. Detuvo el movimiento de mis piernas poniendo las manos en los muslos. Las abrió y se colocó entre ellas. Miró hacia abajo y se acercó a mi boca.

—Hola —susurró.

—Hola.

Levanté la cabeza para poder observarlo con detenimiento. Ese hoyuelo iba a llevarme a la tumba.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, saqué las manos de debajo de mis muslos y las puse en sus mejillas. Lo atraje hacia mí, saqué la lengua y lamí el hoyuelo que adornaba su barbilla.

—Me moría por hacer eso.

—Ah, ¿sí? —Me miraba perplejo—. ¿desde cuándo?

—¿Recuerdas cuando te llamé porque Oliver no paraba de vomitar?

—¿Desde entonces? —preguntó sorprendido.

—Ajá.

—Mar, tenemos que recuperar tanto tiempo perdido.

—¿Y cómo propones que...? ¡Ay!

Me agarró de la cintura y me puso justo al borde del lavabo.

—Ahora verás.

Abrió aún más mis piernas y aprovechó que me despistaba para apartarme de golpe la tela

que me cubría. Vi cómo se ponía de rodillas sin apartar los ojos de los míos. Comenzó a descender la vista hasta que se topó con lo que había desnudo entre mis piernas y tuvo la decencia de relamerse los labios. Lo miré con una ceja levantada.

—Tú sí que no sabes desde hace cuánto que me muero por saber a qué sabes.

Recordé entonces los paseos en la playa, el ritual previo a pisar la arena. Ese momento en el que él se arrodillaba frente a mí y me desataba las botas mientras me miraba desde abajo.

—¿Desde cuándo?

Me dedicó una sonrisa ladeada como si me estuviera leyendo la mente.

—Tú lo sabes bien.

Y con eso, puso su boca sobre mí. Lamió, mordisqueó y tocó a su gusto. No fue hasta que se sintió completamente satisfecho que me dejó respirar. Había perdido la cuenta de las veces que había llegado al orgasmo en escasos minutos. Era imparable.

Me quedé observando jadeante cómo volvía a ponerse de pie, limpiándose la humedad de la cara con las manos, sin borrar la sonrisa de sus labios. Parecía tan joven en ese momento, travieso. Y yo con él.

—Si sigues mirándome así, vamos a acabar en la cama.

Me levantó de una vez y colocó mis piernas alrededor de su cintura. Caminó conmigo en brazos saliendo del baño. Pensaba que iba a llevarme a la cama, pero pasó de largo el dormitorio y llegó hasta el salón. Se acercó al piano y me sentó a un extremo del banquito. Él se puso a mi lado.

—¿Quieres tocar el piano? ¿Ahora?

Era tarde. Pero qué se yo, cosas de gente rica. Las paredes debían de estar insonorizadas, o quizás no vivía nadie más en el edificio.

—Sí. Me relaja y es algo bueno ahora mismo, porque necesito dormir y voy por el camino de no pegar ojo en toda la noche.

—No me digas que eres de los que escucha música clásica en su tiempo libre.

—Pues sí. ¿Hay algo malo en eso? —preguntó enarcando una ceja.

Negué con la cabeza.

—Bien. Porque es lo que escucho cuando estoy en el quirófano.

—¿Es lo que estabas escuchando cuando...?

«¿Cuándo me arreglaste? ¿Cuándo me abriste en canal y me volviste a coser?»

Dejé la frase en el aire, con miedo a terminarla. No quería pronunciar las palabras. Guillermo asintió y comenzó a tocar sin mediar palabra. Lo agradecí.

Cerró los ojos y dejó que la melodía fluyera a través de él y hacia sus dedos largos y finos. Esos dedos que minutos antes habían estado dentro de mí. Y no me avergonzaba pensarlo. Me percaté de que aún llevaba la pulsera de cuero que le había regalado en su cumpleaños.

Y fue una sola canción suficiente para hacernos olvidar todo y entrar en un trance diferente, envolviéndonos en ese ambiente relajante que creaban sus manos.

—¿Alguna vez has tocado para alguien? —pregunté cuando terminó.

—Claro —Sentí un leve pinchazo de celos al saber que no era la única persona en haber sido testigo de aquel momento tan íntimo—. Mis padres utilizaron las clases carísimas de piano para lucirme en sus fiestas. Presumían de mi talento frente a sus amigos ricos.

—No te gustaba —afirmé.

—¿Tocar? Sí. ¿Hacerlo por ese motivo? No. Se enfadaron muchísimo cuando les dije que no iba a hacerlo más.

—Creo que me lo puedo imaginar.

Por las cosas que Guillermo me había contado de su familia y por cómo se tomaban cada decisión que no era supervisada por ellos, no hacían falta más explicaciones para creerle.

Respiró hondo y se levantó.

—¿Nos vamos a la cama? —Me tendió una mano y la acepté para levantarme.

—Despiértame mañana cuando te vayas —le pedí.

Me llevó de la mano hasta la cama, apagando todas las luces a nuestro paso.

—Es muy temprano.

—No me importa. Quiero madrugar para que me cunda la mañana. Además, quiero verte.

—Está bien. Tú ganas. Tendré que despertarte, aunque me duela en el alma —bromeó con una mano en el pecho.

—No seas teatrero —Me reí.

Había olvidado lo que era dormir con alguien a quien sabes que le importas a tu lado. Con alguien que te importa. Sin pensar demasiado en el resto de cosas. La cama era lo suficientemente grande como para albergar a cuatro personas. Sin embargo, estando solo nosotros dos, nos habíamos juntado en un extremo. Cada uno mirando hacia un lado totalmente contrario del otro, pero de alguna forma unidos a través de piernas enredadas. O abrazos inesperados en mitad de la noche, entre sueños, y sin pensarlo demasiado.

No recuerdo el momento en el que cerré los ojos y me quedé dormida, pero sí sé que cuando los abrí ya habían pasado horas y era momento de salir de la cama.

—Eh, preciosa. Despierta.

Sentí algo que me hacía cosquillas en la nariz. Abrí los ojos y vi que eran los labios de Guillermo. Se apartó para seguir vistiéndose rápidamente. Toqué las sábanas revueltas a mi lado y ya estaban frías. Llevaba un rato levantado.

—Te he preparado el desayuno. Está esperándote en la cocina.

—¿Tú no desayunas?

—No me da tiempo. Se me ha pegado la hora.

Me levanté con dificultad y me lavé la cara para desperezarme. Al entrar en la cocina me lo encontré apoyado en la encimera con una taza de café en las manos. Las gafas de pasta se le habían empañado del calor del brebaje. Me senté sin apartar la vista de él. Me había dejado un plato lleno hasta arriba de huevos revueltos, tostadas, salchichas y un cuenco de yogur con arándanos al lado.

—Esta es para ti.

Me tendió otra taza de café a mí. Era obvio que me hacía falta. Le di un sorbo y comencé a poner mermelada en las tostadas. Iba a darle el primer mordisco, cuando Guillermo se acercó, ya con el café terminado, y me robó un bocado. Después me besó en la cabeza y se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—Quédate aquí todo lo que necesites.

Oí cómo recogía las llaves y después cerraba la puerta para dejar tras de sí un silencio en el apartamento.

Solía odiar el silencio. Cuando desperté del coma, los silencios eran eternos. Si me encontraba sola no paraba de autosabotearme pensando en todo lo que había perdido y en cómo no iba a ser capaz de resurgir de las cenizas nunca. Si me encontraba acompañada, esos silencios se acompañaban de miradas lastimeras de personas que sabían lo mucho que había perdido y no tenían esperanzas en mí.

Sin embargo, los silencios ahora me gustaban. Disfrutaba del olor a café recién hecho, de la comida en mi paladar, de cómo la camisa de Guillermo se rozaba contra mi piel. Pensaba en

volver a Bonaire para terminar la reforma cuanto antes y poder hacer de nuevo lo que más me apasionaba.

Me gustaba la nueva Mar.

Capítulo 35

Ella

—Mmm, qué bien huele. Pagaría mucho dinero por despertarme así cada mañana.

—Si lo hubiera sabido antes, no lo estaría haciendo gratis —bromeo.

Eran las cinco y media de la mañana y estaba amasando. Esa noche Guillermo se había quedado a dormir conmigo en la buhardilla. Había días que dormíamos en su casa, otras veces aquí y algunas otras dormíamos separados. No teníamos una regla escrita que estipulase cuándo se hacía cuál. Pero sí que era normal encontrarme horneando aquí o allí.

De espaldas oía los pies descalzos en el suelo de la cocina acercarse hasta donde yo estaba. Unos brazos me rodearon la cintura por detrás y posó su boca sobre mi hombro.

—Huele de maravilla. Pero ¿sabes qué es aún mejor y más apetitoso?

—¿Qué? —Casi no me salía la voz.

—Tú. Tú con mi camisa y nada más debajo. Tú por la mañana haciéndome algo rico —Me di la vuelta para poder tenerlo más cerca—. ¿Dónde tengo que firmar para tener esto el resto de mi vida? —preguntó mientras intentaba poner su pelo bajo control.

Me dio un vuelco al corazón.

Aquello eran palabras mayores. Pero debía mantener la compostura y no entrar *demasiado* en pánico.

—Aquí.

Tenía las manos llenas de harina, así que me señalé la boca con el dedo índice. En apenas dos zancadas se encontraba de pie frente a mí, arrinconándome contra la encimera.

—¿Aquí? —Posó los labios en mi clavícula.

Negué con la cabeza, sintiendo sus manos deslizarse por mi cadera y acercándose a zonas peligrosas.

—¿Y aquí?

Esta vez sus labios rozaron mi mandíbula y percibí su característico olor a cítrico, el cuál ahora sabía de dónde provenía.

Volví a negar, esta vez más lentamente.

—¿Qué te parece aquí?

Me besó en la esquina de la boca.

Estaba comenzando a impacientarme. Lo que yo quería era un beso de verdad, de esos que me dejaban sin respiración y con ganas de mandarlo todo a tomar viento para acabar con él entre las sábanas.

—Ah, ya sé. Lo que tú quieres es esto.

Entonces sí que me agarró fuerte de las caderas y me atrajo hacia sí, haciéndome saber que él tenía tantas ganas como yo, pegando nuestras pelvis. Y al fin me besó. Agarré con fuerza la encimera de mármol para evitar posar las manos manchadas en cualquier otra parte, aunque me

moría por hacerlo y crear un caos en la cocina, olvidándome de todo lo demás.

Sus manos no se detuvieron ahí, sino que comenzó a moverlas, necesitando el contacto físico tanto como yo. Las bajó y supe lo que intentaba hacer. Iba a acabar sobre la encimera, mientras hacíamos cosas poco apropiadas para la cocina. Me cosquilleó el estómago ante el mero pensamiento de lo que el momento prometía.

Ring, ring, ring.

¿Un teléfono?

—¿Qué es eso? —Levantó la cabeza y miró de un lado a otro, intentando descubrir de dónde provenía.

—¡Mierda!

Rápidamente lo aparté de un empujón, llenándole el torso de harina y arrepintiéndome al segundo. El sonido provenía del horno, pero ahora me había distraído. Tenía que disculparme rápidamente o se enfadaría. No solo había hecho que se despertase antes de tiempo haciendo ruido en la cocina, sino que lo había manchado y ahora iba a tener que limpiarse.

Sin embargo, ni se percató de ello. Al ver que yo me quedaba inmóvil, con los ojos abiertos observándolo, se colocó las manoplas que había colgadas junto al frigorífico y sacó rápidamente del horno la bandeja que tenía la hornada anterior.

—¡Mar!

—Lo siento. Perdón. Ha sido sin querer.

Cerré los ojos y me mordí el labio. Oía revuelo alrededor, así que me atreví a abrir un ojo y ver que Guillermo estaba colocando la bandeja en un lugar seguro, apagando el horno y dejando las manoplas en su lugar. Después se acercó a mí, me cogió la cara entre sus manos y me miró con una sonrisa.

—¿Por qué te disculpas, cielo?

—¿Cómo? —Me sentía aún un poco aturdida. No sabía qué me había pasado.

Otro beso.

—Te has disculpado, y después te has quedado inmóvil. ¿Ocurre algo?

—Casi quemo todo eso. Y encima te he puesto perdido.

—Casi quemas *mi desayuno* —Levantó las cejas—. Y me has puesto perdido. —Se señaló.

—Lo sien...

—Shh —Me puso el dedo en los labios—. En realidad, me has hecho un favor. Ahora te va a tocar ducharte conmigo y limpiarme todo este estropicio.

Me dedicó una sonrisa ladeada y me miró con los ojos entrecerrados.

—Ah, ¿sí? —intenté devolverle con el mismo tono de voz, olvidando el pequeño lapsus que había tenido.

¿Qué había sido eso? ¿Por qué había reaccionado de esa forma? En el fondo yo misma sabía la respuesta. En el pasado, la misma situación hubiera transcurrido de manera diferente. Y yo había aprendido un mecanismo de defensa que seguía activándose automáticamente incluso meses después.

—Ajá. Pero antes quiero verte terminar lo que estabas haciendo. No me he despertado antes de que sonara la alarma para nada. Me encanta verte con las manos en la masa.

Guillermo acercó uno de los taburetes y tomó asiento. Apoyó la barbilla en la palma de la mano y se quedó observándome y esperando a que reanudase mi tarea. Así que lo hice. Me volví y seguí amasando. Después introduje el relleno con cuidado y fui cerrando cada una de las obleas a las que había dado forma. Las puse en otra bandeja y las metí en el horno, acabando con mi tarea.

—Tienes que decirme qué es lo que has hecho que huele tan bien. ¿Son empanadillas? Decidí girar las tornas y hacer lo que tanto le gustaba a él hacer conmigo.

—Ven aquí.

Cogí un paño de cocina y me acerqué a él por detrás. Se lo coloqué sobre los ojos y lo anudé.

—No sé qué pretendes, pero me gusta por donde va esto.

Me reí. No sé cómo lo hacía, pero siempre conseguía sacarme una sonrisa.

—Voy a darte de comer, a ver si te gustan las empanadillas.

—Entonces sí que son empanadillas. ¿De qué?

—Espérate, impaciente. —Partí una de ellas por la mitad y soplé asegurándome de que ya no quemaban. Después se la acerqué a la boca—. ¿Confías en mí?

—Oh, cómo se han girado las tornas.

—¿Sí o no? —inquirí.

—Siempre, Mar. No lo dudes.

Sonreí satisfecha.

—Abre —ordené.

Le dio un bocado y gimió sin siquiera haber empezado a saborear su interior.

—Dios mío. Tienes unas manos que valen oro.

—Mira quién fue a hablar...

—Son de... —Siguió masticando y moviendo la lengua de un sitio para otro, intentando averiguar los ingredientes—. ¿Mar?

—Dime.

—Confíesalo. Las empanadillas llevan verdura.

—Así es.

—Quién te ha visto y quién te ve.

Comenzó a reír. Era cierto que me había dejado influenciar por Guillermo y había comenzado a introducir elementos de su rutina en la mía. Era tan fácil que salía de manera prácticamente natural. Y tenía que confesar que, con las especias y cocción adecuadas, algunas verduras no sabían mal. Solo algunas.

—¿Puedo comer más? —preguntó.

—Claro. Toma.

Le acerqué otra y la cogió él, tomándose la libertad de seguir comiendo a su antojo.

—¿Estás practicando recetas nuevas para la gran reapertura?

—Sí, algo así. No quiero perder ni la costumbre ni la práctica —confesé.

Se acercaba el gran día. Bonaire ya estaba completamente renovada y solo hacían falta un par de toques personales para reabrirla al público. Ya teníamos fecha oficial y sería en apenas un par de días.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—Va a salir todo perfecto. A la gente le va a encantar la renovada pastelería Bonaire.

—¿Tú crees? —pregunté con miedo.

Me erguí en mi asiento, algo incómoda al pensar en qué dirían los vecinos del lavado de cara. A la gente no suelen gustarle los cambios. ¿Y si había sido todo un error?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conozco y eres capaz de hacer posible cualquier cosa que te propongas.

—Eso no es verdad.

—Mmm —Arrugó la boca, pensativo—. Ojalá pudieras verte con mis ojos.

El ambiente cambió y me di cuenta de que la conversación se estaba acercando a algo que me daba miedo. ¿Con sus ojos? ¿Qué decían sus ojos? ¿Ojos de amor? No quería pensar en esa palabra. Guillermo me hacía sentir cosas, pero me aterraba ponerle nombre a aquello. Así que hice lo que mejor se me daba: cambiar el rumbo de la conversación.

—Dudo mucho que pudiera verme con tus ojos porque todavía sigues teniéndolos vendados.

—Jaja, qué graciosa —dijo con ironía—. ¿Me puedo quitar ya esto? Voy a acabar llegando tarde y todavía nos tenemos que duchar.

—¿Nos? —Alcé las cejas.

—Sí, señorita.

Resoplé y sacudí las manos intentando sacar todo el nerviosismo de mi cuerpo.

Había llegado el día.

Estas últimas semanas habían sido para cerrar viejos capítulos y abrir otros nuevos. El tema de Álvaro y Verónica estaba cerrado. Y ahora era el momento de mirar hacia el futuro, hacia Guillermo, hacia la nueva vida creciendo en el interior de Nines y hacia la reapertura de Bonaire.

—¿Nerviosa?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? —Me arrepentí de aquellas palabras y el tono en el que lo dije tan pronto como salieron de mi boca. Sí, estaba nerviosa. Pero Marcos solo intentaba ser amable y ayudarme en todo lo posible—. Lo siento.

—No te disculpes. Lo entiendo.

Suspiré e intenté calmarme por décimo octava vez. Miré el reloj de pared y vi que quedaban tres minutos. El tic tac del segundero iba a la vez que el latido de mi corazón.

—Es hora —dije.

Rodeé el mostrador y me acerqué hasta la foto que colgaba de la pared. Bonaire había tenido un lavado de cara, pero sus orígenes seguían allí y no podía deshacerme de nuestra foto de familia, donde mi padre me observaba cada mañana preparar la apertura del día. Me besé la punta de los dedos y después toqué la cara de mi padre, sonriente.

—Un minuto —anunció Marcos, que se retorció las manos, impaciente.

El resto de la familia se encontraba repartida por el local. Nines sentada en una silla por órdenes de Marcos, los niños sentados en la escalera, observando la escena desde lo alto, y mi madre de pie junto a la puerta, esperando a que corriera las cortinas y diera la vuelta al cartel que cambiaba de «cerrado» a «abierto».

Me asomé y vi que ya se formaba una larga cola de clientes. Veía muchas caras conocidas, pero también algunas nuevas. Habíamos anunciado días atrás las novedades que esperaban a la reapertura y parecía que nuestro plan había funcionado.

—Vamos allá.

Fueron al menos dos horas de no parar. La campana de la puerta sonaba y sonaba, anunciando la llegada de otro cliente. Algunos habían decidido tomar asiento en las mesitas que habíamos colocado, tomarse un café y charlar. Otros simplemente venían a por pan y acababan llevándose las manos llenas de bandejas. Era difícil resistir la tentación de no comprar nada de lo

que allí ofrecíamos. Los mostradores siempre estaban llenos y se reponían con regularidad. Nos habíamos preparado bien para ese día. Fue una sorpresa cuando aparecieron Maxi y toda su familia de vuelta. Esta vez decidieron sentarse durante unos minutos y disfrutar de la compañía. Intenté escaquearme un rato para pasar tiempo con ellos y agradecerles la visita, pero apenas dábamos abasto.

No fue hasta que se acercó la hora de comer que al fin pudimos tomar un respiro.

La campanita volvió a sonar y esta vez trajo consigo a un cliente que ya bien conocía.

—Buenas tardes, familia.

El corazón me dio un vuelco al ver esa cabellera rubia asomar por la puerta. Había venido. Y no sin su chaqueta de cuero, la cual ya era su seña de identidad.

—¡Guille! —Los niños saludaron con efusividad.

Este fue caminando lentamente hacia mí, saludando a cada uno de los allí presentes.

—Qué pasa —saludó Marcos, chocando uno de sus puños con el del susodicho.

Guillermo mantenía una mano a la espalda, como si escondiera algo.

—Bienvenido, Guillermo —dijo mi hermana,

—Hola —acompañó mi madre con una leve sonrisa.

Y, al fin, sus ojos dieron con los míos. Y fue como si el resto del mundo desapareciera. Me guiñó un ojo y luego con un movimiento de cabeza señaló hacia el obrador. Miré alrededor, esperando el permiso.

—Ve —dijo Nines—. Nosotras te cubrimos.

Marcos abrió la boca para rechistar, pero mi hermana le dirigió una mirada aniquiladora que hizo que este no se atreviera a abrir la boca cuando esta se levantó y se colocó el delantal sobre su vientre hinchado para sustituirme.

Guillermo me siguió hasta que obtuvimos un poco de privacidad en la parte de atrás del local.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que salías más tarde.

—He salido un poco antes. Necesitaba ver a mi chica. Me han dicho que hoy era un día importante para ella.

Me atrajo con una mano hacia él y me besó. Sus labios estaban cálidos del sol de primavera que comenzaba ya a calentar las calles. No tardé en corresponder ese beso sin dudarlo. No me asustaba que mi familia estuviera en la habitación de al lado. Hacía ya muchos días que habíamos comenzado a actuar de manera más cariñosa delante de ellos. No es que hubiéramos dado ningún tipo de comunicado oficial, pero se hacían a la idea de lo que había entre nosotros. Había ocurrido de forma natural.

—Y ¿qué llevas ahí? —Intenté mirar por encima de su hombro, pero él se me adelantó y desveló el gran ramo de flores coloridas que llevaba—. ¿Para mí?

—¿Para quién sino?

—Gracias —musité.

Nunca nadie había hecho algo así por mí. Así que no sabía cómo reaccionar. Cogí lentamente el ramo y me lo acerqué. Olían de maravilla. No tenía ni idea de flores, pero podía acostumbrarme a ellas.

—Estoy muy orgulloso de ti. Pero eso no importa. Lo realmente importante aquí es que tú lo estés de ti misma. —Tocó mi pecho con el dedo índice—. ¿Lo estás?

¿Lo estaba?

Había conseguido sobrevivir a una de las mayores pérdidas de mi vida y a un accidente enorme en el que debería de haber muerto. Me había deshecho de un trabajo que no me hacía

feliz y ahora era dueña de la pastelería, haciendo cada día el trabajo de mis sueños.

Me lo pregunté de nuevo. ¿Lo estaba?

—Sí. Estoy orgullosa de mí misma.

Me cogió el ramo para dejarlo a un lado y poder acortar la distancia entre nuestros cuerpos, acercando su boca a la mía.

—Tengo una novia empresaria —susurró contra mi boca.

—¿Novia?

¿Hablábamos de etiquetas?

—Pues sí —Se alejó un poco—. A menos que no quieras serlo, claro está.

Comenzó a hacer pucheros como si fuera un niño pequeño y eso me sacó una sonrisa.

—Sí, sí que quiero —dije honestamente.

Esta vez fui yo la que lo atraje para besarlo al fin. Lo había echado de menos. Llevaba sin verlo dos días completos, desde la mañana en que había dormido conmigo en la buhardilla y habíamos desayunado empanadillas recién hechas.

—Te he echado de menos —confesó.

¿Me estaba leyendo el pensamiento?

—Yo también.

Me costaba confesar esas cosas, mucho más que a él aparentemente. Guillermo solía decir las cosas sin pensarlas, sin remordimientos. Simplemente las soltaba.

Yo aún iba con pies de plomo.

—¿Sabes algo que me haría muy feliz?

Sospechaba saber por donde iba a ir esa conversación, ya que sentía cierta parte de su anatomía rígida contra mi pierna. Pero aun así pregunté.

—¿El qué?

—Cabello de ángel —Abrí la boca para decirle que estábamos rodeados de pasteles y que muchos de ellos tenían su tan ansiado cabello de ángel, pero no me dejó hablar—. Pero sobre ti. Sobre. Cada. Parte. De. Tu. Cuerpo. —Puntualizó cada palabra con un beso, cada uno de ellos más abajo que el anterior.

—Ejem.

Ambos nos separamos de golpe, asustados por la repentina intrusión.

—Buscaos un hotel, o algo.

Era Marcos.

—Perdona, tío. Me he dejado llevar por el momento. Ya sabes, con eso de la fase «luna de miel»...

El muy osado se atrevió a guiñarle un ojo a mi cuñado.

—Tenéis cinco minutos más antes de que entren aquí las chicas. —Y con esto volvió a salir.

Miré el reloj y vi que se acercaba la hora de comer y, con ello, el cierre temporal hasta la tarde de la pastelería. Mi madre y Nines no tardarían en entrar a recoger sus cosas. Por suerte, fue Marcos el que entró primero. No hubiera sabido qué hacer si mi madre nos hubiera pillado en tal posición.

—Oye... —Guillermo parecía de repente nervioso o incluso preocupado.

—¿Pasa algo?

—Me ha contado un pajarito lo de Verónica.

—¿Quién? —inquirí.

—Marcos.

Quién si no. Se tenía que haber ido de la boca precisamente con Guillermo, sin darme lugar a

mi a contarlo.

—¿Ahora habláis a mis espaldas?

No sabía si estaba enfadada o simplemente avergonzada por no haber salido antes de mí.

—Ahora somos mejores amigos, ¿recuerdas? En fin, te quería decir que creo que estuviste en lo correcto. Y también fue valiente de tu parte.

—Gracias... Aunque siento no habértelo contado antes.

—No te preocupes. Lo entiendo. Pero de ahora en adelante me gustaría saberlo todo de ti. Sin secretos, ni reservas.

—¿Todo, todo? —pregunté con cautela.

—Quizás no todo. —Se quedó pensativo—. Pero sí lo importante y lo que te preocupe.

—¿Y si hay cosas que no te gustan?

Con el dedo en la barbilla me levantó la cabeza para poder mirarme a los ojos.

—Trabajaremos en ello. Juntos.

Era precioso vivir en esa burbuja de felicidad donde nada ni nadie podía hacerme daño nunca más.

Capítulo 36

Él

—Hay una cosilla que quizás deberías saber antes de conocer a mi familia —informé a la estancia vacía.

Mar estaba en el baño dándose los últimos retoques. Había pasado a recogerla, pero no me había dejado verla aún. Encontré la puerta de la buhardilla abierta y simplemente entré. Estaba tan nervioso por que conociera a mi familia y por contarle aquello que le había ocultado durante todos estos meses que ni siquiera oí el eco de sus tacones contra el parqué. Estaba entretenido dándole vueltas al anillo de Mar que ahora llevaba en mi dedo meñique, aunque me estaba pequeño y se quedaba en la segunda falange.

Con la mirada puesta en el suelo, observé un par de tacones plateados detenerse frente a mí. Sus manos detuvieron el movimiento nervioso de las mías. Se me cortó la respiración cuando comencé a elevar los ojos, recorriendo la pierna que se asomaba por la raja lateral del vestido. La abertura comenzaba por encima de la rodilla, pero dejaba ver la pierna que no estaba llena de cicatrices. El vestido de seda púrpura se abrazaba a cada una de las curvas de su cuerpo. Seguí subiendo y elevé la mano para acariciar el brazo que quedaba al descubierto. El otro también se encontraba oculto por una manga larga. Lo acaricié hasta llegar al cuello, donde detuve el cosquilleo.

Llevaba el pelo en un semirrecogido que dejaba las clavículas y ese largo y precioso cuello que tanto me gustaba besar al aire.

Estaba preciosa. Y yo loco por ella.

—Estás preciosa. —Tenía que decírselo. No podía guardármelo ni un solo segundo más.

Me olvidé de lo que hacía unos minutos pasaba por mi mente, de dónde teníamos que ir o qué obligaciones nos esperaban. Solo tenía ojos para ella y me apetecía descubrir qué escondía bajo el vestido.

—Tú tampoco estás nada mal.

Agarró con fuerza las solapas del esmoquin y me atrajo hacia su boca. Llevaba los labios pintados de un tono borgoña y fue imposible parar ese pensamiento de tener dicho color manchando cada rincón de mi cuerpo. Tenerla de rodillas con esos labios alrededor de...

—¿Guillermo?

—¿Qué ocurre?

—Te estaba preguntando que qué era eso que me querías contar.

Ah, claro. *Eso*.

—Verás... ¿Recuerdas que te hablé un poco de mi familia?

—Claro que me acuerdo.

—Y que no están muy contentos con cómo hago las cosas o con quién las hago.

—Me estás asustando. ¿Debería asustarme? —Arrugó el entrecejo.

—No, no. No te asustes. Es solo que...

No sabía cómo formar la frase. Tenía miedo. La conocía y sabía con certeza que ella no era de las que se interesaban en aquello. Es por eso por lo que me aterraba alejarla si le contaba la verdad.

—Guillermo, o me lo cuentas ya o me enfado.

Se cruzó de brazos como una niña pequeña. Eso me hizo sonreír.

—Está bien —«Ahora o nunca»—. Oficialmente mi primer apellido, el de mi padre, es Rodríguez. Pero a nuestra familia la conocen como los Castro Rodríguez. El apellido de mi madre va primero, puesto que ella es la creadora de la empresa.

Esperé a que procesara tal información y vi cómo su expresión iba cambiando a medida que los engranajes se movían en el interior de su cabeza.

—Tu familia es Castro Rodríguez —afirmó—. ¿Los Castro Rodríguez?

Dio un paso hacia atrás y se colocó la mano frente a la boca para ocultar su expresión de sorpresa. Y eso me aterró. No quería que se alejara. La quería más cerca, sin juzgarme y sin sacar conclusiones precipitadas.

—Así es —susurré.

—Los Castro Rodríguez dueños de la gran y conocida marca de ropa, y posterior cadena hotelera. ¿Esos Castro Rodríguez?

—Los mismos.

—Ahora entiendo tantas cosas.

Se giró sobre sí misma y comenzó a caminar hacia el ventanal. La seguí con intención de detenerla, pero bajé las manos y me contuve.

—Mar, déjame que te explique.

—¿Qué tienes que explicar? Aquí no hay nada que explicar —«¿Cómo?»—. El apartamento en el que vives, las clases de piano de pequeño, la riqueza de tu familia... Me hacía una idea, pero en la vida podría haberme imaginado que eras el hijo de Laura Castro.

Como ya había dicho antes, mi padre había tenido mucha suerte al casarse con mi madre. Digamos que en esa época necesitó cierto respaldo social por parte de mi padre para poder emprender, pero mi madre insistió en poner su apellido primero y en ser la encargada de iniciar todo aquel negocio. Había empezado como una pequeña marca de ropa de clase media, que pronto había evolucionado a prendas que solo se encontraban en los vestidores de las personas con mayor poder adquisitivo. Más tarde decidió diversificar e invertir en otros negocios y también consiguió hacerse con una enorme cadena hotelera de lujo que recorría el país y que estaba empezando a salir de las fronteras. No existía una sola persona que no conociera los apellidos Castro Rodríguez.

Asia y yo habíamos conseguido apartarnos un poco de aquella vida, aunque era casi imposible dejar el dinero de lado cuando has crecido bañándote en él. Siempre intenté ser inteligente y escoger mi camino, al igual que mi hermana. Aun así, el renombre familiar siempre me perseguía y a veces era difícil encontrar personas de confianza que no se acercasen a mí solo por los números que aparecían en mi cuenta del banco. Tenía suerte de que mi primer apellido fuese Rodríguez, algo más común. E intentaba ocultar el segundo siempre que no fuese imprescindible.

—Mar, necesito que no te enfades. Te explicaré todo lo que necesites y el por qué te lo he ocultado. Pero te prometo que no es porque desconfiase de ti.

Se giró y me sorprendió ver que se mordía los labios intentando no reír.

—Eres millonario, Guillermo. —Se carcajeó.

—¿De qué te ríes? ¿No estás enfadada?

—¿Yo? ¿Enfadada por qué?

Estaba confuso. No entendía aquella reacción. Le había estado mintiendo. Y no estaba molesta.

—Te he estado ocultando mi verdadero yo durante meses.

—¿Tu verdadero yo? Guillermo, te conozco bastante bien. En todos estos meses solo me has mostrado tu lado más real. No necesito saber que tienes una familia famosa para juzgarte de verdad. Eres un médico muy dedicado, una persona maravillosa, un hombre ideal. Te desvives por ayudar a todo el que lo necesita y has estado ahí para mí cada vez que lo he necesitado. No me hace falta más.

Durante su monólogo comenzó a avanzar hacia mí y al terminar me abrazó con ternura. Yo seguía algo impactado por su reacción. Era ella la que intentaba tranquilizarme a mí.

—Gracias —musité.

Al fin mis brazos respondieron los estímulos nerviosos de mi cerebro y rodearon su cintura para devolverle el abrazo.

—Y ahora, dime —Se separó y sonriendo dijo—: ¿Cómo de alarmada debería de estar sabiendo que voy a conocer a la gran Laura Castro?

Capítulo 37

Ella

Guillermo detuvo el coche en su lugar de estacionamiento. El trayecto en coche había ocurrido prácticamente en silencio. No me había querido desvelar demasiado sobre cómo tratar con sus padres o qué esperar de ellos. Lo único que me dijo fue:

—*Sé tú misma.*

Así que me enfoqué en eso.

Hice el amago de abrir la puerta, pero él detuvo mi mano y me indicó que esperase. Salió primero, dio la vuelta al coche y abrió mi puerta.

—Qué caballero.

Cogí la mano que me tendía para ayudarme a salir y a no matarme con los tacones que llevaba. No estaba muy acostumbrada a tanta altura, ya que a Álvaro no le gustaba que le ganase en altura, así que era algo prácticamente nuevo para mí.

No solo no me soltó la mano, sino que me dio un leve apretón. Miré nuestras manos unidas, mi anillo que ahora adornaba su dedo, y sonreí. Lo miré y ya me estaba devolviendo esa sonrisa.

—Está bien —sentenció—. Vamos allá.

La ceremonia tenía lugar en un terreno enorme y precioso. Un prado del verde más puro y con las decoraciones más bonitas y caras que había visto en mi vida. Largas filas de sillas de madera con almohadillas blancas se sucedían a ambos lados, dejando un pasillo central que terminaba en una bancada de madera donde debían sentarse los novios. Al fondo un árbol que tomaba todo el protagonismo de aquel lugar, donde el tronco parecía tener el diámetro de un edificio y cuyas raíces sobresalían y se enrevesaban con la hierba.

—Es asombroso —dije casi sin aliento.

—Lo es, ¿verdad? Asia nunca escatima en gastos.

Parecía que llegábamos con la hora justa, puesto que los invitados ya estaban todos sentados y apenas quedaban huecos. Nos acercamos discretamente por el lateral, intentando pasar desapercibidos, hasta llegar a los primeros asientos donde nos esperaban nuestras dos sillas vacías. Mantuve la mirada en el suelo todo el rato y en el momento en el que nuestros cuerpos tocaron la silla, el *Canon en re mayor* de Pachelbel comenzó a sonar y tuvimos que volver a levantarnos.

Levanté la vista un segundo y me percaté de un par de ojos que me miraban fijamente. Se trataba de una señora de cabello oscuro y corte *bob* afilado, con unos ojos característicamente del mismo color que mi acompañante y la protagonista de aquel día.

¿Era esa Laura Castro?

—Vaya. Está tan bella —señaló Guillermo.

Eso fue suficiente para olvidar aquella mirada que me taladraba de arriba hacia abajo. Me giré y vi a la novia más perfecta que había visto nunca. Nines había estado muy guapa. Yo había

estado aceptable. Pero Asia...

Guau.

Los pasos iban acompasados con la música que salía del cuarteto de cuerda que se encontraba allí presente. No faltaba ni un solo detalle. El resplandor de las sonrisas de los asistentes combinaba a la perfección con el blanco velo clásico de encaje y el vestido de escote de barco cruzado que le dejaba los hombros al aire. A medida que se acercaba al altar, los ojos se le iban enrojeciendo. Pero no apartaba la mirada de su prometido, que la esperaba junto al olmo intentando aguantar los pucheros que se le escapaban.

Me traía tantos recuerdos la escena. El pedirle a mi hermana ayuda para encontrar un vestido. Maquillarme en casa. Colocarme los tacones. Mirarme al espejo y respirar hondo. Caminar hacia el altar. Igual que en la boda de Nines. Igual que en mi boda. Y ahora en otra boda más. La de Asia.

Y en la breve distancia conseguí leer sus labios cuando se encontraron al fin:

—Guapa.

—Guapo.

Lucas rodeó la cintura de su prometida con una mano y le plantó un beso en la frente. Ella cerró los ojos, dejándose bañar por el calor de haber llegado al fin a su *hogar*.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y sorbí por la nariz. Guillermo se dio cuenta y me rodeó los hombros con el brazo, apretándome contra su cuerpo y dándome un suave beso en la sien. Cuando el oficiante nos pidió tomar asiento, Guillermo no apartó su brazo y yo coloqué la cabeza en su hombro hasta el final de la ceremonia.

A medida que la ceremonia iba llegando a su fin, por el rabillo del ojo vi que Guillermo se iba poniendo cada vez más nervioso. Coloqué mi mano sobre su rodilla para parar el temblor que este no podía controlar. Me miró en agradecimiento y yo le dediqué una sonrisa. Todo su nerviosismo era por su familia y supe que me tocaba ser a mí el pilar en el que él se pudiera apoyar. A diferencia del resto de las veces en nuestra relación. Era el momento de llevar los pantalones de una vez. No iba a dejar que un par de señores prejubilados consiguieran meterse bajo mi piel. No después de todo a lo que me había enfrentado.

Presenciamos unos votos preciosos, los «sí, quiero» y el primer beso de la pareja como matrimonio. Después volvieron a recorrer la pasarela y se fueron de la mano a solas mientras el resto de los invitados nos quedábamos allí.

Y llegó el momento que tanto estábamos temiendo.

Guillermo se levantó y yo con él. Entrelacé nuestros dedos y le di un apretón a la mano, al igual que había hecho él antes, para asegurarle de que estaba allí y no iba a dejarlo solo. Nos acercamos a sus padres que parecían estar discutiendo al otro lado de la pasarela.

—Le dije que ese traje no era favorecedor. Tenía que haberme dejado al cargo de ciertas cosas. Y ella que no y que no. Se le metió entre ceja y ceja que tenía que organizar su propia boda —Se sacudió el pelo de la cara—. Si me hubiera hecho caso hubiera sido una boda más sofisticada y no... esto. Que no tengo gusto dice. Como si no hubiera creado un imperio de moda de la nada. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

Guillermo carraspeó y ella se dio la vuelta.

—Oh, hijo mío. Qué alegría verte.

Lo dijo sin ningún atisbo de esa alegría de la que hablaba. Quizás era el bótox que le había dejado la cara insensibilizada, o su expresión natural.

—Sí, lo mismo digo —dijo Guillermo con el mismo entusiasmo.

Dio dos besos a su madre y un apretón de manos a su padre con la que le quedaba libre. La

otra seguía agarrada a mí. No sabía quién lo necesitaba más, si él al enfrentarse a sus progenitores, o yo.

—Y ella es Mar.

—Mar —repitió su madre con sequedad.

Me acerqué para darle dos besos, pero ella puso distancia y se los acabé dando prácticamente al aire. Al menos su padre, Víctor, sí puso un poco más de emoción al momento y me saludó debidamente.

Después se giraron y pusieron fin a las presentaciones. Sin mediar palabra, se dirigieron a la hilera de carritos de golf que esperaban para llevarnos a todos los invitados a la carpa donde iba a ser la cena y el baile nupcial.

—Pues ha ido bien —dijo Guillermo con la voz más aguda de lo normal.

No pude evitar sentir cómo me hervía la sangre al ver aquello. No solo eran irrespetuosos con desconocidos, sino que también con sus hijos. Me daba igual cómo me trataran, pero ¿que hicieran esos comentarios sobre Asia? ¿Y qué dirían sobre Guillermo a sus espaldas?

Lo estaba intentando tolerar porque allí yo no era más que una invitada, pero no sabía cuánto iba a poder aguantar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—¿Yo? Debería de preguntarte eso a ti. ¿Cuándo fue la última vez que los viste?

—Un par de meses, quizás.

Un par de meses y ni un solo abrazo. ¿Tanto les había defraudado al elegir su propia carrera y no la que ellos habían planeado para él?

—No te merecen —sentencié.

Al llegar al banquete y buscar los cartelitos con nuestros nombres, vimos que Asia había tenido el detalle de incluirme en la mesa de los novios, junto a Guillermo. Al menos ella sí que parecía tenerme más aprecio. El resto de los invitados estaban repartidos en mesas redondas, muchas de ellas.

Nuestros compañeros de mesa, además de Asia y Lucas, eran los padres de ambos. Por suerte, estos se enfrascaron en conversaciones de negocios y nos dejaron en paz por el momento. Asia aprovechó ese instante para presentarme a Lucas, al cuál aún no había conocido oficialmente. Se los veía tan perfectos juntos. Sus miradas cargadas de amor y sus palabras llenas de dulzura. En el primer baile de la noche se movieron al compás de *Maybe I'm Amazed* de Paul McCartney.

Después desaparecieron durante una media hora y cuando volvieron a aparecer, Asia traía un vestido totalmente diferente. Seguía siendo blanco, pero era mucho más corto y ligero, perfecto para la fiesta que le esperaba el resto de la noche.

—¿Qué habrán estado haciendo ahí dentro durante este rato? No se tarda tanto en cambiarse de ropa.

Guillermo levantó las cejas un par de veces para hacerme entender lo que estaba intentando decir de manera implícita.

—Son una pareja de recién casados. Tú sabes qué estaban haciendo, y yo también.

Me reí.

Lucas se separó para hablar con algunos invitados y Asia volvió a nuestra mesa.

—Me encanta ese vestido —le dije—. Y el otro también. Estabas espectacular, Asia.

—Gracias, pero tú tampoco te quedas atrás. Ese vestido es perfecto.

Estaba a punto de darle las gracias, cuando Laura se inmiscuyó en la conversación.

—Sabiendo a la boda de quién veníais, podríais haber traído los dos algo de la marca. Un

vestido más adecuado para una boda de noche y tú —le dijo a su hijo—, podrías haberla avisado al menos.

Miré hacia abajo, agarrando entre los dedos la tela del vestido que tanto me había costado. Lo había visto en el escaparate de una de las tiendas y me había enamorado de él. Sabía que era un poco caro para mí, pero después de la reforma de Bonaire había tenido unos días muy buenos y necesitaba darme un capricho.

Pero antes de que pudieran comenzar a invadirme los pensamientos sobre mi cuerpo o cómo me quedaba el vestido, Guillermo habló.

—No. Me niego a tener esta conversación. —Lanzó la servilleta sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Se levantó y me tendió una mano—. ¿Me concedes este baile?

—Absolutamente —dije sin dudarlo.

De la mano, me llevó hasta la pista de baile donde seguían sonando canciones lentas. La gente aún no estaba lo suficientemente borracha como para darlo todo.

Coloqué las manos alrededor de su cuello, mientras él las enroscaba en mi cintura. Y comenzamos a movernos de un lado hacia el otro, lentamente.

—Siento todo esto.

—No tienes que sentir nada. No es tu responsabilidad.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Yo soy el que te ha traído hasta aquí sabiendo lo que iba a ocurrir.

—Shh, deja de pensar en eso y disfruta de la música.

Apoyé la cabeza en su hombro y dejé de pensar. Me dejé llevar por la letra de la canción y por las manos de Guillermo. La canción terminó y comenzó otra. Y seguimos bailando. Jamás había disfrutado tanto de un baile.

Recordé las incesantes conversaciones con Álvaro en las que intentaba convencerlo de acompañarme, pero al final siempre lo hacía de mala gana, o no lo hacía a secas.

Pero Álvaro ya no estaba. Aquello era el presente y debía centrarme.

—Hacéis muy buena pareja —susurró Asia, que de nuevo bailaba con su marido.

Me guiñó un ojo y yo me sonrojé.

—Sabía que le ibas a encantar a mi hermana —dijo Guillermo una vez estuvimos algo más apartados de oídos ajenos.

—¿Por qué?

—Por cómo eres. Le encanta la gente como tú. Y necesitaba una amiga real. Ser rico es duro, sabes.

Lo decía con sorna, pero también con una parte de seriedad. Podía comprender el por qué, pero aun así pregunté:

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es por eso que nunca hablo de ello. Muchos intentan aprovecharse de tus circunstancias. Hay amigos que acaban quedándose a tu lado solamente por el interés. Y al final te das cuenta de que solo eran imbéciles.

Aquello me sonaba.

—¿Como Gus?

—Como Gus.

—Sí, es un idiota de manual.

Después de varios bailes, volvimos a la mesa para tomar el postre. La cena había sido deliciosa, pero lo que realmente allí importaba era tener la dosis correcta de azúcar para terminar bien la noche. Aunque eso significase volver a sentarse en la mesa de los innumerables.

—Mmm...

Lamí la cuchara

—¿Me das un poco?

Negué con la cabeza. Aunque solo bromeaba.

Siento decir que las personas que quieren compartir su postre deberían ir a la cárcel. No, en serio. Si quieres un postre, pídetelo. Pero no hagas que tu pareja tenga que compartir el suyo cuando tú no querías de primera hora.

Aunque esa regla podía saltarse en ese momento, puesto que los postres se alternaban entre los invitados sin elección previa por parte de los mismos. Así es cómo yo acabé con mi tarta de chocolate favorita, y Guillermo con un trozo de tarta de queso. La suya no estaba mal, pero es que el chocolate...

Puse los ojos en blanco disfrutando del sabor.

—Porfaaaa.

—Está bien.

Le ofrecí un poco, pero él sujetó mi mano como si no se fiase de mí, y se metió la cuchara en la boca sin dudar. Después se lamió los labios sin apartar su mirada hambrienta de la mía.

—Sí que está deliciosa. Aunque sé de otras cosas que también podría estar comiendo ahora mismo.

—Ejem. ¿Cuántos años tienes, Mar? —interrumpió Laura.

Yo la miré perpleja porque ¿para qué necesitaba ella saber eso?

—Tengo treinta y ocho —dije sin tapujos.

—Pues a esa edad tienes que cuidar lo que comes, porque ya no se pierde con tanta facilidad. Sentí un pinchazo en el estómago.

«A esa edad».

Volví a poner los pies en la tierra y recordé que Guillermo era mucho más joven que yo. Llevaba unas semanas tan ensimismada en su compañía que había olvidado uno de los problemas principales por los que me aterraba todo esto.

—Para —ordenó Guillermo, con la cabeza agachada y la mirada puesta en su plato. Con el gesto, las gafas se le bajaron, así que se las recolocó en el puente de la nariz con el dedo índice.

—¿Por qué diablos te has traído las gafas a la boda de tu hermana? Sabes que las odio. Te dije que te operases.

—Porque me gustan —Levantó la mirada hacia mí—. Y a ella también. ¿Verdad?

—Sí. Te quedan perfectas.

Me plantó un beso en la mejilla que me hizo sonrojarme.

Laura puso los ojos en blanco.

—Está bien. Bueno, y *Mar* —dijo con retintín—, ¿a qué se dedica?

Ni siquiera se dirigía a mí, sino que hablaba de mi en tercera persona, como si no estuviera presente.

—Tiene una pastelería cerca de mi apartamento.

—No me lo puedo creer. ¿Pastelera? ¿En serio, Guillermo?

—Tu madre tiene razón —intervino Víctor—. Creo que es la vez que más bajo has caído.

Yo observaba perpleja la escena. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Aquello parecía más una escena de una telenovela mala de sábado por la tarde. Pensaba que ese tipo de cosas no ocurrían en la vida real.

—Ah, ¿sí? ¿Supongo que estaría mejor con alguna de vuestras pretendientas?

—Al menos ellas tienen dinero —se mofó—. Como si no tuviéramos suficientes problemas.

Ahora decides arrimarte a una donnadie que te saca diez años y que se ve a la legua que está aquí por el interés. No te hagas la loca, querida —Me miró—. Vienes aquí y te paseas delante de todos, marcando territorio como un chucho. Tengo muchos años y experiencia en la vida y sé reconocer bien a las oportunistas como tú.

Solo le faltó escupir en el suelo y añadir acento a su comentario para darle más dramatismo.

Vi cómo Guillermo se encogía en su asiento, muerto de vergüenza e incapaz de mirarme. Sabía qué estaba pasando por su cabeza y me negaba a permitirlo. Había pasado muchos años de mi vida evitando conflictos y actuando como todos querían que hiciese. Pero no iba a ver cómo se salían con la suya y hacían daño a una de las personas a las que más quería.

Toda energía positiva que siempre lo acompañaba se había esfumado. Habían conseguido apagar su luz y sacar su peor versión, y eso no me gustaba.

Me levanté y todos los comensales de la mesa me miraron sorprendidos.

—Ya he oído suficiente. Me niego a ver cómo seguís intentando hacer daño a una persona tan importante como debería de ser vuestro hijo. ¿Queréis insultarme a mí? Adelante. He sobrevivido a un puto accidente de avión que me ha dejado viuda y dañada para toda la vida. Creo que unas cuantas palabras malsonantes de la boca de dos personas infelices no van a conseguir derrumbarme. Pero no voy a permitir que sigáis hablando así de Guillermo o de la persona a la que él ha decidido traer aquí como acompañante —Guillermo se levantó, mirándome perplejo, pero asintió indicándome que podía continuar si quería—. Me gustaría decir que ha sido un placer conoceros, pero no ha sido así. Asia, siento el numerito, pero no podía aguantar más.

La miré con tristeza por haberle quitado el protagonismo el día de su boda.

—No te disculpes.

Estaba sonriendo. Estaba diciéndole todo tipo de cosas a sus padres y ella, en lugar de parecer molesta, se reía.

—Gracias por la invitación. Y a vosotros —Les señalé, a pesar de haber aprendido desde bien pequeña que señalar es de mala educación—, espero no volver a veros a menos que sea estrictamente necesario.

—¿Nos vamos? —preguntó Guillermo.

Asentí.

—No te creas que vas a poder salirte con la tuya. Si sigues así te corto el grifo.

—Hace tiempo que no bebo de ese grifo, *mamá* —añadió Guillermo con énfasis.

Ignorándola, rodeé la mesa para acercarme a los recién casados. Abracé a Asia que ya me esperaba con los brazos abiertos.

—Gracias por hacer eso por mi hermano. Que sepas que nunca había invitado a nadie a algo familiar.

—Y no creo que vuelva a hacerlo.

—Espero que sí. Me gustaría verte muchas más veces.

Me apretó fuerte antes de soltarme. Después abracé también a Lucas.

—Siento el numerito, pero enhorabuena por todo esto. Cuídala bien.

—Gracias a ti, Mar.

—Si sales por esa puerta —Alzó la voz—, se acabó.

Seguimos ignorándola sin remordimiento alguno.

Capítulo 38

Él

La adrenalina me corría por las venas.

Hicimos el camino de vuelta hasta Bonaire en silencio. Llevé el coche hasta el callejón de la parte trasera con intención de dejarlo allí y pasar la noche en la buhardilla con Mar. Pero no sabía qué iba a opinar ella después de lo ocurrido en la boda. Hacían unos quince o veinte minutos desde ello y el corazón me seguía latiendo a mil.

Apagué el motor y me quedé mirando al frente. Mar se removió en su asiento.

—¿Estás bien? —susurró, pero el silencio era tan alto que su voz pareció retumbar en las paredes del vehículo.

Me giré en mi asiento, la cogí de las mejillas y la atraje hacia mí. La besé. Besé las mejillas, la nariz, la frente, ambos párpados y, finalmente, los labios. Fue un beso seco, sin lengua. Tan solo un beso apretado e intentando acercarla más aún. Necesitaba sentirla bajo mi piel.

—Nunca nadie había hecho algo así por mí.

—¿Y eso es algo bueno? —preguntó con cautela.

El pecho se le elevaba con cada respiración.

—Sí, Mar. Es algo *muy* bueno.

—Entonces... ¿no estás enfadado conmigo por haber explotado?

—No estoy nada enfadado. Estoy encantado. Estoy sorprendido. Estoy loco. Loco por ti.

—Vaya —musitó.

—Sí, vaya —Tras unos segundos de silencio, continué—. No te haces una idea de cómo me ha puesto verte defenderme así.

Había tenido dificultad conteniéndome delante de todos. A pesar de no haber seguido las directrices de mis padres, había sido un hijo poco conflictivo. Y, conociendo a Mar y cómo solía pasar desapercibida, y verla así por mí hizo que casi perdiera los papeles. Durante todo el camino estuve intentando calmarme, pero ya no podía más.

Me quedé observándola, intentando decidirme por dónde empezar.

—¿Qué?

Me miraba seria, sin saber qué pasaba por mi cabeza. Si tan solo supiera una pizca de ello.

—Mar, quiero hacerte muchas cosas malas ahora mismo. Por favor, distráeme.

Una sonrisa pícara se formó lentamente en sus labios.

—¿Y si no quiero distraerte? —Entonces fue ella la que volvió a coger las riendas. Pasó una pierna por encima del asiento y luego la otra para sentarse sobre mi regazo. De manera automática, mis manos fueron a sus glúteos. En esa posición, el vestido se le subía y la abertura lateral dejaba a la vista mucho más que su pierna—. ¿Y si quiero saber todas y cada una de esas cosas que quieres hacerme?

Gruñí desde lo más profundo de mi garganta, cual animal hambriento. La acerqué a mi

erección y me lancé a devorar su cuello. Como respuesta, ella dio un grito y después se echó a reír.

—No sé de qué te ríes —bromeé—. Estoy a punto de comerte y me da igual quién venga. No pienso parar.

—Por favor, no pares —imploró.

Fue todo lo necesario para perder los papeles. Me lancé a su boca sin reservas, con la idea de besarla hasta que uno de los dos acabase sin aire. Mar subió las manos hasta llegar a mi pelo y agarrarse fuerte.

—Me gusta mucho tu pelo largo.

Sintiendo la fuerza con la que se sujetaba y cómo esta viajaba hasta una de mis partes favoritas, no hacía falta que dijera esas palabras para saberlo.

—A mí también me gusta mi pelo largo.

Si las miradas pudieran matar, ambos estaríamos ya a tres metros bajo tierra. No sabía cuál de los dos estaba más hambriento, más desesperado por sentir más. Descendí mi boca por su mandíbula, lamiendo y mordisqueando hacia el cuello.

—Pregunta aleatoria. ¿Alguna vez lo has hecho en un coche?

Lo miré boquiabierto.

—Sí —No sé qué fue lo que me llevó a responder—. ¿Y tú?

Asintió.

Ingerí su respuesta y la procesé. No podía sentir celos de algo que había hecho en el pasado. Y mucho menos cuando yo había hecho lo mismo. Pero, de alguna forma, no pude evitar sentir un pinchazo de celos.

—¿Me concedería usted el honor de probar esta experiencia juntos?

Le tendí una mano al igual que había hecho antes al sacarla a bailar. Se mordió el labio.

—Por supuesto, amable caballero.

Sujetó la mano y tiró de mí, obligándome a retomar mi sitio en su cuello. Al mismo tiempo, alcanzó la palanca de debajo del asiento para moverlo hacia atrás y hacer hueco. Con ese movimiento perdió el equilibrio y fue a parar en un lugar estratégico y peligroso, si no fuera porque aún llevábamos la ropa puesta.

—Desabróchame el pantalón —ordené.

Obedeció sin rechistar. Aproveché que estaba entretenida con la hebilla del cinturón para bajar un poco la tela del vestido y poder tener un atisbo de sus pechos. No quería quitarle el vestido por completo por si venía alguien. Quería protegerla de alguna manera. Pero una parte egoísta de mí no podía tenerla y no besarla en cada milímetro de su piel bronceada.

—¿Condón? —preguntó una vez estuve liberado.

—Cartera.

—¿Dónde?

—Bolsillo trasero.

Sin dejar de tocarla, levanté el culo del asiento para que pudiera alcanzar mi cartera. Cambié mi enfoque y baje las manos hasta sentirla húmeda a través de la ropa interior.

—Toma.

—Tú.

—¿Qué hago yo con esto?

—Pónmelo. Estoy ocupado.

—Pero yo nunca...

No podía pensar mucho en ese momento, pero si algo tenía claro es que me iba a gustar igual,

aunque no tuviera ni idea.

—No te preocupes, cielo. No hay forma de que lo hagas mal.

—Está bien.

Asintió para sí misma y comenzó a mover los labios mientras lo abría, como si estuviese dando una charla motivacional. Estaba tan concentrada, arrugando la frente, que detuvo lo que estaba haciendo y me dediqué a observarla. ¿Cómo era posible que en un momento tan erótico pudiera sentir el revoloteo de cien mariposas en el corazón? Me había enamorado, y lo había hecho hasta el fondo.

—Mar, necesito que te des un poquito más de prisa o no llego.

Se me estaba agitando la respiración de nuevo.

—¡Voy! —Comenzó a desenrollarlo sobre mí—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Gruñí.

Lo estaba haciendo muy lento y era casi una tortura.

—Cielo —Metí un mechón suelto de pelo detrás de su oreja—, sigue así y vas a conseguir que acabe antes siquiera de estar dentro de ti.

Se movió sobre mí y soltó un gemido. Le gustaba que le hablase de esa forma.

En cuanto estuvo en su sitio, la atraje de nuevo hasta colocarla sobre mí en el lugar exacto. Le aparté la ropa interior y ella se elevó para colocarme en su entrada. Le cogí la cara y la obligué a mirarme mientras descendía de manera dolorosamente lenta.

Ambos gemimos al unísono, compartiendo mirada.

Empezamos poco a poco, pero fuimos aumentando la marcha hasta que el ritmo frenético de nuestras respiraciones era todo lo que se oía. Las ventanas del coche estaban completamente empañadas a excepción de la silueta de la mano de Mar que se apoyaba intentando pellizcarla sin éxito.

—Creo que voy a...

—Yo también.

Unimos las bocas en un último beso profundo que ayudó a silenciar los gemidos. Al fin y al cabo, el coche no estaba insonorizado y podíamos atraer miradas indiscretas. Y no queríamos eso. Yo quería a Mar para mí.

—Ha sido...

—Sí.

Mantuvimos nuestras posiciones. Me negaba a salir todavía. Apoye mi frente en la suya mientras intentábamos regular las respiraciones que aún seguían a mil kilómetros por hora. Mar deslizó su mano por mi cuello y bajó hasta el pecho. Me percaté entonces de que llevaba la camisa abierta, pero no recordaba haberla desabotonado. Bajé la mirada.

—¿Mar?

—¿Mmm?

—¿Me has roto la camisa? —Mantuve un deje divertido en mi voz.

—Ehh, ¿puede ser?

Me miró con la disculpa escrita en su cara, pero a la vez quería reír. Ni siquiera ella podía creerse que lo había hecho. En un impulso salvaje había abierto la camisa de golpe haciendo saltar varios botones superiores.

¿Me importaba? Ni lo más mínimo.

—¿Guillermo?

—Dime.

—Yo... —Se detuvo abruptamente y arrugó la cara como si sintiera dolor.

—¿Te he hecho daño? —Abrí los ojos de golpe y palpé con cuidado esperando ver sangre o arañazos en algún sitio. Me había dejado llevar y podía haberme pasado de la raya sin darme cuenta—. Espera, déjame que la saque...

Intenté levantarla, pero me detuvo de nuevo con la mano en mi pecho.

—No es eso. Es que yo... creo que...

—¿Crees que qué, Mar?

Levantó la vista, tomó aire y tragó saliva. Se estaba armando de valor para decir algo y me estaba preocupando.

—Creo que te quiero. No, no lo creo. Lo sé.

—¿Lo sabes? —susurré.

Asintió repetidamente.

—Sí, lo sé. Te quiero.

Me quedé sin habla. No sabía qué decir. Bueno, sí que lo sabía, pero aún estaba procesando sus palabras. Y el silencio que para mí era necesario, para ella era tortuoso. Percibí cómo se arrepentía de lo que había dicho, pensando que yo no correspondía ese sentimiento.

«Di algo, bobo».

—Mar.

—¿Guillermo?

—No te haces una idea de cuánto necesitaba oír esas palabras de tu boca. Y dirigidas hacia mí.

Seguía intentando recuperar el aliento.

—Entonces, ¿todo bien? —Se atrevió a preguntar.

—Mucho mejor que bien.

Puse la mano en su mandíbula y acaricié el labio inferior con el pulgar, observando detenidamente. Me acerqué para besarla. Luego hice lo mismo con el de arriba. Ella gimió y aproveché para colarme y besarla de manera profunda. Noté que volvía a endurecerme y supe que era hora de parar, o no saldríamos de aquel coche.

—Yo también te quiero. —Se le abrieron los ojos con sorpresa. Como si no se esperase que yo sintiera lo mismo. ¿Tan bien lo había ocultado?— Pero será mejor que salgamos de aquí antes de que empecemos algo que ambos sabemos que queremos. Aún sigo siendo joven. Sabes que puedo ir a por la segunda ronda inmediatamente.

Le dediqué un guiño.

Ella se carcajeó. Era tan natural la forma en la que ahora podíamos hacer bromas de ese tipo, burlándonos de nuestra diferencia de edad, sin que ninguno le diera más vueltas de las necesarias.

—Entonces deberíamos irnos. —Se mordió el labio.

—Sí, pero tienes que dejar de morderte el labio así. Soy un ser humano sensible, no estoy hecho de piedra. Excepto esa parte...

—Tú no eras así cuando nos conocimos —se quejó.

Aunque realmente le gustaba.

—Sí que lo era solo que contigo me controlaba. No quería asustarte.

—Tiene sentido.

—Vamos, cielo. Ahora sí que tenemos que irnos. Hay que descansar para que mañana puedas madrugar para meter las manos en la masa.

—¿Por qué me llamas así?

Había cogido recientemente la costumbre de llamarla «cielo» y creo que iba a ser algo que se

quedara con nosotros.

—Porque tus ojos me recuerdan a *La noche estrellada*, mi cuadro favorito.

Y fue en ese momento exacto en el que supe que Asia había tenido la mejor de las ideas empujándome a invitarla a la boda.

Capítulo 39

Ella

Me sobrepasa esa tendencia que tiene el Universo de estropearlo todo en el momento en el que tu vida comienza a tener un poco de sentido.

Y a mi vida, por desgracia, comenzaba a verle sentido.

—Abre.

—Ahhh.

Como ya parecía ser tradición, Guillermo había preparado otro de sus platos estrella y me estaba dando a probar mientras yo tenía los ojos vendados.

—¿Está rico?

—Ajá —dije cubriéndome la boca llena con la mano.

—¿Qué ingredientes lleva?

Me rozó la barbilla con el pulgar y después oí cómo saboreaba lo que probablemente era un poco de salsa que me acababa de limpiar.

—¿Tomillo?

—Sí.

—Pimiento, obviamente.

—Obviamente —apuntó. Iba elevando un dedo por cada ingrediente acertado—. ¿Qué más?

—Pues....

El sonido de mi teléfono móvil nos interrumpió. Pero me negaba a contestar.

—Deja que suene.

—Puede ser importante.

El sonido se escuchaba ahora más cerca, signo de que Guillermo lo había cogido desde el otro lado de la encimera de la cocina.

—¿Qué pone en la pantalla?

—Es un número que no tienes guardado en la agenda.

Dejó de sonar. Solo para volver a hacerlo unos segundos después. Me removí inquieta en el taburete.

—Podría ser importante —repitió.

Sin embargo, la llamada se cortó antes de pudiéramos hacer nada al respecto. Solo para volver a sonar una tercera vez.

—Es tu hermana.

—Dámelo.

Tendí la mano derecha, mientras con la izquierda intentaba quitarme la venda. Guillermo me dio el móvil y me rodeó para ayudarme a quitármela.

—Solo será un segundo.

Le dediqué una sonrisa, intentando quitarle hierro al asunto. Aunque realmente no quería tranquilizarlo a él, sino a mí.

—Nines, ¿ocurre algo?

—¿Mar? ¿Estás bien?

Levanté una ceja, confusa.

—¿Yo? ¿Por qué no iba a estarlo?

—No lo sabes. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—¿Qué no sé el qué?

—¿Estás sentada?

Me había levantado para alejarme un poco y tener la conversación con algo de privacidad, pero volví al taburete y me senté, todo bajo la mirada de preocupación de Guillermo.

—Sí, estoy sentada. Ahora dime qué es lo que pasa.

—Lo han encontrado.

—¿Han encontrado a quién?

—A Álvaro.

De repente, todo sonido se desvaneció y solo era capaz de oír un pitido agudo que no sabía de donde salía. El móvil se deslizó de mi mano y fue a parar al suelo, pero Guillermo consiguió cogerlo al vuelo, a apenas unos milímetros de chocar. Después vino la vista, que se nubló y casi desaparece por completo. Guillermo me hablaba, movía los labios, pero no sabía qué decía. Se puso el móvil en la oreja y su mirada se oscureció. Nines estaría diciéndole lo mismo que acababa de contarme a mí.

Colgó tras un asentimiento firme. Dejó el móvil a un lado y volvió a dirigirse hacia mí.

—Mar, ¿me oyes?

Estaba recuperando los sentidos.

—No veo. Guillermo, no puedo ver.

Alargué los brazos para conseguir más apoyo. Me sujeté con un puño en su camiseta, a pesar de que sus brazos llevaban un rato sujetándome.

—Está bien. Estoy aquí contigo. Todo va a salir bien. Respira.

—Lo han encontrado.

—Lo sé.

Se podía distinguir la lástima que emanaba de su tono de voz. Lástima hacia mí.

—¿Cómo es posible? —Una nueva duda me asaltó—. ¿Está vivo?

Guillermo me acarició la cabeza, como si estuviera consolando a un niño pequeño.

—Cielo, me temo que no.

«Menos mal», pensé.

¿Cómo? ¿Por qué sentía cierto alivio al saber que estaba muerto? Si estuviese vivo, las cosas hubieran sido mucho más complicadas y no hubiera sido capaz de afrontar toda la realidad que me rodeaba. Habiendo encontrado a Guillermo, ¿cómo iba a poder volver con mi marido?

Pero ¿qué estaba diciendo?

Estaba muerto. De nuevo volvía a morir. Y no sabía que hacer con aquella revelación. ¿Debía contárselo a su familia? ¿Lo sabrían ya? ¿Debía continuar con mi vida como si nada?

El teléfono volvió a sonar y esta vez no dudé en cogerlo, aunque la respiración aún me faltase, aunque las piernas me fallasen.

—Mar, lo han encontrado. —Era Pepa y sonaba aliviada.

—Sí —conseguí emitir con un leve hilo de voz.

—Vamos a hacer una misa para darle sepultura al cuerpo.

—Vale.

—Así al fin podrá descansar en paz.

—Sí.

Asentí con la cabeza, como si ella pudiera verme. Y una lágrima solitaria cayó por mi mejilla.

Me encontraba sola en la buhardilla. Era la noche de ese mismo día y Guillermo se había tenido que ir a trabajar, así que había decidido quedarme en casa. Una llovizna primaveral repiqueteaba contra los cristales, los cuales había limpiado hacía dos días.

«Nada me sale bien», pensé.

Tenía la televisión encendida para que me diese algo de compañía. No solía verla, pero ese momento era diferente y, como ya había dicho antes, el Universo tenía cosas preparadas para mí.

—*Buenas noches. Comenzamos el informativo de hoy con una noticia que nos ha dejado a todos impactados. ¿Recuerdan el accidente aéreo de hace ya casi nueve meses con destino a Bali?* —Puse toda mi atención en lo que decían—. *Muy pocos fueron los supervivientes y los ya fallecidos quedaron en paradero desconocido. Bien, pues han encontrado restos de varios cuerpos en las orillas de una isla cercana. Entre los restos se han podido encontrar extremidades y miembros amputados. Pero lo más asombroso de todo ha sido el torso de Álvaro López Bravo, que aún llevaba el cinturón puesto y se encontraba junto al asiento.*

Apagué la tele rápidamente.

No sabía por qué me seguía sorprendiendo la falta de tacto de los programas de televisión. Al fin y al cabo solo buscaban atraer a cuantos más espectadores y para ello debían de dar datos tan morbosos como esos. Y al final iba a resultar que los cinturones de seguridad de los aviones sí que eran efectivos, al menos para el propósito de mantenerte pegado a tu asiento. Lo de salvarte la vida ya era otro tema.

Solté una risa amarga que retumbó en las paredes de la silenciosa buhardilla.

No sé por qué hice lo que hice después, pero cogí mi teléfono móvil, busqué su número en la agenda y le di a «llamar».

Pero en lugar de aparecer la voz de siempre que me decía que el número marcado ya no existía, ahora había un tono. Dos tonos. Al tercero alguien descolgó.

—¿Álvaro? —Sonaba desesperada.

Había una respiración al otro lado. Alguien lo había cogido.

—Eh, no. Lo siento, creo que se ha equivocado de número.

—Ah... Disculpa.

La línea quedó vacía y ya solo se escuchaba el *bip* de haber colgado.

El número de Álvaro había pasado a ser el de otra persona. Algún desconocido había acabado teniendo su número y ahora no había posibilidad de dar con una de las pocas cosas que me quedaban de él.

Intentando no llorar, me levanté de la cama y me acerqué al cajón donde los había guardado. Allí rebusqué bien, porque los había escondido bien al fondo. Pero sí, allí estaban. No cabía duda. Seguían tan brillantes como cuando colgaban de mi cuello.

Los anillos.

Los sostuve en la palma de la mano y los observé. Leí la inscripción de cada uno, donde aparecían nuestros nombres y la fecha en la que nos habíamos casado. Me la sabía de memoria, no me hacía falta leerla realmente para recordarla.

Apreté la mano en un puño, agitada. El corazón comenzó a latir rápidamente. Me sentía impotente. Me daba rabia el hecho de que Álvaro pudiera seguir teniendo tanto control sobre mi vida aún después de haber muerto. Pero lo echaba de menos, y me dolía. Dolía mucho.

Levanté la mano y la llevé por encima de la cabeza con la intención de lanzar los anillos contra la pared. Pero no pude hacerlo. Era incapaz. Me senté en el suelo, derrotada. No sabía si iba a ser capaz de poder seguir.

Mar:

No puedo hacerlo.

Guillermo:

¿No puedes hacer qué, cielo?

Mar:

Esto. Nosotros. Todo. No puedo.
Es demasiado.

No, no, no. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era lo correcto? Sí que lo era. Lo era. Me lo repetía una y otra vez intentando convencerme de ello.

Guillermo:

Mar, no quiero hacer esto por teléfono. Necesito verte. Voy para allá en un momento.

Mar:

Pero estás trabajando.

Guillermo:

Puedo cogerme una hora para ti.

Mar:

No, no vengas.

Lo último que quería era que me viese así en un momento como ese. Odiaba tener que meter a Guillermo en cada uno de mis problemas y él siempre estaba ahí para ayudar. Tenía que dejar de ser una carga para todo el mundo. Necesitaba estar sola.

Guillermo:

Lo siento, cielo. No puedo dejarte sola en un momento como este. Y no voy a dejar que esto se interponga entre nosotros.

Quiero ayudarte, déjame ayudarte.

Miré los anillos que, una vez más, volvían a colgar de mi cuello y los apreté.

Capítulo 40

Él

No, no, no.

¿Cómo era posible que apenas hacía dos semanas estuviésemos disfrutando de la boda de mi hermana? Y ahora la burbuja había estallado. Habíamos vuelto al pasado, a como las cosas eran antes de todo. Estos meses de progreso y trabajo juntos no habían servido para nada. Al menos eso era lo que mi cerebro quería hacerme creer.

Pero me negaba a rendirme.

Cogí las llaves del coche y, rápidamente, me planté en Bonaire. Al salir me di cuenta de que aún llevaba puesta la bata del hospital y volví para dejarla en el asiento. El coche se quedó en doble fila. No tenía tiempo que perder.

El agua de la lluvia me calaba la ropa, pero no me importaba. Me despegué el pelo de la cara, subí las escaleras y golpeé la puerta de Mar sin pensármelo dos veces.

—Mar, ábreme. Por favor.

Volví a golpear con los nudillos en la madera. Sabía que estaba allí dentro y no me iba a ir sin verla.

—Cielo, sé que estás ahí. Puedo oírte caminar.

Los pasos se acercaron hasta la puerta, hubo un golpe sordo como si se apoyara contra ella, pero no abrió.

—Si crees que me voy a mover de aquí es que no me conoces lo suficiente.

—Vete —imploró con un hilo de voz.

—No.

—Por favor.

—Haría muchas cosas por ti, Mar. Pero marcharme sin verte no es una de ellas. Sin embargo, pasar la noche durmiendo en la escalera no me parece tan descabellado.

Se hizo el silencio al otro lado y supe que había conseguido despertar ese sentimiento de culpabilidad que Mar tenía bien guardado. Entonces, los ruidos al otro lado de la puerta volvieron y los pestillos se fueron abriendo uno a uno. Abrió la puerta lentamente y allí estaba. Su figura al desnudo, cubierta tan solo por una toalla y con algunas gotas aún deslizándose por su piel.

Cerré los ojos y respiré hondo. No era momento para pensar en otras cosas. Debía centrarme. Había venido a consolar a Mar y a hacerla entender que no me iba a ir de su lado a menos que me lo pidiera expresamente porque sí que lo quisiera de verdad. Tenía que verlo en su mirada, así que me fijé en sus ojos. Dos piscinas del más puro color del océano me devolvían una mirada culpable.

—¿Puedo pasar? —pregunté con cautela.

Iba con pies de plomo porque sabía que cualquier gesto o palabra mal pensado podía ganarse

mi destierro.

Abrió un poco más la puerta y se apartó para dejarme hueco para pasar. Después cerró detrás de mí y se apoyó en ella, como si necesitase algo que la sujetase porque a ella ya no le quedaban fuerzas.

—Estás empapado.

—No me importa. Un poco de agua no hace daño a nadie. Y mojarme solo por verte merecía mucho la pena.

—No hables de esa forma.

Cerró los ojos, como si así consiguiera hacerme desaparecer.

—¿Así como?

—Como si todo estuviera bien. Como sino te hubiera pedido que no vinieras. Como si Álvaro siguiera muerto.

Necesitaba decírselo. Tenía que oír las palabras. Aunque fuese duro.

—Cielo, Álvaro sigue muerto.

—¡Arg! No puedo más. Estoy perdiendo la cabeza. No me gusta este sentimiento. Y el pensamiento de volver a perder a otra persona me aterra.

—No me vas a perder.

Quería prometérselo de rodillas, pero sabía muy bien que el destino se me iba de las manos.

—¡Tú no sabes eso! No tienes ni idea de qué va a ser de ti y no puedo permitirme pasar otra vez por esto.

Estaba enfadada. Y no era conmigo, era con la vida, pero quería que se desahogase, aunque yo fuese su saco de boxeo.

—Eso es. Grítame. Necesitas soltarlo todo. Y yo estoy aquí. desahógate conmigo. Necesito saber todo lo que tienes ahí guardado para poder entenderte, porque del silencio no saco nada en claro.

Abrí los brazos como si estuviera dispuesto a recibir todos los golpes. Dispuesto a morir en batalla por ella.

—¡Estoy cansada! ¿Por qué tienes que ser así? ¿Por qué te quedas en lugar de huir? No soy la persona que quieres a tu lado, eso tenlo claro. Solo traigo dolores de cabeza y problemas. No voy a hacerte feliz y no quiero ser un problema más en tu vida. Debo estar sola. —Se iba acercando un paso con cada frase. Me sorprendía que la toalla siguiera inamovible adherida a su cuerpo—. ¿Por qué sigues aquí?

Acentuó esto último plantando el pie en el suelo con fuerza.

—¿Quieres que me vaya?

Esto la sorprendió. No paraba de decir que tenía que marcharme de su lado porque sabía que yo iba a seguir. Pero enfrentarse a la posibilidad de que yo accediera a irme la asustaba. Estaba aterrada.

Abrió la boca para decir su respuesta, pero no salió nada.

—O ¿quieres que me quede? —continué.

Movió la cabeza y parpadeó rápidamente, buscando su voz.

—No puedo. No puedo pasar por lo mismo de nuevo. Creí que podría, pero no puedo. No puedo volver a enamorarme y perderlo todo otra vez —Se le rompió la voz—. No puedo perderte otra vez, Álvaro.

Mierda.

Se le abrieron los ojos de par en par y las disculpas murieron en la punta de la lengua.

Respiré hondo, dispuesto a arreglarlo.

—No soy él, Mar —La sujeté de las mejillas y la acaricié con los pulgares—. Siento no poder competir con él, pero necesito que pares de compararnos. No soy él y no lo voy a ser nunca. Y necesito que lo aceptes para así poder avanzar. Juntos. Porque yo quiero, pero la pregunta es, ¿quieres tú?

—Creo que mi marido...

—Ya no es tu marido. Hace meses que dejó de serlo. Y *necesito* que lo dejes ir. Por mí. Por nosotros.

Cerró los ojos y dos lágrimas gemelas cayeron cara abajo. Apoyé mi frente en la suya y respiré su aliento. Estaba tan cerca de su boca, pero a la vez tan lejos. Besarla solo causaría más problemas.

Levantó sus manos para apoyarlas sobre las mías que seguían en sus mejillas.

—No me hagas esto, Mar —imploré.

Me quedaban pocas fuerzas, las necesarias para seguir luchando un poco más. Pero si me quería fuera de su vida no me iba a quedar más remedio que rendirme.

—No sé si voy a poder.

Sus palabras fueron interrumpidas por el sonido de mi teléfono móvil. Pero me negué a mirar siquiera quién llamaba. Ese momento no se iba a interrumpir por nada del mundo.

—¿Qué no vas a poder?

En lugar de responderme, se despegó. El hechizo se había roto y volvía a mostrarse fría.

—Deberías cogerlo. Puede ser importante.

Recordé las mismas palabras que yo le había dicho esa mañana. ¿Y si realmente era algo importante?

—¡Mierda! —Suavicé el tono de voz para ella—. Solo será un segundo.

Levanté el dedo índice indicando que no iba a tardar en retomar la conversación con ella mientras descolgaba el móvil.

—¿Dígame?

—Doctor Rodríguez, tenemos una emergencia en el hospital y le necesitamos cuanto antes.

Me pasé la mano por la cara, intentando ganar unos segundos para pensar.

—Está bien. Voy enseguida.

—Te vas. —No era una pregunta.

Odiaba tener que decirle que me tenía que ir, pero las emergencias no las podía rechazar. La vida de personas estaba en riesgo y lo demás debía esperar. Era algo que nunca me había molestado de mi trabajo, el tener que interrumpir cualquier cosa de mi vida personal para acudir a la llamada de emergencia. Sin embargo, en ese momento deseé ser el niño rico que mis padres querían y no tener que trabajar.

—Ha habido un accidente grave y me necesitan allí. Tengo que irme, pero no pienses que te vas a librar de retomar esta conversación. Sé que ahora mismo necesitas espacio y tiempo. Tiempo para pensar, tiempo para curar esa herida que creíamos cerrada, pero que acaba de volver a abrirse. Te lo voy a dar y, por ahora, me voy a marchar. Y, si fuese necesario, te dejaré marchar si es lo que quieres. No estoy preparado para ello, pero lo aceptaré.

No podía irme así, sin más. Así que me acerqué a ella, esperé a que se retirase o me negara el contacto, pero fue al contrario. Puse una mano en su cintura y la atraje hacia mí. Ella se dejó hacer y puso sus manos en mi pecho. Cuando acerqué mi boca a la suya, se puso de puntillas para cerrar el espacio que separaba nuestros labios. A pesar de todo, su cuerpo aún me quería cerca y no podía negar esos instintos.

Fue un beso corto y leve, pero cargado de promesas.

—Te quiero —susurré contra su boca.

Al despegarme me fijé en la cadena que colgaba de su cuello y que se perdía por dentro de la toalla. Había vuelto a llevar los anillos.

Tragué con dificultad y me limpié rápidamente la lágrima que se había desbordado. Mar me miró perpleja y asustada. Nunca había llorado delante de ella.

—Y ni se te ocurra pensar que esto se ha acabado. ¿Me oyes? —Asintió levemente—. Palabras, Mar. Necesito oírtelo decir.

—Sí.

—Bien.

Me giré antes de que viese más y salí escaleras abajo sin pensarlo dos veces. Sabía que, si me planteaba la idea de quedarme, era capaz de mandar el trabajo a la mierda.

Capítulo 41

Ella

—Qué bien que hayas venido, Mar.

Pepa me apretó en un abrazo frente a la iglesia. Era el día de la misa que los padres habían preparado a Álvaro, invitando a toda la familia y, por supuesto, a mí.

—Claro, ¿cómo iba a perdérmelo?

Desde fuera, cualquiera que nos hubiera escuchado hablar hubiera pensado que estábamos en una fiesta y no en un segundo funeral. No entendía cómo parecían estar contentos por aquello cuando realmente lo único que hacía era remover la tierra que ya se había echado hacía más de medio año.

—¿Cómo estás? —preguntó mi hermana.

¿Cómo iba a estar? Puse los ojos en blanco.

—Bien —mentí.

—¿No ha venido Guillermo?

—¿Tú que crees?

Me encogí. Me arrepentí tan pronto salieron esas palabras de forma tan agresiva de mi boca.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

Obviamente Nines se lo olía todo. Y más aún con ese olfato de embarazada que había aumentado.

Le había insistido en que no hacía falta que viniese. No era necesario acompañarme a cada uno de los eventos de mi vida, y menos uno tan triste como este. Estaba a menos de un mes de dar a luz, pero ella seguía, erre que erre, empeñada en hacer vida normal.

—No quiero hablar de ello.

—Está bien, pero como me entere de que has sido tú la que ha estropeado lo vuestro por culpa de tus miedos, te la vas a ganar —Levantó el dedo índice y me dio con él en el pecho—. Que sepas, que el nuevo descubrimiento de Álvaro no cambia nada. Sabes que Guillermo te quiere, y tú a él. No hay más que ver cómo se te ilumina la cara cada vez que entra en la habitación donde tú estás.

—No creo que quiera verme después de lo del otro día.

—¿Qué pasó? —Suavizó la voz.

Suspiré.

—Le llamé Álvaro —dije resignada.

Aquel día había pasado por tantos estados de ánimos y emociones que estaba hecha un lío. La mañana había sido maravillosa, despertándome a su lado y dejándome que me diese de comer. Después todo se fue a la mierda tras las noticias de Álvaro. Y, a pesar de todo, Guillermo había vuelto a por mí y me había asegurado que estaba allí. Necesitaba que volviese a él. Me había dicho que me quería. Le había visto llorar, romperse el corazón al verme con los anillos

puestos.

Había metido la pata.

Y al despertarme al día siguiente, sola y en la buhardilla, me había arrepentido de todo. Quería volver a la normalidad, a tenerlo entre mis sábanas y a oírlo decirme «te quiero», pero esta vez con una sonrisa. Quería que me guiñase el ojo y me soltase un piropo que me hiciese sonrojar.

Pero aún llevaba los anillos colgados.

—Y ¿se enfadó contigo?

Negué con la cabeza.

—Al contrario. Me besó y me aseguró que iba a luchar por mí, pero que necesitaba dejar ir a Álvaro de una vez por todas.

—Y no le falta razón.

Quería tragarme mis palabras y decirle que tenía razón. Pero que aquello no tenía remedio. Hay cosas que no se pueden rebobinar.

La misa apenas duró media hora, pero se me hizo larguísima. Yo no quería estar allí, oyendo las palabras de un cura que ni siquiera conocía a Álvaro, que aseguraba que se encontraba en un lugar mejor y en paz consigo mismo. ¿Quién le había dado derecho a hacer tales afirmaciones?

Cuando todo acabó, salí rápidamente para coger aire y me aparté de la gente, intentando evitar miradas de tristeza o personas que apenas conocía acercándose a hablar de algo que no me interesaba.

A lo lejos vi aquella melena de rizos morenos que tan bien ya conocía. Verónica había venido acompañada de su hija y su marido. Aún en la distancia fue como si notase que alguien la miraba y se giró hacia mí. Me sonrió y yo hice lo mismo. Después reanudó su camino hasta que se detuvo frente a Pepa y Luis. Iniciaron una conversación que, a pesar de encontrarme lejos, podía imaginar de qué iba. Mis suegros se taparon la boca con asombro, miraron a Sol y después rompieron a llorar. Acababan de enterarse de que tenían una nieta.

Observé la escena desde lejos y se me dibujó una sonrisa triste. Algunas cosas sí que tenían remedio. Decidí marcharme antes de que quisieran buscarme. Yo ya había hecho suficiente allí.

—No sé qué hacer, Patricia.

En lugar de darme una solución, contraatacó con otra afirmación.

—Has vuelto a ponerte los anillos.

—Lo siento.

—No lo sientas.

—Entonces, ¿por qué lo mencionas?

—Solo quería resaltarlo. Nada más. —Se encogió de hombros haciéndose la inocente. Pero Patricia no hacía o decía nada de forma inocente en sus consultas—. Y ¿por qué has vuelto a colgártelos?

Agarró el cuaderno y apoyó la punta del bolígrafo para comenzar a escribir en cuanto abriese la boca.

—No lo sé. —Guardé silencio, pero ella también. Y esos vacíos hacían que me rebanase los sesos para continuar—. Sentí que lo había traicionado de nuevo cuando me enteré de que habían

encontrado su cuerpo. Y lo único que se me ocurrió para paliar un poco ese remordimiento fue el coger los anillos. Es como una forma de pedirle perdón.

—Y ¿realmente crees eso?

—No, la verdad. Además, Guillermo los vio y le hice daño. Ahora no me va a querer ver más.

Esos días sin hablar con él y reflexionando tras la misa habían servido para darme cuenta de que la muerte de Álvaro estaba superada. Siempre iba a ser un tema que me escociera y se había abierto un poco tras las noticias, pero a medida que fueron pasando los días se volvió a cerrar. Y ahora a quien echaba de menos era a Guillermo.

—¿Tú quieres volver con él?

—Sí —solté en un suspiro.

Lo tenía cada vez más claro. Aunque me daba miedo. Pero Patricia siempre me ayudaba a afianzar más mis sentimientos y a saber qué quería realmente en la vida. Y quería recuperar a Guillermo, pedirle perdón por todo el daño causado y prometerle no volver a dudar de nosotros.

—Y ¿a qué estás esperando?

—¿Y si él no quiere verme más?

—Solo hay una forma de saberlo.

Era lo único que necesitaba para darme cuenta de lo que tenía que hacer. Ya estaba trazando el plan. Me levanté de golpe, me quité los anillos y los guardé en el bolso prometiéndome ponerlos a buen recaudo al llegar a casa, pero solo por el recuerdo, no para volver a llevarlos. Porque habían sido parte de mi vida, pero de mi vida pasado. El presente y el futuro pintaban diferente.

—¡Muchas gracias!

Me abracé abruptamente a Patricia que tardó en corresponderme, pero lo hizo. Me dedicó una sonrisa y señaló a la puerta, indicando que la sesión estaba más que finalizada.

Decidí coger el coche, el cual llevaba aparcado y abandonado mucho tiempo. Me había dado miedo utilizarlo después del accidente. Primero por no ser capaz de pisar bien los pedales o por miedo al dolor. Después, ese miedo se había transformado y al final siempre encontraba la excusa perfecta para no cogerlo.

Las cosas habían cambiado.

Iba de camino cuando me sonó el teléfono. Lo puse en manos libres esperando averiguar quién llamaba.

—¿Hija? ¿Estás ahí?

—Sí, mamá. Voy conduciendo. Dime qué pasa.

No era muy común que mi madre me llamase, porque solíamos vernos a diario. A menos que hubiese ocurrido algo grave. Y no sabía si estaba preparada para más malas noticias.

—Tu hermana me ha contado lo de Guillermo.

—Ajá.

Tenía miedo de cómo iba a seguir la conversación.

—¿Te lo dije o no? Te iba a hacer daño. Era peligroso juntarse con alguien como él. Y al final mira. Has sufrido mucho, Mar. ¿Cómo pudiste pensar que era una buena idea?

—Mamá —interrumpí—. Voy de camino a hablar con él y arreglarlo todo. No necesito tus inseguridades. Lo que necesito es que tengas fe ciega en mí y confíes en que puedo solucionar los problemas que ocurren en mi vida. Sé que te duele verme mal, pero es mi responsabilidad. Y me niego a hacer responsable a otra persona más de mis problemas. ¿De acuerdo?

—Pero...

—¿De acuerdo? —repetí de manera más tajante.

Ya conocía a mi madre, ya sabía lo que quería conseguir con esa conversación. Ella quería a su niña a salvo, lejos de cualquier posibilidad de acabar de nuevo con su corazón roto. Y la quería por ello, pero necesitaba su apoyo y tenía que dejárselo claro.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro.

—De acuerdo.

—Bien. Pues deséame suerte.

—Que tengas mucha suerte. Y cuidado.

—Lo tendré. Te quiero, ¿vale?

—Yo también.

Y colgó.

Aparqué frente al edificio de Asia. Sabía que Guillermo tenía hoy turno de noche en el hospital, así que probablemente se encontrase durmiendo en su apartamento. No quería molestarle, así que preferí hablar primero con su hermana para cerciorarme de que hacía lo correcto en volver, en lugar de dejarlo marchar para siempre.

El portero ya me conocía, así que me abrió la puerta y me dejó pasar con una sonrisa de bienvenida. Me subí al ascensor y pulsé varias veces el botón que hacía que las puertas se cerrasen más rápido. Era inútil pensar que al ir deprisa iba a hacer correr el tiempo más rápido, pero por intentarlo no pasaba nada. Llegué a la puerta y pulsé el timbre. Varias veces también. Me recibió Asia, con un conjunto perfecto, siempre preparada para cualquier evento, aunque estuviese en su casa.

—¿Mar? ¿Qué haces aquí?

Miró hacia atrás y volvió a fijarse en mí. Yo me hice a un lado, esperando que tuviese compañía, pero estaba sola.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, para nada. Pasa. Estás en tu casa. Dime, ¿qué te trae por aquí?

Nos sentamos en el sofá y colocó su mano sobre mi antebrazo, en un intento de reconfortarme. Asia siempre había sido de las que adoran el contacto físico y con ella no me importaba.

—La he cagado y necesito que me digas si tengo alguna oportunidad de arreglarlo con Guillermo.

Volvió a mirar de reojo.

—Y ¿por qué no se lo dices tú misma?

Giré la cabeza hacia donde miraba y allí, al inicio del pasillo, se encontraba Guillermo. Llevaba una expresión cansada y sombras bajo los ojos.

—Mar.

Mucha gente decía mi nombre, pero nadie como él.

Capítulo 42

Ella

Estaba allí.

Después de haberme acostumbrado a tenerlo conmigo cada día, pasar varios sin verlo... Parecía un espejismo. Algo etéreo.

Se retiró las gafas y con la mano que le quedaba libre se restregó los ojos, como si él tampoco llegase a creerse que estuviera allí. Después limpió los cristales de las gafas con el borde de la camiseta y se las puso de nuevo.

—Yo... Tengo algunas cosas que hacer en la planta de arriba. Sí, mejor voy a...

Asia se levantó del sofá y desapareció por las escaleras del dúplex, dejándonos a solas.

—No sé por dónde empezar —dije yo.

—¿Qué haces aquí? —dijo él a la vez.

Nos quedamos callados esperando a que el otro hablase. No quería pisar sus palabras.

—Tú primero —indicó con la mano hacia mí.

Quería cogérsela, agarrarla, entrelazar nuestros dedos y besar cada nudillo. Quería pedirle perdón, olvidar aquel día y empezar de nuevo.

—No sabía adónde ir, así que solo se me ocurrió Asia.

—Podrías haber venido a mí —dijo dolido.

Tenía razón. Lo más sabio y rápido hubiera sido aclararlo todo directamente con él. Sin embargo, me había puesto excusas para retrasarlo al menos un día más.

Miré hacia abajo y me encontré con un atisbo de esperanza.

—Aún llevas mi anillo puesto.

—Sí —Se miró la mano observando cómo resplandecía alrededor del meñique—. Y tú ya no llevas los tuyos.

Los suyos.

—Sí. Creo que ya era hora de guardarlos para siempre.

Se hizo un minuto de silencio en el cual ambos parecíamos estar buscando las palabras adecuadas.

—Lo siento. —Dije lo único que se me ocurrió.

Soltó todo el aire de golpe, como si llevase conteniéndolo desde que nuestras miradas se habían cruzado.

—¿Por qué?

—Por todo. Por haberte gritado, por no querer verte, por haberte dicho que no podía con lo nuestro —«Por haberte llamado Álvaro» quise decir—. Por todo —repetí.

—Acepto tus disculpas, pero no creo que sean necesarias. Han sido momentos difíciles para ti y tienes todo el derecho del mundo a enfadarte y a aislarte si lo necesitas.

¿Por qué era tan comprensivo? ¿O es que ya se había rendido?

—Pensaba que estarías enfadado conmigo. Que no querías verme. Y es lo justo después de todo.

Dio un paso hacia mí y levantó la mano con la intención de tocarme, pero en el último momento pareció arrepentirse y la bajó.

—No podría enfadarme nunca contigo, cielo. —*Cielo*. Se me resquebrajó el corazón al oírlo decirlo con una expresión de tristeza. No. Esto no podía haberse acabado aquí—. No podría enfadarme con alguien con esa resiliencia y valentía con la que tú te enfrentas a la vida. Pero no sé si soy capaz de seguir a tu lado, aguantando cada golpe, manteniéndome como tu prioridad, cuando *él* sigue siendo la tuya. Sé que siempre será una parte de ti, pero solo te pido un quince por ciento de ti. Un diez por ciento si me aprietas.

—¿Cómo puedes pedir tan solo un diez por ciento cuando te mereces muchísimo más? Te mereces alguien para quien seas ese cien por cien, te mereces algo mejor que yo. Pero no puedo dejarte ir, soy demasiado egoísta. Te quiero, y te quiero para mí.

Fue como si de repente todas sus barreras se levantasen para mí. Se acercó, esta vez sin pensar en retroceder, y apoyó su frente con la mía. Fui yo la que entrelazó nuestras manos y lo atraí más cerca si era posible. Necesitaba sentirlo allí, respirando el mismo aire que yo.

—Dios, no te haces una idea de lo que esas palabras provocan dentro de mí. He estado esperando pacientemente porque tenía la esperanza de que iban a llegar.

Fue como si, de repente, toda la tensión se disipase.

—Siento haber tardado tanto.

—No lo sientas. Ya lo sabía de todas formas.

Cerró los ojos y sonrió para sí mismo.

Guillermo ya sabía que le quería, habíamos pronunciado esas palabras con anterioridad. Pero siempre eran con cautela, de forma breve y con miedo, no acompañadas de toda una declaración de intenciones.

—¿Lo sabías?

—Ajá.

—¿Desde hace cuánto?

—Creo que cuando no me mataste después de saltar en paracaídas, ahí sabía que me querías y que no había vuelta atrás.

—¿Y tú? —Yo también quería escuchárselo, aunque también lo sabía.

—Yo... ¿qué?

—Venga, ahora te toca a ti.

Me guiñó uno de esos ojos con vetas verdes donde tanto me gustaba perderme. Sabía que estaba bromeando.

—Pues claro que te quiero y creo que llevo enamorado de ti desde mucho antes que tú. Podría decirse que viéndote luchar cada día por despertarte, desprendiendo ese olor a vainilla que tantas veces te acompaña, ahí ya estaban pasando cosas aquí dentro —Se señaló el pecho a la altura del corazón—. Aunque yo todavía no lo sabía.

—¿No es un poco raro enamorarse de una paciente en coma?

—Shhh, eso no se lo diremos a nadie.

Seguía bromeando. Intentaba volver a sacarme una sonrisa y a quitarme ese peso de los hombros que aún llevaba.

—Entonces, ¿ya está? —pregunté.

Había estado a punto de perderlo y jamás había tenido tanto miedo. Recordé los momentos con Álvaro, las discusiones luchando a ver quién era capaz de gritar más alto, huyendo para dejar

al otro con la palabra en la boca y resolviendo las cosas con el paso de los días. En apenas unos minutos no podría haberse resuelto todo esto con Guillermo. Estaba segura de que había más.

—No, *no está*. Yo necesito que me prometas que no habrá secretos. Que en cada momento me dirás lo que piensas. Y si tienes dudas o miedos, vendrás a mí y los resolveremos. Juntos. —Asentí—. Palabras, Mar. Necesito palabras.

—Sí, te lo prometo.

—Y yo haré lo mismo.

—Tengo miedo —comencé.

Me separé y él me dejó ir. Comenzaron a asaltarme todas las dudas. Sabía que tenía que soltarlas.

—¿Miedo de qué?

—¿Y si te vas? ¿Y si te cansas de mí? —Y, lo que más me aterraba—. ¿Y si mueres?

Frente a mi última pregunta se le hundieron los hombros.

—Voy a morir. En algún punto de mi vida. Y tú también. Eso no podemos controlarlo.

Me tendió la mano, pero no se la cogí.

—Tengo miedo de vivir experiencias nuevas con alguien, porque si esa persona se va, esas experiencias quedarán grabadas con el dolor de la pérdida.

—No. Quedarán en un recuerdo bonito porque vivisteis juntos.

Dio un paso hacia mí. Yo otro hacia atrás.

—Tengo miedo de que te hagas un hueco en mi corazón y al final quede un vacío cuando ya no estés. Tengo miedo de que te vayas, pero también de que estés. Tengo miedo de que me quieras, pero también de que dejes de hacerlo. Tengo miedo de estar sola. De que me hagas daño, pero más aún de hacértelo a ti. Tengo miedo de quererte —Suspiré—. Pero hay algo que no me deja dormir.

—¿El qué? —preguntó con cautela.

—Tengo miedo de vivirte.

Dio dos zancadas y no pude esquivarle porque choqué con la pared. No tenía escapatoria. Así que me rendí. Me rendí al contacto de sus manos con mi piel, de nuestras piernas enredándose.

—Te voy a besar —anunció—. Dime si no quieres que lo haga —Tuve una breve batalla conmigo misma donde llegué a la conclusión de que sí que quería que me besara—. Me tomaré tu silencio como un sí.

Finalmente, me rendí al choque de nuestras bocas, buscando con desesperación el aliento del otro. Y eso solo era el principio.

—Guillermo —rogué. Quería más.

—¿Crees que yo no tengo miedo? —Se separó y anhelé su cuerpo, sintiendo un escalofrío—. A mí también me da miedo que me hagan daño o hacértelo. Pero ¿sabes qué me aterra? No verte nunca más, no poder besarte o tocarte como lo estoy haciendo ahora, sin que duela. Prefiero mil veces el dolor de vivirte que el de verte marchar.

¿Él? ¿Tenía miedo? Era la persona más segura de sí misma que me había encontrado y el que siempre me mantenía firme con los pies en la tierra. Si él tenía miedo, yo estaba atemorizada.

Los ojos empezaron a llenárseme de lágrimas no derramadas.

—Pero ¿y si...?

Volvió a besarme.

—No he acabado. Si vuelves a interrumpirme voy a hacer mucho más que besarte.

Me sorprendí pensando que quizás me compensaba hacerlo.

—Por ti haría cualquier cosa. Ya lo sabes. Y si tengo que pasarme media vida

convenciéndote de lo bonito que es arriesgar, lo haré. Cada mañana, con mi boca aquí abajo — Deslizó una mano hasta rozar mi entrepierna—, o con otras partes...

Un leve gemido se abrió paso por mi garganta. Empecé a olvidarme cada cosa que me hacía no querer tirarme a la piscina.

—¿Qué más harías por mí?

—Saltaría al vacío.

—Eso ya lo has hecho.

Estaba delirando. No podía pensar en condiciones cuando sus manos no paraban de recorrerme sobre la ropa. Las quería por debajo.

Está bien, déjame pensar —Apartó una mano para rascarse la barbilla y yo me quejé por el repentino vacío—. Te realizaría la RCP si pensármelo dos veces.

—Tu acuerdo como médico te obliga a hacerlo.

—Tienes razón. Pero no es la razón por la que lo haría. Si hubiera una habitación con diez personas ahogándose, tú serías mi primera opción.

Solté una carcajada.

—Vale, vale. Suficiente.

—Y ahora en serio. Por ti recorrería el mundo si me lo pidieras. Te salvaría de cualquier catástrofe poniéndome delante, siempre y cuando pudiera sobrevivir para curarte las heridas. Te ayudaría a superar cada uno de tus miedos y te daría la mano para acompañarte. Pasaría la vida a tu lado y moriría junto a ti. Viviría el presente contigo, a tu lado. ¿Quieres vivirlo conmigo? No el futuro, ni el pasado, sino el presente. ¿Sin importar lo que venga?

Volvió a tenderme la mano. Esta vez sí la acepté.

—Claro que quiero.

Aprovechó que me tenía cerca para levantarme y apoyarme contra la pared. Le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, sujetándome. Aunque él me tenía bien cogida.

—Me vuelves loco, ¿lo sabes?

—Ajá.

Me abalancé contra su boca, devorando sus labios y enredando nuestras lenguas. No quería moverme de allí.

—Te he echado tanto de menos. No sabes la cantidad de veces que he pensado en ti con la toalla alrededor, abriéndome la puerta de la buhardilla. Ni siquiera te haces una idea de lo mucho que me costó darte tiempo, en lugar de mandarlo todo a la mierda, encerrarme contigo y no salir hasta que todo estuviera solucionado y pudiera dibujar un mapa de memoria con todos los lunares que recubren tu piel.

—Ejem. Vale chicos, es hora de que os vayáis a casa. No necesito rincones mancillados por vuestra lujuria.

Nos separamos de golpe y Guillermo me dejó en el suelo con cuidado, aun teniendo en cuenta la pierna que seguía dándome algunos dolores. Asia se encontraba en el último escalón con los brazos cruzados, intentando desviar la mirada.

Nos miramos, nos reímos y salimos por la puerta.

Cuando me desperté a la mañana siguiente en mi cama, en la buhardilla, con los brazos de Guillermo rodeándome y su respiración acompasada a mi lado, supe que todo estaba bien. Siempre habría días peores y días mejores, pero los superaríamos juntos. Porque esta vida no se resume en los problemas que te ocurren sino en cómo te los tomas y dejas que te afecten.

Y cuando me puse a las cinco de la mañana a preparar los dulces y panes del día, y lo encontré al pie de la escalera observándome con una sonrisa, supe que el amor a veces también

se demuestra en silencio.

...

Y resulta que lo que dicen es cierto. Que la vida no es injusta, ni el destino está en tu contra. Todo es parte de un proceso. Que el tiempo lo cura todo y que cada momento vivido, cada página pasada, es una lección aprendida. Un grado más de madurez. Un cambio en tu forma de ver la vida que lo que hace es curtirte en la batalla, para que cada vez vayas en busca de algo mejor que lo anterior. En busca de esa felicidad.

Y todo pasa, y todo llega.

Y tu felicidad y plenitud está a la vuelta de la esquina. Pero mientras, vive el momento y no te quedes esperando a que eso que ansías llegue. Sé consciente de cada uno de los pasos que das, por duros que sean. Una vez que dejes de enfocarte en lo malo, el resto comienza a tener mejor color y la luz se empieza a dejar ver por entre las nubes.

Solía pensar que no iba a ser capaz de vivir sin ti. Que me iba a ahogar porque el único aire que respiraba era el que tú me dabas. Pero he sobrevivido. Y me he dado cuenta de que no te necesito. Sí, te sigo echando en falta, aunque cada vez menos. Siempre serás una parte de mí, puesto que tenemos un pasado en común. Pero yo soy la que conforma mi todo. Y lo que echo de menos realmente es la costumbre de tenerte, de lo que teníamos, pero no a ti como persona.

El amor va cambiando y creciendo a medida que nosotros crecemos con él. Y es por eso por lo que tenemos que ser conscientes de dichos cambios y aprender que lo que necesitábamos con anterioridad puede no ser lo que nos hace falta en el presente.

Ahora me doy cuenta de todo lo que estaba mal, pero también de lo que estaba bien. Estos años no han sido malgastados, sino invertidos. En ti, en mí, en nosotros. Para poder crecer y ser las personas que somos a día de hoy

Siempre voy a agradecerle haber pasado por mi vida y haberme hecho vivir todo lo bueno y todo lo malo. Pero prometo nunca jamás volverme a conformar con lo que se me ofrece, sin pensar en siquiera pedir una pizca de lo que me apetece. Y por eso tengo que darte las gracias, porque me has hecho darme cuenta de quién soy y qué quiero. Hubo un momento de tristeza por haberte perdido, aunque fue peor darme cuenta de que era a mí misma a quién había olvidado.

Pero me he vuelto a encontrar.

Y ahora no te recuerdo nunca, excepto cuando lo hago. Te recuerdo en las cosas de mí que creías haberte llevado, en las noches en las que rememoro momentos, en los días en los que me pregunto «¿qué hubiera sido si...?».

Y, sin embargo, no me arrepiento de nada. No voy a mentir y decir que lo hago, porque en algún momento fuiste lo que necesitaba. Pero ya no. Y todo el daño que causaste no es más que un recuerdo que ya no me produce malestar.

*Oigo tu voz siempre antes de dormir.
Me acuesto junto a ti y, aunque no estás aquí, en esta oscuridad la claridad eres tú.*

M Clan

Epílogo

Ella

Un año después...

No puede ser. Es imposible. Bueno, no imposible del todo. Sé muy bien cómo funcionan los métodos anticonceptivos y qué ocurre con la ausencia de los mismos.

Pero...

Cerré el cajón para no ver la caja que tenía veinte tests de embarazo. Con uno sería suficiente para salir de dudas. Siempre lo había sido.

Me temblaban las manos mientras sujetaba el trozo de plástico. Unas gotitas serían suficientes. No hacía falta más. Resoplé para apartarme el flequillo oscuro y levanté la vista hacia el espejo. Hacía varios meses que me había rendido de nuevo a mi color natural de pelo. Me había cansado de teñir las raíces una y otra vez. Eso era cosa de Nines, a ella le gustaba visitar a su peluquera de confianza cada mes. A mí esas cosas no me suscitaban interés alguno.

Miré los ojos temerosos que miraban mi reflejo, ojos color noche estrellada. ¿Qué pensaría Guillermo de todo esto? Yo tenía ya casi cuarenta años y había perdido casi por completo la esperanza de ser madre. Había decidido dejarlo fluir y centrarme en otras cosas de mi vida. Pero él... aún no había entrado en la treintena. Era demasiado joven para cargar con todo esto solo por mí.

Toc, toc, toc.

Se me escapó el test de las manos y fue a parar al suelo. Justo en ese momento, Guillermo abrió la puerta con cara de preocupación.

—Cielo, ¿va todo bien? Te he escuchado hablando sola y llevas aquí un buen rato.

Lo miré con los ojos muy abiertos, como un cervatillo frente a los focos de un coche, y después miré al suelo. Él siguió mi mirada y fue a dar con el secreto que yo quería ocultar. Se agachó con cautela y esos dedos esbeltos que tanto amaba se cerraron alrededor del test.

—Mar —dijo con voz temblorosa—, ¿es tuyo?

Lo observó, pero aún no habían pasado los cinco minutos reglamentarios, así que la pantalla seguía vacía.

No podía articular palabra, así que me limité a asentir y a tragar saliva.

—¿Es...? ¿Crees que...? Que tú y yo...

Volví a asentir.

Reaccionó abalanzándose sobre mí, soltando el palito sobre el lavabo para poder tener ambas manos libres y apretarme las mejillas. Me dio un beso lento y prolongado. Se me doblaron las piernas y confié en que él pudiera soportar el peso de los dos. Abrazados acabamos de rodillas en el suelo del baño, entrelazados y negándonos a soltarnos. Aquel podía ser un momento mágico o un momento de lo más doloroso.

—Solo es un retraso.

No quería hacerme ilusiones, y mucho menos que él sufriera lo mismo que yo llevaba años teniendo que vivir, mes tras mes.

No habíamos hablado del tema de ser padres de forma abierta. No nos habíamos sentado a planearlo. Yo había tirado la toalla, pensando que mi fertilidad no existía. Sin embargo, sí que habíamos tomado la decisión hacía dos meses de dejar de utilizar preservativos y dejar que el destino hiciera de las suyas.

—Está bien.

Guillermo pareció calmarse, o al menos eso aparentaba. Su pecho subía y bajaba a una velocidad regular, mientras que yo sentía que me ahogaba.

—Es decir que puede ser algo o puede no ser nada.

—Como dijo Jack el destripador, vayamos por partes.

Me mordí el labio intentando no reírme. La situación era de lo más peculiar.

—Oye, que esto es serio.

Con la mano en mi mejilla, el pulgar no paraba de acariciarme. Me observaba la cara como si llevase años sin verme. O como si me viera de nuevo por primera vez. Me apartaba el pelo de la cara, me acariciaba la ceja, los labios, la barbilla.

—Tan serio como nosotros queremos que sea. ¿Has hecho pis encima del test?

—Sí, pero aún no lo he mirado.

Me observó serio, pero manteniendo el contacto en todo momento.

—¿Pensabas ocultármelo si no llego a pillarte aquí encerrada?

Me sentí muy culpable. Estaba acostumbrada a calcular cuándo me tenía que venir el periodo, a ver como llegaba cada mes, a callar los retrasos y a hacerlo todo yo sola, que me aterraba contárselo a él.

—Lo sien...

—No lo sientas. Pero ¿por qué no me lo ibas a contar?

—Tenía miedo.

—Mar... ¿qué hemos dicho sobre eso?

Guillermo y yo habíamos estado trabajando en nuestros —mis— miedos y aprender a afrontarlos, a que fuesen justificados y a no esconderme de ellos. Hasta ahora iba bien, pero a veces tenía mis dudas.

—¿Qué hay que analizarlo y afrontarlo?

—¿Preguntas o respondes?

—Hay que afrontarlo —dije de nuevo, con mayor seguridad.

—Pues vamos a hacerlo. Pero juntos. Siempre juntos.

—Siempre.

Apreté sus manos.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar? —preguntó impaciente.

—Solo cinco minutos. Ya tiene que aparecer el resultado.

Fui a levantarme, pero Guillermo me detuvo. Ahora era él el que estaba nervioso. Quizás no quería saberlo. No quería mirarlo. Se había acobardado e iba a huir. Yo también lo haría.

—Mírame —ordenó—. Quiero a ese bebé tanto o más que tú. Si es positivo, todo irá bien.

—Pero llevamos muy poco tiempo y eres tan joven. Tienes toda una vida por delante.

Busqué algo en lo que fijarme, intentando mirar a todas partes excepto a sus ojos. Guillermo no me dejó y me sostuvo firme, obligándome a hacerle frente.

—Pensaba que ya habíamos superado la diferencia de edad. Además, déjame a mí elegir qué

quiero y qué no.

Se hizo el silencio. Solo el latido de nuestros corazones y nuestras respiraciones se oían en aquel baño de la buhardilla.

Guillermo se había mudado casi por completo conmigo. Seguía teniendo su apartamento, pero sabiendo lo mucho que a mí me apasionaba mi trabajo y que tenía que madrugar cada mañana, se negaba a apartarme de ello o a dormir separados. Así que por ahora nos estábamos apañando con el espacio reducido con el que contábamos.

El piso de Álvaro ya no era mío. Había conseguido deshacerme de todo lo que había dentro. Me había quedado solo con las cosas más importantes. Los recuerdos estaban conmigo y no con lo material. Y después se vendió al mejor postor. Ese capítulo ya se había cerrado.

—¿Y si es negativo?

—También irá bien. Nos tenemos el uno al otro. ¿Qué podría ir mal? Hasta ahora nos la hemos apañado bastante bien.

—Pero si es negativo es probable que no pueda ser madre nunca más. Y tú sí que quieres una familia. No sé si puedo ser tan egoísta como para no verte cumplir ese sueño.

Su expresión se ensombreció y se pasó una mano por el pelo. Aún no se lo había cortado, y en ese último año le había crecido tanto que ya podía recogerse con orgullo con una gomilla. Y yo había desarrollado un gusto especial hacia este Guillermo. Iba a echarlo de menos cuando se lo cortase para donarlo. Pero aún faltaban unos cuantos centímetros para eso.

—Mar, cielo, mi familia eres tú. Y no me hace falta nadie más. Solo tú. Y, si no, podemos probar otros métodos.

—¿Estarías dispuesto?

—Creo que de tu mano sería capaz de cualquier cosa.

Siempre tenía las palabras adecuadas para cada momento.

—¿No te da miedo?

—Me aterra —confesó—. Pero si la pregunta es si voy a correr despavorido, mi respuesta es: no.

Me había pasado tanto tiempo pensando en si encontraría a mi persona. Después, cuando pensaba que la había encontrado, se marchó. Y ahora tenía a un hombre maravilloso delante, acompañándome en cada uno de los pasos que daba, literal y figuradamente. Llevaba al pie del cañón desde el inicio, desde que mi vida volvió a comenzar. Aún se empeñaba en dar sesiones de rehabilitación y se preocupaba si cogía demasiado peso. Me hacía los masajes él mismo y no se enfadaba si necesitaba tomarme unos días de descanso porque me dolían las cicatrices.

¿Cómo una persona así podía existir?

—Te quiero.

Fue lo único en lo que pude pensar en ese momento. La única forma de expresar mi gratitud por todo lo que había hecho y seguía haciendo cada día al despertarse a mi lado y besar mis párpados para despertarme. Me pasaría toda una vida agradeciéndoselo.

—Te quiero —Apoyó su frente en la mía—. Pero ahora, ¿podemos levantarnos? Se me están empezando a dormir las piernas y las necesito para poder cogerte en brazos y celebrar, sin importar el resultado. Tengo unas necesidades como novio y llevo dos días sin verte.

Habíamos tenido una semana de mucho ajetreo. Mi hermana estaba ocupada siendo madre y trabajando al mismo tiempo, Marcos iba de ciudad en ciudad firmando su último éxito literario y en Bonaire no tenía suficiente ayuda con mi madre. Estaba buscando a alguien que me ayudase y dividiendo mi tiempo en hacer entrevistas, hornear cada mañana y sobrevivir. Y Guillermo había tenido que hacer dos guardias seguidas en el hospital que lo habían dejado sin energía alguna. En

días como aquellos se le acentuaban las ojeras oscuras.

—Está bien.

Dejé que se pusiera primero en pie para que pudiera ayudarme. Algunas cosas no habían vuelto a funcionar como antes del accidente y necesitaba una ligera ayuda. Sujeté su mano y la puse a la altura de mi corazón. Él hizo lo mismo con la mía. Nos miramos a los ojos durante unos segundos, respirando hondo y sabiendo que estábamos a punto de descubrir lo que podría ser algo enorme.

—A la de una...

—A la de dos...

—Y a la de... tres —dijimos a la vez.

Y en ese mismo instante, no sabíamos aún cuánto, toda nuestra vida cambió. Porque cuando levantamos el test del lavabo y le dimos la vuelta, se podía leer claramente la palabra:

Embarazada.

—No puedo creer que alguna vez pensara que tirarnos en paracaídas pudiera ser la experiencia más loca de nuestras vidas.

—Nunca se sabe lo que está por venir.

*I loved you enough for the both of us.
But in the end, it wasn't enough.*

Agradecimientos

Esta historia nació una noche de cuarentena. Estaba en la cama escuchando música cuando sonó *Miedo* de MClan. No era la primera vez que la escuchaba, pero esa vez despertó algo diferente en mí. Y comencé a crear una historia que pudiera estar tras esa letra y melodía.

Proyecto miedo ha dado muchas vueltas porque la adultez, de nuevo, me ha hecho tener que dedicarle más tiempo a otras prioridades y dejar esta historia algo de lado hasta hoy. Para que os hagáis una idea, este libro terminó de escribirse al mismo tiempo que publiqué *A qué huele la nieve*.

Y sí, mi segunda novela. Papá, como siempre, me hubiera gustado que fueses la primera persona en leerla y darme tu opinión. Estoy segura de que me darías tu ojo más crítico. A mamá, gracias por ser tú la que tome el relevo siendo la primera en leerla y darme tus razones de por qué debía eliminar ciertas escenas (que no eliminé, jajaja).

A toda la familia y personas cercanas que me conocen como la inocente y pequeña de la familia, siento haber roto vuestra burbuja sacando escenas de mi cabeza tan subidas de tono como las que habéis leído. Y a todas las personas que me animaron a hacerlo, simplemente: gracias. Jamás he sido tan feliz de salir de mi zona de confort.

Espero que mis palabras no caigan en saco roto y que lleguen a las personas adecuadas. He volcado mi corazón y mi lado más vulnerable, mostrando reflexiones y enseñanzas de mi vida.

Si alguna vez te preguntas si estás bien o no en algún sitio, probablemente es tu subconsciente pidiéndote un cambio. O quizás no. Pero no tengas miedo a romper todo lo que tienes por probar de nuevo donde sí eres feliz. Lo desconocido aterriza, pero más aún lo malo conocido.

No tengáis miedo a querer y a gritarlo a los cuatro vientos. Cuando ya no estemos aquí, solo quedarán presentes esas palabras en los corazones de los que permanecen.

Y, como dice mi cantautora favorita:

*May your heart remain breakable
but never by the same hand twice.*

Taylor Swift

Sobre la autora

A Cristina la puedes encontrar dando clases a sus alumnos/as de secundaria, leyendo un libro de amor, o hablando de ello en su cuenta de Instagram: **@hablemosdelibros0**.

Estudió Traducción e Interpretación intentando dar forma a su pasión por los idiomas, pero siempre con miras a la enseñanza.

A sus veintisiete años, sigue viviendo en Málaga, la ciudad que la vio nacer. Se rodea de familia y amigas, y vive romantizando cada detalle de su vida. Si no es así, ¿cómo vives tú?

También de la autora:

